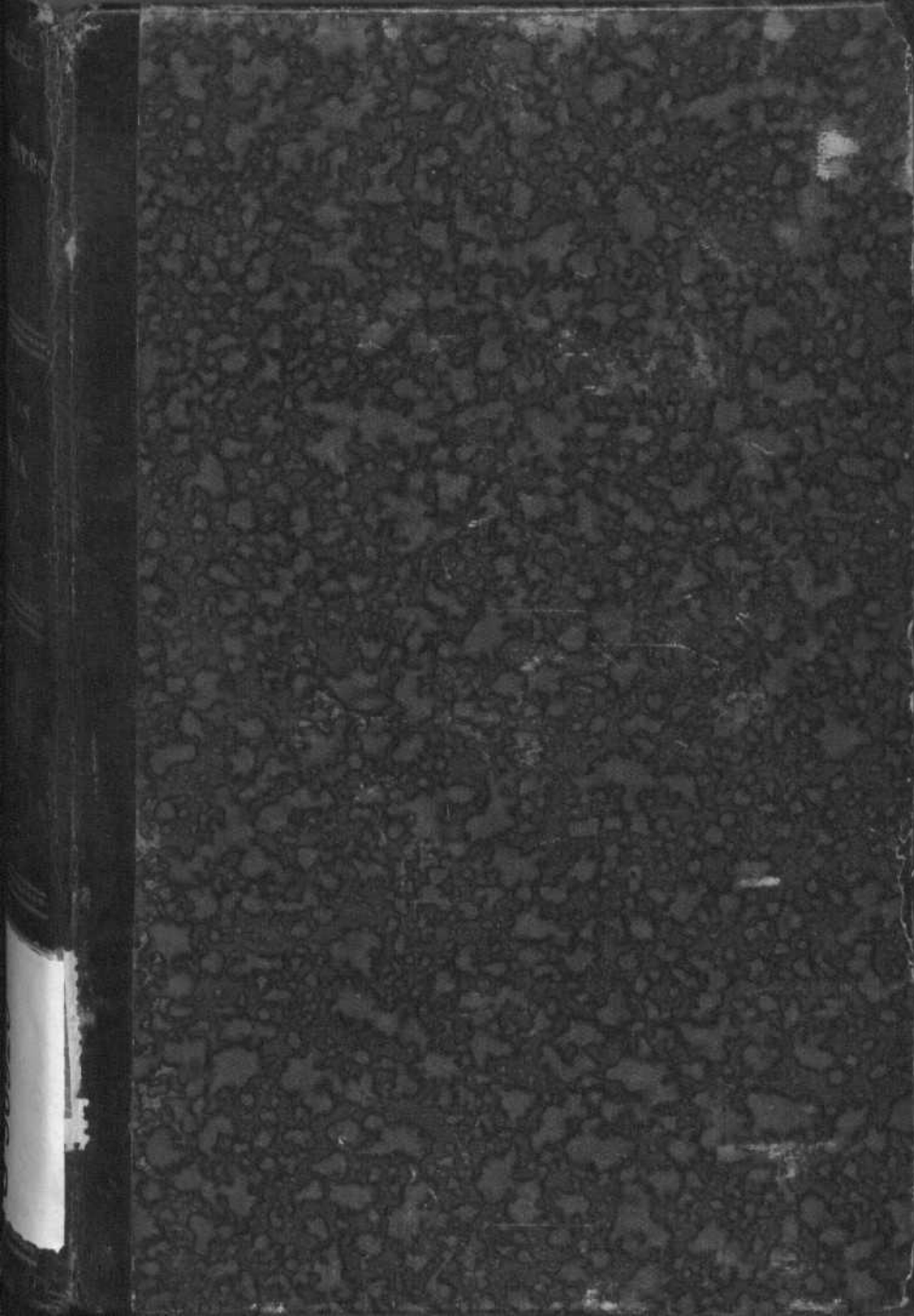




BIBLIOTECA POPULAR

Estante

Tabla.

Número.

9

5

1966

DON

+ 1115590



1110

1110



R. 2738

1.º
~~1.º~~

CÉSAR SILIÓ Y CORTÉS

PROBLEMAS DEL DÍA

(CON UN PRÓLOGO DE G. TARDE)

DESPUÉS DEL DESASTRE.—(¿UN PAÍS Ó UN HOMBRE?).

LA CIVILIZACIÓN Y LA MORAL.

CONTRA EL ANARQUISMO.—EL GRAN PROBLEMA.

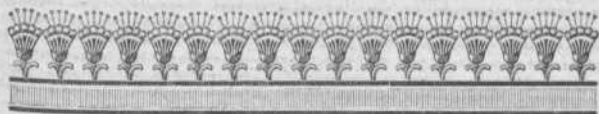
EL REGIONALISMO.



MADRID:
LIBRERÍA DE VICTORIANO SUÁREZ
48, PREGIADOS, 48



Es propiedad.



PRÓLOGO



RESPONDO con verdadero placer á la cortés y amistosa invitación que Silió me hace, para que escriba algunas líneas á la cabeza de su nuevo libro. Acabo de leer esta obra, que honra á su autor, y en la que vuelvo á hallar desarrollado el talento cuya aparición fui de los primeros en saludar, hace ya algunos años. Pero entonces, si yo simpatizaba de corazón con él, si su manera de sentir, siempre elevada y noble, tanto como su estilo, me encantaba, hube de

lamentar que entre nosotros existiesen ciertas diferencias de doctrina. Al presente han desaparecido y es para mí un motivo singular de alegría, leer ideas que me son caras expresadas por pluma tan generosa, desenvueltas y aplicadas por espíritu tan penetrante. Me ha afectado profundamente, sobre todo, la aplicación que de ellas hace á la situación presente de España y á las previsiones de su porvenir. Cuando yo veo á este pensador patriota—no hay entre estos dos términos, ciertamente, contradicción ninguna—hallar en mis teorías sociales una confirmación de sus esperanzas, un motivo de consuelo, un apoyo contra el fatalismo vulgar y el pesimismo cobarde, que conducen á las naciones desgraciadas á una irremediable decadencia; cuando le veo también, fundándose en parte en mis ideas, indicar el camino de la regeneración á uno de los más grandes y más hermosos pueblos que han existido bajo el sol, saboreo la mejor recompensa de una vida dedicada al trabajo y pienso que no ha sido, tal vez, gastada en vano.

¡Cuánta razón tiene Silió para decir que todas esas pretendidas fatalidades deducidas de la *raza*, ó de una ley de evolución, *soi-disant* invencible, son imaginarias!—Permita el lector español que me cite á mí

mismo, á este propósito. He aquí un fragmento que extraigo de una larga carta publicada en *El Figaro*, el 11 de Octubre de 1898, respondiendo á una *interview*: «El descubrimiento de Cristobal Colón que convirtió en Oceánico, de Mediterráneo que era, el comercio internacional, favoreció al principio á España. Surgió entonces aquel maravilloso imperio español, al cual no llega á aproximarse el imperio británico de hoy, sin el cual ni siquiera existiría, porque se hizo con sus despojos y, en parte, gracias á sus ejemplos. A ejemplo de la *Armada* de Felipe II fué creada la Marina de Isabel de Inglaterra. Nada más brillante en historia que esta dominación universal de la gran Península, y nada más á propósito para hacer tocar con la mano la vaciedad de las explicaciones deducidas de la raza, del clima, de las fatalidades psicológicas. El pueblo marino y colonizador por excelencia en el siglo XVI, el pueblo emprendedor é iniciador, ¿era por ventura Inglaterra? No, Inglaterra se señalaba todavía, como en la Edad Media, por la timidez de su cabotaje. Léase á Thorold Rogers, á este propósito. Era la población más atrasada que se podía entonces hallar; mucho más cerrada y murada en sí, que pueda serlo España al presente. Y era entonces España quien pasaba

por la raza novatrix y civilizadora entre todas. En el transcurso de dos siglos—de un siglo, si se quiere—los papeles se habían invertido, de todo en todo. Sin embargo la raza no ha cambiado, ni el clima, ni el carácter, ni el heroísmo, siempre vivo».

No es verdad que haya una *muerte natural y mecánica* de los pueblos, como hay una muerte natural y mecánica de los individuos. Los pueblos, cuando mueren, mueren siempre de muerte violenta, ó de muerte accidental. El error de creerlos inevitablemente mortales, ha nacido de la metáfora del *organismo social* que la sociología está en camino de rechazar.

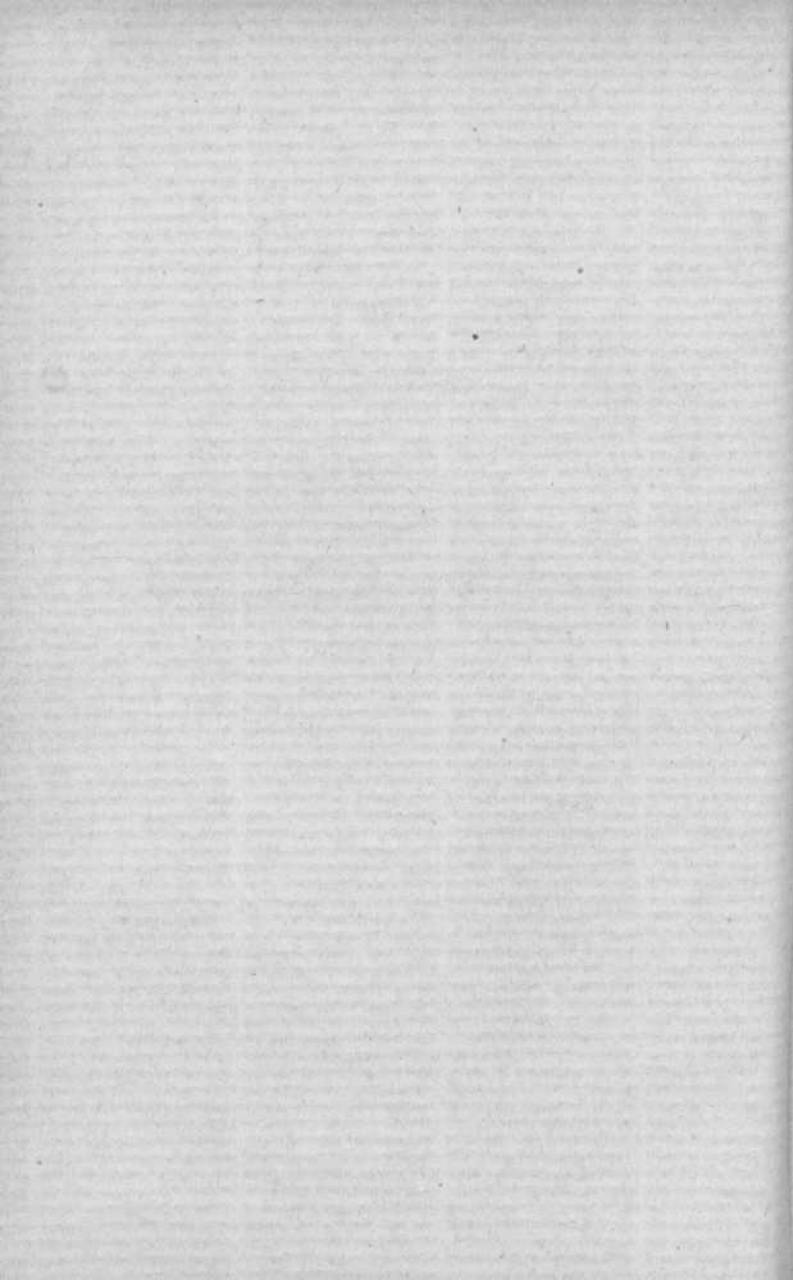
En el último capítulo de su libro, Silió señala una tendencia de las más peligrosas, la tendencia á la vida regional, que conduciría seguramente á la dislocación de su patria. Muchos espíritus liberales han descarriado, atraídos por la «descentralización». No hay peligro más grande para las naciones debilitadas y amenazadas. Cada provincia, que ayer fué una nación, debe sin duda amar su propia originalidad, pero no debe olvidar nunca que el mejor medio de nutrir y de vivificar incesantemente esta distinta originalidad, en lo que tenga de superior, es abrir paso, hospitalariamente, á los ejemplos de fuera, entre los cuales sabrá

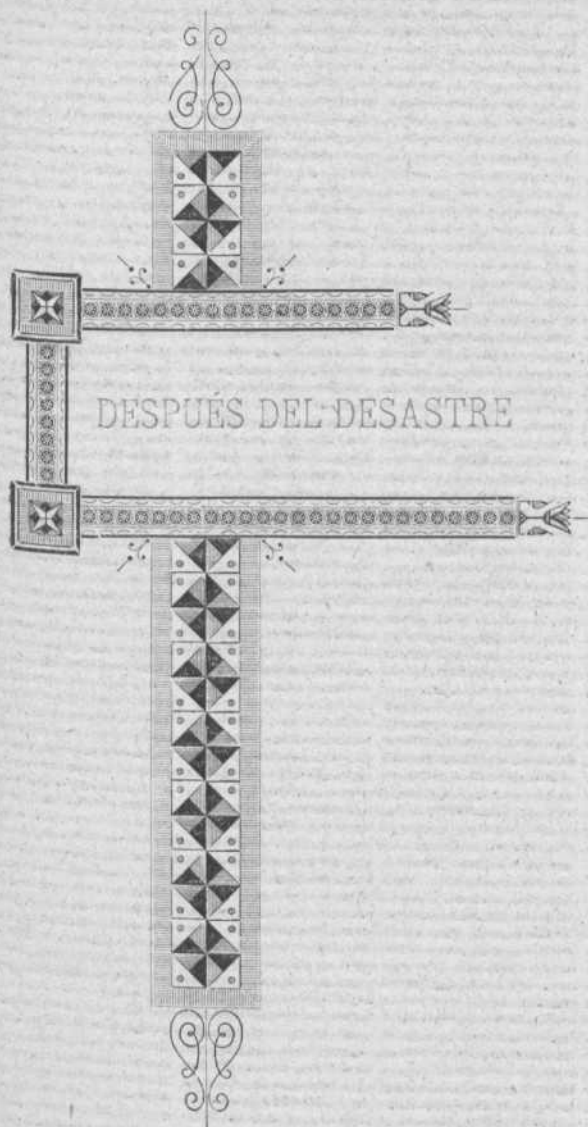
escoger, seguramente, los que le convengan mejor. El internacionalismo lejos de ser el enemigo del patriotismo verdadero, ha llegado á ser su condición indispensable, su atmósfera necesaria y superior.

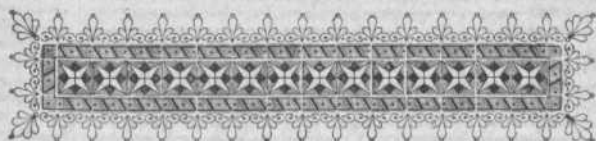
Pero dejo la palabra á Silió, que dice estas cosas mucho mejor que yo.

G. Tarde.

Paris, Noviembre 1899.







DESPUÉS DEL DESASTRE

¿UN PAÍS Ó UN HOMBRE? ⁽¹⁾

I

PLANTEAMIENTO DEL TEMA



ORRE gran prisa, sin duda alguna, la radical transformación de organismos, que en lugar de ser centros que distribuyan energías y sangre por los nervios y arterias del país, son focos permanentes de atonía y de infección que, á la

(1) La doctrina que este estudio contiene fué desarrollada, por el autor, en la noche del 14 de Enero, en una conferencia pronunciada en el *Círculo Mercantil é Industrial* de Valladolid. La benévola y cariñosa acogida que obtuvo entonces y la íntima convicción de que ningún esfuerzo huelga—por insignificante que sea—en la obra magna de la regeneración de España, muévenle hoy á reproducirla con mayor amplitud, aunque tal vez privada de la frescura que presta á las ideas la forma improvisada de la oratoria.

continúa, corrompen voluntades, tuercen inclinaciones, fomentan malos hábitos y ahogan impulsos é iniciativas sanos. Pero es aún más urgente la restauración de ideales que nos congreguen, que nos empujen, que nos guíen: porque el deseo precede siempre al acto en que se manifiesta; porque jamás sin ideales, sin confianza, sin fe, se realizó ninguna empresa; porque si España ha de salir alguna vez del estado de postración en que la vemos, necesita ante todo padecer ansia infinita de enmienda y redención.

Y es el deber primero de cuantos sientan con hondo sentimiento, agarrado al alma, nuestra caída, procurar que termine este letargo de un pueblo entero que apenas dá señales de existencia, aturdido por el golpe ó desesperanzado del porvenir.

Quéjense los escépticos *á la moda*, esos superficiales que presumen de hombres de ciencia y de experiencia, del martilleo continuo con que hiere sus oídos la palabra «Regeneración,» repetida en las hojas impresas de los periódicos, en revistas, en discursos y libros. Yo soy de los ilusos, de los cándidos, que aún creen en la eficacia de la predicación, persistente, reiterada, tenáz, que, poco á poco, se va metiendo en las conciencias. ¡Ojalá esa palabra se repitiese aún mucho más que se repite! El día en que todos ó casi todos la sintamos *por dentro*, transformada en deseo irresistible, estaremos muy cerca de nuestra redención. Querer ser bueno, es casi serlo ya.

Ignoran, además, los *hombres graves* que se ríen de todas estas cosas y proclaman el dogma de nuestra *irredención*,—única fe capaz de hallar cabida en sus almas heladas—hasta qué punto puede llegar á ser dominador y absoluto el poder de las palabras evocadoras de una imagen, de una aspiración, de una idea. Los términos «Democracia», «Socialismo», «Libertad», «Igualdad», «Fraternidad», no más concretos ciertamente que el término «Regeneración», también hirieron insistentes los oídos del pueblo, una vez y otra vez con la tenáz monotonía del martillo de fragua que estira el hierro sobre el yunque. Y, al fin, entraron *dentro*, en la conciencia, y desde *dentro* agujearon y movieron la voluntad. La invocación de esas palabras ha bastado para arrastrar miles de hombres al colegio electoral ó á las barricadas; por ellas se han sufrido y padecido persecuciones y martirios. «Libertad», «Igualdad», «Fraternidad», «Democracia», siguen siendo deidades misteriosas que como fuerzas reales y positivas actúan en las sociedades modernas y que, aun después de los fracasos y las desilusiones recogidos en la práctica de un régimen que nació lleno de seductoras promesas, tienen sus sacerdotes, su culto y su grey de creyentes y fanáticos. «Socialismo» quiere hoy decir para ese ejército de obreros que no ha logrado emanciparse del *amo* ó del patrono, que depende del trabajo manual, independencia económica, abolición de privilegios y gerarquías, reparto de los bienes de la tierra, felicidad

lograda en esta vida, y el nombre socialismo, como conjuro mágico, basta para poner en movimiento energías dormidas ó perezosas, y cada vez recluta más convertidos al evangelio de Karl Marx, un evangelio que acaso no conocen ni pueden comprender los que en él creen (1).

Hablemos pues de «Regeneración»; contribuyamos á hacer de esta palabra uno de esos símbolos adorables que seducen, conmueven y sugestionan á las multitudes. Y, sobre todo, procuremos, ya que es indispensable comenzar toda obra por los cimientos, restaurar los ideales en nuestra pobre España, contribuir, en la forma y en la medida que permita el esfuerzo de cada uno, á que renazcan la confianza y la fe en el porvenir, á que huya de nosotros el frío de muerte que ha seguido al desastre.

¿Por qué caímos? ¿Cómo podremos levantarnos? He aquí entre todas las cuestiones que, una tras otra encadenadas, forman el amplio tema contenido en la palabra «Regeneración», la que juzgo primera y principalísima.

¿Nuestros males provienen del país, ó provienen de sus Gobiernos?—¿Nuestra salvación ha de ser obra colectiva en que se realice la fórmula hermosísima—y tan impracticable

(1) Este poder, esta influencia indiscutible de las palabras, evocadoras de imágenes, sobre las multitudes, ha sido proclamado y reconocido por varios sociólogos modernos. Acerca de él contiene interesantes y juiciosas observaciones la *Psychologie des foules* de Gustave Le Bon (París, Alcan 1896) en las páginas 91 y siguientes.

como hermosa—del insigne Echegaray, según la cual cada uno debe regenerarse á sí mismo, ó ha de ser obra de unos pocos, en las alturas iniciada y desde las alturas difundida, como prolífica semilla á las últimas capas?—Más en concreto: ¿qué hace falta para salvar á España, para que nos salvemos?—¿masa nueva ó dirección distinta?—¿*un país ó un hombre*?

Con pueril inconsciencia y absoluto desconocimiento de la cuestión, discútese este tema en todos los corrillos, en los cafés y en el paseo, donde quiera que se reúnen tres personas; y son tan encontrados los pareceres, que mientras unos juran que no hay pueblo en el mundo que se iguale en virtudes á nuestro pueblo, ni tierra que compita con la tierra española en riquezas naturales,—suponiendo que bastarían cuatro ó seis años, á un Gladstone ó un Bismarck, para hacer de España un pueblo digno de su historia—otros afirman en redondo que no tienen remedio ni compostura nuestros males; que es la nuestra una raza degenerada incapaz de elevarse al nivel de otras razas más vigorosas; que aunque resucitasen todos aquellos grandes hombres que en pasadas centurias, en paz y en guerra, ganaron para España glorias inmarcesibles, se estrellarían ante la masa indocta, despreocupada, escéptica, viciosa y poco dada al cumplimiento del deber y á la fatiga del trabajo (1).

(1) Esta eterna disputa tan española, de «los malos gobiernos» ó «el pueblo ingobernable» acredita por la forma en que se mantiene de ordinario, fielmente reflejada en la prensa periódica,

Recojo, pues, el tema de enmedio de la calle, donde vive la realidad, cien veces más digna de estudio que las ideologías incubadas por un cerebro que se abstrae de cuanto le rodea, pero no he de hacer coro á los oradores de café ó de plazuela, porque el asunto merece ser tratado con un poco de juicio y de discreción.

Y vaya, por delante, para evitar en lo posible confusiones, una aclaración previa: Hablo de «un país ó un hombre» contraponiendo estos dos términos, sin que por ello entienda que se hallan contrapuestos en la realidad; si solicito un redentor, mi redentor no es un Mesías, dotado de divinas facultades, que por arte mágico nos transforme, nos haga buenos, sabios, justos, trabajadores... Me refiero únicamente á la dirección del impulso: si ha de venir «de arriba á abajo», ó ha de surgir «de abajo á

de oposición rabiosa y de ministerialismo incondicional, el gran atraso intelectual en que vivimos. El pueblo entre nosotros siempre es de oposición, pero de oposición platónica: siempre sueña con un gobierno que *decrete* las lluvias para los campos, los mercados para la industria nacional y... que rebaje los tributos; y siempre vota á los *encasillados* para que hagan las leyes. Gran error es sin duda el que comete cuando discurre y obra así, pero aún merecen más censuras los que aspirando al título de estadistas, salen siempre del paso, echando al pueblo—á su indolencia, á su apatía—toda la culpa de sus propios errores, sin preocuparse de educarle y aleccionarle, antes bien, aumentando con sus violencias y desmanes la misma perversión de que se duelen. Y es de advertir que esos políticos tan contrariados y angustiados—si han de creerse sus palabras—por la pública indiferencia del país, son los primeros á quejarse de que asoma la indisciplina y se ha perdido todo respeto al poder público, en las contadas ocasiones en que se agita la opinión en España, cual si quisiera salir de su letargo desdichadísimo.

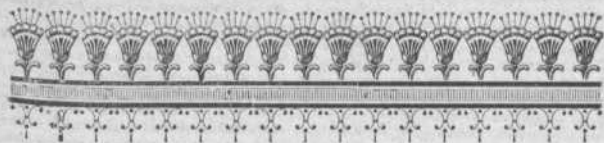
arriba»; si el país, la masa, el pueblo, cuantos vivimos en España y nos llamamos españoles, hemos de regenerarnos primero, con su esfuerzo cada uno, rindiendo culto á la justicia, transformando mediante el cumplimiento de los deberes públicos y privados la sociedad española, y haciendo ineficaces ó imposibles todas las malas artes de los políticos, hasta colocar en la altura al mejor, ó al más apto, ó al más útil; ó si, por el contrario, la redención ha de venir como vino la culpa, «de arriba á abajo» mediante el ejercicio de un poder sabio, bienhechor, que predique y practique la justicia, que persiga la inmoralidad y el fraude, que corrija con mano fuerte abusos y demasías, que premie á los mejores y haga del bien, de la honradez, del talento y del trabajo, condiciones tan necesarias para triunfar en la lucha por la vida, como hoy lo son la influencia, el compadrazgo y el favor.

Esta es la antítesis, la oposición que yo formulo diciendo: «¿un país ó un hombre?»; este el problema que me propongo resolver, echando mano de la sociología y de la historia, é investigando en el pasado y el presente los rasgos propios de nuestro *genio nacional*, ponderado por unos como *summum* insuperable de perfecciones y virtudes, desdeñado por otros como mezcla monstruosa de impurezas y vicios, por pocos estudiado serenamente, desde un punto de vista científico.

Todo habré de tocarlo á la ligera, porque el tema es tan amplio que llenaría holgadamente

sendos volúmenes de apretada lectura, pero todo procuraré tratarlo con seriedad; y los errores de juicio que cometa tendrán al menos la disculpa del honrado propósito que me guía, del noble afán de rendir culto á la verdad, que es la gran diosa de la ciencia.

Y si consigo, como espero, demostrar que no España, sino la «gentecilla» que gobierna empinándose sobre el montón anónimo, para que este la crea de extraordinaria estatura, es la culpable de nuestra decadencia; si consigo probar que hay en la raza á quien se acusa de haber degenerado, hasta hacerse incapaz de redención, materia excelente para constituir un gran pueblo, culto, rico, lleno de vida y de poder, creeré que no he perdido enteramente el tiempo consagrado á escribir estos renglones y que tampoco podrá decir que le malgasta quien paciente los lea.



II

LA FUERZA Y LAS IDEAS



ÁLLASE el mundo—ámplo escenario en que la humanidad se desenvuelve, cayendo y levantándose, siempre imperfecta y siempre ansiosa de perfecciones—partido en continentes, razas y pueblos, que como seres colosales se disputan la hegemonía de la tierra, unas veces en luchas sangrientas y ruidosas, acompañadas del estrépito de las armas, y otras veces en luchas pacíficas y sordas, en que cañones y sables y fusiles son sustituidos por ideas que tienden á difundirse, y por productos agrícolas ó industriales que inundan los mercados saltando las fronteras, y determinan crisis agudas en los pueblos vencidos por la invasión.

Hay pueblos decadentes, envilecidos, naciones de esas que llamó *muertas* no ha mucho

Salisbury, que un día hicieron, sin embargo, gran papel en el mundo, llevando sus ideas, su comercio, su civilización y sus armas, sobre caminos alfombrados de laurel y de roble, á todas las latitudes; y hay pueblos grandes, prósperos, ricos, poderosos, que en la fase científica y en la fase industrial y comercial, como en la fase guerrera, imponen á los débiles la ley inexorable de su fuerza avasalladora.

Consúmense los primeros en disputas estériles y nutren su alma *del glorioso pasado*, sin cuidar del presente ni prepararse á la conquista del [porvenir; languidecen en ellos las artes y las ciencias y escasean las manifestaciones del esfuerzo y de la iniciativa individuales; suele la agricultura ser rutinaria; pobre la industria é incapaz de afrontar la concurrencia universal; temeroso y raquítico el comercio, que no vuela como las águilas caudales sobre las altas cordilleras, abarcando tierras y mares, seguro de su propia fortaleza, sino como el gorrión, que apenas sale de los contornos del corral en cuyos muros labró el nido; y sobre el cuerpo desmedrado de estos países suele alzarse, á guisa de cabeza, una legión de funcionarios capitaneada por unos cuantos hombres que se titulan gobernantes, sin fe en el pueblo cuyos destinos rigen, sin ideales, sin otras ambiciones ni otras ansias que aquellas que se cifran en ir viviendo al día del mejor modo, y haciendo, al paso, que, á costa del país, viva, también del mejor modo, *la clientela política*, encaramada en los destinos públicos.

Y mientras esto ocurre en las *naciones muertas*, los *pueblos vivos* lo invaden todo y todo lo dominan. Un ideal común flota sobre los pensamientos y ante él se apagan discordias y disputas, como las olas se deshacen al tocar en la playa; un soplo, que parece por lo potente venido de lo alto, empuja y encadena las voluntades; son los campos jardines por lo cuidados, huertos por lo fecundos, en que una mano inteligente sujeta á su servicio la naturaleza y fuerza con abonos, con riegos y con máquinas, la producción del suelo; álzanse en las ciudades bosques de chimeneas, que, como inmensos incensarios del progreso, lanzan el humo en espirales hacia el cielo, y en los talleres, ejércitos de obreros trabajan sin descanso, tejen, tornean, funden, graban, cepillan y roblonan, transformando y enriqueciendo la materia; vomitan sin cesar libros las prensas, recogiendo ideas é inventos de los sabios, fábulas y creaciones de los artistas; el comercio se extiende á todas las zonas de ambos mundos y surca el mar en barcos colosales, amparado y cubierto por el pabellón de la patria; y para abrirle paso, si es preciso, para impedir que otros lo cierren, la estatua de la fuerza corona el pedestal levantado por el arte, la ciencia, la agricultura, la industria y el comercio, con su séquito de ejércitos numerosos y aguerridos, de acorazados y cañones...

Al contemplar este contraste entre unos y otros pueblos, entre los fuertes y los débiles, y al ver á nuestra España rota y maltrecha,

desangrada y vencida, formando entre estos últimos, cúbrese el pensamiento involuntariamente de sombras y de dudas; se siente que penetran en el alma las nieblas frías del desaliento; parece que es inútil á los caídos toda ansia de redención y que en su propia inferioridad llevan escrita su sentencia de muerte. Es necesario, sin embargo, sacudir esas dudas, disipar esas sombras y aventar esas nieblas. Los caídos se levantan y se hunden los colosos. En el rodar continuo de la historia son grandes de hoy los pigmeos de ayer, como serán pigmeos mañana los grandes de la víspera.

El hecho es innegable, tan innegable que ni exige siquiera demostración; mas si valé la pena de que nos detengamos un momento en la investigación de las causas. ¿Cómo se verifican esos cambios, esas caídas, esas resurrecciones?—¿Son obra colectiva de una raza que se transforma?—¿Son obra individual, en el origen, de una dirección buena ó mala, que desde arriba á abajo se difunde de capa en capa, por el cuerpo social, ennobleciéndole ó degradándolo?

Sentemos por de pronto una afirmación terminante y consoladora, en cierto modo, para cuantos rendimos pleitesía al poder invencible de las ideas. La fuerza, que parece á primera vista reina y señora de los destinos de los pueblos, no es capaz, por sí sola, de crear nada y aun casi estoy tentado de sostener que no es capaz siquiera de destruir.

Suelen las grandes transformaciones sociales ir acompañadas ó precedidas por el estruendo de las guerras, pero no han sido nunca producto suyo, producto de las luchas de hombres contra hombres, sino que reconocen como causa la difusión y el triunfo de una idea.

Cuando un pueblo guerrero invade otro pueblo, y es superior á él en cultura, los vencidos se transforman copiando al vencedor y se realiza la doble absorción del territorio esclavizado por las armas y del espíritu atraído por las nuevas ideas; pero si no acompaña al esfuerzo bélico la supremacía intelectual, si los vencidos en la lucha son superiores al invasor en las artes pacíficas que constituyen el nervio de la civilización, los vencedores se truecan pronto en vencidos, no imponen su modelo, sino que copian el extraño, y más parecen, al cabo de algún tiempo, gente inferior que estudia en país ajeno cosas de que en el suyo no halló noticia, que dueños y señores del pueblo conquistado en lid sangrienta.

No fué la espada de Alejandro, fué la cultura helénica quien sojuzgó más pueblos bajo el imperio macedónico. Roma, invadida por los bárbaros, se deshace y no queda ni sombra de aquel poder inmenso, no igualado jamás por ningún conquistador de la tierra; pero los vencedores se romanizan donde quiera que llega el galopar de sus caballos. Y la Roma deshecha, vencida, destrozada, prolonga su conquista que se extiende con Carlo-Magno á los germanos, con Guillermo el Conquistador á los anglo-

sajones, con Colón á la América, con ingleses y rusos al Asia y la Oceanía...

¿Y qué mayor ejemplo de esta verdad que nuestra guerra de la Independencia, en que logramos rechazar y vencer al capitán del siglo, al gran Napoleón, mas no pudimos hacer que repasasen la frontera, con el ejército vencido en la batalla de Vitoria, las ideas nuevas de la Francia intelectual, fundidas en los hornos de la revolución al espirar el siglo XVIII? ¿Qué mayor prueba de esta verdad que nuestras mismas Cortes de Cádiz, salvando á España de extranjeros, renegando de Francia y de los franceses, pero copiando en todo las ideas y las prácticas del pueblo á quien combatían y proclamando el dogma de la soberanía nacional, el dogma mismo de los convencionales del 93, en su famosa Constitución del año 12?

Un observador superficial verá en la historia únicamente batallas y conflictos de pueblos contra pueblos, que se resuelven por la fuerza, y podrá atribuir todas ó casi todas las grandes transformaciones religiosas, políticas y sociales, al triunfo de una espada. Quien penetre más en lo hondo, quien investigue y piense, percibirá el trabajo continuo, persistente, tenaz y fecundísimo de las ideas, determinando cambios y evoluciones bajo la superficie ensangrentada por los combates.

España ganó á América por el genial atrevimiento de Cristóbal Colón, por la *osadía prudente y afortunada* de capitanes valerosos como Hernán-Cortés y Pizarro; pero *hispanizó*

á América porque en la proa de sus navíos veleros, entre pendones victoriosos, arcabuces tonantes, y espadas de dos filos, llevó á aquel nuevo mundo su religión, su idioma, sus artes y sus ciencias, el resplandor irresistible de una cultura que tenía que triunfar de la cultura americana. España pierde á Cuba y Puerto Rico, últimos restos de aquel mundo que descubrió y cristianizó, porque eran las defensas de sus cruceros como papel ante las balas de los acorazados enemigos; pero la *sa-jonización* inevitable de Cuba y Puerto Rico, la conquista definitiva, se deberá al mayor vigor de la civilización norteamericana, ante cuya grandeza tendrán por fuerza que rendirse cuatrocientos años de tradiciones.

Supóngase el absurdo—absurdo por desgracia—de una conquista «hecha al revés»; que España vencedora de los Estados Unidos hubiera conseguido recuperar la Florida, el territorio de Texas, lo que fué un día lucido patrimonio de su corona. En tal caso, habríamos dominado con la fuerza en dichas regiones; tendríamos en ellas autoridades dependientes del gobierno español, instituciones y leyes *españolas*; pero no lograríamos en modo alguno *hispanizarlas*, porque en la lucha de civilizaciones y culturas, fatalmente, inevitablemente, triunfan los fuertes: y ni esta es ya la España adelantada y próspera de los Reyes Católicos, ni aquella es ya la América primitiva que nuestros navegantes abordaron.

Puede un David, en ocasiones, derribar, con la piedra certera de su honda, á un Goliat formidable, que contra él cierre armado de todas armas; pero no pueden los satélites ordenar movimientos á los astros. Gigantes ó pigmeos, los vencedores del campo de batalla señalan condiciones á los vencidos, pero, sobre los pactos y capitulaciones que ponen término á la guerra, flota algo inmaterial, algo incoercible, la fuerza y el poder de las ideas, que continúan luchando sin descanso y sin tregua, hasta que, al cabo, triunfan aquellas mejor condicionadas para vivir, y se derrumban y deshacen, como armazón apolillada, las que representaban un estado inferior de cultura. Si el día en que dejamos de ser temidos como potencia militar hubiéramos, al menos, continuado siendo modelo vivo de civilización en el mundo, ¿cómo esa raza anglo-sajona que hoy es una amenaza para la América latina, podría conseguir nunca *sajonizar* un pueblo, por cuyas venas corre sangre española, cuyo espíritu está formado de nuestro propio espíritu?



III

INVENCION É IMITACION



o hay fuerza social comparable á la imitación, que es el medio ordinario, y aun podríamos decir el medio único de difusión de las ideas.

La tendencia á imitar, á repetir, á reproducir un modelo, rige y gobierna, no ya sólo la sociedad humana sino la totalidad del Universo. Sin cantidad no habría ciencia posible, porque la ciencia vive, sobre todo, de la medida y del número, y sin repetición no habría cantidad: todas las ciencias versan sobre hechos similares múltiples, repetidos, que, como dice Tarde, son *los temas necesarios de las diferencias y de las variaciones universales*. «Suprimida la herencia no habría progreso orgánico; suprimidos la periodicidad de movimientos

celestes, y el ritmo ondulatorio de movimientos terrestres, la exuberante variedad de las edades geológicas y de las creaciones vivientes, no habría existido nunca» (1).

Repítese el mundo físico una serie de movimientos vibratorios, periódicos é iguales, por los cuales se explican muchos fenómenos, desde el equilibrio asombroso de soles y de mundos que ruedan sin cesar por el espacio, hasta la transmisión velocísima de la luz que imprime al éter una primera ondulación, cuando nace, y, de onda en onda, se propaga desde el cielo á la tierra.

Repítese el mundo vivo, por la generación, un primer modelo, que desafía á la muerte y, á pesar de ella, se perpetúa, se extiende y se propaga. Con la pareja primitiva, habría concluido el estéril reinado de la humanidad en nuestro planeta, sin esta suerte de repetición extraorgánica, sin esta «ondulación en que las ondas forman un mundo aparte».

Y se repite, se reproduce, se copia, se imita sin cesar en las sociedades, una locución nueva, un procedimiento, un vestido, algo que fué primero genialidad de un hombre y que la imitación incorpora al arsenal de prácticas, conocimientos ó usos sociales.

Toda transformación, toda creencia, todo rito, superstición, costumbre, conocimiento científico, procedimiento artístico ó industrial,

(1) G. Tarde.—*Les lois de l'imitation*; pág. 7. (París, Alcan, 1890).

cuanto sabemos y cuanto practicamos, desde lo más sencillo á lo más complejo, desde el saludo que se hacen dos personas, al cruzarse en la calle, con el sombrero ó con las manos, hasta la más penosa labor matemática, que se resuelve en la pizarra, en serie interminable de cifras ó de letras, fueron primero un hecho individual, una invención: lo que hoy miramos como vulgar, como corriente, no es más que una invención difundida, *socializada*, para decirlo de una vez, por la imitación del modelo (1).

Nadie piense que expongo esta doctrina por el simple placer de torturar el ingenio, rebuscando en lecturas poco frecuentes en España, materia fácil para revestir mi trabajo con un barniz científico. No es la ocasión propicia, ciertamente, para ingeniosidades sin trascendencia ni aplicaciones prácticas; pero yo abrigó la esperanza de que note muy pronto el paciente lector que me acompañe en estos escauceos, la innegable importancia de una teoría que corre en sendos tomos de muchas páginas, por el mundo científico, con los nombres de Tarde, Giddings y Baldwin.

Si nos fuera posible investigar las causas secretas y escondidas de una determinada

(1) La palabra *invención* ha de entenderse aquí en el sentido que le ha dado en sus estudios Gabriel Tarde; como sinónima de «innovación» en cualquier orden de fenómenos sociales. En tal sentido, el campo de la invención se agranda extraordinariamente: la religión, el arte, la política, el derecho, las lenguas, evolucionan, enriqueciéndose con nuevas *invenciones*, ni más ni menos que las ciencias físico-químicas y las artes mecánicas.

transformación social, hallaríamos primero *una idea madre*, un hecho individual, una *invención* ó innovación, que en tal sentido ha de tomarse la palabra invención, en cuanto digo. Después, la idea difundida, extendida por el contagio imitativo, incorporada por el tiempo en forma de creencia ó de deseo, pasa á ser sentimiento que reina en las conciencias y predispone las voluntades á moverse en esta ó la otra dirección; después viene un chispazo que dá fuego á la mina y un pueblo, una nación, un mundo entero, se pone en movimiento; se derrumba un pasado que parecía invencible y se alza un presente que parecía ilusión irrealizable; caen los tronos; se anonadan los grandes, entre sus oropeles y sus grandezas, convertidos por la revolución en sudarios, y se alzan los pequeños, transformando en tisús y terciopelos los andrajosos paños de la vispera.

¿Qué fué todo ello? ¿Por qué esos pueblos caen? ¿Por qué esos otros se levantan? ¡Degeneración! ¡Envilecimiento! ¡Vagancia!—dirá alguno mirando á los caídos. ¡Laboriosidad! ¡Fortaleza! ¡Inteligencia!—dirá mirando al lado opuesto. ¡Todo es verdad! pero verdad que toca á la superficie, que no llega á la médula, á la substancia, donde radica la esencia del problema.

Un modelo en lo alto de inmoralidad, de egoismos, de concupiscencias, de ignorancia, de hinchazón, de escepticismo, inicia las decadencias en lo político, la pobreza en la labor intelectual, el mal gusto en la literatura y en

las artes, la depravación y la licencia en las costumbres. Un modelo contrario purifica la atmósfera, regenera, redime á los caídos y los conduce por nuevos derroteros.

Los grandes cambios, las transformaciones profundas, van asociados siempre á un nombre prestigioso que dirige, congrega, empuja al pueblo, comunicándole su fe y sus entusiasmos, y precedidos siempre de un brote fecundísimo de ideas, enunciatoras de mil deseos antes dormidos, y de mil ansias antes no expresadas.

Una voluntad, un entendimiento, un prestigio; he aquí todo lo necesario para que *Lázaro* abandone su sepulcro y se lance á nueva vida. Gabriel Tarde compara al hombre prestigioso que guía á un pueblo, con el magnetizador que sugiere. No tener sino ideas sugeridas y crearlas espontáneas; he aquí, dice, la ilusión del sonámbulo y del hombre social. «¡Cuántos grandes hombres, de Ramsés á Alejandro, de Alejandro á Mahoma, de Mahoma á Napoleón han polarizado así el alma de su pueblo! ¡Cuántas veces la fijación prolongada de ese punto brillante, la gloria ó el genio de un hombre, ha hecho caer todo un pueblo en catalepsia!» (1).

Donde quiera que tendamos la vista, encontraremos comprobada esta tesis. Una idea redentora lanzada al viento por una voluntad persistente que se consagra á difundirla; una masa sugestionada, que comulga en la idea,

(1) Tarde: *Ob. cit.*, pág. 89.

que se dedica á copiar el modelo puesto en lo alto; una revolución, un cambio, una reforma, realizados por la fe y el esfuerzo colectivos, que fueron antes esfuerzo y fe individuales.

La gran revolución del Cristianismo hácela un hombre-Dios, obrando y padeciendo como hombre, sin ejércitos, sin soldados, sin más armas que la predicación y el martirio, contra el poder más grande que conoció jamás la tierra.

La gran revolución del Islamismo la hace Mahoma, un hijo obscuro de la Arabia, que consigue comunicar su fe al pueblo esparcido por los desiertos arenales, le sugestiona, le arrastra, convierte su indolencia en actividad, caldea su sangre y, cual torrente impetuoso, le lanza sobre el mundo armado del Koram y la cimitarra, ansioso de conquistas y laureles.

La gran revolución de la Reforma, la hace Lutero, un fraile ambicioso y soberbio, contra el Papado, que dominaba las conciencias y contra Carlos V que imponía sus leyes con su espada: y la idea de Lutero conmueve á Europa y se ensangrientan los campos de batalla, y no bastan ejércitos, ni caudillos, ni tribunales, ni concilios, ni excomuniones, á sofocar el grito de rebeldía, en las conciencias donde había penetrado la idea del «libre examen».

Y otro tanto sucede con las revoluciones literarias y artísticas, con las revoluciones políticas, con las revoluciones filosóficas, con cuantos cambios y mudanzas renuevan el pensamiento y marcan en la historia de las ideas el final y el principio de una época.

Se arrastra perezosa, sin remontar el vuelo, la lírica castellana, hasta que Boscán introduce el endecasílabo importado de Italia y Garcilaso le utiliza, enriqueciendo con tesoros insuperables de belleza y ternura las letras patrias.

Se arrastra perezoso el teatro nacional hasta que Lope rompe los moldes viejos y prepara aquel brote hermosísimo en que pronto descuellan Tirso, Moreto, Alarcón, Rojas y Calderón.

El Greco inicia la pintura realista y deposita en ella el germen glorioso que había de llegar con Velázquez á su mayor florecimiento.

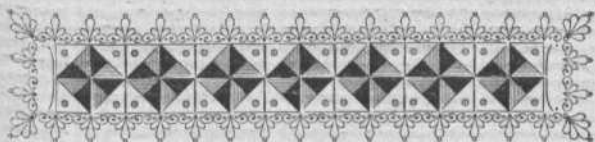
Colón, obsesionado por una idea, es más fuerte que todos los dictámenes de los sabios y todos los Consejos áulicos de los reyes, y hace surgir de entre las sombras de lo desconocido esa América, que fué un día trofeo de nuestras victorias y es hoy viviente testimonio de nuestro despilfarro y nuestra derrota.

Aquella nobleza levantisca, orgullosa, dominadora, que amargara los días de Enrique IV el Impotente, haciéndole firmar por dos veces su propio deshonor, con la proclamación del origen bastardo de *la Beltraneja*, es la nobleza misma que se somete á los Reyes Católicos, vencida y humillada.

Aquella España de los tiempos de D. Carlos II—donosamente caricaturizados en una popular zarzuela—decadente, supersticiosa, degradada, en que unos cuantos frailes exorcizaban y desde el rey al último vasallo, todo el mundo creíase poseído por los espíritus infernales; aquella España sin alientos, sin ideales, sin

brío, sin fortaleza, que á la muerte del hechizado rey pareció próxima á ser repartida entre los monarcas de Europa, como si fuese un troz0 de carne muerta, incapaz de reaccionar contra el cuchillo, era la misma España que con Felipe V otra vez hace alarde de su osadía, guerreando en todas partes con varia fortuna, pero siempre con honor y con gloria y renaciendo de sus propias cenizas.

Y un hombre también, Cromwell, cambia la faz del pueblo inglés, al arrancar del trono y llevar al cadalso á Carlos I; y otro hombre, Mirabeau, es como el alma de la Revolución francesa que barre un régimen y abre una nueva era al pensamiento; y otro hombre, Napoleón, disciplina las turbas desarrapadas y convierte en soldados del cesarismo á los descamisados y terroristas... ¡Por todas partes, sí, por todas, la idea y la voluntad forman la masa, hacen revoluciones, regeneran, cambian, transforman, acreditando cómo una misma raza, un mismo pueblo, pueden rodar en rápidas caídas ó levantarse en ascensiones gloriosas, bajo el influjo de esos puntos brillantes que, colocados en lo alto, atraen y encadenan las multitudes, difunden las ideas de capa en capa, renuevan el pensamiento, crean, en suma, la conciencia, la manera de ser de las naciones!



IV

LAS MULTITUDES Y LOS JEFES

En la época actual, llena de dudas y pobre en ideales, todo vacila y se derrumba todo; desaparecen, víctimas del general naufragio, cuantos prestigios y creencias tradicionales constituían la trama vigorosa de una sociedad que fué joven, con juventud fuerte y lozana, y no acababan de surgir, para ocupar el hueco de ese pasado que se hunde y desmorona rápidamente, las bases sólidas y estables que han de servir de asiento á la sociedad nueva.

Este, que es un fenómeno apreciable en todos los países civilizados, en pocas partes, ó en ninguna, reviste caracteres tan agudos como en España, víctima de las dudas y las desilusiones generales, que amargan el final de

un siglo espléndido en adelantos y en conquistas, y víctima, además, de sus propios yerros, de sus particulares infortunios.

Han caído en descrédito las antiguas ideas políticas y sociales, que eran como la médula de nuestro ser, y se han creado condiciones de existencia y de pensamiento enteramente nuevas, á los terribles golpes de la desgracia. El pasado se defiende con la tenaz obstinación del árbol viejo cuyo podrido tronco sirve de nido á la carcoma, pero cuyas raíces están muy hondas, muy agarradas á la tierra que un día, prodigamente, le alimentó de jugos, adornando sus ramas de hojas y flores; las ideas del presente avanzan en desorden, atropelladas, confusas é incompletas, como un ejército de seres embrionarios, que reclamaran, apresuradamente, puesto en la vida sin haber concluido de formarse; y el momento actual es de batalla, de transición, que tiene no poca semejanza con la anarquía; porque no hay freno arriba, ni disciplina abajo, ni orientación franca y segura en ninguna parte.

Y mientras todo cae, todo se hunde y todo muere, sólo flota sobre el mar encrespado de la época presente la multitud ansiosa de esperanzas, suma de descontentos, de vencidos y de explotados, que aspiran á la dicha, á la victoria, á la redención. «Esta es *la era de las multitudes*, dice Mr. Le Bon; sobre las ruinas de tantas ideas muertas, que ayer tuvimos por verdaderas, de tantos poderes derrocados por las revoluciones, se alza la multitud como el

último soberano de la edad moderna... Ella dicta á los reyes su conducta y no es ya en los consejos de los príncipes, sino en el alma de las multitudes, donde se preparan los destinos de las naciones» (1).

No hallo inconveniente en suscribir estas palabras de Le Bon, con tal de completarlas y aclararlas para que nadie tuerza su sentido. *Esta es la era de las multitudes*, de los «gobiernos de opinión», de la política hecha á la luz del día, en medio de la calle: necio y meneguado quien pretenda caminar contra ellas, caerá vencido, deshecho y arrollado por el torrente impetuoso del *Pueblo-Rey* que no tolera desobediencias ni traiciones. Muertas ó aletargadas, envilecidas ó cobardes, las multitudes españolas, su inercia, su apatía, su laxitud moral, hacen posible la criminal explotación y el desgobierno afrentoso de que nos lamentamos con razón tanta. ¡Ah! si ellas fuesen otras; si reaccionaran contra los que convierten en arte lucrativo la vida pública y en granjería de deudos y paniaguados el presupuesto nacional, el nuevo ambiente ahogaría en poco tiempo caciques y parásitos, para sustituirlos con hombres útiles, inteligentes, honrados, previsores, patriotas...

Pero...—y aquí surge el problema, el eterno problema «de si primero fué el huevo ó la gallina»—¿no hay en España gobernantes que

(1) Gustave Le Bon: *Psychologie des foules*; pág. 5.—París, Alcan, 1896.

merezcan tal nombre porque no hay opinión? ¿no hay opinión sana, viril, fecundadora de energías que nos salven, porque la han agotado y adormecido, poco á poco, las falsías y los amaños «de arriba»?—¿Son espejo del pueblo los directores de la grey, que reproducen sus vicios, ó son por el contrario desdichado modelo que el pueblo copia.....?

Parece que equivale proclamar el imperio creciente de la masa constituida en multitud, á proclamar la creciente anulación del individuo, cuyo impulso inicial hemos juzgado determinante de las transformaciones históricas, gérmen primero y único de grandezas y decadencias colectivas. Yo no conozco, sin embargo, ejemplo vivo que más palpablemente demuestre la influencia dominadora de un entendimiento y de una voluntad—de una voluntad ante todo—sobre la suma de entendimientos y voluntades de una masa, que aquel que nos procura el estudio de la psicología de las multitudes.

La multitud es el gran ser colectivo, lo opuesto, en cierto modo, al ser individual; es el monstruo voluntarioso, apasionado, que arroja, sin vacilar, cuantos obstáculos estorban ó entorpecen su carrera triunfal. Tan falto de reflexión como sobrado de audacia y de energía, no conoce, es incapaz de conocer, la distancia que separa los actos de los deseos y quiere y ejecuta al mismo tiempo. Pero la multitud no es un ser acéfalo: sobre la masa abigarrada,

sobre el bosque de brazos que se levantan en nerviosos y desordenados movimientos; sobre el confuso clamoreo de miles de gargantas que gritan á la vez, enronquecidas por la pasión, se alzan siempre una cabeza que dirige, una voz que electriza á la muchedumbre, trayéndola y llevándola como máquina dócil á sus mandatos, una voluntad que se impone.

No hay multitud sin jefe, sin director, sin guía. Duermen, allá en las almas, sin encontrar manera de salir á la superficie, donde la vida actúa y se manifiesta, deseos, pasiones, quejas y sufrimientos, hasta que surge *el hombre* con alientos bastantes para hacer que despierten de su letargo; y sólo entonces las energías potenciales se transforman en fuerzas vivas, brotando de improviso, como corriente poderosa que nada teme y ante nada se arredra; sólo entonces nace á la vida el ser formado por millones de seres, que como autómatas discurren—si es que discurren—ó, en todo caso, sienten y obran.

El estudio de la multitud psicológica, constituye un interesantísimo capítulo de la psicología colectiva, en que han colaborado, con diferente objeto, mas con igual criterio positivo y científico, hombres tan eminentes y tan observadores como Scipio Sighele, Gustave Le Bon y Gabriel Tarde. No es mi propósito, ni encajaría tampoco en el fin que persigo al publicar estos renglones, dar siquiera una idea de sus trabajos, llamados sin disputa á servir de base á nuevas y más amplias investigaciones, dirigidas en el mismo sentido. Basta á mi

objeto hacer constar que esos autores ya citados y otros como ellos de universal renombre, consideran las multitudes—de cualquier clase que ellas sean, homogéneas ó heterogéneas, honradas ó criminales, religiosas ó políticas—como eco de una fuerza individual, propagada y difundida por la sugestión y el contagio.

«En la religión, en la ciencia, en la política, en los negocios, en cualquier manifestación del espíritu humano, dice Sighele, vemos formarse un grupo de cierto número de individuos, en derredor de pocos, ó de uno sólo. Entonces constituyen una iglesia, una escuela, una clase, un partido, y todos combaten como soldados en batalla, bajo la sugestión de un capitán que personifica mejor que los otros un sentimiento, un interés, ó una idea.

Cuando se dice, hablando de una cuestión cualquiera, *la mayoría es de tal opinión*, se expresa un fenómeno que debería expresarse, para decir verdad, de este otro modo: *la opinión X ha sugestionado á la mayoría*» (1).

Y añade más adelante: «Hay una sugestión inmediata—propia sobre todo de los sentimientos—y hay otra sugestión mediata, propia sobre todo de las ideas... Pero la opinión de la multitud, ya se forme rápida ó lentamente, deriva siempre de la opinión de un solo hombre... La opinión de la mayoría no es nunca la suma de opiniones de los que la componen—esto daría

(1) Scipio Sighele, *La foule criminelle*; pág. 174.—París, Alcan, 1892.

medianos resultados—sino simple reflejo y, por decirlo así, reproducción inconsciente de la voluntad de un solo individuo* (1).

Y lo mismo asegura Mr. Le Bon, cuando dice «en las multitudes humanas, el jefe juega un papel considerable. Su voluntad es el núcleo en derredor del cual se forman é identifican las opiniones. Él constituye el primer elemento de organización de las multitudes heterogéneas y prepara su transformación en sectas. Entre tanto, él las dirige. La multitud es un rebaño que no acertaría nunca á vivir sin dueño» (2).

No multiplicaremos las referencias y los textos, porque es innecesario; basta lo dicho y, en todo caso, basta la personal observación del mundo que nos rodea, de los hechos que diariamente ocurren y que desfilan á nuestros ojos como cuadros de inagotable kaleidoscopio, en el amplio escenario de la vida moderna, activa, complicada, febril, inquieta y verdaderamente insaciable en todo (3).

(1) Sighele: *ob. cit.*; pág. 177.

(2) Le Bon: *ob. cit.*; pág. 106.

(3) La mayoría de los autores que con uno ú otro motivo han estudiado la multitud psicológica, hacen notar el fenómeno—ya de vulgar observación—de que no suelen reflejar las decisiones colectivas—asambleas parlamentarias, jurados, congresos científicos, tribunales, etc., etc.—la suma de opiniones, de sentimientos, de ciencia y de experiencia individuales congregados en ellas. Gabelli procurando explicar este hecho gráficamente expresado por nuestro antiguo adagio *la canóniga buena, la cabilda mala*, dice en su obra *L'istruzione in Italia* que «las fuerzas de los hombres reunidos se dispersan y no se suman» y recuerda la frase de Galileo según la cual «los hombres no son como caballos enganchados á un carro que tiran á la vez, sino como caballos que corren en libertad y entre los cuales uno

Un batallón asalta una trinchera, guiado y enardecido por la viril arenga y el arrojado ejemplo del caudillo. El batallón es multitud electrizada que desafía la muerte, que no la teme, que parece buscarla... Caen los primeros, barridos por el plomo y por la metralla y pasan los segundos sobre los cuerpos destrozados, sin desmayar, serenos, animosos, radiantes, invencibles, como los héroes griegos... ¡Adelante! ¡adelante! grita la voz del jefe, que marcha á la cabeza, erguido el cuerpo con sublime arrogancia y extendida la diestra mano en dirección á la trinchera que es preciso ganar; y el montón de héroes obedece la voz y el ademán, sin preocuparse del sangriento

alcanza el premio». Con mayor precisión científica y más profundo análisis, Max-Nordau, en el capítulo tercero de sus *Paradojas* consigue dar una original explicación del fenómeno: «Puede asegurarse, dice, que, en estado normal, todos los hombres tienen ciertas cualidades representables por un valor común que supondremos igual á x , valor que está aumentado en los individuos superiores, con otro valor, diferente para cada individuo, y que por tanto ha de representarse diferentemente también en cada uno: sea por ejemplo igual á $b\ c\ d$, etc. Esto admitido, resulta que en una asamblea de veinte hombres—todos genios de la más alta categoría—se hallarían 20 x y solamente 1 b , 1 c , 1 d , etc., y necesariamente las 20 x vencerían las $b\ c\ d$ aisladas; esto es, la esencia humana vencería la personalidad individual, y la gorra del obrero cubriría completamente el sombrero del médico y del filósofo». El juicio es exactísimo y la demostración matemática, concluyente. Las 20 x representan el común fondo de sentimientos que ahogan las cantidades individuales heterogéneas é incapaces por serlo de sumarse. Mas la unión de esas x , la fusión, el producto, ¿se obtiene en asambleas, en jurados, en tribunales, y en congresos, de otro modo que bajo la influencia de un prestigio, de un director, de alguien que inicia el fallo ó el dictamen, despertando en todos y en cada uno la simpatía que cuando se hace colectiva anonada las $b\ c\ d$ individuales?

reguero que señala en la tierra su decisión heroica... Mas cae de pronto, muerto ó herido, el jefe, falta el guía, se oye un grito de ¡sálvese el que pueda! lanzado por el miedo entre las filas, y entonces cunde el pánico con tanta rapidez como cundiera pocos minutos antes el entusiasmo: la tropa se desmanda, las manos temblorosas arrojan los fusiles, las caras pálidas denuncian el terror de los corazones; los héroes animosos son ya corderos de un rebaño que sienten cerca los aullidos del lobo y sólo piensan en evitar las dentelladas con la huida.

¿No es este un hecho bien frecuente en las guerras?—Pues ved en él la misma masa, la misma multitud, transformada de valiente en cobarde, en el momento mismo en que faltó el jefe que convertía su arrojo individual y su prestigio en energía colectiva, sugestionando á los soldados con la palabra y el ejemplo (1).

(1) Nuestro Galdós, que como todos los grandes novelistas es un profundísimo psicólogo, ha pintado magistralmente en *Zaragoza* (Episodios Nacionales, 1.^a série, tomo 6.^o) la transformación operada en un pelotón de soldados, por el ejemplo excitador y sugestivo de un caudillo improvisado que es allí una mujer, Manuela Sancho. He aquí un fragmento de esta hermosa página novelesca en que corren parejas la gallardía del estilo literario y la profundidad de la observación psicológica: «En el puente nos agolpamos con pavor y desorden invencibles. Nada hay más frenético que la cobardía: sus vilezas son tan vehementes como las sublimidades del valor. Los jefes nos gritaban:—«Atrás canallas. El reducto del Pilar no se rinde.» Y al mismo tiempo sus sables azotaron de plano nuestras viles espaldas. Nos revolvíamos en el puente sin poder avanzar, porque otras tropas venían á contenernos, y tropezamos unos con otros, confundiendo la furia de nuestro miedo con el ímpetu de su bravura.

—¡Atrás canallas!—gritaban los jefes abofeteándonos.—¡A morir en la brecha! El reducto estaba vacío: no había más que

Y si esto ocurre en una multitud *homogénea*, disciplinada, conocedora de los deberes que le toca cumplir, acostumbrada por la práctica diaria de las mismas funciones al sacrificio de todo móvil egoísta, el fenómeno se realiza,

muerdos y heridos. De repente vimos que entre el denso humo y el espeso polvo, y saltando sobre los exánimes cuerpos, y los montones de tierra, y las ruinas, y las cureñas rotas, y el material deshecho, avanzaba una figura impávida, pálida, grandiosa, imagen de la serenidad trágica; era una mujer que se había abierto paso entre nosotros, y penetrando en el recinto abandonado, marchaba majestuosa hasta la horrible brecha! Pirli, que yacía en el suelo herido en una pierna, exclamó con terror:

—Manuela Sancho, ¿a dónde vas?

Todo esto pasó en mucho menos tiempo del que empleo en contarlo. Tras de Manuela Sancho se lanzó uno, luego tres, luego muchos, y al fin todos los demás, azuzados por los jefes que á sablazos nos llevaron otra vez al puesto del deber. Ocurrió esta transformación portentosa por un simple impulso del corazón de cada uno, obedeciendo á sentimientos que se comunicaban á todos, sin que nadie supiera de qué misterioso foco procedían. Ni sé por qué fuimos cobardes, ni sé por qué fuimos valientes unos cuantos segundos después. Lo que sé es que, movidos todos por una fuerza extraordinaria, poderosísima, sobrehumana, nos lanzamos á la brecha tras la heroica mujer, á punto que los franceses intentaban con escalas el asalto; y sin que tampoco sepa decir la causa, nos sentimos con centuplicadas fuerzas, y aplastamos, arrojándoles en lo profundo del foso, á aquellos hombres de algodón que antes nos parecieron de acero. A tiros, á sablazos, con granadas de mano, á paletadas, á golpes, á bayonetazos, murieron muchos de los nuestros para servir de defensa á los demás con sus frios cuerpos; defendimos el paso de la brecha y los franceses se retiraron, dejando mucha gente al pié de la muralla. Volvieron á hacer fuego los cañones, y el reducto incoquistable no cayó el día 11 en poder de la Francia.

Cuando la tempestad de fuego se calmó, no nos conocíamos: estábamos transfigurados, y algo nuevo y desconocido palpitaba en lo íntimo de nuestras almas, dándonos una ferocidad inaudita. Al día siguiente decía Palafox con mucha elocuencia: *«Las bombas, las granadas y las balas no mudan el color de nuestros semblantes, ni toda la Francia lo alteraría.»*

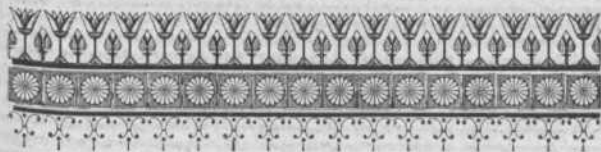
aún con mayor relieve, en esas otras multitudes formadas en la calle con retazos humanos, con gentes de distintas profesiones, de diferente clase y educación; mezcla de blusas, chaquetas y levitas, en que con ser muy vario el colorido de las ropas, apenas si refleja pálidamente la variada coloración de las creencias, ideas y sentimientos. En estas multitudes abigarradas no hay otro lazo que sujete, no hay otro pensamiento, ni hay otra voluntad que tonalicen con un tono uniforme, decidido y enérgico, la masa heterogénea, que los representados por el tribuno que vocea y gesticula, transmitiendo á todas las conciencias su fe ó su indignación, marchando siempre delante de la turba como un apóstol y empujándola al crimen ó al martirio.

Todos los grandes sacudimientos populares, todas las explosiones colectivas, han sido siempre determinados ó iniciados por uno ó pocos hombres: y el fracaso del caudillo ó caudillos de la muchedumbre fanatizada, han producido siempre, como primera consecuencia, la disgregación de la masa. No hay multitud sin jefe, y sólo vive la multitud mientras conserva una cabeza que la guíe.

Es tan grande y tan irresistible la eficacia del esfuerzo individual, ejercitado sobre la multitud, por un hombre de genio, que él basta muchas veces para cambiar completamente ideas ó sentimientos que se manifestaban en forma tempestuosa, dominando al par cerebros y almas. El famoso «*Jacusse*» de Emilio Zola,

lanzado como un guante de caballero á las multitudes francesas, en defensa de la inocencia de Dreyfus, marcó el principio de una lucha terrible que aún conmueve á la nación vecina: aquel arranque generoso de un hombre que se trueca por propia vocación en paladín de la justicia, contra prejuicios y pasiones compartidos por millones de seres, fué recibido con denuestos, con injurias, con amenazas, con procesos. Hoy son ya numerosos y populares los partidarios de Dreyfus y apenas logran excitar á la turba las arengas de Deroulède. La revisión del proceso, resistida con tenacidad muchos años, significa ella sólo un gran triunfo. Tal vez dentro de poco, la misma turba que saludaba á Zola con los gritos de *¡abajo el alemán!* *¡muera el traidor!* prorrumpe en vítores estruendosos al campeón del derecho, al nuevo Don Quijote, que emplea su pluma y su talento y su prestigio, en desfacer entuertos de la justicia humana.

En medio de las sombras que nos rodean por todas partes, es gran consuelo pensar así; pensar que acaso está cercano el día en que las multitudes de nuestra España, hoy ansiosas de ideales, pero faltas de guía y de dirección, salgan de este profundo letargo en que dormitan para gritar «*J'accuse*», como Emilio Zola, á los culpables del desastre y prepararse bajo más sabia y honrada dirección á nueva vida.



V

EL GENIO DE LAS RAZAS



MIENTRAS el vulgo de las gentes, la última capa, seguía creyendo á ojos cerrados en el dogma tradicional y legendario de la superioridad española, y atribuía á nuestra raza, con manifiesto error, virtudes y cualidades que para sí quisieran todas esas naciones, americanas ó europeas, que presumen de sabias, fuertes y laboriosas, otro vulgo formado por los *intelectuales á la moda*, venía trabajando, con afán digno de mejor causa, en la empresa de extender por España su pesimismo, su descreimiento helado é infecundo. Para ellos nuestra raza había cumplido su misión en la historia, ni tan gloriosa, ni tan pura como nos la pintaba un patriotismo

rancio; éramos decadentes, irredimibles, incapaces de todos los esfuerzos que en la vida moderna pueden engrandecer á los pueblos... ¿A qué luchar inútilmente contra el propio organismo lleno de humores y de llagas, que iban acelerando su descomposición inevitable?

Del error quijotesco del pueblo bajo nació su escaso afán de reformas que no creía necesarias; del error egoísta de los *intelectuales*, que bien pronto hizo presa entre los políticos, nació su escandalosa indiferencia ante cuantos problemas planteaba la realidad: y de ambos errores, el recelo, la mútua desconfianza, el estancamiento, la ruina, la decadencia nacional. Siguió el pueblo pensando «yo soy bueno, pero son malos todos los que gobiernan y dirigen»: siguieron pregonando los directores, «todo es inútil con tal pueblo» y allá fué España dando tumbos, el timonel jurando que el casco apoliñado tenía que naufragar, pero sin hacer nada por impedirlo, y tumbada á la larga sobre cubierta la tripulación numerosa, porque sin timonel todo era inútil... Y así llegó el naufragio, y en él estamos, con el agua hasta el cuello, contemplándonos los unos á los otros, mientras cruje la tablazón del barco sacudido por la tormenta y se nos cierra el cielo...

Del error del vulgo no hay por qué hablar ahora: al fin él tenía fe, fe rutinaria pero capaz de grandes cosas, si alguien la hubiese utilizado y capaz sobre todo de enmienda y de mejora: del otro error, del error *sabio* y descreído, importa mucho que tratemos, porque mientras él

viva enseñoreado de los entendimientos, no habrá modo de salir de este estado de postración é indiferencia.

Se ha abusado y se abusa enormemente de la expresión «*genio de un pueblo ó de una raza*» con la cual se pretende, por muchos, explicar las grandezas, encumbramientos, ruinas y decadencias de las naciones. El *genio de una raza*, ese conjunto de supuestas predisposiciones nativas, que irresistiblemente, ó poco menos, tienden á exteriorizarse en acciones, en normas de conducta, en actividades provechosas ó nocivas, no es, sin embargo, lo que se cree generalmente, lo que creyeron Taine y Renan; tal vez no es otra cosa que una abstracción sin realidad, un fantasma, cuya absoluta inconsistencia están á diario demostrando los hechos.

Si reparamos un poco en el alcance que quiere darse á esa expresión, empezaremos por comprender, desde luego, que todas las supuestas aptitudes é inclinaciones colectivas, no son, no pueden ser, aptitudes ni inclinaciones ligadas á elementos orgánicos diferentes, á complejiones naturales distintas. Hoy ya no existen razas puras: mezclas y cruzamientos infinitos de unos pueblos con otros, divisiones, dispersiones, alianzas, guerras, conquistas y emigraciones, repetidos cientos de veces en el transcurso de los siglos, han dado al traste con los tipos de raza primitivos, de que apenas si quedan algunos ejemplares «discutibles» allá en

rincones apartados del mundo, que sólo conocemos por referencias de algún explorador aventurero (1).

Las que hoy llamamos, generalmente, razas, son aglomeraciones humanas con caracteres múltiples desde el punto de vista antropológico, aunque con una cierta individualidad en lo psíquico representada por tradiciones, hábitos y costumbres, transmitidos por la herencia.

De igual suerte que el sedimento de las aguas formó una capa sobre otra, los terrenos en que hoy se alzan nuestras ciudades populosas y nuestras vegas frondosísimas, el

(1) «Si las razas actuales fuesen puras, homogéneas, es decir, tales como las ha hecho la naturaleza, bastaría sumar sus diferencias y semejanzas, tener en cuenta sus variaciones individuales y disparidades patológicas y proceder á su más natural agrupación. Pero el terreno que vamos á recorrer es muy distinto: falta á esas razas la unidad; hanse dividido, dispersado mezclado y cruzado en todas proporciones, en todas direcciones y durante millares de siglos; la mayor parte han abandonado su idioma para tomar el de los vencedores, dejando luego éste para aceptar una tercera y á veces una cuarta lengua: han desaparecido las masas principales, y por lo mismo, más que en presencia de razas, encuéntrase uno delante de pueblos, que se han de clasificar directamente ó cuyos orígenes se trata de descubrir. En otros términos, hay dos clasificaciones que no debemos confundir: la de las aglomeraciones humanas, tales como nos las han dejado el flujo y el reflujo de los tiempos; y la clasificación de las razas, tales como pueden separarse por el más minucioso análisis. La una es etnológica, la otra antropológica... Se habla de las razas germánica y latina, de razas alemana, inglesa y eslava, como si en estos epítetos hubiese algo más que una denominación política, una aglomeración fortuita de elementos antropológicos procedentes de las más diversas fuentes» (Topinard, *Antropología*, pág. 284 y 285. Barcelona, Montaner y Simón, 1891).

sedimento secular de las ideas ha formado las *razas históricas* ó pseudo-razas actuales, cuyo temperamento es más bien hijo del pasado espiritual que del pasado antropológico.

¿Qué raza es, por ejemplo, la española, amasada por iberos y celtas, fenicios, griegos, cartagineses, romanos, visigodos, árabes y judíos, que á su vez eran ya, cuando llegaron á nuestra tierra, producto de anteriores y complicados cruzamientos? (1).

Lo que pesa sobre nuestro presente, lo que imprime carácter y personalidad á los pueblos, no es ya la herencia orgánica de un tipo primitivo de pobladores, de que apenas conserva vestigio nuestra sangre, cien veces trasegada, batida y enmendada en odres nuevos, sino la

(1) «Celtas, pelasgos y germanos, dice el Sr. Macías Picavea en su interesantísimo libro *El Problema Nacional*.—Victoriano Suárez, Madrid, 1899—representan en nuestra población la sangre aria; fenicios, bereberes y moros, provenientes del Africa, la sangre camita; árabes y judíos de igual procedencia, la sangre semítica. Y no contamos los iberos por no ser problema todavía ultimado, el de su clasificación étnica».

Parecida descomposición podría hacerse de cualquiera de las naciones ó pueblos actuales. «En Francia dice Topinard—*ob. cit.* pág. 285—donde la nación es tan homogénea, y la unidad tan completa, hay franceses, mas no raza francesa. Vense en ella: al Norte los descendientes de los belgas, de los walones y otros kimris; al Este los de los germanos y burgundios; al Oeste normandos; en el centro celtas, que en la misma época en que nació su nombre estaban formados de extranjeros de distinto origen y de autóctonos; y, finalmente, al Mediodía, antiguos aquitanios y vascos; sin contar una porción de colonias, como los sarracenos que en distintos puntos se encuentran; los tectóagos que han dejado en Tolosa la costumbre de las deformaciones craneoscópicas, y los traficantes que pasaron por la ciudad focense de Marsella.»

herencia tradicional de un pasado creador de ideas, de costumbres, de aficiones y de tendencias que tienen raíces hondas en el alma.

Pero ese pasado, este presente y este temperamento ó genio colectivo, no deben considerarse como armazón recia y cerrada, incapaz de amoldarse á las iniciativas y direcciones individuales que surjan dentro de él, sino, más bien, como producto, como síntesis de estas originalidades personales cuya influencia irresistible, cuya tendencia á la expansión imitativa, ya hemos examinado.

De otro modo serían inexplicables todos los cambios y evoluciones de los pueblos. Si fuera permanente, invariable, el *genio de una raza*, y omnímodo el poder de la tradición, no veríamos nunca propagarse de unas á otras naciones las ideas, las modas y las prácticas; ni morir instituciones que un día merecieron respetuosa sumisión y ferviente culto, á manos de los hijos de sus mantenedores y partidarios; ni arraigar en extraño suelo organismos políticos y sociales, que habían permanecido siglos enteros confinados dentro de otros países, de otras razas.

Y es que el temperamento, el genio colectivo, como dice con su envidiable y acostumbrada precisión, el tantas veces citado Mr. Tarde, «es simplemente la «etiqueta», la síntesis anónima de las originalidades personales—únicas verdaderas, únicas eficaces y activas—que se hallan en continua fermentación en el seno de

cada sociedad, gracias á préstamos incesantes y á un fecundo cambio de ejemplos con las sociedades vecinas» (1).

La aparición continuada, jamás interrumpida, de estas originalidades primeras, que tienden á difundirse, á hacerse colectivas, es el natural contrapeso de la tradición heredada: gracias á ellas la evolución se cumple y el progreso es posible, como gracias á las raíces que en nuestra alma hechó el pasado, las sociedades caminan con pié firme, sin saltos ni cabriolas á que suelen seguir sendos porrazos, magullamientos y averías. Y la tradición sigue cumpliendo eternamente su papel, afianzando las innovaciones que un día lucharon contra ella y defendiéndolas de otras.

La idea nueva y la idea tradicional son una cosa misma después de todo, contemplada en dos momentos diferentes: la una es el ser que nace; la otra es el ser cuya cabeza orla de canas la venerable ancianidad.

De esta manera concebido el *genio de las razas*, vemos que no es un elemento tan decisivo como algunos pretenden en los destinos de los pueblos; que pecan de ligeros cuantos afirman que esta nación ó aquella, son incapaces de enmienda ó redención. Y aun concediendo que lo tradicional en España—el genio ó el espíritu nacional sedimentado en nosotros—constituyera un gérmen de inferioridad y de

(1) G. Tarde *Les Lois Sociales*. Pág. 44. París, Alcán, 1898.

atraso, con respecto á otros pueblos cuyas grandezas y bienandanzas envidiamos, no sería ello motivo suficiente para diagnosticar de incurable la enfermedad que padecemos, sino razón de más para emprender, con decisión y con brío, la obra renovadora que requieren con tanta urgencia las desventuras actuales.

Nuevos ejemplos, nuevas iniciativas, dirección nueva y provechosas originalidades personales, pueden cambiar radicalmente la manera de ser de un pueblo entero, difundirse, extenderse, inundarlo todo, convertir en corrientes cristalinas las aguas pantanosas de la ciénaga, en campos llenos de lozanía los eriales, en actividad la indolencia y en progresivo impulso la rutina tradicional.

Y estas afirmaciones no son teorías de los sociólogos, incubadas en cerebros aislados de cuanto les rodea; no son trabazón lógica de ideas sin realidad, que deslumbra por su aparente consistencia y se deshace, sin embargo, al ponerse en contacto con la vida. Los idealistas, los teóricos, son más bien esos que aún se obstinan en partir la humanidad en dos pedazos, suponiendo á unas razas investidas del privilegio de descubrir y propagar, al paso que otras, sin originalidad y sin alientos, hallanse condenadas á irremediable servidumbre; los que afirmaban en redondo, como si se tratase de algún axioma matemático, que aun la fuerza expansiva y civilizadora de que estaban dotadas las razas superiores, no podría nunca franquear ciertos límites.

Entre los infinitos y rotundos mentís opuestos por los hechos á todas esas pretendidas leyes sociales, que *presidían y regulaban* la evolución de los pueblos, no conozco ninguno tan concluyente y absoluto, como el que se desprende de la rápida y asombrosa europeización del Japón. El genio chino y el genio japonés estaban reputados como absolutamente refractarios á la civilización europea, como el genio griego al monoteísmo, como el genio semítico, en general, al politeísmo en religión, y al sistema parlamentario en política.

«*E pur si muove*»; y, sin embargo, ahí está, á nuestros ojos, un Japón nuevo, flamante, *recientito*, protestando contra las profecías de eterno estancamiento y de eterno *asiatismo*, que le auguraban un estado de fosilización permanente.

Aquel imperio asiático, abroquelado siglos y siglos en sus rancias rutinas y tradiciones, sin comunicación con Europa, ha tomado de pronto un puesto entre los pueblos civilizados (1) desenvolviendo su cultura, su riqueza,

(1) El Japón hoy posee grandes fábricas—la de tejidos instalada en Kanegafuchi emplea 6.000 obreros que se relevan para trabajar día y noche.—«Relojería, porcelana, papel, perfumería, y hasta el artículo llamado de París, dice Le Bon, salen de sus talleres. Mientras que los ingleses han visto reducida la venta de cerillas, de 600.000 francos á 10.000, los japoneses han creado en pocos años una producción de este artículo cuyo valor llegó en 1895 á 2.275.000 francos, vendiendo por diez céntimos quince cajas. En 1890 los japoneses vendieron 700 francos de sombrillas y paraguas: cinco años después, 1.300.000 francos y así en otros artículos, así en todo. Y como tan enorme producción necesitaba mercados, crearon una marina propia, que la sirviera de vehículo, una marina que hoy mantiene servicios bimensuales.

su industria, su comercio, su política y su poderío militar, en términos tales, que ya es rival temible, ó cuando menos considerado en mucho, para aquellas mismas grandes potencias europeas que hace treinta años intervinieron su organización interior imponiéndose con las bocas de sus cañones, y hace muy pocos le negaban la consideración que disfrutaban no ya los pueblos fuertes, sino hasta los pequeños Estados de Europa y América en sus relaciones jurídicas.

El genio histórico, tradicional de esa raza, ha cambiado radicalmente en pocos años, al calor y á los golpes de una revolución formidable, que abrió paso en los palacios de Tokio á las nuevas ideas de progreso y civilización.

No hay pues que desmayar: por mucha fuerza que tenga entre nosotros la rutina nadie nos supondrá tan refractarios á la vida moderna como parecían serlo los japoneses de antaño. Todo ello prueba, en suma, que se hermanan nuestras teorías con la práctica; que no hay pueblos marcados con un signo de eterno envilecimiento: que tienen mucho de ideologías sin realidad, esos estudios en que se distribuyen á granel los papeles entre las razas ó pseudo-razas actuales.

con Bombay y la Australia y que muy pronto los establecerá con Inglaterra y con Francia, y en que una sola empresa (*Nippon Yusen Kaisha*) posee 47 grandes vapores que hacen la competencia á la compañía inglesa Peninsular y Oriental. En fin, el movimiento comercial del imperio (importación y exportación) que era en 1875 de 47.300.370 yens, llegó en 1897 á 382.435.849 yens*.

Hemos caído muy abajo; pero no ciertamente porque escaseen en nuestra «familia histórica», en lo que constituye nuestro «pasado espiritual», gérmenes civilizadores capaces de dar frutos espléndidos, tan vigorosos y ricos en substancia como los que han determinado la prosperidad de otras razas. Cuando se nombra á los anglo-sajones, como síntesis de todas las cualidades que aseguran el triunfo, y á los latinos como síntesis de todos los defectos que conducen al vencimiento y á la ruina, pienso que se cometen una gran injusticia y un gran error, y que se toma por causa lo que no es más que efecto de direcciones buenas ó malas, de «originalidades primeras» que como enorme mancha ha extendido la imitación de capa en capa.

Las razas decadentes, agotadas, envilecidas, muertas, no son capaces de levantarse en pocos años, en gloriosa resurrección, al conjuro de una voluntad poderosa: y cuando se levantan es que no estaban muertas, sino más bien adormecidas; es que los organismos vivos responden de igual modo al narcótico, que paraliza y entumece, que á la revulsión salvadora.

Demolins, en su obra «En qué consiste la superioridad de los anglo-sajones», todo quiere explicarlo atribuyendo á los pueblos de formación *particularista*, condiciones de vida extraordinarias, al paso que los pueblos de formación *comunista*, nacen—según afirma—con una marca de inferioridad evidente. El elemento sajón—*particularista*—crea hombres

aptos para la lucha, acostumbrados á fiar en el esfuerzo personal, «en sí mismos»; el elemento latino—*comunista*—crea hombres que se apoyan «en los demás, en el Estado» y esta distinta formación es, según Demolins, la clave de la expansión anglo-sajona que todo lo avasalla y lo domina (1).

Pero yerra gravemente, á mi juicio, el insigne sociólogo—cuya obra, por lo demás, es digna de meditación y de estudio.—Ni todas las virtudes que atribuye al *particularismo* son virtudes, ni siquiera en justicia puede afirmarse que las poseen las dos grandes naciones anglo-sajonas. Entre los caracteres que asigna á esos pueblos «modelo» figura, por ejemplo, la *repudiación del militarismo* y parece imposible que un espíritu observador y penetrante como el de Demolins, no haya advertido que lo que son ejércitos de soldados y presupuestos de Guerra en las grandes potencias continentales, son escuadras de acorazados y cruceros, y presupuestos de Marina, en las islas Británicas; que si acá padecemos la fiebre aguda del «militarismo terrestre», allá padecen otra fiebre de «militarismo oceánico», que devora recursos como la nuestra, que exige hombres, que consume energías, arrebatadas á la labor pacífica de la producción (2).

(1) Edmond Demolins. *A quoi tient la supériorité des Anglo-Saxons*; pág. 53.—París. Maisón Didot.—(De esta obra ha publicado una versión española, con un interesante prólogo Santiago Alba.—Madrid, Victoriano Suárez, 1899).

(2) Durante el año actual el efectivo de la marina inglesa, comprenderá 110.640 hombres, una vez matriculados los 4.250

A echar por tierra esta quimera del antimilitarismo sajón, ha venido también la última guerra hispano-americana: los Estados Unidos, después de ella, aumentan sin cesar los batallones de la República y se disponen á reforzar considerablemente su escuadra, satisfechos del éxito de la fuerza, resueltos á emplearla, como razón suprema, contra los débiles, aunque el derecho les asista y ampare.

Y otro tanto podríamos afirmar, reduciendo á sus verdaderos y propios límites, las *excepciones* del tipo anglo-sajón—hiperbólicamente cantadas por Demolins,—de los demás caracteres que asigna á ese tipo especial de patriotismo, «*fundado sobre la independencia de la vida privada*», que es propio de los pueblos de «*formación particularista*». *La facilidad extraordinaria con que un individuo se expatria, sin espíritu de retorno*, convencido de que la patria es simplemente «*aquel lugar del mundo en que se puede vivir libre*» (1), hállola menos pura, menos espiritual, más mezquina, que esta otra forma «*rancia*» de nuestro patriotismo, que ojalá perdurase con el vigor que tuvo

con que se aumenta la marinería. El presupuesto ordinario y extraordinario de Marina, se eleva á 26.594.500 libras esterlinas—*más de 664.000.000 de pesetas, calculando los cambios á la par*.—El lord del Almirantazgo Mr. Goshen, ha anunciado la construcción de dos nuevos acorazados de combate, dos cruceros acorazados de 9.500 toneladas y otros tres más pequeños, agregando irónicamente, entre el aplauso de la Cámara de los Comunes, que tal aumento se debe «*á la proximidad de la conferencia del desarme*». ¿Tendrá esto Demolins también por síntoma de la repudiación del militarismo?

(1) Edmond Demolins.—*Ob. cit.*, pág. 311.

antaoño, que encadena, cuando no el cuerpo, el corazón y la memoria de los hombres, al suelo en que nacieron, y les hace soñar con sus grandezas, gozar con sus triunfos y padecer con sus quebrantos; patriotismo inspirado por el amor filial que ve en la madre su propio ser y que por ella está siempre dispuesto al sacrificio de la particular conveniencia.

«Todo inglés, dice Demolins», citando á Max-O'rell, «que va á establecerse á las colonias, deja, después de algunos años, de ser inglés: es Canadiense, Australiano, Africano, y jura por su nueva patria. Únicamente por pura cortesía, hacia la madre-común, estos anglo-sajones aceptan gobernadores, exigiendo por de contado, la condición formal de que los tales gobernadores no se ocupen más de política que la reina y los miembros de la familia real» (1).

Entre estos ingleses expatriados que olvidan á Inglaterra, y aquellos españoles de Méjico y la República Argentina, que allí mantienen vivo el culto de España, auxiliándola, generosos, cuando la ven necesitada de ayuda, con suscripciones en metálico, que representan muchos años de trabajo y de ahorro y con alistamientos voluntarios para la guerra, que significan el generoso ofrecimiento de la vida, yo, aun á riesgo de parecer *misoneísta* confieso, sin rubor, que prefiero para mi patria la vieja forma del viejo patriotismo.

(1) Edmond Demolins.—*Ob. cit.*, pág. 312.

Lo que caracteriza, mejor aún que ese culto «á la independencia de la vida privada» el patriotismo inglés, es el afán inmoderado del lucro mercantil, la ambición egoísta y libre de aprensiones, que pone por encima de toda idea y de toda razón los intereses.

Cuando Demolins habla del patriotismo «*fundado en la concurrencia comercial*» propio de las ciudades Mediterráneas, evoca sin quererlo la sombra de Inglaterra, que machaca sin escrúpulo y sin piedad pueblos y razas, con tal que sirva la sangre derramada de vehículo á los productos de su industria. Hasta en la exagerada importancia que concede á los juegos atléticos—entre ellos al *football*, más propio de salvajes que de hombres de inteligencia cultivada—copia Inglaterra las costumbres de Sybaris y Crotona, tan censuradas por Demolins, y el patriotismo estrecho é interesado que tan duros reproches arranca á su pluma (1).

(1) Todo lector de la obra de Demolins, debiera dar también un repaso al libro de Max-O'rell «*John Bull et son île*» en que «burla, burlando», con admirable espíritu crítico y fina sátira, se reducen á su justo valor las virtudes anglo-sajonas. «Los Franceses, dice Max-O'rell se baten por la gloria; los Alemanes para vivir; los Rusos para distraer la atención del pueblo de los negocios interiores. John Bull es un ser esencialmente razonador, reflexivo y moral; se bate para proteger el comercio, para mantener la paz y el buen orden sobre la tierra, y por el bien del género humano en general. Si emprende la conquista de un pueblo es para hacerle ganar dinero y... conocer la Biblia, en una palabra, para asegurar su dicha en este mundo y su salvación en el otro. «Dame tu territorio, yo te daré la Biblia, dice». «Cambiar no es robar, *exchange no robbery*» (Ob. cit., pág. 3 y 4. Sesenta y una edición.—París, Calmann Levy, 1896).

No en la copia servil de las *virtudes*—mejor sería llamarlas «cualidades»—de los anglosajones, sino en el desarrollo y cultivo de nuestras propias energías, deberíamos inspirarnos para enderezar nuestra vida nacional por derroteros distintos de los que originaron la caída. El eminente crítico Julio Lemaître apuntó esta idea refiriéndose á Francia, de una manera elocuentísima: «Ya que tengamos—dice—la desgracia de pertenecer á una «formación comunista», ¿es imposible ennoblecer y hacer beneficiosos esta necesidad y este gusto que hemos guardado, de apoyarnos en la comunidad?... ¿Seremos incapaces de elevarnos hasta el valor anglo-sajon *por caminos que se hallen en nosotros?*—Esta esperanza es ya un consuelo. Otra más fácil, aunque más peligrosa, estribaría en la consideración de lo que, tal vez, falta á nuestros dichosos rivales. Lícito es constatar la paradoja psicológica de esta raza anglosajona, en la cual las virtudes individuales son grandes y fuertes, pero cuya hipocresía pública es abominable, y cuyos actos nacionales son, á menudo, egoistas hasta la infamia. Si nunca el individuo entre nosotros llegase á ser tan fuerte y tan «virtuoso» como nuestros vecinos del Norte, envidiaríamos, por ello, el papel de pueblo de presa que Inglaterra representa en el mundo?—Entre tanto, si no podemos ser los caballeros errantes de la justicia y de la humanidad, si hay cosas que no podemos hacer ya, sería demasiado cobarde no decirlas, al menos públicamente y hasta en los consejos europeos.

En diciéndolas comenzáramos á sentir que valíamos algo más» (1).

Hago más estas palabras de Lemaître que apunta en ellas con gran tino, cómo no es todo despreciable en los pueblos moldeados de manera distinta que Inglaterra. Y agregó aún más; Demolins juzga con apasionamiento el problema no sólo al conceder que todo es bueno en los anglo-sajones, sino al dar por sentado que este régimen materialista moderno, en que los grandes ideales son arrollados por las grandes industrias, haya de constituir el modelo de civilización más elevada (2). En todo caso, sería un grave error el solo hecho de atribuir á las razas ó «pseudo-razas» que hoy existen, virtudes especiales, que dependen de condiciones geográficas ó de herencias históricas que antes de ser herencia fueron un día originalidad de la masa, y, antes aún, iniciativa ó «invención» personal.

(1) *Anglo-Saxons et Français*. Artículo publicado en el *Figaro* el 14 de Mayo de 1897.

(2) Escrito este trabajo, leo en *La Époque*—12 de Abril—lo siguiente: M. Hanotaux, uno de los hombres que más profundamente conocen á su país, se propone demostrar en un libro próximo á publicarse, que hoy, como en los tiempos pasados, Francia camina á la cabeza de la civilización. Demostrará también la superioridad del espíritu de la raza latina, abierto á todas las innovaciones y á todas las grandes ideas, sobre el de la raza sajona, que en el trabajo de innovación que caracteriza al tiempo nuevo se limita á copiar en muchos casos los progresos de la Francia. El libro de Hanotaux, en suma, será un hermoso canto al idealismo, para encarecer su superioridad sobre el materialismo grosero de las razas anglo-sajonas.

La obra anunciada llevará el título de *La France* y provocará sin duda violentas discusiones.

La raza anglo-sajona ocupa un puesto de evidente superioridad en el mundo moderno, y la raza latina, en todas partes, cede al empuje irresistible de su rival: pero estos son simples fenómenos de evolución social y no virtualidades orgánicas; encumbramientos y caídas, cuyas génesis se iniciaron con absoluta independencia de la particular contestura de las dos razas que se pretende comparar. Anglo-sajones y latinos son ya muy viejos en el mundo y no siempre las cosas sucedieron de la propia manera que hoy suceden.

Mientras fué el Mediterráneo la gran vía comercial, los puertos europeos se llamaron Venecia, Génova, Marsella, Barcelona: miles de barcos, como enjambre de una colmena activa y trabajadora, derramaban en incesante movimiento los variados productos de los pueblos latinos por Europa, y alegraban con sus gallardas velas las costas italianas, y nuestras costas de Cataluña, Valencia, Murcia y Andalucía, florecientes, trabajadoras, industriosas, adelantadas, ricas, escala del comercio universal á que contribuía nuestra España con sus sedas, lanas, trigos, papel de algodón, telas, azúcar, azafrán, y sus famosos cordobanes. Resplandecía con brillo irresistible la civilización meridional y, si no fuimos los primeros, entre ellos figuramos, preparándonos para el fecundo brote del siglo XV.

¿Y qué era entonces Inglaterra?—¿Qué frutos producía sudcantada «formación particularista?»—¿En qué se demostraban la vigorosa

iniciativa, el noble espíritu emprendedor, las aptitudes comerciales de los sajones?—¿Con qué flotas contaban que acudiesen, como las flotas de Venecia, al mar Negro, á la Siria y al Egipto, á las férias de Trípoli, Túnez, Argel, Orán y Tanger, para después, costeando España, Portugal y Francia, vaciar en Brujas, en Amberes y en Londres, las mercancías abarrotadas en los sollados?—Los belgas, por entonces, compraban á Inglaterra sus lanas crudas y se las devolvían transformadas en paños. Cuando el Parlamento de Oxford (1261) prohibió su importación, la medida no pudo llevarse á cabo por no haber en el país quien los supiera fabricar y Eduardo III hubo de prometer á los flamencos, para que remediasen con sus artes, en suelo inglés, la ausencia de industria «indígena», entre otras cosas, «buena vaca y carnero cuanto pudiesen comer». Todo el comercio de Inglaterra estaba en manos de extranjeros y hasta que ya mediaba el siglo XIV no se constituyó la primera sociedad mercantil entre ingleses, que se llamó de Tomás Becket, y algo más tarde «de los aventureros» (1). A haber escrito en aquel tiempo su libro Demolins, de fijo no habla del «particularismo» anglo-sajón.

Por un raro contraste de la fortuna, aquello mismo que sirvió de coronación y remate á nuestra grandeza, fué al propio tiempo origen de nuestra decadencia futura. El descubrimiento

(1) César Cantú. *Historia Universal*. Tomo 7.º, pág. 29.—Barcelona: F. Nacente.—1888.

de América, que produjo la maravillosa expansión de nuestra raza y agregó un nuevo mundo á la Corona de Castilla, y trajo á nuestros puertos riquezas fabulosas, que parecían inagotables, arrebató á las costas mediterráneas la situación privilegiada de que gozaron hasta entonces; hizo creer á las gentes que cuando el oro abunda no es preciso el trabajo y fomentó la vagancia; marcó, en fin, el principio de nuestra decadencia industrial y comercial, como contuvieron el germen de nuestra decadencia militar y política aquellas guerras mantenidas por grandes capitanes en los Estados flamencos durante el siglo XVI, á pesar de los triunfos—aún más sangrientos que gloriosos—del duque de Alba y de Alejandro Farnesio.

Desde que el Atlántico sustituyó al Mediterráneo, como gran vía comercial, languideció el comercio en la península; agravó el mal notablemente la desgraciada separación de Portugal, nuestra salida natural hacia América; y fué el golpe de gracia de nuestro antiguo poderío en los territorios que Colón descubriera la emancipación de los Estados Unidos, torpemente ayudada por Carlos III contra las sabias previsiones de nuestro gran hombre de Estado, del insigne conde de Aranda, que adivinó, leyendo en el porvenir, toda la serie de humillaciones y desastres que hemos sufrido en este siglo, hasta ser arrojados á puntapiés de aquella América sacada por nosotros de entre las sombras de lo desconocido, por nosotros

cristianizada, y por nosotros abierta á la civilización y al progreso (1).

Fatalidades de la suerte y errores graves de dirección y gobierno, han traído á España al trance en que la vemos: energías nuevas sabrán vigorizar las virtudes de nuestra raza, que siempre ha respondido con verdadera esplendidez á las iniciativas acertadas.

«Penetrad en uno de esos lugares, dice Unamuno hablando de Castilla—la verdadera forjadora de la unidad y la monarquía española—

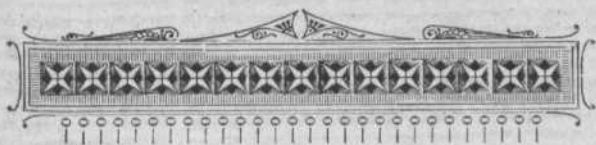
(1) En el escrito dirigido al rey Carlos III por el Conde de Aranda, una vez reconocida la libertad de las colonias inglesas, se hallan párrafos como los que á continuación transcribimos, desgraciadamente confirmados por la realidad triste abierta á nuestros ojos: «Jamás han podido conservarse por mucho tiempo, posesiones tan vastas, colocadas á tan gran distancia de la Metrópoli. A esta causa, general á todas las colonias, hay que agregar otras especiales á las españolas, á saber: la dificultad de enviar los socorros necesarios; las vejaciones de algunos gobernadores para con sus desgraciados habitantes; la distancia que los separa de la autoridad suprema. circunstancias que reunidas todas no pueden menos de discontentar á los habitantes de América, moviéndolos á hacer esfuerzos á fin de conseguir la independencía, tan luego como la ocasión les sea propicia». Y hablando ya concretamente de los Estados Unidos, agrega más adelante: «Esta república federal, nació pígemea, por decirlo así y ha necesitado del apoyo y fuerza de dos Estados tan poderosos como España y Francia para conseguir su independencía. Llegará un día en que crezca y se torne gigante y aun coloso temible en aquellas regiones. Entonces olvidará los beneficios que ha recibido de las dos potencias y sólo pensará en su engrandecimiento... El primer paso de esta potencia será apoderarse de las Floridas, á fin de dominar el golfo de Méjico. Después de molestarnos así en nuestras relaciones con la Nueva España, aspirará á la conquista de este vasto imperio, que no podremos defender contra una potencia formidable establecida en el mismo continente y vecina suya».—Modesto Lafuente. *Historia general de España*. Tomo 15, página 83.—Barcelona.—Montaner y Simón, 1889.

ó en una de esas ciudades amodorradas en la llanura, donde la vida parece discurrir calmosa y lenta en la monotonía de las horas, y allí dentro hay almas vivas, con fondo transitorio y fondo eterno y una intra-historia castellana.....

Estos hombres tienen un alma viva y en ella el alma de sus antepasados, adormecida tal vez, enterrada bajo capas superpuestas, pero viva siempre. En muchos, en los que han recibido alguna cultura sobre todo, los rasgos de la casta están alterados, pero están allí. Ese alma de sus almas, el espíritu de su casta, hubo un tiempo en que conmovió al mundo y lo deslumbró con sus relámpagos, y en las erupciones de su fe levantó montañas. Montañas que podemos examinar y socavar y revolver á la busca en sus laderas de la lava ardiente un día y petrificada hoy, y bajo esta lava los restos de hombres que palpitaron de vida, las huellas de otros» (1).

Bajo la costra helada del presente dormitan, esperando una voz redentora, gérmenes vivos de entusiasmo y de fe. Romper la costra, sacudir la pereza, hacer que actúen las fuerzas que en potencia están sedimentadas en nuestro genio nacional, será bastante para que España resucite, una vez más, á nueva vida.

(1) *En torno al casticismo*.—«La España Moderna» Marzo—1895.



VI

NUESTRA HERENCIA HISTÓRICA



A hemos dicho cómo nosotros entendemos el *genio de las razas*, herencia espiritual de un pasado, creadora de tendencias, hábitos y aficiones agarrados al alma, pero no herencia orgánica que transmita determinadas aptitudes é incapacite á un pueblo entero para estas ó las otras actividades.

Intentaremos ahora proseguir la tarea, analizando, siquiera sea ligeramente, cuál es la herencia tradicional en nuestra España y hasta qué punto ella ha influido en la actual innegable decadencia y puede ser estorbo para el renacimiento que anhelamos.

Se halla muy extendida, sobre todo entre las clases directoras, la idea de que el *espíritu español*, por no decir la raza española—expresión última y quintaesenciada de todos los defectos atribuidos á la raza latina—es refractario al progreso moderno, poco ó nada apto para luchar con otros pueblos, menos nerviosos y menos soñadores, pero más «musculosos» y más «prácticos», en las luchas pacíficas de la ciencia, la industria y el comercio.

En aquella edad ya remota en que á botes de lanza se dilataban los imperios y á golpes de montante se enriquecían los Estados; mientras jugó un papel principalísimo en los combates el valor personal y fué el desprecio de la vida la virtud más excelsa; mientras movieron como acicate poderoso la voluntad los ideales, la gloria y el honor, allá fuimos nosotros con nuestra enseña y nuestro brazo, alta la frente, erguido el cuerpo, rebosando bravura el corazón, á cosechar laureles y ganar territorios, en todo el mundo conocido. Nuestra épica leyenda de la reconquista española, el descubrimiento y sujeción de América y de Oceanía, las guerras mantenidas en Europa durante el siglo XVI, demostraron que ningún pueblo podía competir con España en virtudes guerreras, en esfuerzo, en firmeza y en osadía.

Pero hoy, se dice, las cosas han cambiado radicalmente: hoy, en la paz como en la guerra, no es el hombre sino la máquina, el elemento principal; ella es quien puede conseguir las victorias que antes ganaban el esfuerzo

personal y el valor. Los soñadores, aventureros y «quijotes» de antaño, no servimos para luchar con éxito en esta época de trabajo incesante, de continua preparación y mejora, de industrialismo, de intereses, en que el oro, la previsión, la disciplina, las ambulancias, los transportes, el avituallamiento, la artillería, las corazas, los arsenales y talleres donde en labor pacífica se preparan medios y máquinas de guerra, ó se crea riqueza con que poderla sostener, han anulado por completo las ya rancias virtudes de nuestra raza.

Así discurre mucha gente rendida á la inacción y resignada al vencimiento. Nada de esto es verdad, sin embargo, ó es, cuando mucho, una verdad superficial é incompleta. En el tiempo en que fuimos *aventureros* y *quijotes*, no triunfamos únicamente con la espada; triunfamos en las artes, en las ciencias, en el comercio y en la industria. El despertar brillante del siglo XV á que ya antes de ahora me he referido, no fué sólo militar y político, fué intelectual y comercial; y la relativa grandeza que adquirió España bajo los primeros Borbones, tuvo también igual carácter, lo cual prueba que no hemos heredado únicamente los ensangrentados laureles de nuestras magnas locuras á lo Quijote, sino que también tienen gloriosos precedentes en nuestro pueblo y nuestra raza, las aficiones, estudios y trabajos científicos de todo género y aun esa misma prosa plebeya, pero «pastosa y nutritiva» de los intereses, que

hoy como gran señora reina en el mundo, enderezando la actividad humana por los caminos de la producción y del tráfico mercantil.

Sin remontarnos á aquella época en que España proveía al imperio romano, no tan sólo de trigos, vinos, aceites, lanas, embarcaciones y mil y mil productos de sus tierras feraces, ó de sus artes industriales, sino de emperadores, de sabios y poetas, como Trajano, Adriano, los Sénecas, Lucano, Quintiliano, Silio Itálico, Columela, Floro, Marcial y Pomponio Mela, desde mucho antes que se unieran, con Isabel y con Fernando, las coronas de Castilla y Aragón, renacía ya en España con creciente vigor la agricultura, brillaban como puertos comerciales de primer orden Valencia, Murcia, Alicante, Sevilla y, sobre todo, Barcelona, y florecían las industrias en Aragón, en Cataluña y en Castilla.

Tras la terrible decadencia de Enrique IV *El Impotente*, con los Reyes Católicos, no sólo España adquiere el primer puesto como potencia militar entre las naciones de Europa, sino que logra colocarse también á la cabeza del movimiento intelectual. «Parecía, dice D. Modesto Lafuente en su *Historia General de España*, que Fernando é Isabel poseían el privilegiado don de hacer brotar del suelo español los hombres eminentes y el de atraer y apegar á él los que otros países producían, como un planeta que atrae otros astros formando en derredor de sí grupos luminosos que alumbran la tierra y embellecen el firmamento. Y es que si

los malos monarcas son como los meteoros siniestros, que esterilizan y secan, los buenos reyes son como el sol, cuyo influjo fecundiza y produce. Porque no puede atribuirse á fenómeno casual la coexistencia de tantos hombres eminentes en todos los ramos como ilustraron este período (1).

La reina, por su mano, hilaba las camisas que vestía, ennobleciendo la afición al trabajo, y enseñaba á sus hijas los más humildes menesteres, al propio tiempo que educaba su inteligencia en el estudio. Haciendo corte á aquella mujer excepcional, las mujeres competían en cultura con los varones, descollando entre otras doña Beatriz Galindo, la *Latina*, maestra de la reina; doña Lucía de Medrano y doña Francisca de Lebrija, profesoras en Salamanca y Alcalá, doña María de Mendoza y doña María Pacheco (2).

(1) Modesto Lafuente.—*Ob. cit.*, tomo 8.º, pág. 33.

(2) Esta circunstancia especial, que se dió entonces, de ser una mujer, cuyo ejemplo trascendió á otras mujeres—imitadoras del modelo puesto en lo alto—quien inició las reformas que transformaron á España, debió contribuir poderosamente al éxito completo y rapidísimo de la empresa. Cuantos mediten fría y serenamente en el estado actual de nuestra patria, en la necesidad de poner término á la debilidad perezosa de tantas voluntades rendidas á la inacción y de tantos cerebros esclavos de la ignorancia, tendrán que convenir en que ninguna obra reformadora será honda y duradera, si no abarca el problema de la educación femenina. El corazón del hombre—los sentimientos, las creencias, cuanto influye de un modo más eficaz sobre los actos—se forma en el hogar; y en el hogar la diosa que dicta leyes, que impone gustos, que tuerce ó endereza inclinaciones es la mujer; madre que nutre y amamanta aún más que el cuerpo, con leche de sus pechos, el alma de la prole con la continua infiltración de su manera de ser espiritual; novia

La protección decidida del Trono á literatos y hombres de ciencia, logra que brillen y se destaquen á la vez, Cisneros, Mendoza, Talavera, Lebrija, Oviedo, Palencia, Valera, Pulgar, Almela, Ayora, Oliva, Vergara, Manrique, Bernáldez, San Pedro, López de Haro, Montoro, Cota, Rojas, Encina, Nañarro, Peñalosa, Villalobos y otros muchos «varones doctos y eruditos, como dice Lafuente, en teología, en jurisprudencia, en historia, en medicina, en astronomía, en historia natural, en poesía lírica y dramática, en idiomas, en música, en casi todos los conocimientos humanos», á los que se reunieron no pocos sabios extranjeros, solicitados por los reyes ó atraídos por la fama de nuestras enseñanzas y adelantos.

Los hijos de los grandes, que antes de este reinado sólo aprendían á pelear, arrastrados por el ejemplo de los reyes y el general ambiente de ilustración, cultivaron las letras y las ciencias, y aun hubo algunos, como los del duque de Albay y de los condes de Paredes y de Haro, que desempeñaron cátedras en Alcalá y Salamanca.

Corrían, pues, parejas con las victorias de nuestras armas, los progresos de la cultura

que atrae con sus encantos y obliga al hombre á moldearse según los gustos ó los caprichos *de ella*; esposa que consigue con el continuo íntimo trato y el incesante martilleo, completar la obra comenzada en la cuna. Bastó que gobernara en España una mujer excepcional, para que la imitasen en sus gustos muchas mujeres. Bastó que las mujeres «entraran» en la corriente vivificadora para que España resucitase bajo Isabel I de Castilla.

nacional: y al propio tiempo renacieron en despertar brillante las artes prácticas, la agricultura, la industria y el comercio. «Las reales pragmáticas dan á entender, dice Prescott, por la minuciosidad de sus disposiciones, que se habían hecho considerables adelantos en muchas de las artes mecánicas. Igual testimonio dan algunos escritores extranjeros ilustrados, que habiendo viajado ó residido en el país, á principios del siglo XVI, nos hablan de *los finos paños y de las fábricas de armas de Segovia, de las telas de seda y terciopelos de Granada y Valencia, de las fábricas de paños y sedas de Toledo, en que se empleaban diez mil artesanos, y de las fábricas de cuchillos y cristales de Barcelona, que rivalizaban con las de Venecia.....* Todos alaban la fertilidad de un suelo que producía los frutos de los climas más opuestos; todos celebran las colinas pobladas de viñedo y de árboles frutales, que, según parece, eran entonces más abundantes que hoy en las provincias del Norte, y nos hablan de los valles y deliciosas vegas que ostentaban la riqueza de la vegetación meridional, y de los extensos distritos sobre que hoy día parece que ha caído la maldición de la esterilidad, y donde el viajero apenas encuentra vestigios de camino ó de habitación humana y que entonces estaban llenos de todo lo necesario para el sostenimiento de las populosas ciudades que se levantaban en su seno... (1). Los

(1) William H. Prescott, *Historia del Reinado de los Reyes Católicos*. Tomo 4.º, págs. 378 y 379.—Madrid.—Rivadeneira y

escritores de aquel tiempo no se cansan de elogiarse á Isabel, á quien atribuyen principalmente este feliz cambio del estado del país y de sus habitantes, no menos mágico que algunas de aquellas transformaciones de novelas, producidas por arte de encantamiento» (1).

Bajo la ordenada y solícita administración de los reyes, las rentas ordinarias de la Corona aumentaron extraordinariamente, procurando recursos para cuantas empresas se acometían. En 1477 estas rentas sólo alcanzaban la cifra de 2.390.000 reales vellón: en 1504 ya pasaban de 26.000.000. La monarquía decrepita, agonizante, empobrecida, se convirtió, casi de golpe, en una gran nación, tan admirada por el irresistible brillo de su cultura, como temida por su fuerza.

Compañía.—1845.—El mismo autor transcribe á continuación el siguiente relato en que se describe la ruta de Madrid á Toledo. «Descúbrese á las veces camino y otras no, y muy comunmente atravesamos estensos arenales. Casi no hay que decir que el país que media entre Madrid y Toledo está poco poblado y mal cultivado, porque no es sino una parte de las áridas llanuras que rodean á la capital y que por este lado concluyen en el Tajo... Una gran parte de la tierra se halla erial y cubierta de retamas y plantas aromáticas y sólo de vez en cuando se ve algún trozo de tierra labrada».—(*Inglis-Spain in 1830*). En cambio los italianos Navagiero y Marineo, nos refieren que en sus tiempos «las cercanías de Toledo llevaban ventaja á todos los demás terrenos de España, en la bondad y feracidad de su suelo y que regadas con mucho arte por el Tajo y cultivadas con primor, proveían de toda especie de frutos y productos vegetales á la ciudad contigua. Y ellos mismos pintaban á Madrid como puesta «en el centro de un país delicioso, con vastas campiñas que daban ricas cosechas de pan y vino y de todo lo demás necesario para la vida».

(1) William H. Prescott, *Ob. cit.*, tomo 1.º, pág. 321.

Pero hora es ya de poner término á esta excursión por el reinado de los Reyes Católicos, en que me he detenido con cierta complacencia, no exenta de amargura,—que amargo y dulce es á la vez el recuerdo de las horas alegres en días de luto—para probar que no es exacto que nuestra herencia histórica esté formada únicamente de trofeos militares, ni que el genio de la raza española sea refractario á esas otras conquistas en que no juegan las espadas, sino el entendimiento cultivado por el estudio de las ciencias, ó la labor asídua dedicada á la producción.

¿Será preciso aún aducir mayores pruebas? —Pues ahí está el reinado de D. Carlos II, el último Austria, en que la decadencia nacional llega á un limite insuperable, y ahí están, detrás de él, Felipe V, Fernando VI y Carlos III, hallando entre las ruinas de nuestro pueblo gérmenes de vigor y de grandeza, en todos los órdenes (1).

(1) Mejor que una reseña rapidísima de estos reinados—que pecaría de incompleta—será reproducir las palabras con que el autor de *España bajo el reinado de la casa de Borbón* pone término á su obra: «Apenas podría, dice, existir una situación más infeliz para un pueblo que la en que se veía España en los últimos tiempos de la dinastía austriaca. La sucesión á la Corona completamente incierta: los agentes de las naciones de Europa, en torno al lecho mortuorio de Carlos II, pugnando por arrebatarse su herencia: el pueblo español temblando de ver dividida su bella monarquía: sin marina, sin ejército, arruinada la hacienda: un monarca sin fuerzas para sostener las riendas del Estado y un pueblo obedeciendo de mala gana á un Gobierno carcomido y débil: la superstición triunfante alzando la orgullosa frente é inmolándolo todo á su furor: la agricultura, la industria y el comercio sumidos en la más espantosa decadencia: los

Sólo á un concepto equivocado de la enseñanza de la Historia en nuestras escuelas—la Historia es algo más que sucesión de batallas y reseña de choques que ensangrentan el suelo—y á la contemplación del presente, puedo atribuir esa creencia general y funesta, que nos supone eternos soñadores, eternos locos y eternos

españoles, conservando sólo el recuerdo de su grandeza y civilización pasada, postrados ante un despotismo ignorante: tal era el triste cuadro que ofrecía la monarquía española en los últimos días del afeminado Carlos II.

La escena presenta á fines del reinado de Carlos III un cuadro totalmente diferente. Este mismo pueblo debilitado, envilecido y desdichado, al advenimiento de los príncipes de la casa de Borbón, recupera el lugar distinguido que merece entre las naciones de Europa. Un ejército de más de cien mil hombres, una marina como nunca había tenido España ni en la época de la *Armada invencible*, compuesta de setenta navíos y un número proporcionado de buques menores: la monarquía, aunque se había visto empeñada en guerras que comprometían sus posesiones de Ultramar, señora por acaso feliz de todo su territorio después de la paz de 1773: el soberano gozando de la más alta consideración personal con los reyes de Europa, y árbitro de las contiendas de todos por sus virtudes, por su edad y su probidad: la hacienda en un estado bastante próspero, con medios poderosos para mejorar todos los ramos de la administración interior: abolidas muchas de las trabas que oprimían la agricultura, la industria y el comercio: la autoridad civil no esclavizada por el poder eclesiástico: los privilegios de la corte romana notablemente modificados: las prerrogativas del poder real fijadas y definidas clara y terminantemente: la Inquisición, tan atroz y cruel en otro tiempo, flexible ya y hasta amedrentada ante el poder de la Corona: las ciencias y las letras honradas, recordando los bellos días de la literatura del siglo XVI y ofreciendo en algunas obras que producía, un modelo de exquisito gusto, una perfección que jamás habían podido alcanzar los más de los autores antiguos: las artes alentadas con la protección de un Gobierno bastante ilustrado para conocer cuanto valen: finalmente, una perspectiva de poderío, de paz y felicidad para los pueblos de la península, á la sombra de un poder paternal y tutelar: tal era el estado floreciente de España en 1789*.

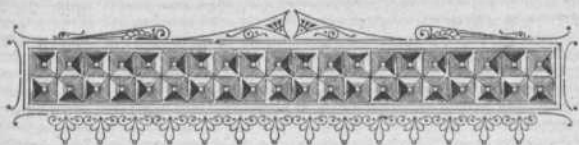
«rezagados» sin reflexión, sin seso, sin voluntad para nada que exija persistencia laboriosa; sin aptitud para elevarnos, como no sea por medio de las propias locuras aventureras.

¡No! ¡no y mil veces no!—Si fuimos grandes en la guerra no fuimos menos grandes en la paz, y ambas grandezas están «sedimentadas» en nuestro genio nacional, condicionándole para brillar de nuevo, aunque hoy se hallen ocultas bajo la costra podrida del presente, como ya lo estuvieron en los tiempos de Enrique IV y de los últimos austrias.

Gran daño nos ha hecho, esa *leyenda de oro* de que hablara con tan suprema elocuencia y tan heroica sinceridad, nuestra ilustre compatriota Doña Emilia Pardo Bazán en su conferencia de París; pero aún ha sido más funesta para la causa nacional, que esa leyenda fomentadora de vanidades indolentes, el descreimiento sistemático en la virilidad de nuestro pueblo, sentido y proclamado como un dogma, por los mismos que tenían á su cargo la difícil tarea de dirigirle. Y aquí recuerdo á este propósito una observación muy juiciosa y muy atinada de nuestro insigne Núñez de Arce, en un artículo publicado en el periódico *El Liberal*: los españoles que en España son perezosos, indolentes, faltos de iniciativas y voluntad, apenas se expatrian revelan condiciones diametralmente opuestas á estos vicios. En las repúblicas hispano-americanas, sobre todo, la colonia española, constantemente renovada, es modelo de laboriosidad, de inteligencia, de espíritu

emprendedor, como si le bastase respirar otra atmósfera distinta de la viciada atmósfera de la patria, para volver por su buen nombre. Sería curiosísimo y además abundante en enseñanzas, un estudio comparativo entre los españoles en España y los españoles en el extranjero. Tal vez lo intente yo algún día.

De nuestro «quijotismo» satirizado tantas veces, podría hablarse mucho: él nos costó magullamientos y caídas, pero él fué germen, en más de una ocasión, de grandezas que hoy disfrutan los Sanchos murmuradores. Algo más fuimos que Quijotes, también: nuestra herencia no es sólo el *yelmo de Mambrino*, y con que hoy acertásemos á que ella diera frutos, habría bastante para sentirnos satisfechos.



VII

HACIA OTRA ESPAÑA

ESPRÉNDESE claramente de cuanto dejamos apuntado, que toda grandeza, como toda decadencia colectiva, fueron en el origen esfuerzo individual, enderezado por caminos de gloria y de prosperidad, ó por derrumbaderos de ruina; que toda costumbre, incorporada á una clase social, á un pueblo entero, por la tradición y por la herencia, hasta llegar á formar parte de su temperamento, fué primero originalidad personal, «invención» de uno ó pocos hombres, luego extendida y difundida por la imitación del modelo; que los pueblos ó razas que en un momento dado parecen próximos á la muerte, refractarios á todo esfuerzo vigoroso capaz de redimirlos, pueden salir—y en muchos casos

han salido—de ese estado de abatimiento y laxitud moral, sólo propicio para que las pasiones egoistas imperen, arrastrados á nueva vida por una voluntad persistente, puesta al servicio de una conciencia recta y de un entendimiento privilegiado; en fin, que nuestro actual evidentísimo atraso, nuestra inferioridad innegable, lejos de ser la consecuencia obligada de falta de aptitudes para vivir la vida de los pueblos modernos, sólo puede explicarse por una ausencia total de dirección, por la falta de fe, de iniciativas, de ejemplos provechosos de nuestras clases superiores—de nuestros gobernantes especialmente—como se explican y comprenden de igual modo las decadencias que llegaron á su apogeo bajo Enrique IV y Carlos II y que fueron seguidas por un sacudimiento vigoroso y un despertar brillante de las energías nacionales.

La teoría del «grande hombre» engrandecedor de un pueblo, tan combatida por Taine, vuelve hoy á estar en boga y cada día parece más conforme con la verdad histórica y los progresos de la sociología (1). No son los gran-

(1) Stuart Mill en su *Lógica*, y Tarde en una de sus mejores obras—*La Oposición Universal*—defienden esta tesis, llegando el último á afirmar que la eficacia de la acción personal en la dirección colectiva, lejos de disminuir, más bien aumenta, á medida que es mayor la cultura y más adelantada la civilización. «Para remover, dice, las masas de hoy, que se cuentan por cientos de millones en el mundo europeo, para suscitar en ellas un estallido revolucionario que las lleve, por ejemplo, hacia un ensayo general de colectivismo, se necesita una fuerza inmensa. Pero la prensa es esa fuerza. ¿Es cierto, por otra parte, que para imprimir á nuestras naciones europeas esta desviación

des hombres, como se ha pretendido, producto natural de un ambiente, de una raza, de un pueblo, de una época, sino creadores suyos, que con su genio, con su palabra, con su energía, con su labor tenáz, imponen á todos un modelo y movilizan las energías sociales, antes dormidas ó mal aprovechadas. La misma tierra estéril en manos torpes y holgazanas, se muestra pródiga y fecunda para el cultivador inteligente y laborioso. ¿Cómo la pobre España de Enrique IV había de producir aquel ejército de hombres cultos, de capitanes esforzados, de gobernantes y maestros, que floreció bajo el reinado de los Reyes Católicos?

Hoy se hallan frente á frente la España vieja, corrompida, viciada, perezosa, y la «España nueva» que pide plaza y pugna por vivir.

Las Asambleas de Zaragoza, á pesar de sus muchos é innegables defectos; el continuo predicar de la prensa, que si no olvida por completo sus antiguas querellas, ni sus prejuicios sistemáticos, de bandería ó de partido, se muestra cada vez más cuidadosa en la propagación y en la defensa de ideas y soluciones verdaderamente prácticas é interesantes para el país; la multitud de libros, folletos, discursos y conferencias, impresos ó pronunciados en los

incalculable de sus destinos, se precisa más energía, que la que hubo de necesitar Pedro el Ermitaño, en la Edad Media, para lanzar un mundo á la aventura de las cruzadas? No olvidemos, que tanto más se civilizan é intelectualizan los pueblos, tanto más son inestables, volubles y deseosos de cambio.—(*L' Oposition Universelle*, pág. 330, París, Alcán, 1897).

últimos meses, en que se estudia y se examina con verdadera frialdad de juicio, *nuestro problema nacional*; esos chispazos que aquí y allá denuncian que padecemos «hambre y sed de justicia y renovación», son sin duda los primeros sacudimientos de una tierra mucho tiempo infecunda, que se prepara á producir, á crear. ¡Caldeemos esa tierra; labremos sin cesar con el arado; ayudemos sin tasa, con entusiasmo generoso, á quienes depositen sobre los surcos la semilla!

Si todos maldecimos de la funesta indiferencia con que acogió el país la noticia de sus humillaciones y sus desastres, y la apatía vergonzosa en que nos consumimos, sin luchar bravamente contra la adversidad, no seamos reos de un crimen aún mayor, aplastando los corazones animosos que aún tienen fe en el porvenir.

Tristes son las planicies heladas, sin relieve, sin accidentes, uniformes en todo, de la naturaleza. Pero son aún más tristes y son más infecundas, las planicies heladas del espíritu, las tablas rasas donde nada descuella ni se levanta, donde nada se quiere que descuella, y parece que una inmensa guadaña siega constantemente iniciativas, ideas, movimientos, que apuntan y se esbozan.

Vivimos divorciados los unos de los otros porque la estepa aísla aún más que las montañas y es nuestra pobre patria como una inmensa estepa espiritual, «tierra fría» que difícilmente trasuda con el calor del entusiasmo. Al

calor se funden los objetos, y al fundirse se mezclan, se amalgaman, se estrechan y se confunden; y al calor las ideas se propagan, se cruzan, se eslabonan, se armonizan, se enriquecen, con el continuo cambio y el incesante movimiento. Por el contrario, el frío todo lo petrifica: si se atiende á lo físico, hasta la ola que rueda sobre el mar, encrespada, con penachos de espuma,—fuerza viva, movimiento incesante—se convierte en el Polo en pedazo de hielo, en bloque inerte; y si se atiende á lo moral, hasta la idea, que es lo más impalpable y lo más puro, hasta la pasión misma que es lo más fuerte, lo más intenso, la palanca más poderosa para mover la voluntad, se entumescen, se hielan, cuando duermen en los cerebros ó en las almas el sueño del aislamiento, que es el sueño de la infecundidad.

Ya que escaseen entre nosotros las voluntades firmes y capaces de luchar contra el medio, aprovechémoslas sumándonos á su obra, con lo cooperación del entusiasmo, donde quiera que asomen. Así sus energías podrán aprovecharse en la tan necesaria reconstitución de la patria, en vez de consumirse en disputas estériles.

Este fraccionamiento atomístico de todos los esfuerzos—hasta de los mejor intencionados—y esta invencible repugnancia á la cooperación, que sentimos los españoles, es acaso entre todos los obstáculos, con que habrá de luchar quien acometa una labor reformadora, el más difícil de vencer.

Necesita la humanidad de hombres que *inventen*, que inicien, que caminen á la cabeza del montón, siendo como sus guías y precursores; necesita también de hombres que *imiten*, que secunden, que sigan. La difusión de las ideas desde las capas superiores hasta las capas inferiores, la difusión del entusiasmo desde el corazón del orador á los corazones del público, la difusión de la fe desde el propagandista á los catecúmenos, de la enseñanza desde el maestro á los discípulos, todo es la misma cosa: calor, unión, amor, esfuerzo individual que se propaga y esfuerzo colectivo que se crea.

¡Tengamos fe! Tengámosla y prediquémosla! Pongamos todos en la obra nuestro grano de arena y haremos la montaña! Los entusiasmos brotarán de la unión porque jamás fué fría la muchedumbre.

Que nadie se disculpe, una vez colocado en las alturas, desde donde se rigen y gobiernan los destinos de España, acusando al pueblo, á nuestro pobre pueblo, de ser ingobernable, apático, indolente, perezoso, poco instruido, ligero y neurótico en ocasiones.

Verdad es que en España estudiamos menos, sabemos menos y trabajamos menos que en Francia, en Inglaterra ó en Alemania; verdad es que los campos están abandonados mientras acuden á las ciudades, en romería interminable y dolorosa, hijos de labradores buscando un título académico y después un destino con que vivir, sin que les tueste la piel

el sol de Agosto, sobre la alfombra dorada de las eras, ni se la agrieten en invierno los hielos, cuando guíen el arado por los interminables páramos de Castilla; verdad que está muerto ó medio muerto entre nosotros el espíritu de asociación, gran palanca del florecimiento industrial; verdad que á las que fueron nuestras colonias sólo supimos enviar frailes, soldados y funcionarios, mientras otras naciones enviaban cargamentos de mercancías; verdad que es el matute, la ocultación, el contrabando, el «escamoteo de tributos» un vicio nacional; verdad que se utiliza el sufragio en provecho de los caciques, sin atender los méritos de quien lo solicita, ó se vende en mitad del arroyo por un puñado de pesetas; verdad, en fin, que si el poder central no es modelo de seriedad ni de pureza, también se hallan viciados y corrompidos los organismos provinciales y municipales y son diputaciones y ayuntamientos, generalmente, nidos de aprovechados y vividores, que sin pudor y sin recato pisotean las leyes y olvidan la moral... Pero estos hábitos, estos vicios, toda esta serie de tumores sociales, que descomponen y gangrenan el desmedrado cuerpo de España, en lo alto se iniciaron y desde lo alto descendieron transmitiéndose al organismo; son, sí, como un reguero de pus que corre por la sociedad española, pero arriba se encuentra el manantial.

¿De qué sirve dentro del régimen que *padece*mos el trabajo, de qué la ciencia y de qué la virtud?—Trabajadores, sabios y virtuosos, que

no se rinden ni se doblegan ante la triste realidad de una atmósfera viciada, caen arrollados y vencidos, mientras se encumbra y medra amparada por el favoritismo la osadía: ¡Y hay que vivir! ¡Hay que triunfar! ¡Hay que escalar la cumbre de cualquier modo! ¡Hay que echar mano de las únicas armas utilizables en la lucha! Se necesita para medrar ser funcionario, político sin ideas, tertulio ó yerno de un personaje, gran elector de una comarca y eso codicia y eso ambiciona la juventud que sale de nuestras aulas... ¡la juventud que es por instinto generosa, idealista, activa y renovadora...! —Pero haced desde arriba que no sirva de nada todo eso; rehágase la instrucción, premiese el mérito, estimúlese el trabajo, purifíquese la administración pública, y esos mismos *funcionarios, tertulios, yernos y caciques*, tendrán que ser, para vivir, labradores que cuiden de sus tierras, comerciantes que busquen salida á sus productos, industriales que utilicen la gran riqueza del subsuelo español, ingenieros que construyan puentes y vías y canales, ó dirijan talleres ó explotaciones agrícolas y mineras, gente sana que nos empuje por la amplia vía del progreso moral y material ganando honra y provecho para sí y para la patria. Hágase útil el bien y seremos buenos, que es absurdo pedir á un pueblo entero la práctica del bien cuando esa práctica le conduce al martirio.

El heroísmo es virtud rara y nada menos se necesita que ser héroe, para sufrir sin

doblegarse, «desde abajo», la presión reiterada y las violencias «de arriba».

¿Quién es capaz de sostener que nuestro pueblo es ingobernable, nuestro pueblo que ha dado para la guerra, sin lanzar un quejido, 300.000 soldados, que eran alma de su alma y carne de su carne?—Si este pueblo soporta sin protestar tantos ultrajes y tantas injusticias,—y ese es su gran pecado—¿quién es capaz de creer que rechazaría una dirección sabia, moral y previsora, que le empujase por derroteros salvadores?

Ha padecido España tantos falsos profetas que en nadie cree y á ninguno hace caso. Pero la iniciación de una política honrada que convirtiese pronto en realidades las promesas, convencería á los incrédulos y obraría el milagro de la restauración de la fe cuya carencia hoy lamentamos.

Siempre que oigo culpar á nuestro pueblo, á la nación, de nuestros males, acude á mi memoria el recuerdo de aquel pobre Makar de una moderna novela rusa (1), trapisondista, embustero y borracho, pero más desdichado que pecador, á quien le fueron perdonadas todas sus culpas, en gracia á los ultrajes y sufrimientos de que fué víctima en el mundo.

Yo no veo más que dos caminos para salir de entre estas ruinas que nos rodean por todas

(1) *El Sueño de Makar* por Uladimiro Kosolenko, «La España Moderna».—Diciembre—1898.



partes. Una dirección nueva, ejercitada sabiamente desde el poder, que corrigiera con mano fuerte los malos hábitos y fomentara aquellas inclinaciones de cuya práctica y cultivo deriva la grandeza de los pueblos modernos, que cambiase radicalmente nuestra viciosa educación y restaurase la confianza en los propios recursos, perdida en fuerza de desengaños y fracasos, produciría en poco tiempo una renovación completa del espíritu nacional, la «España nueva» que nuestro patriotismo desea ardentemente. La evolución tranquila, serena, reposada, que sin sacudimientos peligrosos se cumple y se efectúa, realizando el Progreso, puede representarse por esta forma de regeneración, la más segura y la más rápida.

Pero si arriba, en lo alto, no se inicia, no se dirige, no se «inventa», tendrán forzosamente que surgir los ejemplos, la dirección, el impulso, de entre la masa de descontentos que se subleva contra el dolor; de entre el pueblo ya harto de soportar viejos pastores con ceguera en los ojos y en el entendimiento, y con oxidaciones, producidas por la falta de uso, en la conciencia y en la voluntad perezosas. La labor seria y meditada del gobernante que conduce á una nación, segura de sí misma, por caminos de gloria y de prosperidad, tendrá que ser sustituida por la arenga caliente y demoledora que suena en los oídos de la multitud, sedienta de ideales y de esperanzas, como un himno de redención. También así, «de abajo á arriba», se han salvado los pueblos algunas veces,

congregados, fanatizados y empujados por unos cuantos hombres llenos de fe, de voluntad y de ardimiento. Pero ésta no sería ya la obra de la evolución progresiva, sino de la revolución demoledora que, aun consiguiendo el bien, va acompañada de dolorosas convulsiones, y que en su mismo afán de hacerlo todo en un día, lleva gérmenes de inestabilidad y de injusticia.

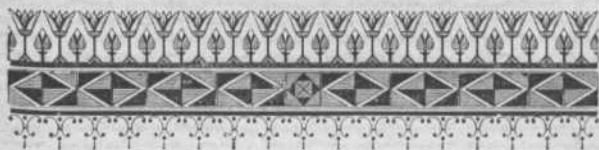
Si desde arriba no se inician evoluciones salvadoras, tendrán que hacerse revoluciones desde abajo: y cuando ni uno ni otro camino se siguieran, habría llegado la hora de enterrar los despojos de esta patria, de escribir en su historia el «*Finis Hispaniæ*» sellando su última hoja como se sellan los sepulcros.

Piénsenlo bien los que gobiernan; méditenlo cuantos aspiren á gobernar, ó á influir con su consejo, con su palabra, ó con su voto, en la gobernación del Estado. Tropezará, tal vez, con resistencias la obra reformadora, porque no en balde se crearon, á la sombra de prácticas y sistemas viciosos, mucho tiempo alojados en la *Gaceta* como en su propio domicilio, costumbres, intereses y posiciones, que no será posible respetar. Todo ese enjambre de parásitos, que vive y medra, en torno del cacique, sin otro título que el propio servilismo para merecer distinciones; toda esa turba de políticos sin conciencia, que considera la política como un oficio lucrativo; todos los egoístas, bien hallados con el actual sistema, é incapaces de ningún sacrificio por el bien público, protestarán y gritarán, probablemente, como bandada

de buitres que contemplara la resurrección del cadáver en cuya carne descompuesta saciaba su apetito. Pero esa gentecilla despreocupada, excéptica, insensible, sin conciencia, sin corazón, sin ideales, no merece que se la oiga siquiera. Gesticulen y voceen los parásitos, con tal que España se redima. Quien acometa la obra regeneradora y sea capaz de persistir en ella «sin cuidarse de los buitres» encontrará al cabo la ayuda de los españoles honrados. Como haya «un hombre», habrá «país».

Abril, 1899





LA CIVILIZACIÓN Y LA MORAL

I

CIVILIZACIÓN Y CIVILIZACIONES



NINGÚN mortal de los que viven en «la culta Europa», por poco aficionado que sea á recrear los ojos del pensamiento en la contemplación de las conquistas de nuestro siglo, grande en todo, espléndidamente fecundo, hasta en sus extravíos, habrá dejado de mostrarse, alguna vez, ufano y satisfecho, al considerar que forma parte de la humanidad civilizada y que le cupo la fortuna de vivir una época, como ninguna otra, pródiga en adelantos, descubrimientos, invenciones y maravillas.

No quiere esto decir que todos piensen del mismo modo acerca del asunto. La conformidad se reduce á confesar que este es un siglo maravilloso, deslumbrador, conjunto de actividades que al par se mueven en desenfrenada carrera. De ahí no pasa.

Ponderan unos los infinitos bienes que derrama la civilización sobre el mundo. Discurren otros, si, á la par de esos bienes innegables, no debemos también á los progresos del siglo XIX muchas miserias que entristecen la vida y con turban el ánimo.

Adoradores ciegos de toda novedad deslumbradora, de toda producción inesperada—sea bronce resistente echado al mundo para rodar sobre él, siempre sonoro y siempre entero, ó baratija insustancial que un punto brilla y al primer choque se quiebra y despedaza—todo lo encuentran algunos hombres bueno, si el siglo lo produjo. ¡La Civilización! ¡El Progreso...! ¡Ah...! ¡Qué hermosas palabras...!

Impenitentes *misoneistas* enamorados de lo viejo, espíritus estrechos y asustadizos á quienes lo que es nuevo, sólo por serlo, sobrecoge y preocupa, también hay seres que reniegan de los modernos adelantos y maldicen la civilización actual, cargando sobre ella todas las culpas, yerros y vicios de los hombres.

Y, en fin, tampoco faltan otros que, aun admirando lo moderno, suspiran por lo antiguo, como suspira, á veces, el hombre á quien encumbra la fortuna por la apacible sencillez de la aldea en que corrió su infancia, sin

palacios de mármol que habitar, ni arcos de luz, ni ruido de muchedumbres, pero también sin cuixtas y sin zozobras, sin sobresaltos ni amarguras.

¿Es buena, ó mala, la civilización? ¿Aciertan los que adoran cuanto ella crea, ó los que la atribuyen todas las malandanzas de nuestros días?—¿Tiene su pró y su contra, como obra humana, al cabo, é imperfecta?

Tal vez tan encontrados pareceres sólo existen porque tienen los hombres conceptos muy distintos, de lo que significa esa palabra. Acaso fuera fácil que estuviesen casi todos de acuerdo —*hablo de todos los que discurren, piensan y razonan*—si se determinara con una fórmula precisa «en qué consiste la civilización».

Porque—cualquiera puede observarlo fácilmente—hablamos todos de civilización y de países civilizados, como de cosa aún para los más lerdos comprensible, y, sin embargo, serán pocos los que se hayan parado á meditar qué es lo que esa palabra significa, y algunos de esos pocos habrán caído entonces en la cuenta de que no es el concepto tan vulgar y tan llano, que la palabra mágica al brotar en los labios ilumine con luz intensa el pensamiento, despertando en todos los cerebros la misma idea.

No hablemos ahora de civilización en un sentido muy concreto y puramente histórico, entendiendo por tal el grado de cultura de un país en una época determinada. La civilización á que me vengo refiriendo no necesita de adjetivos; no es europea ni americana, china ni faraónica, greco-romana ni fenicia. Civilizaciones

hay muchas, pero el concepto de civilización es otra cosa: debe ser algo muy superior á esas mil fases y manifestaciones de la cultura humana en los distintos pueblos y períodos de la historia, etapas de un camino, rayos de un sol naciente todavía, sueltos sillares de un inmenso edificio en cuya construcción se suceden las generaciones sin fin y que aún está muy lejos de rematarse, ¡que tal vez nunca logren los hombres terminar!

¿Qué es ni qué significa, para mi objeto, la civilización egipcia, bajo la dinastía de los Faraones, reproducida por no sabemos qué extraños y misteriosos medios en México y Perú, bajo los Aztecas y los Incas? ¿Qué, la maravillosa cultura helénica, heredada por Roma y transmitida por Roma al mundo entero, en la marcha triunfal de sus legiones victoriosas? ¿Qué la influencia de asirios, babilonios, caldeos, fenicios, cartagineses, árabes y judíos, toda la civilización semítica, sobre la civilización indo-europea, ni la misión de aquellas razas del Norte, vencedoras de la soberbia Roma, castigo de sus vicios, desinfectante enérgico y necesario para barrer la corrupción vergonzosa de los últimos tiempos del imperio?—¿Qué, en fin, la civilización de ese pueblo asiático que hoy es objeto y víctima de las codicias de Europa, de esa China petrificada, inmóvil, detrás de sus murallas, como si no formase parte del mundo?

Lo que nos interesa y nos importa es precisar bien el concepto de civilización. Ya iremos

viendo, cómo mil hechos reprobables, mil positivos males de nuestros días, no son, ni pueden nunca ser obra suya, sino simples imperfecciones de los hombres, que al recorrer sedientos de bienestar, de triunfos, de verdades, de gloria, de algo desconocido que les empuja y les atrae, el camino del Progreso, unas veces se ierguen y adelantan con paso firme y otras veces pierden la senda, retroceden y tropiezan y caen.

La civilización es esa fuerza maravillosa del vapor que empuja los volantes de las máquinas, y mueve en los talleres brazos articulados de acero que taladran y pulen, cilindros que laminan, cepillos que desbastan, tornos que redondean, mazos inmensos que forjan y roblonan; es la locomotora que arrastra wago-nes y wagones, sobre estrechos carriles, salvando abismos y horadando montañas, para multiplicar, en términos que parecían imposibles, el cambio de productos y convertir en cómodo paseo de pocas horas los antes largos, interminables, viajes de muchos días; es el arco voltáico, ó la bombilla incandescente, que al ponerse en contacto con la corriente eléctrica, conducida hasta ellos por finísimos hilos de metal, se inflaman y disipan las sombras de la noche; es, en fin, el teléfono trasmitiendo la voz humana á centenares de leguas y el fonógrafo conservándola sobre una lámina de estaño, para reproducirla, cuantas veces se quiera, con todos sus matices, tonalidades é inflexiones. ¡Eso es

civilización! os dirá acaso un ingeniero, enamorado de los maravillosos progresos industriales del siglo XIX.

La civilización es la cultura difundida y popularizada; las letras y las artes protegidas y florecientes; el culto del talento y de la inteligencia; las bibliotecas y los museos, á cada paso enriquecidos con nuevos tesoros, multiplicados cada día, y convertidos en cuarteles donde un ejército sediento de verdades que aprender y de bellezas que admirar, desfile á la continua, abandonando las tabernas y lupanares en que los hombres se degradan y envilecen, os dirá algún creyente en la eficacia moralizadora de la instrucción y de la estética.

La civilización está en esos laboratorios de los sabios, donde se lucha, sin descanso, por prolongar la vida destruyendo los gérmenes de la muerte; está en la asepsia y en la anestesia que dilatan los horizontes de la moderna cirugía, suprimiendo el pus, que destruía los tegidos y el dolor que agotaba, con las fuerzas del cuerpo las energías del alma; en la vacuna que opone un dique infranqueable á la viruela; en toda esa doctrina microbiológica, tan admirable y admirada, cuyos primeros frutos comienzan á tocarse, cuyos triunfos venideros se vislumbran, que hoy lucha, brazo á brazo con la difteria, y luchará, tal vez, mañana, contra el cáncer, la tisis y tantas otras plagas enemigas del hombre. «A eso llamo yo civilización», os dirá un médico, amante de su ciencia.

La civilización es el lazo que auna las voluntades de los hombres; el estado social de mutuo auxilio y mutua dependencia de relaciones, opuesto á aquel estado de selvática independencia en que debió vivir el hombre primitivo; son las leyes garantizando todas las libertades compatibles con el derecho ajeno; las costumbres influyendo en las leyes para perfeccionarlas y pulirlas; es la armonía social, en todos los órdenes, sin poderosos que tiranicen, ni siervos que se agiten entre las sombras acechando el momento de la venganza, sin *venturosos* á quienes ningún goce sea negado, y sin *desheredados*, á quienes ningún goce sea permitido; es la familia humana feliz y próspera practicando el hermoso principio de la fraternidad universal. Tal respondiera si se le preguntase «qué es civilización» algún sociólogo, pensando en los defectos de nuestras sociedades y vislumbrando, acaso, las perfecciones de otras que habrán de sucederles en el transcurso de los siglos.

Claro está que ninguna de estas fórmulas se aproxima siquiera á dar idea completa de lo que constituye la civilización. No necesitó el cristianismo de arcos voltaicos ni teléfonos, para ser una fuerza civilizadora de extraordinario empuje. Tampoco necesitan los Estados Unidos distinguirse en la literatura ni en las artes, ni siquiera mostrarse en todas las manifestaciones públicas de la vida, con el *barnis social* que entre nosotros parece indispensable á quien no quiere cobrar fama de montaraz ó

de incivil, para ser, á los ojos de mucha gente, el último modelo de civilización *fin de siglo*. Inglaterra es acaso la nación europea en que el capitalismo y la gran propiedad, tienen raíces más hondas; es el país de las desigualdades económicas, donde unos cuantos millonarios disfrutan, junto á muchos millones de indigentes que sufren (1). Y, sin embargo, ninguna

(1) La *Federación social democrática*, constituida en Inglaterra y defensora de la doctrina de Marx, sostenía en su manifiesto titulado *Socialisme made plain*, que todo el suelo de la Gran Bretaña hallase repartido entre 30.000 personas. Aun cuando existe exageración indudable en esta afirmación que ha sido victoriosamente rechazada, entre otros autores por M. Goddard H. Orpen en un interesante apéndice á su traducción inglesa del *Socialismo contemporáneo* de Laveleye, (pág. 362 de la décima edición francesa), la inexactitud de la cifra no supone falsedad del concepto. He aquí cómo se expresa el Sr. Azcárate hablando de la acumulación de la propiedad en el Reino Unido. — «No llega esta al grado que suponía Bright cuando aseguraba, inexactamente, como luego se ha demostrado, que la mitad de Inglaterra pertenecía á 150 propietarios, así como la mitad de Escocia á 10 ó 12, pero esa enorme acumulación es, de todos modos, característica de este país.

Según el Sr. Cárdenas, las cinco sextas partes de los 45.000.000 de fanegas que comprende el territorio de Inglaterra, están en poder de 30.000 grandes propietarios; así como los 20.827.500 fanegas que comprende el de Escocia, pertenecen á 7.118; en contraste con lo cual, cita el mismo escritor á Francia, donde 115.000.000 de fanegas están distribuidas entre 4.800.000 familias.

En un libro que acaba de publicar Brassey (*Forcing Work and english wages*, pág. 355), dice que los 33.000.000 de acres que comprenden Inglaterra y el país de Gales, están en manos de 932.000 propietarios y producen en bruto cerca de 10.000.000.000; 1.815, de aquellos, poseen de 2.000 á 5.000 acres y 875 son dueños de heredades de una extensión superior á 5.000 acres, ascendiendo la renta á unos 2.200.000.000 de reales. Hay un solo individuo que posee 100.000 acres, con una renta de 16.000.000 de reales. De aquel total de propietarios, es de notar que 703.289 tienen menos de un acre y que la renta que perciben es una cantidad relativamente sin importancia. Descontando de los propietarios que

constitución política y social, en lo moderno, más firme que la inglesa, ni ningún pueblo más ejemplar en sus costumbres públicas, ni en su moral privada.

Cada una de las fórmulas de civilización que he enunciado, representa, simplemente, una fase de la civilización de este siglo, que aún tiene muchas más: pero ninguna de ellas, ni todas juntas, son «la fórmula» de la civilización.

Yo concibo la civilización, en primer término, como un vínculo de relación entre los hombres. No hay civilización, no puede haberla, en la pareja primitiva que vive entre la selva cuidando de su prole y disputando el alimento y la vivienda á los animales carniceros. No la habría aun cuando en la escondida caverna que le sirve de refugio luciera, espléndida y brillante, rasgando las tinieblas y quebrando sus rayos en las estalactitas de la techumbre, una potente lámpara de arco voltaico.

La civilización es un producto de la vida social y la vida social es el primer síntoma de

poseen más de un acre, los dueños de propiedades urbanas, los que figuran dos ó más veces en el catastro, las corporaciones, etcétera, calcula Shaw Lefevre que en la Gran Bretaña hay 300.000 propietarios, de los cuales pertenecen 150.000 á Inglaterra, 20.000 á Irlanda y 10.000 á Escocia.

Según Brodrich (*Systems of land tenure*, pág. 382), las heredades de más de 100 acres no pasan de 42.524; cerca de la octava parte del territorio de Inglaterra y el país de Gales está en manos de 100 propietarios; cerca de un sexto en las de 280; y más de un cuarto en las de 710.—Gumersindo de Azcárate. *Ensayo sobre la historia del derecho de propiedad y su estado actual en Europa*.—Tomo 2.º, pág. 361.—Madrid, Imprenta de la Revista de Legislación, 1880.

que la civilización comienza á germinar en el seno de la familia humana.

Cuando dos hombres, al encontrarse frente á frente, en lugar de esquivarse ó acometerse como fieras, cambiaron un saludo ó una sonrisa; cuando se aproximaron y se unieron para ayudarse y sostenerse; cuando se convencieron de las ventajas de esta especie de asociación embrionaria que, de una parte, mermaba, acaso, la libertad de cada uno, pero, de otra, aumentaba su bienestar; cuando nació los vínculos sociales, uniendo las parejas y las familias, para formar las tribus y las ciudades, empezó á declinar, sobre la superficie de la tierra, la barbarie, y empezó á despuntar la aurora espléndida de la civilización en el mundo.

Ahora bien; esos vínculos primeros de sociabilidad, esos primeros pasos de la humanidad hacia la civilización y el progreso, nadie creerá que constituyen la fórmula de la civilización. Son, sí, como la célula microscópica, el primer elemento constitutivo del ser; mas no hechura formada, no cuerpo que ya alienta y pide al mundo espacio en que moverse y aire que respirar.

La civilización de los primeros tiempos á que podríamos llamar civilizados; la de cualquier etapa de la vida del mundo; la de este mismo siglo que tanto nos admira y enorgullece, no son más que conceptos relativos. Enfrente del salvaje que aún practica la antropofagia, las kabilas del Riff, que se contentan con desbaliar al europeo que cae en sus manos,

parecen un modelo de civilización. Turquía, en cambio, á pesar de sus ferrocarriles y sus telégrafos y de su hermoso puerto de Constantinopla, *el cuerno de oro*, lleno siempre de buques de todas las banderas, parece un pueblo bárbaro, si su cultura se compara con la de Francia ó Inglaterra. Nosotros mismos, nuestra España, de quien ha dicho con razón el Sr. Silvela que tiene todas las apariencias y ninguna realidad de nación jurídicamente constituida, ¿somos en el concepto de las naciones cultas un país civilizado? Aunque se tiñan de rubor las mejillas y duela el alma al confesarlo, es cierto, es innegable, que esta pregunta flota como un insulto, ó como una expiación, en derredor de nuestro nombre...!

La civilización de este siglo no es más que una estación del gran camino que recorre la humanidad, camino que partiendo de las brumas lejanas del pasado, va á perderse en las brumas lejanas del porvenir. Más vigorosos, ó más trabajadores, ó mejor dirigidos, algunos pueblos marchan delante, avanzando con gallardía. Más perezosos, ó más débiles, otros se quedan rezagados y caminan arrastrando los pies. Algunos, ya rendidos, caen y procuran cobrar nuevos alientos. Otros, petrificados á la mitad de la jornada, parecen dormir el sueño eterno de los vencidos.

Importa mucho precisar bien ciertas ideas que han de darnos la clave del por qué en nuestro estado de civilización, coexistiendo con los maravillosos adelantos del siglo, se desarrollan

también y se difunden las semillas del mal, y lejos de reinar la paz en las conciencias, el bienestar en los hogares y el amor fraternal en las relaciones de unos hombres con otros, cada día crece más el desasosiego y son mayores las miserias y más hondos los rencores.

La civilización ó es un concepto vacío de sentido—porque á tanto equivale significarlo todo, variar con el tiempo, con el lugar, con la ocasión—ó es un estado permanente de evolución y de progreso, hacia una meta elevadísima, en donde el bien, la verdad y la belleza tienen su santuario.

Arriba, en lo más alto, está la fórmula de la civilización, libre de impurezas, imperfecciones y desdichas. Somos viajeros que suben la montaña, hundiendo, á veces, en el fango los pies. ¡Sobre la cumbre está la nieve inmaculada!

Cada época de la historia, cada raza y cada pueblo de la humanidad, fueron dejando impresa su huella en el camino que recorrieron y así hablamos de civilización greco-romana y arábiga, antigua y medioeval: mas queda tanto terreno por explorar y descubrir, que aunque seguimos caminando con creciente velocidad aún no consiguen nuestros ojos vislumbrar el final de la jornada.

¿Y habrá quien pueda renegar de esta marcha fatigosa, en la cual se destrozan los pies con los abrojos del camino, es verdad, pero se ensancha, á cada paso, el horizonte y adivina el espíritu, cada vez más cercanas, las perfecciones ideales con que sueña...?

No faltan, sin embargo, espíritus cultos que desilusionados del presente, y, tal vez, temerosos del porvenir, tornan la vista hacia el pasado, con una suerte de misticismo que desprecia las glorias terrenales, inclina el alma á mirarse por dentro, y ambiciona la paz de la ignorancia en la tierra, como tránsito para gozar después de la suprema sabiduría, en el tiempo infinito de otra vida perfecta é inacabable, *ultraterrena*.

El gran Tolstoy, sentado sobre la cumbre de la gloria, circundado por ella, ha sentido meterse en el alma esta desilusión de lo mundano, y busca en la propia é íntima perfección esperanzas, consuelos y alegrías, que vano fuera pedir al arte y á la ciencia contemporáneos. «Todo lo que yo solía considerar como malo y bajo, ha dicho Tolstoy (1)—la rusticidad del campesino, la sencillez de la vivienda, del alimento, del vestido y de las maneras—todo eso, ha pasado á ser bueno y grande á mis ojos. Ahora no puedo ya contribuir á nada que me levante exteriormente sobre los demás, que me separe de ellos. No puedo reconocer, como antes, ni en mí, ni en otros, ningún título, rango ó calidad, fuera del título y calidad de hombre. No puedo buscar fama y nombradía; no puedo buscar una cultura que me separe de los hombres. No puedo menos de procurar en toda mi existencia—en mi morada, en mi

(1) *El Conde León Tolstoy*, por Mateo Arnold.—«La España Moderna».—Enero, 1893.

alimento, en mi vestido y en mi conducta con el pueblo—todo lo que, lejos de separarme de la masa de la humanidad, me acerque más á ella».

Y á esta misma tendencia del gran escritor ruso, responde entre nosotros, como un eco, la pluma de Unamuno, el cantor de la estepa castellana, cuando dice: «Ha concluido la guerra después de enflaquecer á España, y empieza el pueblo á descansar un poco..... El *mundo*, su enemigo, enmudecerá algún tiempo y le dejará que se recoja en su pobreza, y que gocen de más paz los hombres oscuros, los benditos *idiotas*, cuanto más impotente sea la nación.

Peró no, que ahora le van con la cantinela de la regeneración, empeñados en despertarle otra vez de su sueño secular. Dícenle que padece de abulia, de falta de voluntad, que no hay conciencia nacional, que han llamado moribunda á la nación que sobre él y á su costa se alza, nación á la que llaman suya. ¡Suya! ¡suya! ¡Él no la tiene! Sólo tiene, aquí abajo, una patria de paso, y otra, allá arriba, de estancia. Pero lo que tiene no es nación, es patria, tierra difusa y tangible, dorada por el sol, la tierra en que sazona y grana su sustento, los campos conocidos, el valle y la loma de la niñez, el canto de la campana que tocó á muerto por sus padres, realidades todas que se salen de las historias. Si en las naciones moribundas sueñan más tranquilos los hombres oscuros su vida, si en ellas peregrinan más pacíficos

por el mundo los *idiotas*, mejor es que las naciones agonicen. ¡Bienaventurados los pacíficos, porque de ellos será el reino de los cielos, ese reino cuyo advenimiento piden á diario por costumbre! ¿Viven mejor, con más paz interior los ciudadanos concientes de una gran nación histórica, que los aldeanos de cualquier olvidado rincón? El campesino del Toboso, que nace, vive y muere, ¿es menos feliz que el obrero de Nueva York? ¡Maldito lo que se gana con un progreso que nos obliga á enborracharnos con el negocio, el trabajo y la ciencia, para no oír la voz de la sabiduría eterna, que repite el *vanitas vanitatum*! Este pueblo robusto y sanamente misoneista, sabe que no hay cosa nueva bajo el sol (1).

En fin, esta «tristeza contemporánea», enfermedad de tantas almas escogidas, que no encuentran consuelo, ni satisfacción á sus ansias, en la vertiginosa fiebre de que parece poseído nuestro tiempo, también inspira al culto y atildado Lemaitre, una página sentidísima, en medio del bullicio de París, y del soberbio espectáculo de su última exposición universal, dedicada á pregonar y evidenciar las maravillas del siglo. Al salir del recinto en que se hallaba recluida, como ejemplar curioso de las sociedades africanas, una tribu de negros del Gabón, vió, cerca de la puerta, una mujer del pueblo que exhortaba á su hijo, niño de

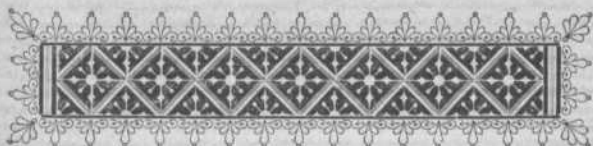
(1) *La Vida es Sueño: reflexiones sobre la regeneración de España*, por Miguel de Unamuno.—«La España Moderna».—Noviembre, 1898.

tres ó cuatro años, á que abrazase á un negrito de su misma edad. «El negrito, dice Lemaitre, era más lindo, más robusto que el niño blanco. El blanco será obrero, trabajará, de la mañana á la noche, llevará la dura vida del proletario, en una civilización industrial, leerá malos periódicos, tendrá ideas falsas é incompletas... Y así pensando en la fortuna que esperaría á los dos niños, fué del blanco de quien tuve piedad..... Nosotros somos, sin vanidad, más inteligentes; pero, puesto que todo es vano, ¿quién osará decir que estos negros, sin pretensión, no han resuelto, mejor que nosotros el problema de la vida?» (1).

¡Civilización! ¡Felicidad!—No diré yo que estos dos términos se excluyan, que la presencia de uno de ellos sea incompatible con la presencia del otro. Pero sí afirmo que en la fase civilizada actual, en la forma de civilización que hoy impera, la angustia, el descontento, la inestabilidad, los dolores que envenenan el alma, se multiplican tanto, como los complicados mecanismos de los talleres, en que el brazo de acero sustituye al brazo de carne.

Y de este general desasosiego, tal vez, brotan muchas plagas sociales, muchas infamias, muchos crímenes...

(1) Jules Lemaitre.—*Les Contemporains*.—5.^a serie, 8.^a edición, pág. 252.—París, Lecéne Oudin et Cie, 1896.



II

CIVILIZACIÓN Y REVOLUCIÓN

 PARECEMOS ante nosotros mismos, ha dicho Majoranna, «como lanzados en una infinita vía, de la cual no vemos el fin, y provenientes de otra infinita vía, de la cual no vemos el principio tampoco» (1). Ese camino interminable que recorre la humanidad, es el camino del Progreso. A lo largo de él, se civiliza cada día más, pero vestigios de barbarie, rudezas primitivas, sedimento de los tiempos pasados, la acompañan. De aquí sus tropezones y sus caídas, sus desfallecimientos y sus errores, sus vicios y sus crímenes.

(1) Majoranna.—*I primi principii della Sociologia*, pág. 154. Roma.—Ermanno Loescher & C.—1891.

Se han inventado y sostenido ingeniosas teorías, para explicar esta aparente contradicción entre los adelantos de un siglo que ha arrebatado á la naturaleza tantos secretos, y la plaga de males, que, en vez de disminuir, se multiplican, crecen y desarrollan, como si fuese la civilización para ellos terreno fértil y abonado.

Poletti, un distinguido publicista italiano que demostró, si no gran fuerza lógica, agudo ingenio, al exponer esta doctrina, dice en su obra *Del sentimento nella scienza del Diritto Penale* que no ha aumentado en nuestros días la criminalidad, siquiera sea perfectamente exacto—él lo confiesa—que hoy se cometen muchos más delitos que hace cincuenta ó sesenta años, y que no lleva traza de hacer alto la alarmante subida de la marea delincuente.

Para Poletti las cifras absolutas no prueban nada. Es necesario poner en relación, para compararlas, la actividad productora, representada por el comercio honrado, por los adelantos y conquistas de todo género, por la producción industrial, por las sociedades benéficas y de ahorro, etc., etc., con la actividad destructora, representada por los homicidios y las lesiones, los robos y las estafas, los atentados al pudor, y todo género de ultrajes contra el Derecho y la Moral.

Así lo hace en su obra y de la comparación resulta que la actividad destructora se desarrolla mucho menos que la actividad productora; que las malas acciones aumentan, sí, pero no

en la medida que las acciones *lícitas*; que á una cantidad dada de hechos de producción en todos los órdenes, corresponde hoy menor número de delitos que hace cincuenta años: de donde se deduce, según Poletti, que no aumento, sino disminución positiva de energías criminales, ha habido en nuestro siglo.

Sin entrar ahora á discutir esta teoría, que ha sido rebatida con fortuna por eminentes tratadistas—Ferri y Tarde entre otros—en Francia y en Italia, y de la cual yo mismo tuve ocasión de hablar hace ya tiempo (1), sólo diré que el argumento no tranquiliza ni convence. Si en un grupo social determinado, se cometen cada día más delitos, y el vicio y la inmoralidad se propagan, nadie puede dudar de la realidad de estos males, siquiera al lado suyo, y en esa misma agrupación social, la actividad honrada se desenvuelva también más vigorosa cada día. Como que en eso precisamente, en la simultánea difusión de gérmenes tan contrarios, estriba lo raro del fenómeno. Creciera el crimen, assolándolo todo, al mismo tiempo que la humanidad retrocediese, desde el estado de civilización al de barbarie, y este hecho doloroso á nadie asombraría. Lo que sorprende es que el progreso sea impotente para evitar el crecimiento de la humana maldad.

La inmoralidad y la delincuencia, lejos de contenerse, han aumentado en el presente

(1) Véase mi obra *La Crisis del Derecho Penal*.—Madrid, 1891.

siglo. Esto es indiscutible y ni las negativas habilidosas de Poletti, ni ninguna teoría por ingeniosa que parezca, pueden cambiar la realidad de las cosas.

Asusta, al consultar las estadísticas, el crecimiento extraordinario de la delincuencia europea. La curva indicadora de los delitos, sube constantemente, de año en año, en los gráficos, señalando la altura de las aguas del crimen, como río desbordado que avanza impetuoso, y en tanto que se nutre con nuevos batallones el numeroso ejército acuartelado en presidios y cárceles, la población libre y honrada—honrada legalmente—apenas si consigue insignificantes aumentos en algunas naciones.

¡Ah...! y menos mal si á esto se redujera todo, si no se cometieran más infamias que las que se encasillan en la estadística criminal. Por desgracia, al medir la moralidad de nuestras sociedades sería necesario hacerles cargo de multitud de acciones que constituyen verdaderos atentados contra la propiedad, la vida ó el honor, y que, sin embargo, no caen bajo la acción de ningún Código penal.

Convenciones ilícitas; errores semi-voluntarios perjudiciales á otro; solicitudes de préstamos hechas con el propósito de no pagar; quiebras habilidosamente preparadas; noticias falsas que llevan el pánico á las Bolsas y permiten comprar barato, para vender caro, después, al ser desmentidas; acaparamientos colosales de determinados productos, para imponer la ley en el mercado y obtener fabulosas

ganancias mientras se arruinan ó perecen de hambre muchos seres; ¿no son estas y otras mil formas de la codicia humana, verdaderas apropiaciones de lo ageno contra la voluntad de su dueño, siquiera no se llamen delitos en los Códigos?

De la misma manera encontraríamos en las fronteras del homicidio, dolencias y heridas voluntariamente producidas por la falta de humanidad; trabajos excesivos impuestos al obrero por el afán inmoderado de lucro, del patrono; negativas de padres y maridos avaros á sus mujeres y á sus hijos enfermos, de los medios de curación; enfermedades vergonzosas que, con plena conciencia, transmiten los viciosos por el contagio; falsificaciones comerciales muy parecidas á envenenamientos; expendición de medicamentos en condiciones detestables, etcétera, etc. Y por lo que hace á las maquinaciones contra el honor, la lista sería tan larga que habría de comprender desde el folleto, el libro ó el periódico escandalosos, en que con el escándalo se busca notoriedad ó se satisfacen pasiones ruines, hasta las mil calumnias y las mil ligerezas de las conversaciones, en que resulta malparado el buen nombre de una persona y los mil medios que pone en juego la lascivia para triunfar de la inocencia.

Y todos estos vicios, estas acciones reprobables ¿no son también características de la época presente, de esta época, afanosa de riquezas y goces materiales? «Sobre un fondo de indiferencia pesimista para los intereses

generales y las doctrinas, el egoismo individual se ha desarrollado sin freno. La posesión de la riqueza es el propósito que mueve á cada uno y este propósito hace olvidar todos los otros» (1).

A cambio de progresos indudables que hoy permiten gozar, hasta á los humildes, de una serie de comodidades desconocidas por la corte fastuosa de Luis XIV (2) es innegable que la fase de civilización, á cuyo desarrollo asistimos, va acompañada de un recrudecimiento extraordinario de la inmoralidad y la delincuencia y de una gran tristeza íntima de las almas.

(1) Gustave Le Bon. *Psychologie du Socialisme*, pág. 16.—París, Alcán, 1898.—Respecto á los delitos no consignados en los códigos, puede consultarse con fruto la obra de Henri Joli, *Le Crime*: París, Leopold Cerf.

(2) Sin tomar en cuenta para nada las ventajas producidas, por el ferrocarril, el telégrafo, el alumbrado público, etc., etc., y aun limitándose á la vida del hogar, cualquier burgués modestísimo disfruta hoy de un sinnúmero de comodidades desconocidas en los pasados siglos. He aquí cómo se expresa, acerca de este punto el notable ingeniero y publicista español Pablo Alzola: «Los salones destinados á recibir á los amigos y conocidos de la familia, constituyen una institución moderna. Los emperadores romanos tenían en sus palacios muchísimos aposentos, pero carecían de salón; lo propio sucedía en la Edad Media, en la que, según los diseños y descripciones de Viollet-le-Duc, agrupaban en una misma estancia de la morada señorial, las heterogéneas funciones de sala, comedor y dormitorio, datando de Francisco I de Francia, ó sea de la época del renacimiento, la costumbre de introducir á las damas en la corte, hecho que dió nacimiento al espíritu de sociabilidad, pero la distribución de la casa en aposentos, con destino determinado, es posterior, porque cuando Luis XIV no tenía un salón especial para comedor, es más que probable que tampoco lo tuvieran sus súbditos, siendo muy común en el siglo XVII que los padres ocupasen el mismo dormitorio que los hijos y los criados...»—(Pablo Alzola: *El Arte industrial en España*, pág. 118.—Bilbao.—Imp. de la Casa de Misericordia, 1892).

Yo creo, con Tarde, sin embargo, que no es la civilización culpable de estos males, sino el estado de guerra, sordo á veces, pero siempre enconado, en que la sociedad de nuestros días vive continuamente. Toda lucha apasiona y despierta rencores. Las luchas interiores—de clase á clase—acaso excitan más que ninguna otra la ambición y los ódios. Y en nuestra época, no hay estabilidad en los gobiernos, en las costumbres, ni en las leyes, porque la guerra todo lo vuelca y lo trastorna á cada paso. No hay estabilidad en las posiciones que cada cual ocupa, porque en esta carrera desenfrenada al asalto de las riquezas y los honores que codicia la ambición insaciable de una sociedad que no tiene más Dios que su capricho, se improvisan fortunas ó se pierden en un momento, y se sube ó se baja desde un extremo á otro de la escala social, por un capricho de la suerte; y los encumbramientos repentinos, las improvisaciones, constituyen otros tantos ejemplos fascinadores que seducen y arrastran; ¡son *el gran premio de la gran lotería de la aventura*, adjudicado en público, á la vista de todos, á un cualquiera, para que nadie se vea libre de tentaciones...!

Como remedio á todos estos males, como afirmación casi única, en medio de este abismo de negaciones que nos rodea por todas partes, los apóstoles de esas doctrinas, *pseudo-redentoras*, que aspiran á renovar, radicalmente, por la revolución, la sociedad en que vivimos

suprimiendo organismos, creencias, ideas, instituciones y lazos que la evolución lenta de los siglos formara y ha de continuar modificando y perfeccionando cada día, nos ofrecen la *Arcadia colectivista* de Karl Marx, ó la humanidad sin fronteras, sin autoridad y sin leyes de Kropotkin.

Para los socialistas y anarquistas de todas las escuelas, la inmoralidad y los crímenes de nuestras sociedades tienen sólo una causa, *el régimen burgués*. Tan pronto como la nueva idea reine en el mundo, se borrarán los crímenes y las iniquidades del planeta, ó quedarán, al menos, reducidos á la categoría de «casos raros» que, bien pronto, desaparecerán por completo (1). «El bienestar para todos» de Kropotkin, «el hombre sano de espíritu y de cuerpo» de Juan Grave, «la sociedad sin delitos» de Turatti, *el nuevo paraíso sin pecado*, de tantos utopistas y soñadores, como en el mundo cantan las excelencias de esa sociedad nueva que, sobre ruinas, quieren edificar, y cuyo influjo mágico convertiría hacia el bien las voluntades y hacia la verdad las inteligencias de los

(1) Kurt Falk, un demócrata socialista, proponía en Alemania que los presos eligiesen ellos mismos sus carceleros. Domela Nieuwenhuis pone á la tal proposición este comentario: «Qué bella sociedad, en efecto, que no ha podido librarse de las prisiones. Nosotros somos de tal modo utopistas, que vislumbramos una sociedad en que no exista la cárcel y no querríamos colaborar á la realización de una sociedad futura, siuviésemos la certidumbre de que debíamos conservar en ella las prisiones con sus guardianes—siquiera fuesen elegidos—la policía, la justicia y otras inutilidades». (*Le Socialisme en danger*, pág. 189.—París.—P. V. Stock.—1897).

hombres, son una misma cosa, un mismo sueño, repetido en cien diversos tonos.

No es, ciertamente, en ese mundo ideal que socialistas y anarquistas fabrican á su antojo, donde hallará la sociedad el nuevo Jordán que la redima y purifique de toda culpa. No roban hoy los más necesitados, sino los de conciencia más pervertida. No es hoy el homicidio una venganza de los desheredados contra los poderosos, del nuevo siervo de la gleba contra el nuevo señor feudal, sino lo que fué siempre y será siempre, un estallido del odio ó de la cólera, en la lucha de pasiones contrarias, ó de opuestos deseos.

Los obreros, los que suelen llamarse *desheredados*, los oprimidos, se hieren y se matan unos á otros: ¿quién es capaz de sostener que se revela contra el privilegio, contra la burguesía, contra nuestra organización social, aquel que mata á un compañero de infortunio? ¿Y cómo explican los que pretenden moralizar el mundo al suprimir la miseria, la inmoralidad y la delincuencia de los ricos, de los que tienen sobrados medios, *en el régimen de hoy*, para satisfacer no sólo sus necesidades primeras, sino aun sus gustos y caprichos?—¿Y quién se atreve á sostener en serio que los instintos sexuales no han de ser fuente y semillero de contiendas, de luchas y de ultrajes, cuando todos los hombres tengan vestido, alimento y hogar, cuando no haya ricos ni pobres?

Esa revolución social tan temida por unos y por otros tan deseada, no estallará probable-

mente. En todo caso, lo que puede afirmarse es que la sociedad del porvenir, ni con revolución ni sin ella, será nunca encarnación del sueño de Kropotkin, ni siquiera del sueño de Karl Marx. Si alguna vez pudiera llegar la humanidad á ese estado de perfecciones ideales, que son su aspiración más noble y más vehemente, no sería por el camino que le trazan los llamados redentores del pueblo.

Más que sistemas científicos, encadenados y lógicos, que de la realidad recogen enseñanzas, y en la realidad viven, son los sistemas socialistas aspiraciones vagas y á menudo contradictorias, de algo mejor, no concretado ni definido suficientemente todavía. En lo que tienen de aspiración, de ánsia de reforma, nadie habrá que les niegue sus simpatías, si no está contagiado de un egoísmo infecundo: pero, ¡ah...! cuando pretenden edificar sobre las ruinas del presente «la sociedad futura» el porvenir con que nos brindan se entenebrece y causa miedo. Su triunfo, ó serviría de puente á una reacción enérgica que aplicara la camisa de fuerza á la locura enseñoreada de la tierra, ó sería la vuelta á la barbarie, un verdadero caso de atavismo colectivo.

La sátira finísima de Richter ha pintado de mano maestra «la sociedad futura» al día siguiente del triunfo (1). Lo menos malo que pudiera ocurrir es que el programa de Richter

(1) Richter.—*Después de la victoria del Socialismo*.—«La España Moderna». Junio y Julio de 1896.

se cumpliera. Hay, sin embargo, un fondo de sensatez bastante grande en la humanidad, para que las predicaciones de unos cuantos ilusos la decidan á dar un salto, en medio de las tinieblas, persiguiendo la dicha en el abismo de lo desconocido. Si ese triunfo fuese nuestra única esperanza de progreso moral, valdría más no tenerla, rendir la inteligencia y la voluntad á los caprichos de la suerte.

Sergi, el famoso psicólogo italiano, dice que el carácter está formado por una serie de capas estratificadas. Las más profundas—que son las más antiguas—corresponden al modo de sentir de la humanidad primitiva. Las más superficiales, y más modernas, son las correspondientes al estado de civilización (1).

En tanto que la vida normal se desarrolla, sin tormentas que nublen el espíritu, sin sacudidas que remuevan el fondo, sólo actúan las capas superiores del carácter, las que ha formado la cultura de nuestros tiempos. Pero cuando esta normalidad se quiebra, cuando la cólera mueve la voluntad desordenada, ó el interés corrompe la conciencia y excita el apetito, vuelan como películas ligeras, casi impalpables, que el huracán arrastra, las capas superiores, y asoman la cabeza los instintos, la humanidad salvaje y la naturaleza primitiva, fuertemente arraigados en las capas profundas.

(1) Sergi.—*La stratificazione del carattere e la delinquenza*. Rev. de fil. scient., 1883.

La formación del carácter, no ha sido, por consiguiente un trabajo de *sustitución*, sino de *superposición* de sentimientos. Alguien ha dicho que los hombres son siempre niños. Tal vez esto obedece á la misma causa que hace á las sociedades siempre esclavas de los propios pecados. La civilización alisa, pulimenta, bruñe, suaviza y embellece la corteza, «la cáscara», la envoltura. Dentro, las sociedades y los hombres conservan vivo el fuego de sus instintos, pasiones y apetitos. La actividad social, fecunda en bienes y en creaciones, trabaja á la continua, y trabaja con fruto. Pero la actividad antisocial, fecunda en males, no descansa, ni cesa, ni abandona un palmo de terreno.

Realmente, si el carácter se forma, como sostiene Sergi, superponiéndose unas capas á otras, los sentimientos de hoy á los de ayer; si somos *niños grandes*, que alardeamos de hombres y perdemos reflexión, juicio, serenidad y calma, al menor contratiempo inesperado; si la civilización, de que tanto nos enorgullecemos, no es más que una envoltura rompediza, que, al primer choque salta en pedazos, dejando al descubierto las rudezas y los impulsos propios del hombre primitivo, no es de extrañar que en nuestro siglo crezca el desasosiego, se extienda el vicio y aumenten los delitos.

No será ello producto, ni consecuencia, de la civilización que, al contrario, procura soterrar los sentimientos antisociales y edificar, sobre ellos, su obra de amor y paz. Pero sí podrá

serlo—y lo es sin duda—de esta continua fiebre que nos devora y nos consume; fiebre de oro, de ambición, de riquezas, que, como tromba impetuosa, barre del pensamiento y de la conciencia las ideas sanas y los escrúpulos honrados.

Lo mismo en las más altas que en las más bajas capas sociales, efecto de un absurdo, ó, cuando menos, mal comprendido principio igualitario, existe un desnivel muy grande entre los medios de sostener la vida y los deseos. El pobre jornalero que, en el campo, sufriendo los rigores del sol de Agosto ó las nieves y escarchas de Diciembre, gana un pedazo de pan para sus hijos, envidia al labrador, que puede regalarse con mejores y más abundantes manjares. El labrador envidia al rico comerciante que almacena en graneros y bodegas el fruto de sus mieses y sus viñedos. El comerciante envidia al industrial en grande escala, al propietario y al naviero. Y en esta gradación interminable de las jerarquías sociales, todos codician y ambicionan mayores bienes que los propios; ¡no todos—ni siquiera el mayor número—tratan de mejorar su suerte y de acrecer sus medios de fortuna, sin apartarse del camino recto de la moral! (1).

(1) Aunque la idea no es nueva, paréceme oportuno reproducir aquí por la sencilla precisión con que está expuesto, lo que dice Le Bon á este propósito, en su *Psychologie du Socialisme*: «Las necesidades del hombre moderno, son muy grandes y han progresado mucho más de prisa que los medios de satisfacerlas. Las estadísticas prueban que las comodidades nunca han estado más extendidas que hoy, pero demuestran también, que las

En otras épocas y en otros tiempos, cuando la idea de Dios reinaba en el mundo todo, cuando la certidumbre de otra vida endulzaba los sinsabores de esta, cuando la religión gobernaba las conciencias, existió un freno, más poderoso que cuantos puedan inventarse, para contener en sus justos límites el ánsia de placeres y el deseo de medrar. Hoy, por desgracia, no existe nada de eso. Cada vez se difunden y se extienden, con mayor rapidez, el ateísmo y el excepticismo; cada vez es menor la confianza en la justicia de ese Dios, creador del Universo, mantenedor de todo lo existente, espíritu que flota en la inmensidad y preside lo mismo los movimientos de los astros, suspendidos como brillantes topacios del purísimo cortinaje de los cielos, que la vida del hombre, en este átomo, casi imperceptible, del Universo, que habitamos.

Y sin Dios y sin freno moral que ponga diques al deseo; siempre delante de los ojos la

necesidades no han sido nunca tan imperiosas. Ahora bien, en una ecuación, la igualdad entre los dos términos no subsiste, sino cuando estos términos progresan igualmente. La relación entre las necesidades y los medios de satisfacerlas, representa la ecuación de la dicha. Cuando los dos términos son iguales, por pequeños que se les suponga, el hombre está satisfecho. También lo está, cuando, siendo los dos términos desiguales, por insuficiencia de medios de satisfacción, se restablece la igualdad por la reducción de las necesidades. Una tal solución han descubierto hace ya mucho tiempo los orientales, á quienes por eso vemos siempre contentos con su suerte. Pero, en la Europa moderna, las necesidades han crecido inmensamente, sin que los medios de satisfacerlas siguieran una marcha tan rápida. Resulta de ello que los dos términos de la ecuación han llegado á ser muy desiguales, y que la mayor parte de los hombres civilizados, maldicen hoy de su suerte.—(Gustave Le Bon. *Obra citada*, pág. 15).

tentación que se nos muestra en forma de riquezas y de placeres de todo género, á nadie debe extrañar que se desborden los apetitos, que se desencadenen las pasiones, que *las últimas capas del carácter, el barniz de cultura y de fraternidad*, se rompan en pedazos, y recobren su imperio las primeras, las más profundas, los instintos, la humanidad salvaje y la naturaleza primitiva (1).

Es necesario, como dice Tarde, á este propósito, con su acostumbrada y admirable profundidad y claridad de pensamiento, no confundir dos cosas que son completamente distintas: la civilización y la revolución social.

(1) La pluma bien cortada de Zeda, se hizo cargo en «La Época»—29 de Enero—en un notabilísimo artículo, de la «necesidad de creer» proclamada, poco antes, por Brunetière en Besançon, ante el octavo Congreso de la Juventud Católica de Francia.

En ese artículo, y refiriéndose á España, hallo el siguiente párrafo, acabado retrato de la realidad: «No faltan en España, antes bien puede que sean excesivas, las formas externas de la religión; pero la religiosidad honda y grave, que tiene sus raíces en las entrañas de nuestro ser, el sentimiento misterioso que nos hace ver reflejada la ley divina en todas las criaturas y en todos los actos humanos, la suprema esperanza que nos da fuerzas para avanzar animosos por el camino de la vida, seguros de que nuestra ruta no ha de detenerse en el sepulcro, esa promesa, en fin, del *más allá* que, confusa, vaga, como la columna de humo guía á los hombres en su peregrinación por el mundo, parece desaparecida ya de casi todas las conciencias. La fe sin obras es cosa muerta, y las obras faltan. Mucha cofradía y mucho beaterio, mucha cinta azul, mucha novena á San José y San Expedito, mucho petitorio en las iglesias y mucho viaje de recreo á Lourdes; pero ¿dónde están aquellos arranques de fe que en nuestros antepasados engendraron tan grandes, tan sublimes virtudes?»

La civilización se produce por una serie de invenciones é imitaciones, ni más, ni menos, que la revolución social. Pero, ¡qué diferentes el punto de partida y el de llegada! Las invenciones verdaderamente civilizadoras, son de esas que se imponen á todos y á todos benefician; son positivos bienes que se ven y se palpan. Las invenciones y los descubrimientos de la revolución son conceptos, ideas subjetivas, que arrastran y seducen á mucha gente, pero que no hacen ni más grato el vivir, ni más fecundo el trabajo del hombre. La civilización ha inventado la locomotora y el telégrafo. La revolución ha inventado el sufragio universal y el jurado, dos derechos del pueblo que el pueblo no practica sino de mala gana, cuya consecución le costó sangre de su sangre, cuyo ejercicio sólo le sirve ahora de molestia ó de oprobio.

Se propagan imitativamente los inventos civilizadores, con la labor asidua que es un ejemplo vivo, con la emigración á regiones incultas, que es un gérmen fecundo transportado á distancia, con la colonización, con el comercio. Se propagan las invenciones de la revolución, agitando las masas populares en los días de huelga y de asonada. También estos inventos producen otra suerte de emigración: la que, partiendo de los campos, donde viven las tradiciones, va á la ciudad, que con el brillo de sus mil novedades deslumbra al campesino; la que abandona el hogar santificado por cien generaciones, que vivieron felices, dedicadas á los mismos cuidados y menesteres,

para echarse á la calle en busca de algo nuevo, que no sabe lo que es, ni donde está.

No carguemos, pues, á la civilización culpas ajenas. Ese ánsia de mudanza, que padece la sociedad de nuestros días, es una enfermedad esencialmente revolucionaria, y nada hay tan cercano de la inmoralidad y de la delincuencia como ella.

El abandono del hogar propio, del propio oficio, de la carrera y de la clase en que se vivió siempre, para lanzarse, libre de estorbos, al asalto de nuevas posiciones, constituye—al menos de ordinario—una aventura. No es posible que la virtud y la tranquilidad y el sosiego, echen raíces muy hondas en una sociedad de aventureros.



III

MIRANDO AL PORVENIR



Se procurado trazar un cuadro exacto de la época actual. La inteligencia humana ha conseguido y continúa alcanzando en ella grandes triunfos de que podemos con justicia sentirnos orgullosos: pero al lado de estos progresos innegables fructifican también muchas miserias. El aspecto moral de las sociedades civilizadas, combatidas por vientos tempestuosos que concitan todos los egoismos y desenfrenan todas las pasiones, dista mucho de ser satisfactorio.

Por fortuna, no creo yo que debamos entregarnos á desconsoladores pesimismo, si se escudriña el porvenir. Son las revoluciones en el mundo social, lo que son las tormentas en el mundo físico; corrientes impetuosas, avasalladoras y velocísimas que todo lo conmueven, pero que, en cambio, duran poco.

Lo mismo el mundo moral que el mundo físico, tienden al equilibrio, y, cuando este se altera en un sentido, no se hace esperar mucho la reacción correspondiente. Este estado de duda y de inquietud, de inestabilidad y de egoísmo, en que se vive al día y nadie se preocupa del mañana, es un estado agudo que pasará, como pasaron otros períodos críticos en la historia de la humanidad.

La civilización moraliza, la civilización educa, la civilización es algo positivo, algo cierto, es una série, cada día mayor, de afirmaciones: por consiguiente, es lo opuesto á la duda y al descreimiento. La civilización es, además, un continuo cambio de ideas, de sensaciones, de costumbres, de ritos, que si, por el momento, produce choques y conflictos, va haciendo su obra de difusión y, á la larga, producirá la paz en todos los órdenes.

Cuando, una enfrente de otra, existen dos ideas, dos creencias, dos costumbres, pero encerrada cada una dentro del santuario de una familia, de un pueblo, de una nación amurallada que ni da ni recibe ejemplos que imitar, porque vive la vida del aislamiento, no hay conflicto, no hay lucha. Así se explica la moralidad de los pueblos y de los individuos aferrados á la tradición y refractarios á todo género de novedades.

Pero si esas ideas, esas creencias y costumbres, rompiendo las fronteras del hogar propio, entran en la corriente de la vida, si por la imitación se difunden, el conflicto y la lucha se

hacen inevitables. He aquí el estado en que se encuentra la sociedad actual, Babel de ideas de todo género, de creencias contrarias, de *opuestas invenciones*, que pugnan por triunfar.

La lucha, sin embargo, no será eterna. O se resolverá por la victoria de las ideas, de las creencias, de las costumbres, de los deseos y de las sensaciones mejor condicionados para vivir, ó se resolverá por la armonía de los opuestos elementos. En ambos casos, habrá estabilidad, habrá equilibrio; la humanidad tendrá ideales y tendrá fe (1). Después...—en el transcurso de los siglos,—nuevas revoluciones perturbarán la paz de las conciencias, renovarán la guerra y la discordia, y nuevas armonías,

(1) El notable sociólogo y economista italiano Fr. S. Nitti expone ideas parecidas á las que dejo apuntadas, en una bellísima carta á Achille Loria. «Yo no se, dice, si admirais como yo la concepción de Saint Simón, sobre la historia de la humanidad. Aunque yo no la acepte sino en parte, estoy convencido de que existen períodos de organización y períodos de criticismo. Durante los períodos de organización los hombres aceptan, con una convicción profunda, todos los sistemas, más ó menos verdaderos, y más ó menos útiles, de creencia positiva. Y bajo el influjo de esta creencia realizan todos los progresos compatibles con esos diversos sistemas. Viene entonces un período de negación y de crítica, durante el cual la humanidad pierde sus antiguas creencias sin adquirir otras nuevas y no cree en nada, sino en la falsedad de las cosas en que creyó antes... Hoy estamos, realmente, en un período crítico: la sociedad actual está según la expresión del Dante *entomata in deffetto*, en el estado de crisálida; y si no debe nacer de ella la *angélica farfalla*, la mariposa angélica, que sueñan algunos reformadores utopistas, yo espero al menos que engendrará un mundo mejor y más sano.

Las formas económicas cambian, los sentimientos morales cambian con ellas; y si el período crítico aún no parece próximo á terminar, al menos los espíritus superiores han salido ya de esta larga crisis de pesimismo».—Fr. S. Nitti.—(*La Population et le Système Social*, pág. 4.—París, V. Giard et E. Brière, 1897).

cada vez más perfectas y más rápidas, devolverán al mundo el equilibrio, y con el equilibrio la paz.

Creen algunos en el progreso no interrumpido de la humanidad. Piensan otros que esta es siempre la misma y consideran los cambios de aptitudes intelectuales y el desarrollo de las energías sociales, como fenómenos contingentes que no alteran en nada la substancia de la psicología individual y social.

Desde el Progreso indefinido de Condorcet y Comte hasta los cambios circulares y periódicos de las sociedades, á manera de los *ricorsi* de Vico, multitud de hipótesis hallan mantenedores decididos, al escudriñar este problema de la evolución social, constantemente expuesto á nuestros ojos, siempre difícil é intrincado. La humanidad es un conjunto de seres agrupados en núcleos diferentes—tribus, naciones, razas,—cada uno de los cuales se desenvuelve con cierta independencia; y por caminos que pueden ser iguales ó distintos de aquellos que recorren los demás, evoluciona y progresa, á veces cae, retrocede ó se estanca. Pero páreceme indudable que al período de *diversificación* humana, ha de seguir en lo futuro, cada vez más acentuado, otro período de *integración*, en que, al cabo, las distintas agrupaciones caminen juntas hacia adelante, ansiosas de perfección, de mejoramiento, de vida intensa y sana que ennoblezca el vivir.

Esa diversidad de evoluciones sociales de que habla Tarde, al enunciar sus siete hipótesis,

discutiendo con Stuard Mill (1) puede aceptarse como hecho *histórico* y aun como hecho *actual*, mas no como tendencia definitiva. Precisamente su teoría de la imitación, tan profunda y admirablemente enunciada, pugna con esa hipótesis de evoluciones varias que siguen cursos y caminos distintos, sin encontrarse, sin luchar, sin absorberse unas á otras. «Yo considero, ha dicho el propio Tarde, la evolución de las sociedades como una lenta y difícil fusión de las psicologías individuales en una misma psicología colectiva». Pues bien, otra fusión semejante se verifica entre las vanas evoluciones parciales de los grupos. Las distintas evoluciones de los grupos sociales son simples notas del gran himno de la total evolución humana, que formarán acordes y armonías en lo futuro.

Y respecto á esta gran evolución, á la total, en que se suman y habrán de confundirse todas las otras, yo creo firmemente, con Majoranna, en lo que él ha llamado *ley asintótica del progreso* (2): la humanidad progresa y retrocede,

(1) G. Tarde.—*L' Oposition Universelle*, pág. 331.—París, Alcan, 1897.

(2) «Por muy diversas y contradictorias que sean las fuerzas que combaten en la sociedad, con una clasificación elemental podemos reducirlas á dos categorías: la una *individual* ó si se quiere, *individualista*; la otra *social* ó *socialista*. Desde que el mundo es mundo, la historia prueba que han prevalecido tan pronto la una como la otra, con sustancial y reciproca exclusión, y los períodos de triunfo de cada una de ellas se han sucedido alternativamente. El *progreso típico* consistiría en seguir constantemente la resultante de estas dos categorías de fuerzas: pero no es esto lo que ocurre. La humanidad se acerca á la una ó á la

avanza y se remonta á su origen, pero con oscilaciones cada vez menores que la aproximan, cada vez más, á la línea ideal del progreso típico. Este consistiría en una *línea recta*, y es evidente que seguimos una *línea sinuosa*, con ascensiones y depresiones alternadas: pero, á pesar de todo, el progreso se cumple, la humanidad avanza, la línea media resultante de esas oscilaciones, se aproxima cada vez más, siquiera nunca llegue á confundirse con ella, á aquella recta imaginaria con que podría representarse gráficamente el progreso ideal.

Ya en otra parte,—antes de conocer la ley de Majoranna, en que este pensamiento halla expresión más adecuada y más precisa,—había yo dicho meditando en esta eterna lucha de ideas contra ideas, de doctrinas contra doctrinas, que ya tocan los límites de un radicalismo disolvente, ya caen en una reacción enervadora, que la vida del pensamiento y de las

otra, excediendo siempre de la media. Un tal exceso, sin embargo, tiende á hacerse cada vez menor. El *progreso real* se aproxima cada día más al *típico*, sin confundirse con él. Oscila con sinuosidad que disminuye en cada oscilación en torno de una línea que puede ser considerada como una hipérbole. Por el contrario, el progreso típico es una línea recta, á la cual la hipérbole se aproxima, sin tocarla jamás. En esto se halla la *asintota*. De aquí la calificación de *asintótica* que yo doy á la ley del progreso.

En suma, yo digo: la humanidad se halla trabajada por el principio de integración y el de diferenciación, por el individualismo y el socialismo. Ora excede en un sentido, ora en el otro. Los excesos, no obstante, con la marcha del tiempo y de la civilización, se hacen siempre menores. La humanidad tiende á seguir una línea media, á la cual se avecina, siquiera nunca llegue á tocarla.—(Majoranna, *ob. cit.*, pág. 116).

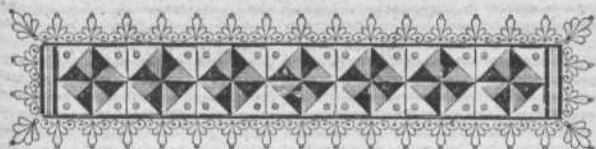
sociedades, parece regulada por las oscilaciones de un misterioso péndulo, atraído por la ley de la gravedad, pero alejado continuamente del centro, por la derecha ó por la izquierda. La civilización es como el roce para ese péndulo invisible. Cada día hace menor el arco que describe.

¡Tengamos confianza en el porvenir!—La civilización no pervierte ni corrompe y la revolución social no será eterna. La misma hipótesis de Sergi, que he citado, no es desconsoladora, abre camino á la esperanza. Cuando las capas superficiales de hoy pasen á ser capas profundas, mediante la obra de los siglos, no será una envoltura rompediza la que proteja al hombre contra las tempestades de la vida. Acaso entonces sean menos temibles los efectos de alguna nueva revolución social.

Junio, 1899.



CONTRA EL ANARQUISMO



CONTRA EL ANARQUISMO



I

CRIMINALES Ó LOCOS



o se si en ello hay algo temperamental, propio, que forma parte de mí mismo, que no podría arrancar del alma aunque quisiera: pero, sea como fuere, producto del estudio y la meditación ó producto del sentimiento, yo debo confesar que en mí provocan repugnancia invencible, casi odio, todas las causas que fían el triunfo á la violencia. Y la causa anarquista armada con la bomba del dinamitero, con el puñal del asesino, con toda suerte de elementos de destrucción; sedienta siempre de sangre y

de venganza; organizando sus miserables atentados en la sombra; repartiendo sus golpes, completamente á ciegas, entre *opresores* y *oprimidos*, entre los que apellida *tiranos* y los que, en todo caso, serian *víctimas* de la tiranía ajena: esa causa que sin sangre no puede prosperar ni vivir, no es una escuela, no es un sistema filosófico, no es una doctrina científica; yo en ella veo sólo una secta de criminales y fanáticos, merecedora de castigos.

Frente á las exageraciones del socialismo colectivista cabe aún la crítica imparcial y serena. En medio de sus grandes é innegables errores, el socialismo tiene algo de simpático, que le hace, cuando menos, acreedor al respeto de los hombres honrados (1).

(1) Sin entrar ahora á discutir—porque no es este mi propósito—las doctrinas del socialismo, cuyas contradicciones, vaguedades y errores han puesto de relieve en los últimos años multitud de autores de nota, como Leroy-Beaulieu (*Le Collectivisme*), Richard (*Le Socialisme et la Science Sociale*, 1897), Garofalo (*La Superstición Socialista*), Laveleye (*Le Socialisme Contemporain*, 1896) y Le Bon (*Psychologie du Socialisme*, 1898) y aún se han visto obligados á reconocer partidarios suyos de la talla científica de Loria (*L'Opera póstuma di Carlo Marx*), es para mí cosa indudable que hay un gran fondo de justicia, en las aspiraciones de esa escuela. Salvo el elogio exagerado de Carlos Marx, no creo que ningún alma generosa, libre de odios y de prejuicios oscurecedores de la verdad, pueda tener inconveniente en suscribir estas palabras de Nitti, el distinguido autor de *Il Socialismo Católico*: «Yo soy de los que reconocen toda la importancia moral y toda la importancia económica del socialismo moderno; yo le considero como una dichosa reacción contra ese pesimismo desesperante que había invadido las almas y los espíritus. Desde muchos años, estudio con una gran simpatía la literatura socialista. Y aunque admiro el espíritu que la anima, no puedo menos de reconocer que desde el libro de Carlos Marx, tan imperfecto, y sin embargo tan grande, el colectivismo no ha

Realmente, nadie que conserve jugoso y sano el corazón, podrá mostrarse satisfecho de esta organización social en que vivimos, que condena á millones de seres á la indigencia, mientras el lujo y el despilfarro crecen y se exhiben á diario como un insulto, en medio de la turba de haraposos y miserables, engendrando el rencor y la envidia (1). Realmente la conciencia misma impone la confesión de que no es buena la sociedad en que vivimos, de que *no somos buenos*, de que no se reparten equitativamente los productos del capital y del trabajo, de que no se halla debidamente garantida la existencia de los trabajadores, mercancía que se cotiza en el mercado, y que á veces no encuentra licitador; que se rechaza con desprecio, abandonándola en la calle, cuando el tiempo ó la fatiga, la hicieron poco apta

producido una sólo obra original ó profunda. Y esto proviene de que el colectivismo revolucionario y el individualismo conservador, son dos doctrinas igualmente ocasionales, destinadas á defender los intereses de una clase especial; y si el primero de estos dos sistemas está animado de un espíritu más amplio, y lleno de intenciones mejores, no por ello deja de navegar, como el segundo, sobre el mar engañoso del error y de la ilusión.

(1) Esta exhibición de la riqueza, fomentadora de pasiones, es realmente un fenómeno característico de la época actual. «Los burgueses ricos de la Edad Media—dice Nitti con finísima penetración—deseaban que el exterior de sus casas fuese modesto y reservaban para el interior de las habitaciones la decoración rica y costosa. Era este un hábito gracias al cual se evitaban muchas envidias y odios. Pero los ricos de nuestra época parecen tener gustos diametralmente opuestos, y el lujo de las clases directoras radica más en la necesidad de «parecer» que en la necesidad de «gozar». (*La Population et le Système Social*, página 156.—París, V. Giard et E. Brière, 1897)».

para el *consumo*—aquí el consumo se llama *producción*.

Refiere Garofalo, á propósito de este abandono inícuo de los obreros enfermos ó ancianos, que un gran señor napolitano expulsó de sus cuadras á un caballo viejo que le había servido en la guerra, pero del cual no sabía ya qué hacer... Pues bien: aconteció que, vagando por las calles, ese caballo plantóse á la puerta de una sala baja donde el Rey Roberto celebraba consejo. Hizo el Rey llamar al propietario del caballo; y luego de reprenderle le obligó á empeñar su palabra de honor de recoger al animal y alimentarlo mientras viviese. Por desgracia—añade Garofalo—el Rey Roberto solo pudo salvar á ese caballo. Si la ingratitud de los hombres para con los animales es inevitable, ¿no puede al menos esperarse que desaparezca en nuestras relaciones con el prójimo? (1).

Pero entre el socialismo y el anarquismo media enorme distancia. El anarquismo no es la extrema izquierda del socialismo, porque es distinto de él, más aún, contrario suyo, su enemigo irreconciliable. El socialismo, generalmente afortunado en la crítica de la sociedad vieja, resquebrajada y egoísta, en que vivimos, camina de tropiezo en tropiezo al planear la sociedad futura de sus ansias y de sus ilusiones, pero es al cabo, afirmación sometida á la

(1) R. Garofalo.—*La Superstición Socialista*, pág. 232.—Madrid, «La España Moderna».

contradicción depuradora de todos los errores: y el anarquismo que apenas hace crítica del presente, aún se preocupa menos de trazar líneas que dibujen el porvenir: su crítica la ejerce con la bomba que derrumba edificios y salpica de sangre los escombros; su evangelio está tejido con negaciones; no aspira á edificar sino á destruir; no distingue entre la idea y la acción encaminada á suprimir estorbos—y son estorbos Dios, Propiedad, Familia, Justicia, Estado, cuanto existe—porque la acción demoledora es su idea única, su única fe, su dogma único.

Cuando Dante desciende á los círculos del infierno, dice Laveleye (1), llegado á lo más profundo de la «ciudad sin esperanza» se encuentra frente á frente del odioso soberano de los ángeles rebeldes:

L' imperator del doloroso regno.

Del mismo modo, cuando se ha penetrado hasta las últimas capas del socialismo revolucionario, allí se encuentra á Bakounine. No puede irse más allá, porque él es el apóstol de la destrucción universal, del anarquismo absoluto, ó, como él mismo llama á su doctrina, del «amorfismo». Bakounine desenvuelve las ideas de Proudhon pero revistiéndolas de un matiz propio, del matiz que ha engendrado la verdadera secta anarquista. «Sueña la destrucción total de todas las instituciones, existentes

(1) Emile Laveleye.—*Le Socialisme Contemporain*, pág. 223.
—Décima edición, París, Alcán, 1896.

y una sociedad amorfa, esto es, sin forma alguna, lo que significa en realidad el retorno al estado salvaje. Para llegar á esto, necesita una revolución sin piedad, que por el hierro y el fuego borre hasta los últimos vestigios del actual orden social. El objeto final es el colectivismo, ó mejor dicho, el «amorfismo» y el medio de lograrlo la «pandestrucción».

El anarquismo occidental, hermano gemelo del nihilismo ruso, aun cuando más monstruoso por menos justificado, reconoce á Bakounine como padre. Y el evangelio de Bakounine es simplemente la destrucción universal.

He aquí unas cuantas frases de programas, discursos ó folletos anarquistas, que condensan perfectamente la *doctrina*:

Se había reunido en Berna la *Liga de la Paz y de la Libertad* bajo la presidencia de Víctor Hugo. Uno de los amigos de Bakounine, también presente en el Congreso, Jaclard, se encara con la mayoría de la Asamblea, partidaria de otros procedimientos, y dice: «¿Quereis conservar las instituciones sociales para mejorarlas?—Vana tentativa. No pueden ser sino instrumentos de tiranía y espoliación. Nosotros somos lógicos: queremos destruirlo todo. Nos separamos de vosotros y la guerra será terrible. Se dirigirá contra todo lo existente. Sí, es necesario acabar con la burguesía y sus instituciones. Sobre sus ruinas humeantes se asentará la república definitiva. Sobre esas ruinas cubiertas no diré por su sangre—hace ya mucho tiempo que no la tienen en las venas—sino por

sus detritus acumulados, plantaremos la bandera de la revolución social».

En sus *Palabras á los Estudiantes*, Bakounine habla de la «santa y saludable ignorancia» y dice que «el bandido es el verdadero héroe, el vengador popular, el enemigo irreconciliable del Estado, el verdadero revolucionario en acción, sin frases y sin retóricas extraídas de los libros». En otra hoja, *Los principios de la Revolución*, indica los medios para fundar el amorfismo: «No admitiendo ninguna otra actividad que la destrucción, nosotros declaramos que las formas en que deba expresarse esta actividad pueden ser variadísimas: puñal, veneno, nudo corredizo. La revolución lo santifica todo, sin distinción».

Y el «*Catecismo Revolucionario*» va aún más lejos: «El revolucionario, dice, no debe tener intereses personales, ni negocios, *ni sentimientos*, ni propiedad. Debe absorberse por entero en un solo interés exclusivo, en un solo sentimiento y una sola pasión: la Revolución. No persigue más que un objeto y una ciencia: la destrucción. Para esto, y sólo para esto, estudia mecánica, física, química y, á veces, medicina... Desprecia y odia la moral actual. Para él todo es moral si favorece el triunfo de la revolución, todo es inmoral si lo estorba... Entre él y la Sociedad hay lucha y lucha á muerte, incesante, irreconciliable. Debe prepararse á morir, á soportar el tormento y á hacer perecer con sus propias manos, á cuantos constituyan un obstáculo para el triunfo de la

Revolución. Tanto peor para él si conserva en el mundo lazos de parentesco, de amistad ó de amor! No es un verdadero revolucionario si estas ligaduras detienen su brazo. Sin embargo, debe vivir en medio de la Sociedad, fingiendo ser lo que no es. Debe penetrar en todas partes, en la clase alta y en la media, en la tienda del comerciante, en la iglesia, en las oficinas, en el ejército, en el mundo literario, en la policía secreta y aun en el palacio imperial».

Hijo de estas ideas el anarquista moderno occidental (1), de ellas arrancan los crímenes espantosos que, especialmente en Francia, Italia y España, llegaron á ser materia de verdadera preocupación para los gobiernos. Ravachol, Pini, Vaillant, Caserio, Angiolillo, Salvador, Pallás, cuantos en nombre de esa idea exterminadora han ensangrentado la tierra, son simplemente locos con locura rabiosa ó criminales monstruosos, que practican la religión del amorfismo.

Mariano Andrade, en un estudio, por cierto muy interesante y bien pensado, afirma la

(1) Los estatutos de *La Mano Negra* en España son, en gran parte, casi una traducción del *Catecismo* de Bakounine:

«La Asociación declara á los ricos fuera del derecho de gentes; proclama, además, que, para combatirlos, todos los medios son buenos y necesarios, sin exceptuar el hierro, el fuego y aun la calumnia».

«El asociado debe disimular en público sus relaciones con la asociación, ó sus simpatías hacia ella».

Los preceptos son cortos y categóricos. La sanción ordinaria es la pena de muerte.

existencia del anarquismo científico (1): yo no creo que merece el nombre de ciencia una doctrina tal como la apuntada: porque los que discurren en la esfera especulativa, sin aceptar los medios criminales que el anarquismo pone en juego, no pueden ser tenidos por verdaderos anarquistas; y aquellos que aconsejan el empleo del veneno, del puñal, de la bomba, sin esgrimir por cuenta propia más arma que la pluma, esos no son, ni pueden ser hombres de ciencia—como que hasta reniegan del saber—son simplemente criminales con astucia bastante para gozar del espectáculo del crimen sin arriesgar la propia piel en la empresa.

Un anarquista, Costa, á quien Lavéleye cita, decía en una carta á *La Igualdad* de París, en 1878: «En cuanto á la doctrinas, nosotros podemos decir que tenemos bien pocas. Somos anarquistas y esto es todo. Queremos que se conceda á cada uno la posibilidad de manifestar sus necesidades y los medios de satisfacerlas: en una palabra, *que cada uno pueda hacer lo que quiera*».

«Que cada uno pueda hacer lo que quiera»: he aquí todo el anarquismo científico condensado en bien pocas palabras. Ese es el fin último: los medios, «dinamita», «puñal», «veneno», «nudo corredizo»: un sistema científico es algo más que eso: es, sobre todo, algo más noble, más conforme á la dignidad humana.

(1) Benito Mariano Andrade.—*Estudio de Antropología criminal espiritualista*, pág. 204 —Sucesores de Rivadeneira, Madrid, 1899.

El mismo Mariano Andrade al estudiar el anarquismo en su libro de «Antropología Criminal» clasifica conforme á mi criterio la ciencia *amorfa*, de Bakounine, Grave, Domela y otros engendradores de los dinamiteros vulgares. Ese es su sitio: el de los locos-criminales, el de los delincuentes instintivos, el de los rebeldes incorregibles.

Tan criminal es el que lanza la hoja impresa, excitadora del atentado, como quien se emborracha con esa hoja y lo realiza. La pluma es mecha y el papel hace oficio de dinamita en ocasiones.

No discutamos, pues, la *ciencia anarquista*: pensemos, sí, en librarnos de sus ataques, en extirpar la mala hierba que crece ante nuestros ojos, como protesta airada de la muerte contra el afán creador de la naturaleza y de la vida.

El *derecho al trabajo*, en cuanto representa el *derecho á vivir*, que es el primero y principal de todos; la situación infortunada de las últimas capas sociales; las injusticias y privilegios que las leyes consienten ó sancionan; la fijación del mínimo salario y la distribución equitativa de los beneficios entre el *capital* y el *trabajo*, esos dos compañeros inseparables y que, además, debieran serlo cordialísimos, en la febril labor de nuestra edad civilizada y laboriosa; cuestiones son interesantes, para muy meditadas y estudiadas, que, de parte de todos, piden algo de abnegación y desinterés, que necesitan ser resueltas y lo serán, pese á quien pese. El credo socialista—despojado de odios

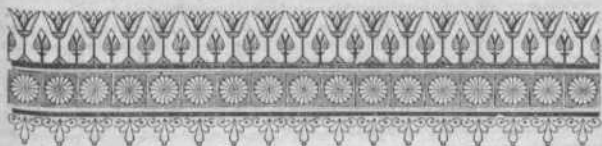
y prevenciones injustificados y de exageraciones peligrosas ó impracticables—ha comenzado ya á influir en la transformación de las legislaciones, é influirá más aún, determinando cambios de verdadera y trascendental importancia.

Pero es preciso distinguir de ese ansia de mejora, connatural á la existencia humana, de esa reclamación en que millares de gargantas se unen para llamar nuestra atención y hacer que convirtamos los ojos hacia las mil desdichas necesitadas de remedio urgente, este otro empeño criminal, demoledor y absurdo, que representa el anarquismo, negación constante, instinto destructor, sed de exterminio, que no se satisface nunca.

Y el anarquismo no puede triunfar, porque en la vida jamás triunfaron las negaciones, ni jamás consiguieron las violencias que el sol de la verdad se hundiese en los abismos de una noche eterna. La naturaleza se complace en crear, no en destruir; el tiempo, si derrumba en el pasado leyes, instituciones y creencias, sin cesar labra y acumula nuevos conocimientos, edifica y produce como obrero incansable del progreso humano: y adonde quiera que volvamos los ojos, en la lucha entablada, desde que el mundo es mundo, por el instinto creador, que todo lo fecunda y en todas partes deja gérmenes de vida, contra la muerte lóbrega y estéril, contra el genio del mal, ansioso de destruir, siempre, ¡siempre! hallaremos á estos vencidos.

Puede aceptarse la batalla, con el valor sereno y reflexivo del que conoce y sabe de antemano que la victoria ha de ser suya.

Ni indiferencias temerarias ante un mal grave que ya ha causado muchas víctimas con sus bombas y ha envenenado muchas almas con sus predicaciones, ni pánicos ridículos, en que el miedo pretende disfrazarse echando mano de innecesarias crueldades. El anarquismo es un absurdo y los absurdos jamás pueden prevalecer: pero, mientras exista, es una amenaza para el sosiego público y en tal concepto hay que arrancarle de raíz. Como puede, á mi juicio, lograrse una victoria poco sangrienta lo veremos muy pronto.



II

LA REPRESIÓN



os organismos tienden á desenvolverse, á crecer, dentro de un régimen de salud. La salud es aliada y protectora constante de la vida, como la enfermedad es aliada y protectora constante de la muerte. Y esto que ocurre con los seres individuales, puede afirmarse de igual modo, de ese otro sér complejo, que se llama sociedad.

Como hay enfermedades individuales, hay enfermedades sociales. A la higiene, á la terapéutica, á la cirugía, encargadas de conservar ó restablecer la salud de los individuos, corresponden otra higiene, otra terapéutica, otra cirugía, encargadas de mantener ó restaurar la salud del gran sér colectivo.

El anarquismo es una plaga, denunciadora de un profundo trastorno de la economía social. Para evitar que se propague, que eche raíces, que *nazcan nuevos brotes*, está la higiene: para combatirle, acaso sea infecunda la terapéutica, acaso no podamos emplear otros remedios que el de la extirpación, supremo y admirable recurso, que al arrancar de cuajo un miembro enfermo, devuelve al organismo la salud.

Una higiene social cuidadosa, caritativa, inspirada en el amor del prójimo, en el reconocimiento *práctico* del derecho que asiste á todo hombre, para lograr medios de vida; una higiene social que inculcase ideas de verdadera fraternidad entre los hombres; que suprimiera desigualdades irritantes; que purificase la atmósfera envenenada por predicaciones funestas y enseñanzas demoledoras, cuyos frutos no pueden ser sino pasiones y odios insaciables; que restituyera á las almas un ideal, una fe, algo que las conforte, las sostenga y aliente, en medio de las borrascas y de las tempestades de la vida; una higiene tal, lograría que se desarrollaran y creciesen las sociedades, fuertes, sanas, vigorosas; como el incalificable abandono de una época en que el *Dios-oro* cuenta con más creyentes que cualquier otro Dios, ha incubado esta sociedad enfermiza, indisciplinada, neurósica, en que todos los gérmenes morbosos hallan terreno fácil donde extenderse y prosperar.

Pero la higiene no es bastante: sobre ser obra larga y muy difícil su instauración, evitaría

males futuros, pero carece de eficacia para curar ó corregir males presentes. La higiene podrá hacer que no nazcan los anarquistas, los dinamiteros del porvenir: no podrá hacer que se conviertan al bien las voluntades de aquellos que ya están poseídos por la manía exterminadora, no podrá convertir en miembros sanos, á los miembros enfermos. Ni es esa tampoco su misión.

Veamos pues como puede y debe reprimirse la barbarie anarquista, una de las enfermedades más graves de la época actual.

Yo que, en materia de justicia, pienso que á la justicia toca defender los intereses sociales amenazados, y en materia de penas tengo por mejor la que asegura más el público sosiego, la que mejor reduce al grupo criminal á la impotencia, creo que, obrando y pensando con sereno juicio, el anarquismo puede combatirse con facilidad relativa, sin que la sangre corra á ríos, como algunos entienden que correr debe, sin que la dinamita sirva para vengar como sirvió para ofender, sin que al bárbaro ultraje de los anarquistas haya de responder la sociedad con el talión.

Y cuéntese que no me opondría á que se ahorcase á todo aquel que comulgara en esa religión de criminales, si entendiera que ahorcando se lograban más resultados prácticos y positivos que de cualquier otra manera. La sociedad es organismo, al cabo, que, como todos, tiene indiscutible derecho á la vida. La

social, quien ha de obrar como obra la naturaleza en el orden biológico» (1).

Si el crimen es una enfermedad que aflige á nuestras sociedades; si, en multitud de casos, la terapéutica penal resulta impotente para dominarla, la cirugía debe obrar sin ningún género de contemplaciones; ya lo he indicado antes; allí donde no alcance la pena como medicina, debemos aplicar la pena como amputación.

Pero no quiera extremarse tanto la semejanza de estos distintos órdenes, que haya de valer lo mismo amputación social que muerte: no se trate de establecer una ecuación tan absoluta entre la cirugía aplicada á las enfermedades del cuerpo humano y la cirugía social, que, en esta como en aquella, la operación eliminadora necesite sangre, herramientas de cortante filo, y carne hecha pedazos, sin calor y sin vida. La sociedad puede arrancar de su organismo un miembro enfermo ó incurable, sin apelar al golpe de la guillotina ni al tornillo del garrote: la *eliminación absoluta*, necesaria en buen número de casos, no precisa mendigar auxilios á la muerte. Yo me propongo, en suma, demostrar que pueden esgrimirse contra el anarquismo armas menos terribles, pero más eficaces, que la llamada «última pena».

No nos hagamos ilusiones: en el supuesto de que nos decidiéramos por el procedimiento más

(1) Garofalo.—*La Criminologie*, pág. 253.

radical—y aun, aparentemente, más sencillo,— para concluir con los anarquistas, la pena de muerte debiera aplicarse á todos, absolutamente á todos los que lo fueran: al que arrojó la bomba y al que la fabricó y al que escuchó con alegría salvaje el estallido, ó sintió en su alma regocijos de fiera al conocer el número de víctimas de la explosión; al anarquista que perora en el *meeting* con descompuestos ademanes, los nervios en tensión, secas las fauces, relampagueante la mirada, y al que hace propaganda en la taberna, poniendo al servicio de «la causa» las inspiraciones enfermas del alcohol; al que en su vida toda no realizó otra mala acción que la de haberse inscrito—acaso sin perfecta conciencia de lo que hacía—en las listas del grupo, y al miserable que tiene muchos puntos negros en su historia y se abrazó á la idea para llevarla por delante de sus acciones, justificando robos y encubriendo violencias.

Y la pena de muerte no se aplica con la facilidad que el vulgo de las gentes cree, en parecida forma. Su imposición exige extraordinarias garantías de acierto que—al no poderse lograr en buena parte de los procesos incoados—darían lugar á numerosas y desdichadísimas absoluciones. A ser el riesgo igual, é igual la pena para el anarquista platónico y el anarquista de acción, sucederíanse los atentados con mayor frecuencia, porque es ya cosa averiguada que las penas graves, impuestas de igual modo á todos los delitos, solo consiguen aumentar la cifra de los grandes crímenes. La

muerte rodearía con la aureola del martirio á los que deben ser por todos considerados como criminales, y acaso repercutiese con llamadas de odio y de destrucción, en la imaginación calenturienta de los seres nacidos y criados en la desgracia. La misma sociedad sentiría un estremecimiento horrible, al contemplar el espectáculo de ciento ó mil patibulos, levantados á un tiempo para arrancar de cuajo toda la mala hierba. ¡Ah... la pena de muerte! ¡Gran remedio si fuera dado penetrar en el secreto de las intenciones, ó leer el porvenir en la mirada de los acusados, para aplicarla á todos los rebeldes! ¡Radical selección, para que el mundo mejorase, reduciendo al no ser á los incorregibles que entorpecen su marcha! Mas, en lo que interesa para nuestro tema, ya he dicho lo que pienso: como hoy se aplica no es bastante; aplicarla de manera que imposibilite la comisión de nuevos atentados es punto menos que imposible.

El remedio ó castigo que yo propongo para combatir al anarquismo tiene, sobre esa última pena, muchas ventajas, y no son las menores, el indudable apoyo que encontraría en la opinión pública y la dulzura *relativa* con que mediante él fueran tratados los que cifran su gloria y su empeño en la destrucción de cuanto existe. Constituiría, además, un interensantisimo estudio de psicología y sociología experimental, que, á todos, los de arriba y los de abajo, podría proporcionarnos provechosísima enseñanza.

El ideal del anarquista consiste en convertir la sociedad en una tabla rasa, suprimiéndolo todo, porque todo estorba al perfeccionamiento humano. Familia, Propiedad, Religión, Patria, son entidades ficticias, sombras sin consistencia, invenciones infames, que nos sujetan y nos ligan, imposibilitando ó dificultando el desenvolvimiento libre de nuestras facultades. Si consiguiéramos que ellos viviesen á gusto suyo, quedándonos nosotros con nuestros errores, el problema, *ipso facto*, quedaría, debía quedar al menos, solucionado y resuelto á gusto de todos. Yo no diré que sea posible llegar á tanto, mas sí lo es aproximarse á ese ideal; y ya que algún reparo pudiéramos hacer los anarquistas, que la solución fuese á gusto nuestro y sin quebranto suyo de importancia.

Y bien, he aquí la solución. Podría elegirse algún paraje de Oceanía, bien alejado de las islas civilizadas, y libre de comunicación con ellas mismas y con América y Europa. En tal región quedarían *completamente abandonados* á sus iniciativas y á sus instintos, cuantos anarquistas existieran, con sus mujeres ó sus queridas, sin fuerza pública que contuviera sus posibles disturbios, ni autoridades que vigilaran sus hechos, ni, en fin, leyes capaces de obligar y compeler con un mandato ni un castigo.

Un proceso sumarísimo determinaría si era anarquista ó no lo era el acusado. Resuelta afirmativamente la cuestión, las autoridades se

encargarían de conducirlo con todo género de precauciones hasta el punto de embarque, en que podrían unírsele la mujer ó la amante que quisieran sufrir la misma suerte que él; nunca los hijos, cuya alimentación y educación deben correr á cargo del Estado, á falta de asociaciones especiales que se formasen con tal objeto por virtud de la iniciativa privada.

En el momento de desembarcar, se entregarían al condenado aquellos útiles más necesarios y de mejor aplicación para poder vivir en el territorio elegido; algunas semillas capaces de fructificar bajo la influencia de aquel clima; y algún alimento también, á los primeros que llegasen, para poder vivir unas semanas, ó unos meses, sin obtenerlo, con su propio esfuerzo, de la naturaleza. Y esto es todo: el buque volvería á nuestras costas libre del cargamento que condujera, y allá, en medio del mar, abandonados á sus iniciativas y á sus esfuerzos, quedarían para siempre los rebeldes con sus ideales realizados, con su primer empeño ya cumplido, ¡sin Dios, sin propiedad, sin patria y sin familia! ¡Y á crear y á trabajar entonces! ¡A vivir á sus anchas, sin capital que explote, ni instituciones sociales que dificulten las libres determinaciones individuales! La mejor propaganda, la única posible, ¡á hacerla desde allí, mostrando á Europa entera, cuando pasados quince ó veinte años enviase un nuevo buque á visitarlos y adquirir noticias de su conducta y sus progresos, el bello *país de la anarquía* como modelo digno de ser copiado!

Las ventajas del sistema que propongo parecen tan evidentes, que casi no necesitan ser enumeradas. La eliminación de los elementos peligrosos se verifica ni más ni menos que si se aplicara la pena de muerte en grande escala; porque no es la vida del criminal lo que estorba y preocupa, sino su convivencia con los hombres honrados, y no es la muerte misma lo que excluye el peligro, sino el apartamiento de la sociedad. Muerte social ó muerte física, lo mismo llenan nuestro objeto. Y la muerte social me atrevo á sostener que causa aún mayores beneficios: porque en el criminal es necesario que consideremos, no tan sólo su propia maldad, sino el foco permanente de maldades que imitativamente se propagan en torno suyo, y este foco no se extingue tan fácilmente con la horca como con la deportación. El patíbulo provoca y determina compasión en muchos, convierte en mártir de una idea al que debiera ser tenido por criminal vulgar, es manantial inagotable de admiración, cuando se aplica á los que quieren pasar por redentores, que inunda muchas almas y tuerce muchas voluntades. Esa deportación y ese abandono serían bastantes para arrojar sobre los condenados la indiferencia pública, y arrebatárles el papel de héroes que tanto empeño muestran en representar.

Además, del *ensayo anarquista*, resultaría una de estas tres cosas necesariamente:

1.^a Que los deportados (y este es el caso más probable á mi juicio) no se entendieran y se

destrozaran los unos á los otros, demostrando al mundo sus instintos salvajes. Con ello no iríamos perdiendo nada; antes por el contrario, ganaría el consiguiente descrédito para sus ideas si, *experimentalmente*, resultaban impracticables y buenas sólo para convertirnos á los hombres en fieras.

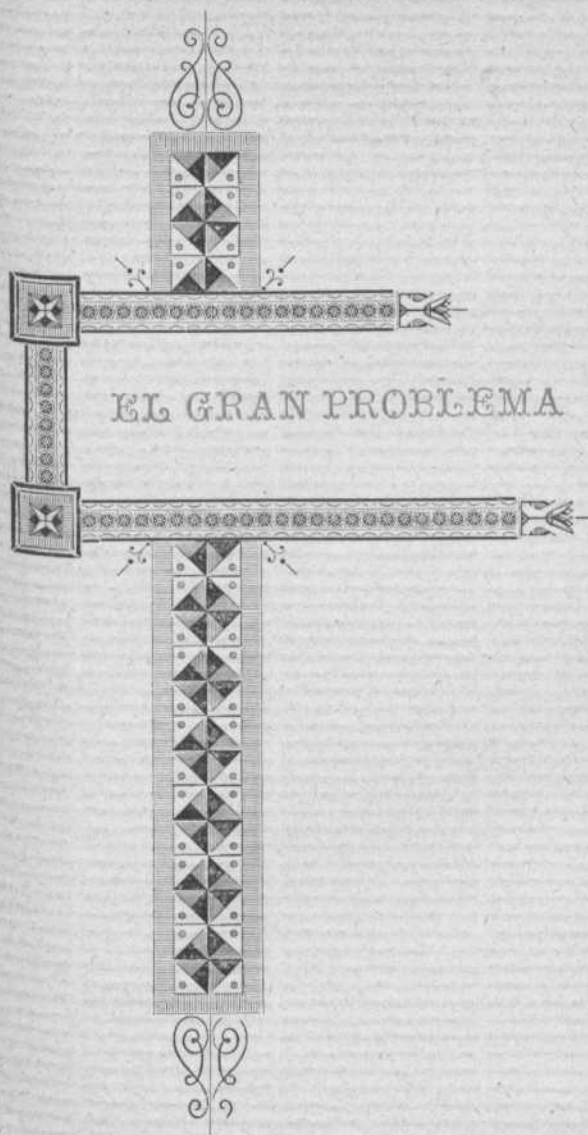
2.^a Aun cuando tengo por imposible que el sistema anarquista pudiese llegar á producir nada bueno, no veo inconveniente en admitir, hipotéticamente, que, organizados, ó *desorganizados*, según su credo, se vieran realizadas sus profecías y el país aquel trocarase en paraíso lleno de bienandanzas y de venturas. Pues bien; aun así y todo, la enseñanza resultaría provechosa para los *reaccionarios* de por acá; la experimentación, al otorgar el triunfo á los dinamiteros, nos sacaría á nosotros mismos del error en que estamos, y ese régimen nuevo surgiría como enseña feliz de amor y paz en todo el Universo.

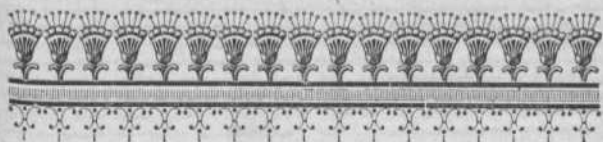
3.^a Que la falta de incentivos y de ocasiones amortiguase sus impulsos, y el cambio radical de medio determinara radicales mudanzas de conducta: tampoco tengo tal suceso por imposible, y bien pudiera ser que la necesidad lograra convencerles de sus extravíos, y que les viéramos al poco tiempo organizados bajo el mismo patrón de los Estados europeos, imponiendo castigos á los rebeldes que de entre ellos mismos surgirían; escarmentados y curados de los errores que llenaban completamente sus inteligencias, y de la pasión ciega y

sanguinaria que dominaba sus voluntades; con Dios y con familia para endulzar las horas de amargura; con propiedad lograda como premio al esfuerzo de sus brazos, y con dos patrias en vez de una, la antigua, aquella que les maldijera, cuyo recuerdo vivo seguiría unido á su existencia, cuyo cariño sentirían con las nostalgias del bien perdido por la propia culpa, y la nueva, el islote hospitalario que recogió del barco, sin hundirse en los mares, aquel montón de escoria que arrojó lejos de ella la humanidad civilizada. Si sucediera tal, conseguiríamos dos cosas á cual mejores: la curación de los extraviados y la muerte completa de su doctrina.

Dicho se está que en los tres casos, y en tanto que el ensayo durase, la tranquilidad nuestra se alteraría difícilmente, teniendo á mano el medio de evitar peligros, siempre abierto el camino para librarnos de criminales, locos y fanáticos.

Agosto, 1899.





EL GRAN PROBLEMA



I

POBLACIÓN Y SUBSISTENCIAS



ENTRE todas las cuestiones que reclaman la atención de los hombres estudiosos y observadores, no creo que haya ninguna ni más interesante, ni más trascendental que esta en que ahora voy á ocuparme. Yo no vacilo al afirmar que «el gran problema» es el problema de la población; como que de él derivan todos los otros; como que es el problema de la vida.

Multiplíquese rápidamente la población en un territorio cualquiera y se verá que al punto cambian las condiciones de existencia del grupo humano que le ocupa; que una sociedad nueva,

con nuevos ideales, con distintos procedimientos de cultivo, con diferentes hábitos y aficiones, con un «alma» distinta de la anterior, se forma al mismo tiempo que la población crece y se hace más densa.

Al primitivo estado de incultura de la humanidad, corresponde una población muy escasa. Cuando esta aumenta nace el pastoreo y los hombres recorren con sus rebaños las inmensas praderas y duermen junto á ellos, entre los bosques—¿á qué hacer más, si, por delante, siempre se halla tierra nueva, que ofrece frutos á porfía?—Pero los hombres se multiplican con el tiempo; los rebaños se estorban; las praderas no bastan ya para nutrir á tantos seres; la naturaleza reclama atención y cuidados, brazos que labren el terreno, manos inteligentes que depositen, sobre el mullido campo, las semillas: entonces nace la civilización agrícola proveyendo las nuevas necesidades. Un paso más y entramos en la civilización industrial que hace posible, según Levasseur, la convivencia de 160 habitantes en cada kilómetro cuadrado.

No piensan, sienten, ni trabajan, los hombres diseminados en grupos microscópicos sobre una tierra falta de pobladores, del mismo modo que sienten, piensan y trabajan los hombres apiñados en un espacio reducido. A medida que cambia el medio surgen nuevas necesidades y cada nueva necesidad exige un nuevo esfuerzo, en todo: en las inteligencias atraídas por el ánsia insaciable de conocer y comprender,

en las almas anhelosas de dicha, en los músculos obligados á la diaria fatiga, para lograr mediante ella el derecho al descanso.

Los hombres son pavesas que se consumen en el gran horno de la vida; mas la vida es eterna. Por la puerta del nacimiento entran en ella, á cada paso, nuevos seres á alimentar la hoguera y por la puerta de la muerte salen de ella, también á cada paso, las cenizas, los residuos incombustibles del incendio.

Si son más los que entran que los que salen, la hoguera crece. Si son más los que salen que los que entran, la hoguera disminuye.

El presupuesto de la vida cuenta con los ingresos de la *natalidad* y con los gastos de la *mortalidad* y ¡desdichados aquellos pueblos en que ese presupuesto arroja un *déficit*! ¡desdichados los que no aumentan su caudal de individuos! Verán crecer en torno suyo á los vecinos, mientras que ellos se estancan ó decrecen y serán cada día un pedazo menor del continente en que se hallen enclavados y una fracción más insignificante de la humanidad. Ni poderío militar que requiere muchos soldados, ni poderío agrícola é industrial que exige muchos brazos, ni poderío mercantil que necesita producción propia, como base del cambio, tendrán jamás; y devorados por una anemia lenta, pero continua, en la guerra como en la paz, serán esclavos de los fuertes.

Nadie que no esté ciego podrá negar la trascendencia de este problema de eterna

actualidad. ¿Hay bien más grande que la vida? ¿y no es la vida fuente de cuantos bienes podemos alcanzar, medio obligado de toda adquisición para el hombre?—Pues he ahí el contenido de la cuestión: la vida humana, que para el individuo es movimiento, es calor, energía y fortaleza, aliento misterioso de la divinidad, que anima y embellece la materia; que para las ciudades, para los pueblos,—en el sentido en que ahora la examinamos—no es más que *el saldo de una cuenta corriente en que á diario, se anotan las partidas de nacimiento y defunción.*

Este problema del desenvolvimiento de la vida, mejor dicho, *de su extensión á mayor número de seres*, preocupa cada vez más en Europa á sociólogos é higienistas y se halla planteado en la realidad de dos maneras diferentes. En unos pueblos la vida no se extiende por la escasez de nacimientos. En otros no se extiende por la mortalidad excesiva. En general, la civilización parece que se opone al crecimiento de las razas.

No me propongo en este estudio hacer la crítica, ni siquiera la exposición de las diferentes teorías demográficas, pero sería imposible hablar de «la población» sin hablar de Malthus, cuyo nombre marca toda una época, y, cualesquiera que sean los errores amparados por él, no puede menos de pronunciarse con respeto.

En la segunda mitad del siglo pasado, todo el mundo hallábase de acuerdo en que era un

bien para los pueblos la proliferación abundante. Adam Smith, había afirmado que no hay indicio más seguro de la prosperidad de un Estado que el crecimiento rápido de su población. «No median más que veintidos años, dice un ilustre economista, entre la publicación de las obras de Adam Smith (1776) y la del ensayo de Malthus (1798). Pero en esos veintidos años ¡qué cambios habían tenido lugar en la sociedad inglesa y en el espíritu inglés! Mientras que Adam Smith escribía su obra, tan bella, en derredor de él se preparaban una gran revolución política y una gran revolución industrial. En tiempo de Malthus, ambas revoluciones se habían cumplido, é Inglaterra sufría sus dolorosas consecuencias. Adam Smith debía, por consiguiente, tender, de una manera fatal, hacia el optimismo. Malthus, no menos fatalmente, debía ser pesimista» (1).

La doctrina de Malthus sobre ser conocida aún por los menos aficionados á los estudios

(1) «Entre 1760 y 1770, es decir, en la época en que Smith podía más cómodamente observar cuanto pasaba en derredor suyo, y en el momento en que concebía el plan de su libro sobre la *Riqueza de las Naciones*, los descubrimientos industriales se sucedieron con una rapidez vertiginosa. Fué durante este lapso de diez años cuando Roebuck comenzó á separar el hierro de sus escorias, cuando Brindley unió al mar, por un canal, los nuevos centros manufactureros, cuando Wedgwood encontró el medio de fabricar, á mitad de precio, una excelente calidad de porcelana, cuando Hargreaves inventó la máquina de hilar, cuando Wath consiguió condensar el vapor, y Crompton inventó la máquina de hilar el algodón y Cartwright la tejedora mecánica. Esta maravillosa sucesión de descubrimientos y de

económicos, se puede condensar en pocas palabras: la población, según él, crece en progresión geométrica—1, 2, 4, 8, 16, 32—mientras las subsistencias crecen en progresión aritmética—1, 2, 3, 4, 5, 6.—En condiciones favorables la población aumentaría en un ciento por ciento cada veinticinco años, mientras las subsistencias, la producción de víveres, crece con lentitud. Existe pues una tendencia en la población humana á exceder de los víveres disponibles. Y para prevenir el conflicto es preciso atajar el crecimiento de la población.

Arrastrado por esta desconsoladora teoría que amenazaba á Europa, principalmente, con el azote del hambre y la escasez, Malthus llega á afirmar que aquel que nace en un mundo ya lleno, no tiene derecho á vivir, «no hay plato

invenciones daba una base muy amplia á la filosofía optimista de la Revolución Francesa.....

Examinemos ahora en qué medio y en qué condiciones fué concebida y publicada la obra de Malthus. Años repetidos de malas cosechas habían empobrecido la campiña británica, mientras que, de otra parte, gracias al rápido desarrollo de la industria, la población crecía rápidamente y el fenómeno de la hiperdemia sistemática comenzaba á producirse. Los impuestos y los derechos de aduana, aún no reformados por Peel, impedían la acumulación de víveres y estorbaban las transacciones comerciales. Las consecuencias de las guerras, de la escasez y de una terrible crisis industrial, tales eran los males que sufría Inglaterra, y que la condujeron á un estado tan miserable que jamás olvidará su recuerdo. Los numerosos descubrimientos científicos habían determinado la formación de la grande industria, y la pequeña industria, demasiado débil para luchar, se había visto obligada á abandonar el campo. Su caída dejaba sumidos en la miseria á millares de obreros, y producía en Inglaterra entera, un malestar universal.—(Fr. S. Nitti. *La Population et le Système Social*, págs. 22 y 24.—París, V. Giard et E. Brière, 1897).

para él en el banquete de la vida y la naturaleza le ordena que se marche». «Es un empeño miserable, dice también, el de querer arrebatarse el bastón de las manos de la naturaleza», y el hombre que engendra hijos, sin tener medios de alimentarlos, se debe someter á las leyes naturales que son leyes divinas «y le condenan, á él y á los suyos al sufrimiento».

Las clases ricas, todos los bien hallados con la organización social en que eran visibles triunfadores, mientras otros gemían y se arrastraban en la indigencia, acogieron con júbilo indescriptible, la teoría de Malthus, que al rebelarse contra el deber moral del socorro á los necesitados, al declarar fatal y necesaria é inevitable la miseria, apartaba de sus cabezas toda culpa, les hacía irresponsables del infortunio ajeno. Y esta doctrina, amparadora de todos los egoismos, fué más que una «teoría de la población» fué *la filosofía de la Riqueza*, que batió y destruyó rápidamente aquella otra *filosofía de la Miseria* de que fué apóstol Godwin, el pacífico anarquista de entonces.

¿Será preciso que nos detengamos á demostrar lo erróneo de esta doctrina, apoyada en bases falsas, que no resisten el más ligero análisis, fomentadora de prácticas inmorales, hundida ogaño en el descrédito, con tanta rapidez como antaño alcanzó general asentimiento?

Pues, á fe, que es bien fácil la tarea: desde el tiempo de Malthus, ha crecido, aun cuando no en las proporciones que él presumía, la

población de los países civilizados, pero ha aumentado más, mucho más, la riqueza pública:

En 1812 tenían las islas Británicas 17 millones de habitantes y la riqueza nacional se valuaba en 2.700 millones de libras esterlinas. En 1887 la población se había elevado á 37 millones, pero á su vez la riqueza pública había ascendido á 10.000 millones de libras.

En 1812 correspondían 160 libras á cada inglés. En 1887, á pesar de haber doblado con exceso la población, cada habitante de Inglaterra hubiera percibido 270 libras, en un reparto matemático de la fortuna nacional.

La población francesa, desde fines del siglo pasado á 1871, pasó de 24 á 38 millones de habitantes; pero la producción del trigo, en igual período, pasó de 31 millones de hectolitros á 119 millones de hectolitros.

El obrero belga—no obstante la enorme densidad de población del pequeño Estado—consume, cada mes, sobre la cantidad que consumía en 1853, según datos del año 1891, 4 kilos 850 gramos de pan, 1 kilo 071 gramos de carne, y 371 gramos de manteca y grasas, apareciendo en baja únicamente el consumo de la patata, sustituido por alimentos de mayor riqueza nutritiva.

Pero aún hay otros datos más concluyentes, otra demostración matemática de todo punto irrefutable: Malthus afirma que, en condiciones favorables, la población doblaría cada veinticinco años: podemos, dice Nitti, por consiguiente,

suponer, que, aun en las peores condiciones, debía, cuando menos, haber doblado, en el pasado, cada cien años.

En 1800, cuando Malthus formuló su terrible ley, Europa contaba 176 millones de habitantes. Ahora bien, si consideramos fundados los cálculos en que se apoya la teoría malthusiana, he aquí los resultados á que nos llevan, por obra y gracia de la inflexible lógica del guarismo.

Población de Europa en 1880..	176.000.000
— — en 1700..	88.000.000
— — en 1600..	44.000.000
— — en 1500..	22.000.000
— — en 1400..	11.000.000
— — en 1300..	5.500.000
— — en 1200..	2.750.000
— — en 1100..	1.375.000
— — en 1000..	687.500

«Y siguiendo así esta progresión inversa, llegaríamos al tiempo de Jesucristo y encontraríamos *un único* habitante sobre nuestro continente desierto: toda la historia que ha precedido á la era cristiana aparece borrada de un plumazo, y no debe considerarse sino como una fábula inventada por imaginaciones calenturientas» (1).

(1) Fr. S. Nitti, *ob. cit.*, pág. 119.—(La afirmación que Nitti sienta como resultado final de la progresión inversa que yo he reproducido—depurándola de errores aritméticos, sin duda no advertidos por el autor—no es rigurosamente exacta. Al nacer Jesucristo, Europa habría estado poblada por 671 habitantes, *no por uno* como asegura el notable economista italiano. El argu-

La doctrina de Malthus, nacida en un momento realmente crítico para la historia de Inglaterra; corroborada, al parecer, en aquellos años de escasez y penuria, en que la plaga de la miseria se cernía sobre la vieja patria del pastor de Haileybury, mientras una renovación completa del espíritu humano, realizada por la Revolución francesa, se había cumplido sin lograr el reinado de la dicha en la tierra; robustecida por el rápido desarrollo de los Estados Unidos, cuya población parecía multiplicarse con arreglo á la ley Malthusiana, triunfó en toda la línea, casi sin lucha, casi sin resistencias. Y, como suele ocurrir generalmente, los discípulos han extremado después la nota aguda de la inmoralidad,—apuntada por el maestro con cierta pudorosa hipocresía,—aconsejando francamente, sin disimulos ni rodeos, toda esa serie de vergonzosas prácticas, encaminadas á disminuir el número de hijos, que constituyen la *Moral restraint* (1).

mento, sin embargo, no pierde nada de su fuerza por este error de cálculo).

(1) Darwin coincide en parte con Malthus y sus discípulos al afirmar que existe una tendencia, en todas las especies, á reproducirse más allá de los límites impuestos por la cantidad de víveres de que cada una puede disponer. Pero la concurrencia vital que este exceso de nacimientos origina, al resolverse con la *supervivencia de los más aptos* constituye un elemento de progreso. El desequilibrio entre la población y las subsistencias que espanta y atemoriza á Malthus, es para Darwin bienhechora palanca que determina la evolución en todos los organismos, perfeccionando las especies. Así, el problema, para la escuela darwiniana, no tiene nada de inquietante y la *Moral restraint* no necesita influir en su resolución, encomendada á la misma naturaleza.

El neo-malthusianismo, descaradamente inmoral, relajador de los lazos de familia, afirmación brutal y repugnante del egoismo individual, hizo pronto sentir en Inglaterra y en Francia sus efectos. Y fué bastante que estos se percibiesen y notaran para que una reacción enérgica y vigorosa diese al traste, en el terreno científico, no ya sólo con los consejos disolventes, de los neomalthusianos, sino con las doctrinas del maestro, que hoy apenas defiende ningún economista de nota, como no sea en Alemania, donde es aún extraordinario el crecimiento de la población.

¿Ni cómo defenderlas y ampararlas?—Esa *Moral restraint*, preconizada por los neo-malthusianos como indispensable prevención contra el hambre y la miseria, es el grito egoísta de los modernos epicúreos, ávidos de placer y refractarios al esfuerzo y á la fatiga que son ley necesaria de la existencia; moral relajadora del matrimonio, disuelve la familia, que es base insustituible de la cohesión social; doctrina encaminada á violentar las leyes de la naturaleza, nos haría descender muchos peldaños en la escala zoológica,—que al fin hasta las bestias, incapaces de un amor elevado, cuando se unen, obedeciendo la voz de los sentidos, se unen para engendrar.—

Además, el peligro que amedrentaba á Malthus y amedrenta á los continuadores de su obra, no ha existido, no existe, no existirá jamás probablemente. Aún más de prisa que los hombres, crecen, se multiplican febrilmente

los productos logrados mediante sus esfuerzos, sus invenciones y sus artes. En Francia, Italia, Bélgica, Austria-Hungría, Inglaterra y Alemania, la población ha experimentado, desde 1850 á 1880 un aumento que oscila entre 8,9 por 100, como mínimun, (Francia) y 28,4 por 100, como máximun, (Alemania).—En ese mismo período el comercio internacional de los países mencionados ha crecido en proporciones colosales que oscilan entre un mínimun de 170 por 100, correspondiente á Italia y un máximun de 362 por 100 correspondiente á Austria-Hungría ¡No se halla el mundo amenazado por la escasez! De día en día, nuevos procedimientos centuplican la producción, cuyos límites no podemos siquiera vislumbrar. Y aun cuando no existiesen continentes enteros sumidos aún en la barbarie, apenas explorados y totalmente inexplotados, las maravillas que á nuestros ojos se suceden rápidamente en forma de invenciones, autorizarían la esperanza de que la propia Europa se bastaría á sí misma por mucho que su población aumentase.

Les preocupaba á Malthus y á los economistas de su escuela el desarrollo de la población, que ellos creían mucho más rápido que el de las subsistencias. Vislumbraban, en un porvenir próximo, el azote del hambre sobre una tierra casi estéril, llena de pobladores, é incapaz de nutrir á tantos hijos. No pensaban, como gráficamente ha dicho Bertillón (1), que «cuando las

(1) Jacques Bertillón.—«Démographie».—*Encyclopédie d'Hygiène et de Médecine Publique*, pág. 144, Paris, 1890.

rationes disminuyen en el gran festín de la vida, se abren de par en par las puertas de salida—las defunciones—ya que no sea completamente exacto que se hagan más estrechas las de entrada.

Y aún estaban más lejos de imaginar que el problema habría de consistir, precisamente en lo contrario de lo que ellos creían; no en el exceso de población, sino en el exceso de producción; no en la falta de panes que llevar á las bocas, sino en la falta de bocas que consuman el pan de cada día.

Y, sin embargo, esta es la realidad. La civilización ha multiplicado los productos en términos que parecían imposibles y no ha multiplicado las vidas en parecida escala. Hoy sufre todo el mundo civilizado una crisis aguda, originada por el exceso evidéntísimo de la producción sobre el consumo. De aquí la concurrencia en el mercado universal; de aquí la lucha terrible y enconada del comercio y la industria de todos los países; de aquí la verdadera fiebre colonial de las naciones europeas, que necesitan extensos territorios en otros continentes, para vaciar sus almacenes abarrotados de existencias. ¡La guerra de los panes que pelean por las bocas!

La civilización no se detiene. La producción no hace alto. La fiebre creadora va en aumento. Para solucionar este problema, es necesario que la población crezca y que el mundo se pueble más y más.

Y, he aquí lo grave de la cuestión planteada. La civilización, tan fecunda en toda suerte

de invenciones, resulta ser contraria á la fecundidad de las razas. Eleva enormemente la producción y pone trabas á la elevación del consumo, ó al aumento de consumidores.

Tal vez Nitti ha expresado con gran exactitud la fórmula demográfica del porvenir, cuando dice sintetizando su teoría: *en toda sociedad donde la individualidad se halle fuertemente desenvuelta y en que el progreso de la socialización no destruya toda actividad individual, en toda sociedad donde la riqueza esté ampliamente subdividida y las causas sociales de desigualdad sean eliminadas, gracias á una forma elevada de cooperación, la natalidad tenderá á nivelarse con las subsistencias y las variaciones rítmicas de la evolución demográfica, no tendrán nada de inquietantes para la humanidad»* (1).

Pero, hoy por hoy, en el estado de civilización actual, no tan sólo no existe el desequilibrio que asustaba á Malthus hace cien años, sino que ni siquiera se hallan equilibradas la población y las subsistencias. Hoy por hoy, la *hiperdemia* es un fantasma y es una realidad el fenómeno de la *hiperproducción*. Cuando se considera el movimiento rápido, velocísimo, con que se desarrollan á nuestros ojos todas las artes productoras, y se contemplan inmensos territorios que apenas cuentan pobladores, cuesta trabajo comprender que nadie sueñe en la proximidad de una época en que los hombres se disputen

(1) Fr. S. Nitti, *ob. cit.*, pág. 266.

un pedazo de tierra donde vivir y «un plato en el banquete de la vida».

La diminuta Bélgica, prospera y se enriquece con una densidad de población, de 201 habitantes por cada kilómetro cuadrado. Pues bien, he aquí un cuadro en que aparece distribuida la población del mundo, según los cálculos publicados por M. Levasseur en el *Boletín del Instituto internacional de estadística*.

	Superficie en millones de kilómetros cuadrados	Millones de habitantes	DENSIDAD — Habitantes por kilóm. cuadrado
Europa.....	10,0	347	34,0
Asia.....	42,0	789	19,0
África.....	31,4	197	6,0
América.....	41,7	112	2,6
Oceanía.....	11,0	38	3,5
TOTALES. ...	136,1	1.483	10,9

Menos de once habitantes, por kilómetro cuadrado, tiene el mundo, según el cuadro precedente. De esta cifra á la de 160 que Levasseur asigna al tipo de civilización industrial, ó á la de 201 que encierra Bélgica, hay un margen enorme, tan enorme, que ni siquiera debemos preocuparnos de un porvenir remotísimo, en que la humanidad, tal vez, se acerque á densidades parecidas. Hasta la misma Europa, se halla apenas poblada. África, América, Oceanía, son inmensos desiertos capaces de recibir

y alimentar en su seno millones y millones de nuevos seres. Se multiplican las invenciones; el cultivo intensivo llegará á sustituir al extensivo sobre la haz de la tierra. Nuevos procedimientos, nuevas artes, que ni siquiera podemos sospechar, como no sospechaban nuestros abuelos los mil prodigios que hoy contemplan como cosas vulgares hasta los rústicos campesinos de cualquier región culta, producirán en lo futuro nuevas revoluciones acrecentadoras de la producción. ¡No temamos multiplicar las vidas!



II

UN PUEBLO ESTÉRIL

N tanto que el decrecimiento de la población reconoce por causa la esterilidad de los hombres, originada por la degeneración de las razas, ó una mortalidad muy copiosa, consiguiente á rigores implacables del clima, este problema cae de lleno en el campo de los naturalistas. Pero cuando se trata de una esterilidad voluntaria, ó de una mortalidad que no tiene más causas que el abandono, el estudio de tal problema corresponde á sociólogos é higienistas.

Francia es hoy, en Europa, el país de la *esterilidad voluntaria*, y España es, en Europa, el país de la mortalidad *indisculpable*. En la nación vecina, la población no crece apenas porque escasean los nacimientos. En la nuestra tampoco crece apenas, porque abundan las

defunciones. Allí falta de ingresos y aquí exceso de gastos, los resultados vienen á ser iguales: utilidad escasa, casi nula, *en la cuenta corriente de la vida nacional*.

Bertillón, cuyo nombre es por sí sólo garantía de seriedad y de honradez científicas, muy necesarias, ciertamente, cuando de manejar cifras se trata, ha hecho un estudio minucioso del movimiento de la población en la segunda mitad de nuestro siglo: de ese estudio resulta que España y Francia ocupan los dos últimos lugares, entre treinta y cinco países, en cuanto al coeficiente de aumento de población (1).

Para que el lector se penetre de la intensidad de esta crisis que, aun siendo muy diferente en el origen, produce resultados casi idénticos en Francia y en España, anoto, á continuación, en un cuadro, el distinto coeficiente de aumento de población de los principales países de Europa:

(1) *Encyclopedie d' Hygiene et de Médecine Publique*, tom. I
pág. 139.

Aumento geométrico anual por 1.000 habitantes

Países	PERÍODO de observación	Crecimiento anual por 1.000 habitantes
Suiza.....	1860-1883	— 6,20
Italia.....	1861-1884	— 6,99
Portugal.....	1861-1878	— 7,03
Noruega.....	1860-1883	— 7,63
Suecia.....	1860-1883	— 7,69
Austria.....	1860-1883	— 7,69
Bélgica.....	1860-1883	— 8,38
Prusia.....	1861-1883	— 9,44
Dinamarca.....	1860-1883	— 10,13
Holanda.....	1859-1883	— 10,23
Rusia.....	1867-1869	— 12,42
Grecia.....	1861-1882	— 12,61
Inglaterra.....	1861-1884	— 13,20
Servia.....	1859-1883	— 14,73
Polonia Rusa.....	1867-1879	— 18,44
ESPAÑA.....	1860-1883	— 3,31
FRANCIA.....	1861-1881	— 2,52

Las consecuencias, bien poco gratas, en verdad, para nosotros, de los distintos coeficientes de aumento de población que en el precedente cuadro se indican, aparecen marcadas con vigoroso relieve en la estadística demográfica.

Francia y España, que de 1800 á 1860 aumentaban su población en 6,62 y 4,92 habitantes, por 1.000, cada año, han visto reducido este aumento, ya hartamente, á 3,31 y 2,52, respectivamente, á partir de aquella fecha.

La *Moral restraint* elevada á práctica corriente, entre las clases acomodadas sobre todo, plantea en Francia el problema de la «despoblación» con apremios terribles y verdaderamente amenazadores. Disminución de matrimonios, disminución de hijos, fraccionamiento egoísta y atomístico de la raza, más ambiciosa de riquezas y de comodidades, que de engrandecimiento alcanzado mediante la difusión de la vida: tal es la enfermedad que á Francia aflige. Criminal abandono que esteriliza casi completamente los esfuerzos de la fecundidad, señalándonos como un pueblo en que la muerte ceba sus garras insaciables; mortalidad copiosa, originada en la falta de higiene, que contrarresta los numerosos matrimonios y la proliferación abundante: tal es la enfermedad que padece España.

Mientras que Prusia en 34 años—1861 á 1895—ha elevado su población desde 22 á 31 millones; é Inglaterra (con el país de Gales) en 30 años—1861 á 1891—desde 20 millones á 29, Francia en 35 años—1861 á 1896—no ha ganado más que un millón (de 37 á 38) y España en 37 años—1861 á 1898—muy poco más de dos millones (de 16 á 18).

Al comenzar el siglo, Francia tenía 27 millones de habitantes, 10 España, poco más de 10 Prusia y 8 Inglaterra.

Al concluir, Prusia tiene pocos menos habitantes que Francia, é Inglaterra 11 millones más que España, que, sin embargo, la aventaja en dos.

He ahí los deplorables resultados á que conduce en Francia la infecundidad «voluntaria» y á que lleva en España la mortalidad excesiva.

El siguiente gráfico indica cuál es el porvenir á que caminamos; cuál podría ser, si acelerásemos la marcha, poniéndonos al paso de otras naciones:

MOVIMIENTO DE LA POBLACIÓN EN

I

Población en 1800

INGLATERRA



(8 millones)

PRUSIA



(10 millones)

FRANCIA



(27 millones)

ESPAÑA



(10 millones)

II

Población en 1860

INGLATERRA



(20 millones)

PRUSIA



(22 millones)

FRANCIA



(37 millones)

ESPAÑA



(15 millones)

III

Población actual

INGLATERRA



(29 millones)

PRUSIA



(31 millones)

FRANCIA



(38 millones)

ESPAÑA

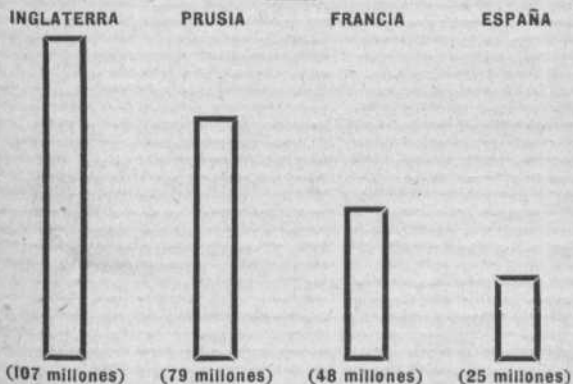


(18 millones)

INGLATERRA, PRUSIA, FRANCIA Y ESPAÑA

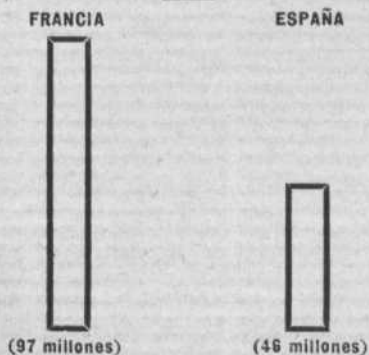
IV

Población probable dentro de un siglo
(conservando cada país su actual coeficiente
de aumento)



V

Población de Francia y España
dentro de un siglo con el coeficiente de aumento
prusiano



Dentro de un siglo, suponiendo que los cuatro países á que hace referencia el cuadro precedente continuasen desenvolviendo su población con el mismo coeficiente de aumento anotado por Bertillón, Inglaterra tendría 107 millones de habitantes y Prusia 79, mientras Francia y España ascenderían únicamente á 48 y 25 millones.

Inglaterra y Prusia que hoy suman 60 millones de habitantes, sumarán 186. Francia y España que reunen hoy 56 millones—poco menos que Prusia é Inglaterra—contarán pasados esos cien años con 73 millones, bastante menos de la mitad que esos dos pueblos afortunados y prolíficos.

En cambio si lográsemos franceses y españoles—aquellos con higiene aplicada al espíritu, nosotros con higiene aplicada al cuerpo,—que nuestras poblaciones creciesen en igual proporción que la prusiana, dentro de un siglo, Francia contaría con 97 millones de habitantes y con 46 millones España (1).

Bertillón se lamenta, como buen patriota, de la disminución relativa del poderío francés. Recuerda que en los tiempos de Luis XIV la

(1) Todos estos cálculos, están hechos partiendo, como base, de los coeficientes de aumento señalados por Bertillón. La población «actual» en Francia, Prusia é Inglaterra, corresponde, en realidad á los años de 1896, 1895 y 1891 respectivamente, según los resúmenes publicados en el *Annuaire de l'Economie Politique et de la Statistique* bajo la dirección de Maurice Bloch en 1898.—La población «actual» de España, está tomada del último censo de población, según los «resúmenes del Instituto Geográfico y Estadístico».

población francesa representaba un 38 por 100 del conjunto de la población de las grandes potencias, mientras que hoy no representa más que un 13 por 100; que hablaba, desde la cuna, la lengua de Voltaire un 27 por 100 de la población europea, al paso que hoy, enfrente de los 45 millones de individuos cuyo idioma es el francés, hay 80 millones que hablan el alemán y 100 millones cuya lengua es la lengua de Lord Byron.

Con más razón nosotros, aunque por otras causas, debemos lamentar la decadencia del antiguo esplendor y poderío de la patria española. Ya ni restos siquiera conservamos de aquel imperio colonial que el sol siempre alumbraba, y que al írsenos de las manos, entre sangre, vergüenzas y humillaciones, ha puesto en grave riesgo á la metrópoli; y mientras crece, rápidamente, la población de las naciones que fueron algún día pigmeos junto á España, la muerte pone obstáculos á nuestro desarrollo. Somos, cada día que transcurre, una fracción más pequeña de la humanidad. Ya no es posible que pese nuestra voz lo que pesaba en los destinos del mundo.

«Las instituciones más favorables á la dicha de la humanidad, decía Say en 1826, influido por las doctrinas de Malthus, son las que tienden á multiplicar los capitales. Conviene que los hombres se preocupen más de hacer ahorros que de hacer hijos». Francia ha seguido este consejo en forma tal que espantaría, probablemente, á su autor si viviera.

Todos los hombres pensadores, preocupanse hoy en Francia de la falta de nacimientos que cada día reviste caracteres más alarmantes. Al comenzar el siglo registrábanse en Francia 33 nacimientos por 1.000 habitantes; en 1850, 27; en 1896, 22. Desde 1887 á 1896, en cuatro años—1890, 1891, 1892 y 1895—las defunciones han excedido á los nacimientos, según los datos que consigna el Anuario de Blokc. Y la alarma ha cundido en tales términos, que son ya varios los proyectos de ley encaminados á aumentar la natalidad. Bertillón propone que «el hecho de educar un número suficiente de niños, (tres al menos) sea considerado como una forma de impuesto». La reacción antimalthusiana, en la esfera científica, nunca ha sido tan fuerte en Francia como ahora, en que el malthusianismo práctico impera. Este hecho, comprobado también en Inglaterra, arranca á Nitti una juiciosa y acertadísima observación: «En materia de economía política, la ciencia en lugar de prevenir el fenómeno, no hace más que seguirle y confunde los fenómenos pasajeros con las leyes inmutables de la naturaleza» (1).

En épocas de penuria, de escasez, de miseria, que contrastaban con la multiplicación rápida de las vidas, nació el malthusianismo, desmoralizador y pesimista: en nuestra época de producción exhuberante, que aumenta sin cesar, y de natalidad restringida, la doctrina de

(1) Fr. S. Nitti, *ob. cit.*, pág. 85.

Malthus se hunde entre el polvo y el cascote de los errores que un día pasaron por verdades.

Los economistas que han pretendido relacionar el crecimiento de la población con los medios de subsistencia, tienen en Francia un ejemplo patente que echa por tierra sus teorías. Son las provincias pobres y las familias pobres las que tienen más hijos. Son las grandes ciudades, los grandes centros de producción y de riqueza, las familias más ricas, las estériles.

«Después de las investigaciones de Quetelet, en Bruselas, de Farr en Londres, de Schwabe en Berlín, de Benoison de Chateauneuf en París, dice Nitti, no es posible dudar que el máximo de nacimientos corresponde á la clase pobre, que la miseria es un factor irresistible de procreación abundante y desordenada».

Según un reciente cálculo, en París el número de nacimientos apenas llega á 22 por 1.000, en las barriadas de Louvre, de la Bolsa y de la Ópera, y á 16'4 en la de los Campos Elíseos, habitadas por gente rica. En cambio se elevan á 38'8 en el barrio del Observatorio, habitado por una población muy miserable.

Las regiones más infecundas de Francia son la Gascuña y la Normandía, evidentemente ricas y prósperas. La más fecunda es la Bretaña, país pobre y estéril (1).

(1) Nitti en su obra varias veces citada, *La Population et le Système Social* ha recogido multitud de estadísticas y afirmaciones que prueban la íntima relación entre la miseria y la fecundidad. A dicha obra, por tantos conceptos notable, remito al lector descoso de mayor número de datos, informes y noticias.

Si la infecundidad se explicase por la pobreza, no sería ciertamente nuestro siglo el siglo de las prácticas malthusianas, no sería Francia el pueblo de la *moral restraint*. Desde que el mundo es mundo, no se ha desarrollado la riqueza, no se ha multiplicado la producción, con rapidez que pueda siquiera compararse al movimiento febril, vertiginoso, que en nuestro siglo las impulsa: y Francia puede sentirse satisfecha de la parte de gloria que su inventiva, su genio, su trabajo, han conquistado durante él: pocas naciones la igualan en riqueza; tal vez ninguna la excede en bienestar, sobre todo en *bienestar difundido*, que por todas las capas sociales se ramifica y se extiende. Y, sin embargo, mientras se multiplica la producción, y los gérmenes de riqueza se desenvuelven animados de pasmosa fecundidad, la natalidad se restringe; y Francia, la nación trabajadora, la de la clase media adinerada, la del pueblo ahorrador, apenas cubre con sus hijos los claros hechos por la muerte.

Buscando explicación á este fenómeno de la natalidad restringida, que parece engendrado por la civilización actual, Dumont, en un hermoso libro cuyas ideas no hallo siempre acertadas, pero cuya profundidad de pensamiento no puedo menos de admirar (1) dice que la infecundidad relativa de los grandes centros de

(1) Arsène Dumont.—*Dépopulation et Civilisation*, Paris, 1890.

civilización proviene, al menos en gran parte, del *idealismo individual* ó egoísmo, que ha sustituido al idealismo nacional.

Los hombres, las moléculas sociales, libres de trabas y de estorbos, tienden de una manera irresistible á elevarse: esta especie de *capilaridad social*, constituye una fuerza característica de la época presente, fuerza de atracción «hacia arriba» que nos impulsa, sin más ideal que el del triunfo, y al triunfo, á la subida, mejor cuanto más rápida y más alta, lo sacrifica todo. La natalidad, para Dumont, aumenta ó disminuye «en razón inversa de la *capilaridad social*».

El régimen de castas de la India encierra á cada uno, de por vida, dentro de aquella en que nació, sin que ningún esfuerzo baste á salvar las fronteras marcadas por el hecho del nacimiento. El régimen familiar de la China, hace de la familia una religión; del parentesco un lazo indisoluble que obliga al mútuo apoyo; de la ascendencia, hasta en su origen más remoto, una cadena de prestigios, en que los últimos eslabones, veneran como cosa sagrada la memoria de todos los demás. Ni en la India ni en la China existe esa fuerza de la «capilaridad social», engendrada por nuestras democracias y allí, en esas regiones, los hombres obedecen como en ninguna otra el precepto «creced y multiplicaos» que como ley suprema de la existencia impuso Dios á todos los organismos.

En nuestras mismas sociedades, los pobres son fecundos; y son precisamente los pobres

quienes miran el porvenir como una senda inacabable de privaciones y trabajos, sin esperanza de elevarse, libres, en cierto modo, del ansia de subir, porque juzgan la subida imposible.

Creo pues, que, en este punto tiene razón Dumont en cuanto afirma. A cambio de los bienes que han derramado sobre el mundo las ideas democráticas, también han producido innegables males,—entre otros el de fomentar la ambición y con la ambición el egoismo, el *idealismo individual*. La igualdad predicada en la tribuna, en el periódico y en el libro, no lleva á los hogares un sólo céntimo, ni ahorra preocupaciones al espíritu, ni dolores al cuerpo, pero abre, de par en par, las puertas á la ambición desenfrenada. Todos miramos hacia arriba, hacia los que se encuentran más altos que nosotros, para decirles, en tono de amenaza «¡somos vuestros iguales!» Todos pugnamos por subir y subir siempre, atraídos, más que atraídos, fascinados, por la contemplación de mayores bienes, de mayor poder, de mayor gloria que los propios. En esta carrera desenfrenada al asalto del placer, del poder, de la riqueza, del saber mismo, son los hijos embarazosa impedimenta, carga insufrible. Nuestra organización social, visiblemente modelada por este frenesí, concede una prima al celibato, como ha dicho un pensador insigne (1).

(1) G. Tarde.—*Etudes Pénales et Sociales*, pág. 401, Paris 1892.

Menos sensato y, sobre todo, menós justo es Dumont, cuando culpa de la esterilidad francesa al individualismo católico que nos ha dado, dice, por objetivo la salud propia, abstracción hecha de los demás, «por modelo supremo que los hombres deben imitar un Hombre-Dios que no tuvo ni patria, ni propiedad, ni profesión regular, ni familia, ni mujer, ni hijos, mientras que el modelo que se propone á las mujeres, es una Virgen...» (1). Un espíritu tan independiente como el de Tarde—á quien ninguno tendrá por sospechoso en la materia—rechaza con calor esta imputación incomprensible, completamente contraria á las afirmaciones de Mill y casi todos los defensores de Malthus, que suelen atribuir al catolicismo una influencia favorable á la natalidad. La religión, dice el insigne sociólogo francés, estrecha los lazos familiares y aun cuando aparte á algunas gentes del matrimonio, en cambio hace los matrimonios más fecundos. En Francia misma, el bretón, muy creyente, muy católico, tiene más hijos que el normando, infecundo é incrédulo: Para negar esta evidencia, no es bastante afirmar «que el cristianismo tiende á alejar las gentes del matrimonio, á llenar los conventos, á sustituir el tipo maternal de las Vírgenes robustas del Renacimiento, por el de las Virgenes de Lourdes, sin niños en los brazos» (2).

El fervor religioso cuando toca los límites

(1) Arsène Dumont, *ob. cit.*, pág. 331.

(2) G. Tarde, *ob. cit.*, pág. 407.

del ascetismo, cuando busca la soledad para entregarse enteramente al perfeccionamiento espiritual, reduciendo con la flagelación y el ayuno los gritos de la carne, cuando llega á aborrecer la vida y á ansiar la muerte, y á despreciar el cuerpo, como vil envoltura que impide al alma volar á las regiones donde flota el espíritu de Dios, podrá efectivamente, llegar á producir los efectos que Dumont le atribuye. Pero estamos tan lejos de ese fervor, de ese ascetismo, que mencionarle en esta época de culto puramente formalista, en que aún los más creyentes tienen «un pie en lo temporal y otro en lo eterno», paréceme más bien inculpación del sectario enemigo de la fe, que razonamiento sereno, de hombre estudioso y reflexivo.

No es el culto, no es el clero católico, no son las creencias religiosas las que han echado sobre Francia este azote de la esterilidad, sino otro culto que Dumont mismo apunta al formular su ley de la *capilaridad social*, el culto de sí mismo, la religión del yo que no reprime las ambiciones, el ansia de placeres, de dichas sin quebrantos, de goces y disfrutes, sin cargas enojosas. En el teatro, en la novela, en las capas más altas de la sociedad, donde quiera que los ojos se fijen mirando hacia lo alto, se advierte el triunfo de los que prescindieron para subir de todo escrúpulo moral; y no es la madre cariñosa de muchos hijos amamantados á sus pechos, no es el padre solícito que consagra su vida á la educación y al sostenimiento

de la prole, quienes se ofrecen como modelo ideal en la literatura, como modelo vivo en la realidad, sino la mujerzuela infecunda y lasciva, llena de trapos y de joyas, amasados con lágrimas y desastres, ó el negociante sin escrúpulos que pisoteando escombros, entre ruinas y duelos, se abrió paso y exhibe sus millones, en señal de victoria...

¿Será que los franceses, y en general la civilización, compañera de la esterilidad, hayan considerado que vale más hacer la vida cómoda y agradable, que extenderla á mayor número de seres? ¡Ah...! Si así fuese constituiría tal manera de discurrir un error grave y un gran crimen social.

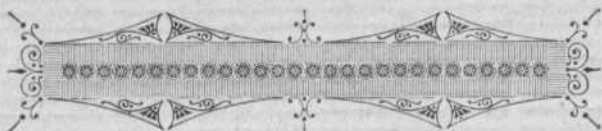
Somos los hombres poca cosa: moléculas microscópicas de una enorme montaña, que arrastra el huracán; notas de un himno gigantesco, que en los aires se pierden. La montaña es eterna, sin embargo; el himno suena, siglos y siglos, viril, robusto, hermoso, colosal. La vida que consume y aniquila, también produce y crea. Somos lo contingente, lo perecedero, lo que pasa. ¡La humanidad es el gran ser, constantemente renovado y eternamente joven!

¡Ay de los pueblos que se disgreguen en moléculas, en que cada individuo no piense más que en sus comodidades y en sus placeres, sin familia á quien legar un nombre honrado, sin ideales y sin patria! Como aquella Sodoma de los tiempos bíblicos, abrasada por el fuego divino, como aquella Jerusalem deicida, de que no quedó piedra sobre piedra, para que se

cumpliesen las profecías, se hundirán bajo el peso de sus propios pecados, y el viento de los siglos aventará hasta el polvo de sus ruinas.

Si Francia no consigue detener esta plaga de la infecundidad que cada día reviste caracteres más alarmantes, dentro de poco tiempo descenderá del rango que aún conserva. Y esa raza judía, por sus *patriotas* tan odiada, podrá decirles pronto, á los perseguidores de hoy como el Rabino en el *Amigo Fritz*. «Si vuestros padres y vuestras madres hubiesen hecho lo que vosotros, no pensando en otra cosa más que en beber, comer y divertirse, en vez de trabajar desde la mañana hasta la noche para atender á vuestra crianza, educación y futuro bien estar, ¿os encontraríais aquí ahora regodeándoos con el fruto de su afanes. . . . ¿Cuál es el deber de un buen ciudadano? Dar á su patria hijos honrados, útiles y valerosos, capaces de defenderla en días de peligro. La patria es cosa más seria que el buen vino y los buenos manjares, es el patrimonio de la raza á que se pertenece, el conjunto de las familias, el fruto del trabajo, de las luchas, y de los padecimientos y miserias de nuestros antepasados desde los tiempos más remotos. Los que se aprovechan de este patriotismo, sin pensar en aumentarlo ni defenderlo, son ciudadanos detestables. Deberíais saber tan bien como yo, puesto que habeis ido al colegio y os han enseñado historia, que los pueblos que dejan de crecer, caminan á la decadencia, y los que se multiplican, nunca perecen. Ved la desgraciada raza judía,

expulsada, proscripta durante dos mil años; pero más poderosa hoy que en tiempo de Salomón. Todos los potentados del universo cuentan con ella. ¿Por qué? Porque es trabajadora y se multiplica. Los pueblos que antepongan los goces materiales á los deberes de la familia, serán conquistados y morirán en la esclavitud. Esta es la historia de todas las naciones que se han extinguido desde el principio del mundo; y esta sería bien pronto la de Francia, si todos los franceses obrasen como vosotros».



III

EL PAÍS DE LA MUERTE

N unos pueblos, dije al principio de este estudio, la vida no se extiende por la escasez de nacimientos. En otros no se extiende por la mortalidad excesiva». España es de estos últimos. Disfruta el triste privilegio de figurar á la cabeza de todas las naciones europeas en los cuadros de la mortalidad, como Francia disfruta el triste privilegio de ser la última entre todas, en los cuadros de la natalidad. Desgracias ambas que producen parecidos efectos, la nuestra es, sin embargo, á juicio mío, de solución mucho más fácil que la que á Francia aflige. Aquí no hay falta de nacimientos, sino exceso de defunciones; no es preciso «higienizar el alma» sino el cuerpo. ¡Y cuánto más sencillo no es purificar el aire, desecar los pantanos, sanear

las ciudades, destruir los gérmenes morbosos que minan y socavan la salud corporal, que purificar los espíritus, llenar de ideales nobles y levantados el lugar que ocupa el egoísmo, cambiar el modo de ser moral de un pueblo entero!

En España aún tenemos familia y aún viven las creencias sedimentadas en el fondo del alma nacional: la raza es aún fecunda y no se ha contagiado del virus inmoral que corroe á Francia; pero todo se estrella ante el abandono incalificable de los preceptos de la higiene.

Según los datos publicados por la *Dirección General del Instituto Geográfico y Estadístico*, referentes al septenio de 1886 á 92, hubo en España, en dicho período, un promedio anual de 635.935 nacimientos. Siendo el censo de población (1887) de 17.560.352 habitantes, á cada grupo de población de 1.000 habitantes corresponden 36'20 nacimientos al año. Este es el coeficiente de la natalidad española (1).

Verdad es que hay naciones como Rusia, Austria-Hungría, Alemania é Italia, que aún tienen coeficientes de natalidad más favorables

(1) Tenemos necesidad de referirnos al septenio de 1886-92 para casi todos los cálculos, porque en los resultados provisionales del Censo de población de España en 1897, que publicó recientemente el Instituto Geográfico y Estadístico, no se habla para nada de nacimientos ni defunciones. En cambio el director del Instituto juzga «hasta cierto punto considerable» el aumento de 3 por 1.000, anotado en la población española durante el último decenio, satisfaciéndose con bien poco. Si se exceptúa Francia, no hay ninguna nación europea cuyo aumento anual sea inferior al doble de ese, *hasta cierto punto considerable* para D. Carlos Barraquer.

á su expansión: pero muy por debajo de España, además de Francia, están países como Bélgica é Inglaterra, que, sin embargo, acrecen su población de una manera considerable. Somos, en suma, un pueblo de fuerte natalidad, aun cuando algunos la tengan aún más fuerte; y es desconsolador ver cómo ingreso tan formidable, que debiera acrecentar la población rápidamente, se malgasta y dilapida con incomprendible abandono y en lugar de servir para extender la vida á mayor número de seres, sirve sólo para poblar los cementerios. ¡Fecundidad inútil, cien veces más inútil que la esterilidad, es la fecundidad de nuestras mujeres, que dan hijos al mundo sin conseguir poblarle; que nutren con espléndida abundancia el presupuesto de la vida, sin que la muerte baste apenas para saciar el apetito desordenado de la muerte!

Durante el septenio de 1886 á 92, en 32 de las 49 capitales de provincia españolas, las defunciones excedieron á los nacimientos (1). Y aun tomando en conjunto las 49 capitales, resulta que hubo en ellas 624.224 defunciones por 591.483 nacimientos. El exceso de la mortalidad sobre la natalidad, *de los gastos sobre los ingresos*, produjo en la población urbana una

(1) Estas 32 capitales de provincia españolas, son Albacete, Almería, Ávila, Badajoz, Barcelona, Burgos, Cáceres, Cádiz, Santa Cruz de Tenerife, Córdoba, Cuenca, Gerona, Granada, Guadalajara, Huesca, Jaén, León, Lérida, Logroño, MADRID, Málaga, Murcia, Pamplona, Palencia, Salamanca, Segovia, Sevilla, Soria, Teruel, Toledo, Valladolid y Zaragoza.

pérdida positiva de 32.741 habitantes, pérdida siempre dolorosa, señal siempre de ruina, pero más dolorosa si cabe cuando, como sucede entre nosotros, podría á poca costa convertirse en ganancia, sin más que administrar con mayor celo é inteligencia el inmenso caudal representado por la vida.

Antes de pasar adelante, sacando deducciones de la estadística, creo del caso anticiparme á la objeción de aquellos que suelen acoger con incredulidad las demostraciones numéricas; que piensan y aseguran que los números, «manejados con cierta habilidad», pueden servir para probarlo y negarlo todo. Yo necesito utilizarlos con frecuencia y no quisiera, á la verdad, que nadie confundiese mi labor, modestísima pero honrada, con la de esos mil charlatanes que en el salón como en la calle y en el teatro como en la plaza pública, se dedican á cultivar el arte de la prestidigitación y á practicar con gran limpieza el escamoteo.

Es, indudablemente, la estadística un arma que debe manejarse con gran tino, con honradez acrisolada. En la estadística se debe penetrar sin prejuicios y sin preocupaciones; no en busca de algo que deslumbre, de contrastes ó coincidencias que produzcan admiración en el que lea, sino en busca de la verdad desnuda, sin adornos postizos ni composturas atractivas, de la verdad *como ella sea*. Los que se sirven de los números, para *cubileteos*, en sus libros; los que utilizan la estadística, «á su manera»,

en verdaderos trabajos de *prestidigitación científica*, pueden llegar, y llegan, á conclusiones deslumbrantes, pero jamás consiguen dar á sus obras sino las apariencias de solidez. Acercándose á ellas, escarbando ligeramente los cimientos, el artificio viene á tierra: se descubren las cajas de doble fondo, las combinaciones de espejos, las cartas señaladas, los hilos invisibles, todo el vasto arsenal del taumaturgo y todos los secretos de la magia.

Las estadísticas en que mis afirmaciones se apoyan, son absolutamente irrefutables. Ellas demuestran que en España la mortalidad es enorme y esteriliza el poder expansivo de la natalidad; que si ocupamos un buen lugar entre los países europeos, respecto al coeficiente de nacimientos, sólo motivos de dolor y vergüenza pueden hallarse en nuestro coeficiente de defunciones.

No es la estadística demográfica, en España, tan completa ni tan precisa como en otros países, en los que estos estudios se cultivan con un celo, asiduidad é inteligencia superiores á todo encarecimiento. Pero sí es, para el objeto que persigo, suficientemente precisa. En el resumen, publicado en 1895, por el Instituto Geográfico, del *Movimiento de la población de España en el septenio de 1886-92*, se determinan, con cuanta exactitud puede exigirse, la natalidad y la mortalidad españolas, la de cada provincia y cada capital de provincia. Y con decir que en el registro de defunciones de cada municipio se han tomado los datos que integran

la estadística de mortalidad, y que en los registros de nacimientos se han tomado los datos que integran la estadística de natalidad, puede cualquiera formar juicio de la certeza de las cifras de que yo me he servido y he de servirme en adelante. No cabe en ellas más que un pequeño error, representado por los nacimientos no inscritos—ya que las defunciones puede afirmarse que necesitan inscribirse y se inscriben todas;—y ese pequeño error no altera en nada, antes bien robustece y confirma, la tesis que defiendo, puesto que haría, en todo caso, mayor la cifra de nacimientos en España, y he dicho ya que, entre nosotros, los nacimientos no escasean, que es la guadaña de la muerte la que se opone al crecimiento de la población.

Y si estas garantías encontramos en la estadística española, pobre y rudimentaria, ¿cuáles no encontraremos en las estadísticas extranjeras, que clasifican la población por sexos, por edades, por profesiones, de cien modos diversos, y á cada grupo asignan sus respectivos coeficientes de natalidad y mortalidad, con una precisión casi absoluta?

Aun á riesgo de prolongar más de lo justo este paréntesis,—que acaso no es del todo innecesario—no puedo sustraerme á la tentación de consignar aquí el resultado, sumamente curioso é instructivo, que arroja la clasificación de sexos, hecha por Bertillón, respecto á la población de Europa. Á excepción de Grecia y Servia, en que el número de hombres excede

ligeramente al de mujeres, en todos los países europeos el grupo femenino es superior al masculino. Hay en Europa 1.000 mujeres por cada 982 hombres. Sin embargo, en esa misma Europa, son más frecuentes los nacimientos del sexo masculino que los del sexo femenino. Por lo que hace á España, á pesar de que nacen 1.070 varones, por 1.000 hembras, la población contiene por cada 957 hombres 1.000 mujeres (1).

Siguiendo el desarrollo de la población de ambos sexos, Bertillón llega á los siguientes resultados: la lotería del nacimiento es favorable á los varones, pero la muerte se ceba, en cambio, en ellos mucho más que en las hembras. En la primera edad de la vida, el número de hombres es superior al de mujeres; el exceso de mortalidad masculina, establece el equilibrio entre los 15 y 16 años, igualando la población adolescente de ambos sexos; á partir de esa edad, el equilibrio se rompe nuevamente, pero á la inversa, esto es, en favor del *sexo débil*, que, sin embargo de su «debilidad», sufre menos ó soporta mejor las asechanzas de la muerte, y á la postre triunfa de la concurrencia masculina, convirtiendo en ventaja, mediante la menor mortalidad, las desventajas del nacimiento.

¡Bien es que así suceda, después de todo! La lucha se hizo para la fortaleza del varón y en

(1) Según el último censo (1897) la población masculina es de 8.773.730 y la femenina de 9.315.770. La diferencia entre ambos sexos, anotada por Bertillón para España, resulta ser menor que la actual. Hay en nuestra patria por cada 1.000 mujeres, 941 hombres.

la lucha se reciben heridas, se pierde sangre y se encuentra la muerte. La mujer tiene otros deberes que cumplir, menos penosos, aunque no menos necesarios. Es, sobre todo, la parte ideal, poética, de la vida, la que endulza las horas de tristeza y hace más franca, más radiante, más regocijadora la alegría, en los breves momentos en que la mariposa de la dicha vive en nuestros hogares.

¡Qué enseñanza para este siglo de prosaismo, la que nos proporcionan esas cifras de la mortalidad femenina!—¡La mujer «débil» sobreviviendo al hombre «fuerte»!—¡La poesía más duradera que la prosa!—¡Las redondeces de la Venus más resistentes y más firmes, que la musculatura recia de Marte!...

Si es la mortalidad *el juez de la higiene*, como ha dicho un tratadista ilustre de estos problemas de la demografía sanitaria, la mortalidad de nuestra patria—y de su población urbana especialmente—deben considerarse como síntomas de un funesto abandono de los principios de esa ciencia cuya misión augusta es la conservación de la salud.

En todas las naciones europeas, la aplicación de los preceptos de la higiene ha disminuido notablemente la mortalidad. Sólo España continúa siendo víctima de la inacción inexplicable de las autoridades y poderes que debieran establecer y reglamentar la higiene pública, y de la perezosa indiferencia de los particulares que, ignorantes ó apáticos, descuidan la

práctica constante de esos mismos preceptos, que tantos bienes les podrían reportar.

Mueren en Prusia anualmente, por cada 1.000 habitantes, 26'7; en Francia, 22'1; en Bélgica, 20'5; en Portugal, 20'5; en Inglaterra, 19; en Dinamarca, 19; en Grecia, 18'3; en Irlanda, 17'7 y en Suecia, 17'5. El coeficiente de la mortalidad española es, por desgracia, muy superior á todas esas cifras. Cada año mueren en España 31'40 por 1.000.

La enormidad de esta sangría continuada, la intensidad y la extensión del mal que lamentamos, se comprenden cuando se considera que, reducido el coeficiente de la mortalidad en España, no á la cifra de Suecia—que esto sería pedir mucho—sino á la del vecino reino de Portugal, del cual no nos separan más fronteras que las que alzaron en mal hora gobernantes ineptos, con sus torpezas y ambiciones, morirían cada año en nuestra patria CIENTO NOVENTA Y SEIS MIL individuos menos de los que mueren actualmente.

Pero aún no es esto lo más triste con serlo mucho. Si la mortalidad general es enorme en España, en sus ciudades más populosas, que deberían mostrarse á las demás agrupaciones urbanas, como modelos vivos de civilización y de cultura, en vez de enorme es enormísima. Porque en España mueren 31'40 por 1.000 cada año, pero á la mayor parte de las ciudades españolas, tócales contemplar, más con envidia que con horror, cifra tan alta. He aquí la prueba.

MORTALIDAD ANUAL, POR 1.000 HABITANTES,
DE LAS CIUDADES ESPAÑOLAS DE MÁS DE 50.000:

Palma.	24'60	Zaragoza.	35'70
Valencia.	30'20	Lorca.	35'70
Jerez.	31'10	MADRID.	37'50
Barcelona.	31'40	Granada.	38'30
Málaga.	33'20	Bilbao.	39'10
Córdoba.	33'70	Cartagena.	39'50
Sevilla.	35'40	Valladolid.	39'80
Murcia.	35'70	Cádiz.	41'40

¡Qué contraste entre esta situación deplorable, y la en que se hallan las ciudades más populosas del mundo civilizado, que, sin embargo, en general, no disfrutan de condiciones higiénicas *naturales* que nosotros tengamos que envidiar!

Compárese ese cuadro de la mortalidad española, en los grandes núcleos de población, con el siguiente en que se anota la mortalidad de algunas ciudades extranjeras y haga el lector después, por sí mismo, los comentarios que la comparación le sugiera.

MORTALIDAD ANUAL, POR 1.000 HABITANTES,
DE ALGUNAS GRANDES CIUDADES EUROPEAS:

Buda-Pesth.	26'40	Amsterdam.	20
Viena.	24'20	Berlín.	19'50
Glasgow.	22'60	Londres.	19'30
París.	22'30	Roma.	19'30
Bruselas.	20'60	Hamburgo.	16'80

La mortalidad de Madrid y de la mayor parte de las ciudades españolas, hállase enormemente distanciada de la de Buda-Pesth, que es, entre todas las capitales que he citado, la de mayor mortalidad. Hamburgo, Roma, Londres y Berlín, registran próximamente una mitad de defunciones que la Corte de España; para un grupo igual de habitantes.

Con ser muy negro este cuadro, que la realidad misma se encarga de extender ante nuestros ojos, no ha faltado en España, quien pretenda hallar explicaciones optimistas, con que tranquilizarnos á todos. Dejemos hablar al *Instituto Geográfico y Estadístico*: «En todas las capitales de provincia, acontecen, á proporción más defunciones que en el conjunto de los respectivos pueblos; y el hecho tiene su razón de ser tanto en la circunstancia de radicar en ellas, como antes se ha dicho, los establecimientos de Beneficencia, á los cuales acuden de continuo para la curación de sus males muchos menesterosos que viven de ordinario en otros distritos, cuanto en la del excesivo número de criaturas que hallándose acogidas como hijas que son del infortunio, en los propios asilos, fallecen á poco de ingresar en ellos, ó sea en los primeros años, y aun en los primeros meses de haber sido dadas á luz (1).

El argumento es de esos que, de puro sutiles, se quiebran ellos solos. Al más lerdo le ocurrirá

(1) *Movimiento de la población de España, durante el septenio de 1886-92*. Pág. 31.—Madrid, 1895.

pensar que todas esas grandes capitales—París, Londres, Viena, Berlín, Bruselas, Roma, Hamburgo, etc., etc.,—cuya mortalidad es tan pequeña, si con la nuestra se compara, no son pobres villorrios que envían sus enfermos á morir á otra parte, sino centros de numerosa población, que, en multitud de asilos, hospitales, sanatorios y casas de salud, reciben y recogen, además de los propios, centenares, miles de enfermos, de distintas regiones y procedencias. La mortalidad hospitalaria, se halla incluida en esas cifras que casi nos parecen, por lo pequeñas, inverosímiles á nosotros, y no hay por qué restarlas en España, si la comparación ha de hacerse en igualdad de condiciones.

Mas por desdicha es tan grande la distancia que nos separa de esas ciudades que he citado, que, ni aun echando cuentas por el procedimiento *optimista* resulta el argumento.

Desde 1886 á 1892, la mortalidad h6spitalaria—según datos del mismo *Instituto*—represent6 en Madrid un 18'86 por 100 de la mortalidad total. Las defunciones ascendieron á 17.634 cada a6o. Pues bien, restando de 17.634 el 18'86 por 100, (3.325) quedan a6n 14.309 defunciones, que distribuidas entre la poblaci6n de Madrid, (470.000 habitantes), corresponden á 30'44 defunciones por 1.000 habitantes.

Resulta, pues, la mortalidad de Madrid—aun deducida la hospitalaria—muy superior á la de todas las capitales europeas, en las cuales no es preciso decir que hay hospitales y que en los hospitales tambi6n se muere gente. Y el

cálculo puede hacerse de la misma manera y con iguales resultados, respecto á casi todas las ciudades de España.

Si, á pesar de esto, hay quien se siente satisfecho de nuestra higiene urbana, confieso humildemente que le envidio su gran conformidad, ó su optimismo candoroso, pero que no me siento con vocación para seguirle. Á mi juicio es más útil descubrir estas llagas que ocultarlas á los ojos del público, puesto que al ocultarlas no se curan y su contemplación es, en cambio, poderoso acicate que estimula la inteligencia y predispone la voluntad á combatirlas.

Como remate doloroso de este dolorosísimo cuadro de la mortalidad española, que hemos examinado en conjunto, réstame decir algo de la mortalidad infantil, terrible plaga que, más que otra ninguna, pesa sobre nosotros, que á diario llena de luto los hogares y debería, además, avergonzarnos como nación.

Son los niños la aurora de la vida que comienza; el último eslabón, en el presente, de la cadena jamás rota de las generaciones; la representación del porvenir, que debe ser objeto constante y preferente de las preocupaciones de los pueblos. Abandonar los niños á los embates de la vida, física ó moralmente, es renunciar al porvenir, es condenarles á muerte prematura ó á envilecimiento irremediable, es segar la cosecha antes que el fruto asome, mermar la población, debilitar los organismos en

cuya fortaleza tendrá que descansar la sociedad futura, y empobrecer la raza.

La mortalidad infantil es en España enorme: y en sus ciudades más populosas, sobrepuja á cuanto pueda imaginar quien no haya consultado las estadísticas.

Organismos en que la vida apenas alborea, cuerpecillos de carnes delicadas y escasa resistencia, los niños necesitan para desarrollarse, para vivir, medios y condiciones más favorables que el hombre adulto, ya curtido en el continuo roce con la naturaleza. Y es natural que el abandono de la higiene produzca estragos espantosos en la niñez: cuando el huracán sopla con violencia y abate el corpulento tronco de las encinas, por milagroso acaecimiento debe tenerse que las débiles cañas de los campos se sostengan en pie.

Veamos lo que nos dice la estadística, confirmando cuanto acabo de exponer: para ello, supondremos un grupo igual de niños recién nacidos, en Inglaterra, Francia, Bélgica, Prusia, Italia y España, y anotaremos, en cada grupo, la mortalidad respectiva, desde uno á cinco años.

MORTALIDAD CALCULADA

PARA UNA GENERACIÓN DE 100.000 RECIEN-NACIDOS, EN LOS 5 PRIMEROS AÑOS DE LA VIDA

	INGLATERRA		BÉLGICA		FRANCIA		PRUSIA		ITALIA		ESPAÑA	
	Número de sobrevivientes	Muer-tos por 1.000	Número de sobrevivientes	Muer-tos por 1.000	Número de sobrevivientes	Muer-tos por 1.000	Número de sobrevivientes	Muer-tos por 1.000	Número de sobrevivientes	Muer-tos por 1.000	Número de sobrevivientes	Muer-tos por 1.000
Nacidos, . . .	100,000	145'19	100,000	153'20	100,000	163'02	100,000	207'80	100,000	205'48	100,000	248'20
A los 1 año, . . .	85,481	57'07	84,680	54'94	83,698	53'19	79,220	66'27	79,452	109'50	75,180	132'03
A los 2 años, . .	80,603	25'80	80,028	28'42	79,246	26'17	73,970	35'15	70,752	53'88	65,254	62'25
A los 3 , . .	78,323	16'81	77,754	16'09	77,172	15'31	71,370	24'10	66,940	33'06	61,192	58'01
A los 4 , . .	77,203	12'50	76,503	11'44	75,988	11'23	69,650	17'52	64,727	23'25	58,866	30'41
A los 5 , . .	76,238		75,628		75,135		68,430		63,222		57,076	
MUERTOS EN LOS 5 AÑOS, . .	23,762		24,372		24,865		31,570		36,778		42,921	

En cinco años mueren, por consiguiente en Inglaterra, el 23'76 por 100 de los niños nacidos; el 24'37 en Bélgica; el 24'86 en Francia; el 31'57 en Prusia; el 36'77 en Italia y el **42'92** en España!

Mal librados salimos los españoles de esta comparación, pero aún es fácil hallar mayor estrago, mayor tristeza y mayor ruina: la mortalidad infantil en nuestras capitales más populosas resulta enorme, no ya con relación á la cifra de la mortalidad de esas naciones europeas, sino con relación á la cifra media de la mortalidad en España.

Para hacer esta afirmación, disponemos de elementos de prueba suficientes, aun cuando no de datos tan completos como fuera de desear, pues el *Instituto Geográfico y Estadístico* no indica en sus resúmenes la mortalidad infantil de las capitales de provincia.

En un interesante folleto del doctor Gordillo, se atribuye á Barcelona una mortalidad infantil—niños de 0 á 5 años—de 43 por 100, de 44 por 100 á la Coruña, de 48 por 100 á Sevilla, de 49 por 100 á Madrid, de 50 por 100 á Burgos, de 53 por 100 á Cádiz, de 60 por 100 á Granada y de 62 por 100 á Valladolid.

Tenemos por exactas estas cifras, porque coinciden con las que hallamos en una luminosa Memoria del distinguido ingeniero D. Recaredo de Uhagón (1), respecto á Madrid y Valladolid, y hemos podido además comprobarlas, en este último punto, personal y directamente.

(1) *Proyecto de Saneamiento General de Valladolid*, 1890

En Madrid nacen en cinco años—1880 á 84—114.508 niños de ambos sexos y mueren en el mismo periodo 55.578 de 0 á 5 años, ó sea el 48'30 por 100.

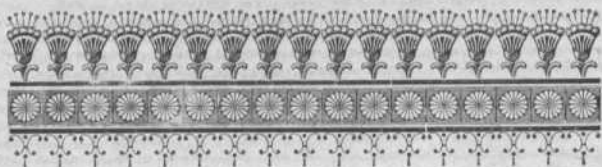
En Valladolid nacen en cinco años 11.495 niños y mueren 7.125 de 0 á 5 años, esto es, el 62 por 100. En el primer año de la vida, fallecen en Valladolid el 37 por 100 de los nacidos: los mismos que en Italia en cinco años y muchos más que en cinco años mueren en Inglaterra, Bélgica, Francia y Prusia.

Resulta, pues, que bien podemos asegurar que en casi todas las ciudades de España sólo llegan á cumplir cinco años de un 40 á un 50 por 100 de los nacidos. Los demás son despojos que la muerte recoge en la terrible lucha que las enfermedades mantienen con los niños, y que sólo la higiene podría hacer menos ruda y menos funesta. Por eso dije que era inútil, cien veces más inútil que la esterilidad, la fecundidad de nuestras mujeres. ¿Qué utilidad reporta que den hijos al mundo, si esos hijos no han de servir para otra cosa que para atormentarlas con sus enfermedades, para desconsolarlas con su ausencia definitiva, para morir en el momento en que alborea la primavera de la vida, como las florecillas tempranas de los campos mueren antes que se abran sus capullos, cuando sobre ellos deposita la noche el beso frío y envenenado de la escarcha?

Urge poner remedio á situación tan desdichada. Si no lo demandara el corazón con sus afectos más arraigados y más puros, lo exigiría

imperiosamente el interés colectivo; si esta reclamación no se pudiera hacer en nombre de la paternidad y la familia, habría que hacerla en nombre de la patria, del pueblo en que vivimos: porque entre esos millares de cabecitas rubias ó morenas, segadas por la muerte y que, en gran parte, podríamos defender de sus ataques, cuántas ¡cuántas! serían, cuando llegase la edad madura, honra y prez de su tierra en los talleres de las industrias, en las empresas del comercio y de la agricultura, en el campo extensísimo en que se desenvuelve la inteligencia humana!

Entre esos niños que, en la niñez, murieron, estaban los futuros literatos, gobernantes, guerreros é inventores. La muerte, interrumpiendo su carrera, cambia en perjuicio nuestro el curso de la vida colectiva. ¡Cuidemos de los niños, que, al cuidarlos, labramos el porvenir y cimentamos nuestro engrandecimiento, y abandonarlos equivale á preparar nosotros mismos nuestra ruina!



IV

EL VALOR ECONÓMICO DE LA VIDA



ARA determinar cuál es la pérdida originada á una colectividad por la muerte, es necesario fijar antes el precio, el valor económico de la vida. La fijación de este valor, y la determinación consiguiente de aquella pérdida, constituirán la última parte de este estudio, en la cual entro desde luego.

La vida de los hombres «no tiene precio», no está sujeta á tasación, no puede, en suma, representarse con una cifra, alta ni baja, cuando se la examina desde el punto de vista intelectual ó moral. Como dice Rochard (1) «todo

(1) *Traité d'Higiène Sociale*, pág. 668.—París, 1888.

el oro de las naciones no sería suficiente para pagar la existencia de los grandes hombres que han causado su prosperidad y su gloria. No hay padre que no entregue entera su fortuna por salvar la vida de sus hijos. En todas las empresas colectivas en que la vida de los hombres está en juego, en los trabajos peligrosos que exigen ciertas industrias, en las grandes calamidades públicas, ningún sacrificio parece costoso y todo el mundo se expone por socorrer á los que están amenazados. Esta solidaridad constituye la fuerza de todas las reuniones de hombres, ya se agrupen detrás de los muros de un claustro, sobre las tablas de un navío ó bajo los pliegues de una bandera». Y en este aprecio, en esta imponderable estimación de la vida humana, que escapa á todo cálculo, y es superior á toda equivalencia material, tal vez está el secreto del poderío y la seguridad de los pueblos, y del progreso de la humanidad, que, en otro caso, sería un inmenso campo de batalla donde á la vez luchasen todos los egoismos.

Pero aparte de este valor moral é intelectual, que ninguno podría poner en duda, de este valor inestimable, representado por los afectos del corazón, que no fué nunca calculista, ó por los resplandores fecundos de la gloria, que jamás estuvieron encerrados en una fórmula algebraica, la vida humana tiene un valor que puede determinarse, es «socialmente» un elemento de riqueza y representa un capital.

Así lo han entendido nuestras leyes, y las de todo el mundo civilizado, al condenar al homicida á una indemnización pecuniaria á la familia de la víctima como pena accesoria; así, sin duda, lo entendieron los pueblos primitivos, que autorizaban la *compensación* ó el arreglo, mediante cierta suma, entre el matador y los hijos ó parientes del muerto: así, en fin, lo entendemos nosotros mismos, cuando tomamos un «seguro sobre la vida» estimándola en algo material y concreto, que habrá de recibir nuestra familia el día en que bajemos al sepulcro, y que es, en cierto modo, la equivalencia de nuestro esfuerzo personal, de nuestra capacidad productiva, del capital representado por la propia existencia.

Ha de tenerse en cuenta que aunque exista —y existe, por desgracia, en todas las esferas y gerarquías— el *parasitismo social*, que se alimenta del jugo y de la savia de los trabajadores, la ociosidad y la vagancia de algunos hombres que consumen sin producir, no son bastante para que deba ser considerado cada individuo como una especie de saco digestivo que apresa cuanto se halla á sus alcances y engulle cuanto apresa. ¡No! no somos los hombres un saco digestivo; no somos una máquina capaz únicamente de consumir, sino una máquina admirable de producción, que necesita alimentarse como todas las máquinas, pero que crea mayor riqueza que la empleada en su sostenimiento. Decir que cada nueva máquina humana es, porque necesita alimentarse, un

nuevo motivo de empobrecimiento social, es lo mismo que maldecir las máquinas de vapor, pensando en el carbón que queman, y olvidando los mil productos que merced á su esfuerzo se fabrican.

El aumento innegable de la riqueza pública y privada en todo el mundo civilizado—representado por nuevos edificios y talleres, nuevos cultivos, nuevos ferrocarriles, nuevos signos de crédito absorbidos por el ahorro de los pueblos, nuevas empresas en que la actividad y la inteligencia humanas demuestran su creciente poderío—prueba, de un modo harto elocuente para que en este punto necesitemos insistir, que el hombre crea más que consume, y que la sociedad no se empobrece cuando «aumentan las bocas», porque en igual medida que las bocas aumentan los cerebros que inventan y dirigen, y los brazos que arrancan á la naturaleza, para centuplicarlos, sus tesoros.

El error de los que piensan que cada nuevo ser es una causa de empobrecimiento, un partícipe más de la riqueza general, nace de considerar á los individuos en el hogar de sus progenitores, y en esa edad en que consumen sin producir, cuando son como tierra sembrada en la que apuntan ya los tallos, pero no asoman aún los frutos.

En esa edad primera, pueden los hijos empobrecer á la familia á cuyo cargo corre su sostenimiento y educación; pero ellos serán hombres y resarcirán con exceso al capital social del gasto ocasionado. Los hombres no

empobrecen á la patria en que nacen. Cada hombre es una máquina que produce y un elemento de riqueza.

El valor económico de un individuo, dice Rochard (1), representa lo que ha costado á su familia, al Municipio, ó al Estado, para vivir, desarrollarse é instruirse. Este valor aumenta desde el nacimiento hasta la edad madura; permanece, después, algún tiempo estacionario, porque, á medida que la fuerza y la habilidad del trabajador crecen, decrece, en cambio, el número de años durante los cuales podrá disponer de esta actividad productiva; disminuye, en fin, después, como todo capital perecedero, hasta anularse en la vejez, cuando el hombre no presta ya servicios á la sociedad y se convierte en un valor negativo, lo mismo que el enfermo, el loco y el ocioso, que no son sino cargas sociales.

Block ha hecho un estudio muy curioso y muy interesante de la valoración de la vida humana, clasificando, previamente, según la edad, en Francia, los Países Bajos, Bélgica y Suecia, un grupo de población de 10.000 habitantes. De ese estudio resulta que hasta los cinco años cada individuo origina un gasto medio de 400 francos al año. De 5 años á 20, compensando los gastos con los ingresos, aún el consumo excede á los productos en 100 francos anuales por individuo. De 20 años á 60, los

(1) *Ob. cit.*, pág. 669.

hombres dejan de ser gravosos á la sociedad y se convierten en elementos de riqueza; cada hombre produce 1.000 francos anuales. Por último, de 60 años en adelante, compensando la producción de unos con la gravosa carga de los ancianos mayores de 70, la utilidad que deja cada individuo se reduce á 200 francos.

Resumiendo el total de los gastos y los ingresos de estos grupos, restando aquellos de estos, y dividiendo por 10.000—grupo de población estudiado—el sobrante que arroja la producción sobre el consumo, se llega á los siguientes resultados:

Producción, anual, por individuo:

En Francia.. . . . 493'55 francos.

En los Países Bajos. . . 445'33 »

En Bélgica. 440'06 »

En Suecia. 434'69 »

Estos productos son, por tanto, el interés del capital que representa la vida humana en los países indicados.

Como este cálculo podrían citarse varios otros, en que la vida humana ha sido objeto de valoración. Chadwick, en Inglaterra, valúa en 200 libras—5.000 francos—el capital representado por un trabajador en la edad adulta, y le concede doble valor á los 40 años. Los americanos calculan que un hombre, en la plenitud de su vida y de sus facultades, representa una suma de 3.500 dollars—17.500 francos.—Farr obtiene, para cada habitante de Inglaterra, un valor medio de 159 libras—3.975 francos.—Por último, Rochard, tras larga serie de clasificacio-

nes y cálculos, hechos con minuciosa diligencia y escrupulosa exactitud, llega á este resultado: cada francés tiene un valor de 1.097 francos.

Veamos ahora si es posible determinar, de una manera aproximada, la pérdida económica que España experimenta por la falta de higiene. Procederemos, de todas suertes, en tal forma, que el error haya de consistir, no en la exageración de la cifra, sino en la reducción evidente del daño real que soportamos, casi sin darnos cuenta de él.

Clasificando la población española, según el procedimiento de Block, obtendríamos fácilmente un valor medio individual muy crecido. El menor grado de cultura y civilización que alcanzamos los españoles, implica, de una parte, menor potencia productiva que la calculada por Block á los franceses de 20 á 60 años, pero implica, del mismo modo, menor gasto educativo en las edades primeras, menor consumo de alimentos en todas. Vamos á suponer que cada niño de 0 á 5 años, no representa entre nosotros un gasto de 400 francos, sino de 300 pesetas; que los individuos comprendidos entre 5 y 20 años, compensando los gastos y los productos, no proporcionan una pérdida de 100 francos, sino de 150 pesetas; que de 20 á 60 años cada hombre no produce 1.000 francos, sino 800 pesetas y que, en fin, la utilidad representada por los ancianos mayores de 60, se reduce á 100 pesetas,—la mitad de lo calculado por Block.

Pues bien, aun después de estas reducciones, he aquí los resultados que se obtienen:

POBLACIÓN DE ESPAÑA

DESCOMPOSICIÓN, POR EDADES, DE UN MILLÓN DE HABITANTES, Y PRODUCCIÓN Ó GASTO DE
CADA GRUPO

HABITANTES	PÉRDIDA ANUAL <u>— Pesetas —</u>	UTILIDAD ANUAL POR INDIVIDUO <u>— Pesetas —</u>	PÉRDIDA ANUAL DEL GRUPO <u>— Pesetas —</u>	UTILIDAD ANUAL DEL GRUPO <u>— Pesetas —</u>
De 0 á 5 años.....	300	"	37.141 200	"
De 5 á 20 años.....	150	"	43.785.000	"
De 20 á 60 años.....	"	800	"	400.756.800
De 60 en adelante.....	"	100	"	8.335.000
TOTALES.....	"	"	80.926.200	409.091.800
				80.926.200
			GANANCIA LÍQUIDA.....	328.165.600
			GANANCIA MEDIA INDIVIDUAL.....	328.16

Resulta de los cálculos precedentes que la producción media individual de los españoles, puede prudentemente fijarse en 328 pesetas,— cantidad inferior en más de una cuarta parte á la que asigna Block á la población francesa.— Aun cuando este producto es, sin disputa *el interés del capital representado por la vida humana*, y, á partir de él, podríamos fácilmente obtener una valoración mucho más alta, yo voy á suponer que, en España, cada individuo representa un capital de mil pesetas, menos de lo que cuesta librar de quintas á un soldado, menos de lo que gasta cualquier *sportmen* distinguido en un caballo de paseo.

Creo que nadie podrá tachar de exagerada esta valoración, en que se fija el capital *en poco más del triplo de sus productos anuales*. Block, Chadwick, Farr, Rochard, cuantos autores han abordado el problema, al capitalizar la vida humana concediéronle mayor estimación.

Pero aun así, «aun tasándonos tan baratos», se verá hasta qué punto es costosa la muerte á nuestra España, qué enorme pérdida económica significa para el país la mortalidad española, vergonzosa y tristísima excepción entre todos los pueblos cultos, muestra evidente, la más sensible y más funesta, del atraso en que yacemos.

No en estos años últimos, en que la higiene pública y privada ha sido objeto de atención preferente en todos los países civilizados, sino en 1848, la ley inglesa de sanidad contenía una disposición, que obligaba á las autoridades

locales á adoptar medidas especiales de higienización, cuando, durante siete años, la mortalidad excediese de 23 por 1.000. No creo que nadie pueda tacharnos, con justicia, de exigentes si pretendemos que la mortalidad se reduzca á ese máximo que hace cincuenta años alarmaba á Inglaterra; ni es posible pedir mayor modestia en las aspiraciones, ya que nos conformamos con una cifra de mortalidad *que otro pueblo consideró hace mucho tiempo como calamidad insufrible*.

Pues bien, la diferencia entre esa cifra máxima tolerada por la ley inglesa del 48 y la cifra actual de la mortalidad en España, es de 8'40 por 1.000.

Mueren, por consiguiente, entre nosotros, cada año, 8'40 por 1.000 sobre los 23 por 1.000 que tomamos prudentemente como tipo. Y siendo nuestro censo de población—1897—según los datos publicados por el Instituto Geográfico y Estadístico, de 18.089.500 habitantes, una sencilla operación aritmética nos da el siguiente abrumador producto: en España, mueren cada año 151.951 individuos más de los consentidos por la ley de sanidad promulgada hace ya medio siglo en Inglaterra:

$$\left(\frac{18.089.500 \times 8'40}{1.000} = 151.951 \right)$$

Aunque arrancásemos cada año 151.951 vidas á la muerte, en Inglaterra—y en cualquier país civilizado—pasaríamos por región insalubre. Las consecuencias á que nos han conducido

unos cuantos guarismos, son, según se ve, abrumadoras; pero así es, por desgracia, la realidad, que no se presta á falsificaciones ni engaños.

Perdemos, anualmente, 151.951 vidas, que podrían conservarse para el trabajo, para la producción—nótese que prescindo de los efectos, que tienen un valor incalculable—cuidando más la higiene pública y fomentando la privada, ayudando con enérgicos medios de saneamiento, en los centros urbanos sobre todo, las excelentes condiciones naturales del país en que vivimos. Si cada una de esas vidas representa un capital de 1.000 pesetas, la mortalidad excesiva origina en España una pérdida de **152 MILLONES DE PESETAS AL AÑO.**

Pero la muerte va siempre acompañada de enfermedades. No todos los que luchan con ellas son vencidos. Una mortalidad enorme denuncia claramente la existencia de una morbilidad también extraordinaria. Así como en los campos de batalla, donde el hierro y el plomo agujerean la piel, desgarran los tejidos y, á porfía, derraman sangre generosa y caliente sobre el suelo que regimientos y escuadrones se disputan con rabia, á un número determinado de muertos suele corresponder un cierto número de heridos, así también en esta guerra, menos ruidosa y alarmante, aunque no menos enconada, de la naturaleza contra los gérmenes morbosos, diluidos en el agua que se bebe y en alimento que se come, y en el aire que se

respira, gérmenes microscópicos, invisibles, pero dotados de una potencia destructora mayor que la de los inventos más terribles de la moderna industria militar, á cada muerto corresponde un cierto número de enfermos.

De las minuciosas estadísticas de Rochard, á que más de una vez me he referido, resulta que cada defunción supone la existencia de nueve enfermos; que cada enfermedad representa treinta y cuatro jornadas de trabajo perdidas. Y he aquí otra causa, otro motivo de ruina para España.

Hemos probado cumplidamente que mueren cada año en nuestra patria 151.951 individuos sobre el límite máximo de la ley inglesa de Sanidad del año 48. Pues bien, esta demostración nos autoriza á afirmar, de igual modo, que el exceso de la morbilidad nacional, sobre la de cualquier país medianamente higiénico ó higienizado, está representado por la cifra de 1.367.559 enfermedades al año (151.951×9).

Podríamos, fácilmente, arrancar á la muerte 151.951 vidas anuales, y arrancar á los gérmenes productores de las enfermedades, anualmente también, 1.367.559 individuos. Y, como cada enfermedad representa treinta y cuatro jornadas en que no se trabaja, en que no se produce, el exceso de la morbilidad nacional supone, nada menos que la pérdida de 46.497.006 jornadas de trabajo ($1.367.559 \times 34$).

Calculemos ahora á cada día de enfermedad una peseta y media de gasto improductivo y 90 céntimos de peseta de producción no realiza-

da (1). Cada jornada de trabajo convertida en jornada de enfermedad, implica la pérdida de dos pesetas y cuarenta céntimos: y las 46.497.006 jornadas de trabajo que en España se pierden todos los años por las enfermedades fácilmente evitables, arrojan, nada menos que 111.592.814 pesetas y 40 céntimos. Agréguese á esta suma la de 152.000.000 de pesetas, á que asciende, según ya demostramos, el perjuicio económico ocasionado por la mortalidad excesiva, y se obtendrá un total de 263 millones y medio de pesetas, en números redondos, como pérdida anual que España sufre por la falta de higiene: ¡cerca de tres millones de reales diarios, en jornales que no se ganan ni se cobran, en trabajo que no se ejecuta, en función productiva que se resta á la labor fecunda de la masa social, y en medicinas y en emplastos, aplicados como remiendos á organismos que la fiebre aniquila, cuando no en esas galas funerarias, póstumo y triste adorno de los vencidos en la lucha, ya prisioneros de la muerte!

Se suelen lamentar amargamente nuestras ciudades, cada vez que se anuncia una disminución, una resta, en los elementos civiles ó militares que residen en ellos. El traslado de

(1) Esta determinación no es caprichosa: si la producción media individual de los españoles de todas las edades, que obtuvimos clasificando la población en grupos, por el procedimiento de Block, puede fijarse en 328 pesetas y 16 céntimos, la producción media, individual, por día, resulta ser la de 90 céntimos de peseta, que consignamos ahora. Cualquiera puede comprobarlo, sin más que dividir la producción media anual (328'16) entre los 365 días del año.

un centro burocrático, de una escuela, de un escuadrón, alarma á todo el mundo, porque esa resta disminuye el número de habitantes de la ciudad; porque cada individuo que allí vive, allí trabaja y allí cobra y allí consume, fomentando la riqueza total; porque restar á un pueblo moradores es restarle elementos de engrandecimiento y de vida. Y bien, ya lo hemos visto: España pierde anualmente más de 150.000 vidas que podría conservar. La muerte roba á nuestra patria un numeroso ejército cada año, ejército de emigrantes que no han de volver nunca á pisar este suelo, de emigrantes definitivos que nuestra incuria y nuestro atraso expulsa de la tierra que miraron sus ojos al abrirse á la vida y que sólo serán ya pobladores de la patria común de los espíritus.

Yo supongo que una acción dirigida, con energía y con tino, al «saneamiento de España», habría de conducirnos, por lo menos, á aquel estado que los ingleses reputaban poco alagüeño en 1848. No creo que me coloco en el terreno de la utopía ni que puedan mis esperanzas ser tenidas por ilusiones. Cuarenta y siete millones de francos se gastaron en un barrio obrero de Londres, en el cual hacía estragos espantosos la muerte: el gasto, sin embargo, resultó compensado con un ahorro anual de 10.000 vidas. Como este ejemplo, podrían citarse muchos.

Pues bien, en 50 años, plazo bien corto para la vida de una nación, podrían tocarse los resultados de la higiene, entre nosotros, aunque

no consiguiéramos otra cosa que reducir la mortalidad desde 31'40 á 23 por 1.000, el máximun consentido por la tan repetidas veces citada ley inglesa.

Nuestro coeficiente de aumento de población, reducido á 3'31 por 1.000 según ya he dicho, ascendería en tal caso á 11'71. El aumento inicial de 59.876 habitantes por año, se elevaría á 211.828. La población de España pasados 50 años, pasaría de 30 millones de habitantes, mientras que el coeficiente de aumento actual, no ha de elevarla en el mismo período más que á 21 (1).

Y este aumento considerable de pobladores obraría por sí sólo maravillas en la tan necesaria transformación de nuestro modo de ser y de vivir. Los grandes centros de población, hoy tan escasos en España, serían más numerosos y más grandes; la producción solicitada por

(1) Alfred Fouillée en un estudio publicado recientemente en la *Revue de Deux Mondes*, considera como base indudable de nuestro engrandecimiento futuro, el aumento de la población.

«Verdad es, dice, que España no tiene todavía 20 millones de habitantes y que por cada kilómetro cuadrado no cuenta más de 35. Pero lo mismo que Portugal é Italia, tiene una natalidad que se acerca á la de Alemania. Esa natalidad, constante casi en su tanto de crecimiento desde hace veinte años, es de 35 á 36 por 100, y la de Portugal de 34 á 35. España tendrá, pues, en no muy largo plazo, los 40 millones de habitantes que en lo antiguo tuvo. Esto es un gran elemento de prosperidad para lo porvenir, pues la abundancia de población permite las selecciones sociales, obliga á trabajar y asegura el triunfo final de la inteligencia».

Desgraciadamente, estas risueñas profecías caen por su base. Fouillée ha tenido en cuenta únicamente la natalidad española sin reparar en que la muerte esteriliza entre nosotros el vigoroso esfuerzo de la fecundidad.

nuevos brazos, crecería en proporciones mucho mayores que la población misma, como ha crecido en todos los países. La conciencia del valer colectivo haría de nuestro pueblo algo distinto de lo que es hoy en que parece que yacen muertos los ideales, y, perdida toda fe en las virtudes de la raza, ni aun casi queda jugo en los corazones para sentir con ardimiento el amor de la patria, de este antiguo solar de nuestras glorias, hoy semillero de desdichas.

Ningún problema de cuantos ha planteado la realidad abrumadora á que nos condujeron las propias culpas, iguala en interés á este problema de la *repoblación de España*. No aumentaremos sensiblemente las migajas de civilización europea que hoy constituyen el pobre patrimonio de la cultura nacional, mientras no aumentemos el número de seres que viven y trabajan en nuestro territorio. A las conquistas del pasado, á aquellas magnas y gloriosas locuras que en Flandes y en América realizaron hombres de nuestra casta, sembrando el mundo de hazañas y de huesos españoles, tiene que sustituir hoy la conquista, menos brillante, pero más sólida y provechosa, del propio suelo que pisamos, de las tierras baldías, de los páramos despoblados, de los campos ayunos de labores, de las minas inexploradas, de las fábricas y talleres que aquí y allá podrían establecerse, redimiéndonos del tributo que hoy nos cobran, pueblos más ricos, más laboriosos, más activos.

Después, cuando esta España se halle poblada por completo, cuando ennegrezca el horizonte de sus ciudades el humo denso de hornos y chimeneas, cuando sus campos fertilizados por el riego, por la labor constante de una colmena activa é inteligente, produzcan frutos á porfía, vendrá el desbordamiento de la vida, inundando, fecundizando nuevas tierras... Entonces África, que prolonga y estira su punta al Norte entre dos mares, como invitándonos al fácil salto del Estrecho, podrá ser el desquite de nuestro vencimiento en América, el premio espléndido de nuestra redención conseguida por el trabajo. Y como Dominico, el nieto de Mateo, que puebla el Níger en la admirable última obra de Zola, hacia esa «tierra prometida» irá el genio español, con los hijos de nuestros hijos: y desde aquella tierra, de ilimitados horizontes, generosa, fértil, ávida de crear y de producir bajo el polvo de oro de su sol esplendente, nuestros nietos de acá, desde Tarifa, oirán las voces de sus hermanos de África, invitándoles á poblar nuevas tierras, á ensanchar y engrandecer la patria, á terminar con el arado, con el ferrocarril, con el telégrafo, con la máquina, con el esfuerzo civilizador y pacífico, aquella heroica reconquista guerrera, que no debió jamás detenerse en Granada... Y entonces, nuestra España será un gran pueblo...!

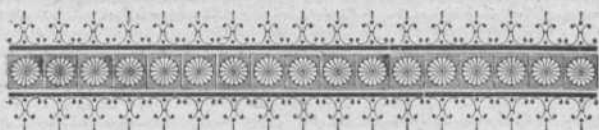
Hombres de ciencia, propagandistas, gobernantes, cuantos patriotas puedan influir con sus ideas, con sus predicaciones, ó con sus

actos, en la resolución de este problema de la mortalidad española, harán bien en consagrarle atención preferente. Por mi parte, cumplo con mi deber en este estudio, dando el grito de alarma, ya que esta sea la única forma en que me es dado contribuir al salvamento del barco que naufraga.

Octubre, 1899.



EL REGIONALISMO



EL REGIONALISMO

I

HECHOS Y CAUSAS



ERÍA inútil cerrar los ojos á la luz y la conciencia á la realidad de la vida. Los hechos son cual son, no cual quisiéramos que fuesen, y no se altera ni modifica su estructura obstinándose en negarlos. Vaya, pues, por delante, una afirmación llana, simple expresión de una verdad que iremos luego desmenuzando, analizando y comentando: las tendencias regionalistas, fomentadoras de odios y divisiones entre hermanos, relajadoras del espíritu nacional español, han logrado, por unas ú otras causas, al presente, fuerza y vigor bastantes para ser un

motivo de honda preocupación; llegarán mañana si no se las encauza y se las combate con prudentes y acertadas medidas, á engendrar convulsiones, sacudimientos y revueltas, que pondrían en peligro nuestra propia existencia como Estado europeo.

¿Cómo ha surgido el movimiento? ¿Cuál es su origen y cuál su causa próxima? ¿Qué aspiraciones y deseos encarna la palabra «regionalismo», ese amor concentrado y exclusivista que llama «Patria» únicamente á la región en que se ha nacido, como si á ella no más estuviesen ligados alma y cuerpo, y llama «Estado» á la nación un tiempo grande, temida y respetada, como si no tuviese otra realidad que la externa del poder público, ni existieran entre ella y las regiones más vínculos de unión que el vínculo aborrecible de la fuerza sujetadora, ó el vínculo egoísta de la conveniencia circunstancial?

Me propongo examinar, en primer término, estas cuestiones, para entrar luego con pie firme á hacer la crítica del momento actual, é indicar los remedios que deben oponerse á la tendencia disgregante que las aspiraciones regionalistas representan.

Tal vez el primer germen, la causa originaria de estas aspiraciones, cuyo natural desarrollo conduciría al fraccionamiento de la nación española en multitud de diminutos Estados, incapaz cada uno de mantener la propia independencia ante enemigos codiciosos, ni de nutrir la propia vida frente á la concurrencia

universal de pueblos industriosos, trabajadores y ricos, podría buscarse en la substancia de la psicología nacional, elaborada y amasada en nuestra propia historia de indisciplina y desgobernio. Se ha perdido en España hasta tal punto la noción real de lo que es y significa el poder público, que toda ley, todo mandato, parecen abusiva imposición, concitadora de protestas y justificadora de rebeliones, por lo mismo que á los que mandan y gobiernan parece el ejercicio de su autoridad función libre de toda traba y todo obstáculo, sin más limitaciones que las impuestas por el propio capricho, ni más finalidad, muchas veces, que la de entretener el apetito de la clientela política.

Á la anarquía mansa de arriba, responde como un eco la anarquía desordenada de abajo. El poder no se ejerce como tutela paternal sobre los súbditos, encaminada á mejorarlos. La ley no se obedece, la autoridad no se respeta, porque se nos antojan siempre tiránicas é injustas. Y este divorcio grande, total, entre el Gobierno y los gobernados, engendra otros divorcios, desuniones, fraccionamientos y querellas; relaja todo vínculo; subvierte toda idea de sumisión y disciplina; lanza unos contra otros, en inagotable disputa, intereses y clases; da, en fin, por resultado este individualismo disolvente, egoista é infecundo, que sustituye el ideal colectivo nacional, muerto á manos de torpes gobernantes, con el ideal exclusivista de la secta, del partido, de la clase, de la región, de aquel núcleo que nos envuelve más de cerca,

por cuyos labios hablan nuestro propio egoismo intransigente y nuestra propia indisciplina (1).

De tal manera moldeado por antiguas ausencias de dirección el temperamento nacional, lo que fué en sus comienzos regionalismo literario, afición á la lengua en que los labios balbucearon en la cuna las primeras palabras y las primeras oraciones, culto á la tradición tanto más dulce y adorable cuanto más triste y más oscuro se nos muestra el presente, se manifiesta ahora, en Cataluña y en Vizcaya —en Cataluña sobre todo— como reivindicación amenazadora de personalidades históricas que parecían diluidas para siempre, por la acción fundente del tiempo, en la gran personalidad colectiva de la patria española.

La victoria congrega, une y enlaza; la derrota obra en cambio como elemento de disgregación. Nuestra última y desastrosa guerra, ha

(1) Importa no confundir el sentimiento de la *individualidad* con el *individualismo*. «La individualidad, dice Paul Lafitte, da al ser humano su carácter, hace que piense por sí mismo, que se someta voluntariamente á una regla, que tenga el sentimiento de su libertad moral, que obre según aquello que cree mejor y que no retroceda ante la responsabilidad de sus propios actos, de tal manera que tanto un hombre como un pueblo, valen, sobre todo, por su individualidad. En cuanto al individualismo, es para nosotros esta tendencia, cada día más dominante, á juzgar todas las cosas desde un punto de vista particular, á hacer del individuo el principio y el fin del orden social, y, como consecuencia, á aflojar los lazos, á desagregar los grupos, á debilitar la noción del interés público, á desacreditar las ideas generales, de tal suerte que la última palabra del individualismo es el hombre aislado delante de la fuerza ó el número omnipotentes». — *L'idée individualiste*, Revue Bleu, 30 Abril, 1898. — P. Félix Thomas, *Morale et Education*, pág. 131. — Paris-Alcan, 1899.

quebrantado los vínculos que unían entre sí á las regiones y á todas ellas con el Estado nacional, facilitando esta explosión de exclusivismos, de intereses, de cultos particulares, que antes apenas medrosamente se exhibían en el estrecho campo de algún círculo literario, como reacción contra la ausencia de ideales más amplios y levantados. Torricelli decía que la naturaleza tiene horror al vacío; aquella explicación habilidosa que diera Torricelli á los fontaneros de Florencia, es una gran verdad aplicada á las almas. Las almas odian el vacío, necesitan llenarse de algo, guardar un sentimiento y una fe: y cuando muere ó se amortigua el sentimiento de la patria extendida de mar á mar y de frontera á frontera, cuando vacila ó se pierde la fe en su porvenir, en sus destinos, en su vitalidad, en su fuerza, al culto amplio y generoso que agoniza sucede el culto íntimo del hogar, á la *patria grande* de todos la *patria chica* de cada uno, al recuerdo de las empresas y las glorias comunes el recuerdo de las empresas y las glorias del solar reducido en que la vista se espacia de ordinario, donde reposan las cenizas de padres y de abuelos, sobre el cual se destaca la vieja torre de la iglesia que escuchó sus plegarias y fué testigo de su fe.

He dicho ya que el regionalismo—sobre todo el regionalismo catalán—considerado unánimemente como el más peligroso—comenzó por manifestarse en la esfera literaria. Este es un hecho de tan innegable evidencia, que no exige

siquiera que nos detengamos á comprobarle. Aun en aquellas manifestaciones regionalistas por su índole y por su objeto más distanciadas de la literatura, los centros literarios de Cataluña han figurado siempre á la cabeza del movimiento. El Sr. Núñez de Arce recordó á este propósito en un famoso y elocuente discurso, «que en las dos ocasiones en que el *particularismo* se ha mostrado en Barcelona más agresivo y más contrario á la unidad de la patria, primero cuando la celebración del tratado de comercio con Francia y después, cuando las Cortes aprobaron el *modus vivendi* estipulado con Inglaterra, la iniciativa de estas manifestaciones no partió espontáneamente, como era lógico, de los centros industriales, sino de algunos literarios; y que la comisión encargada de poner en manos del rey D. Alfonso el que ha dado en llamarse *Memorial de agravios* de Cataluña, se componía, casi en su totalidad, de poetas líricos, autores dramáticos y escritores, que han conquistado en su país y en el cultivo de su lengua merecida nombradía» (1).

Mientras vivió el regionalismo encerrado en el estrecho campo de la literatura, consagrado al cultivo de la lengua nativa, pudo considerársele como entretenimiento inocente de unos pocos. Tampoco fué, en verdad, ocasión de alarma otra fase de la misma tendencia, represen-

(1) *Discurso leído por el Excmo. Sr. D. Gaspar Núñez de Arce el día 3 de Noviembre de 1886, en el Ateneo científico y literario de Madrid, con motivo de la apertura de sus cátedras.* —Pág. 19.—Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1886.

tada por los jurisconsultos que pedían, frente al afán de codificación unitaria, respeto á las costumbres é instituciones regionales, de generación en generación transmitidas como legado secular y hondamente arraigadas en la conciencia de catalanes, mallorquines, vascos ó aragoneses.

Es de advertir, sin embargo, que, aun en aquellas manifestaciones regionalistas pertenecientes al orden literario, asomó ya frecuentemente en Cataluña cierto espíritu de hostilidad hacia Castilla, en quien suelen simbolizarse todos los vicios del Estado español y á quien suelen cargarse, con apasionamiento, todas las culpas de nuestra decadencia. El mismo amor, muy digno de respeto, al idioma nativo, no es en algunos literatos, sino pendón de guerra al habla oficial, amor exclusivista é interesado que no tan sólo excluye otros amores sino que engendra el odio. Y en nada se demuestra como en este hecho la ofuscación regionalista, pues no son los idiomas que llegan á adquirir fuerza bastante para extenderse, como el idioma castellano, á pueblos y naciones repartidos en toda la redondez de la tierra, imposiciones caprichosas de una voluntad tiránica y absorbente, sino que el hecho mismo de su extensión acredita su superioridad, como medio de comunicación entre los hombres; y es absurdo postrarse ante la efigie del santo titular de la aldea, por cuanto él trae á la memoria las primeras plegarias de la niñez y los últimos rezos de la abuela, para negar el credo religioso, amplio,

extendido, en cuyo seno van á fundirse todas las iglesias locales, cuyo ornamento forman los santos titulares de todas las aldeas.

Este es el vicio capital del regionalismo considerado en conjunto, antes de descender al exámen de sus varios matices: la enemiga á *todo lo castellano*, que suele ser sinónimo para muchos de *todo lo español*.

Del mismo modo que en las centurias ya lejanas de nuestro poderío y nuestra gloria, Castilla fué cabeza del movimiento nacional y su savia se derramó por todas partes, en torrentes de entusiasmo y de fe, la decadencia española no es en región alguna tan apreciable y tan visible como en Castilla. Constituimos, en el pasado, un centro de civilización, y del centro brotaron á raudales las ideas. Hoy somos un extremo de la Europa civilizada; nuestra vida, en lo que tiene de moderna, no es propia sino reflejo, prolongación, de la extraña; y el calor de esa vida llega á nosotros por las fronteras y las costas, medios de relación con el mundo, periferia en contacto con los actuales núcleos de civilización. Únase á esto la irremediable inferioridad de nuestro suelo castellano, de esta meseta árida, fría, terrosa y seca; en que, como dice Maeztu, «por una paradoja del destino, los valles están en lo alto y las montañas resultan escalones por los que del llano se descende» (1) y se comprenderá

(1) *Las Noticias* de Barcelona, 16 de Agosto de 1899.

fácilmente que es harto disculpable el atraso en que yace Castilla, y harto lógico que el viento oxigenado, renovador, mensajero de nuevos días de prosperidad y de grandeza, que comienza á soplar sobre España, despertándola del desmayo en que la sumió su derrota, fecunde antes las costas y las fronteras que nuestra gran joroba castellana.

Pero de esta verdad, que todo espíritu libre de odios y de pasiones reconoce, á lo que quieren hacer pasar como verdad los sectarios del regionalismo intransigente, hay inmensa distancia. Á Castilla se le acusa de personificar el espíritu aventurero, como si todas las locuras de nuestra historia fuesen obra exclusiva de ella; se le acusa de haber dado al olvido, por su empeño dominador y absorbente, el solar propio, para meterse á guerrear con toda Europa, como si nuestras guerras en Francia y en Italia, iniciación de una política exterior *española*, no reconocieran por causa las antiguas rivalidades y las antiguas pretensiones de dominación mediterránea de la Corona de Aragón y de Cataluña, que, tiempo atrás, y en repetidas ocasiones, guerrearon con los reyes franceses, con Sicilia, con Nápoles y llevaron sus armas hasta Grecia y Turquía; se le acusa de habernos arruinado en Alemania, como si el *teutonismo* del primer Austria no hubiera tropezado en Castilla con viril resistencia; se le acusa de haber corrido siempre tras una gloria poco práctica, sembrando el mundo de admirables é inútiles hazañas, como si aquellos Roger de

Flor, Berenguer de Entenza y Bernardo de Rocafort, que penetraron en Oriente y realizaron conquistas tan efímeras como maravillosas, fuesen soldados de Castilla; se le acusa de haber luchado ahora en América por mantener una imposible dominación, empobreciendo la patria, como si la industriosa Cataluña, que tenía en las Antillas españolas un lucrativo mercado, no hubiera sido la primera en reclamar que se guardasen aquellas posesiones, afrontando los riesgos de la lucha, y la última en pensar que había llegado la hora del abandono; se le acusa de todos los errores y de todos los males, como si no alcanzara la responsabilidad y la culpa de la catástrofe á España entera, á sus gobernantes y sus caudillos, nacidos aquí y allá, indistintamente, en todas las regiones, á sus *parlamentarios*, castellanos, aragoneses, catalanes, vascos, gallegos y andaluces, á su pueblo más homogéneo cada día, aunque fundido y amasado con pueblos diferentes, á cuanto constituye su personalidad social y política en el presente, y su personalidad histórica en el pasado.

El Sr. Franquesa y Gomis, presidente de la *Lliga de Catalunya*, incurrió no hace mucho en este mismo apasionamiento tan frecuente en los catalanes, sacando á plaza en un discurso (1) las crueldades de nuestros conquistadores

(1) *Les conflictes d'Espanya y lo Catalinisme*, Discurs llegit en la sessió inaugural de la «Lliga de Catalunya» per son president D. Joseph Franquesa y Gomis lo dia 12 de Desembre de 1898.—Barcelona, «La Veu de Catalunya».

en América, los arrestos á lo Quijote, de aquel D. Suero de Quiñones que en la puente de Orbigio defendió el paso *durante treinta soles* contra todos los caballeros que osaron medir con él sus armas; la ingratitud de que fué víctima Colón; la intransigencia religiosa de Felipe II. Pero olvida, sin duda el Sr. Franquesa, al amontonar cargos sobre Castilla, no sólo el tiempo á que los hechos que exhuma pertenecen, que bastaría á justificarlos, sino la propia historia de la región en que ha nacido, gloriosa y envidiable cual la de todas las regiones de España, pero no exenta á la verdad de lunares como esos que señala.

Sin revolver archivos, ni hojear «incunables», con sólo repasar cualquier compendio de Historia de España, podía haber recordado el Sr. Franquesa que, aunque diésemos por bueno que en Méjico y Perú no cometieron crueldades más que los peones y ginetes oriundos de Castilla, no es posible que excedieran á las crueldades cometidas por aquella legión de catalanes que acaudilló Bernardo de Rocafort en Oriente y que dió lugar á que en Grecia se dijese en señal de maldición *«la venganza catalana te alcance»*; podía haber recordado que no fueron tampoco patrimonio exclusivo de Castilla los retos caballerescos á la usanza del tiempo medioeval, y que hasta el propio rey D. Pedro el Grande, de Cataluña y de Aragón, retó á Carlos d'Anjou gallardamente y se dispuso á contender contra él y cien caballeros franceses y provenzales, asistido de otros cien

caballeros *catalanes* y aragoneses; podía haber recordado que la leyenda colombina se derrumbó en el último centenario, para dar lugar á una historia menos dramática tal vez, pero más serena y más real sobre todo; podía haber recordado que hasta la inquisición echó raíces en Cataluña, durante el pontificado de Gregorio IX (1231), y fué empleada contra los albigenses, mucho antes de que se estremeciera Castilla con las hogueras encendidas, contra los luteranos y calvinistas, por Felipe II (1).

¿A qué conduce ese afán desmedido de ponderar lo propio maldiciendo lo extraño? ¿No valdría más que todos esos hijos intransigentes de Cataluña, y como hijos de Cataluña hijos de España, consideraran que sus glorias son nuestras glorias, como son sus pecados nuestros pecados? ¡Qué distancia tan grande, tan inmensa, entre esas notas agrias del catalanismo suspi-cáz y agresivo, y estas otras que nuestro Núñez de Arce recogiera en su hermoso discurso del gran Mistral, iniciador del renacimiento de la literatura lemosina: «La Provenza cantaba y el tiempo corría; y como el Durenzo pierde su curso en el Ródano, así el risueño reino de Provenza se durmió, al fin, en el seno de Francia. ¡Oh Francia! Lleva contigo á tu hermana... Dirigíos juntas hácia lo porvenir en la alta empresa que os solicita. Tú eres la fuerte, ella es la

(1) La instrucción de inquisidores enviada por el Pontífice al arzobispo de Tarragona, en 1235, para que se arreglase á ella, fué escrita por San Raimundo de Peñafort, una de las más legítimas glorias del santoral de Cataluña.

hermosa, y vereis huir la rebelde noche delante del resplandor de vuestras frentes coronadas».

Por fortuna, ni todo el regionalismo está contaminado de ese espíritu hostil hacia lo español, ni siquiera en el propio regionalismo catalán dejan de existir gradaciones y matices, muchos de ellos, perfectamente compatibles con el amor más acendrado á la que es patria común de todas las regiones. Tal es, por ejemplo, el regionalismo de la mayor parte de los escritores gallegos. Para Brañas, «el amor á la región engendra el amor al Estado ó á la patria: el ciudadano no aspira en último término más que á defender, hasta con su propia sangre, la unidad y la independencia nacionales: sabe que de esa unidad dependen la vida de la región, del municipio y de la familia, y por consiguiente, también la libertad y seguridad del individuo; luego al defender á su patria defiende al país, á la región que adora, al rincón de su existencia, ó sea la comunidad ó el concejo, y por último, al hogar bendito en que se mecíó su cuna y viven sus hijos y su esposa, cerca del sagrado recinto en que duermen sus padres» (1). Brañas siente con honda intensidad las ternuras de la tierra gallega, con sus rías apacibles y plateadas, con sus montañas siempre verdes, con sus vegas regadas por el Miño con maternal solicitud; siente la historia y las tristezas de aquel

(1) Alfredo Brañas, *El regionalismo*, pág. 38.—Barcelona, Jaime Molinas, 1889.

rincón de España, digno de mejor suerte, como las sintió el alma delicada de Rosalía de Castro, como Curros Enríquez, como Murguía, como otros cien cultivadores de la lira gallega, que amaron el terruño, sin renegar de España, que pidieron justicia á veces en viriles arranques, pero no maldigieron jamás la patriá grande que nos cobija á todos. Testimonio elocuente de esta simpática y sugestiva convivencia del amor regional y el amor patrio, ofrece á diario otra escritora ilustre, la señora Pardo Bazán, enamorada de *su Galicia*, pero española hasta la médula de los huesos, con españolismo muy ámplio; fiel al culto de la región en que se destaca la hermosa *Marineda*, orlada por las aguas espumosas del mar; no menos fiel al culto de España, que se siente orgullosa de tenerla por hija; de España, que inspirara á la gran escritora su heróica y patriótica conferencia de París.

Y como este regionalismo gallego, siquiera menos acentuado en sus manifestaciones literarias, son el regionalismo asturiano, el aragonés, el valenciano, el extremeño, el vasco, en su casi totalidad, y el catalán en varios de sus matices: porque no faltan, á la verdad, en Cataluña, sino que son legión, los hombres que proclaman muy alto, al propio tiempo que el amor á la tierra en que nacieron, el amor á la patria de que esa tierra forma parte: lo que suele ocurrir es que los gritos destemplados se oyen más que la voz de la cordura y de la sensatez, y el alborotado y febril movimiento de

los *nacionalistas* de Cataluña, mete mucho más ruido que aquella hermosa frase del respetable y sabio jurisconsulto Sr. Durán y Bas: «si me hubiesen dado á elegir una cuna, habría elegido á Barcelona; si me hubiesen dado á elegir una patria, habría elegido á España»; frase que sintetiza admirablemente el pensamiento de la inmensa mayoría del pueblo catalán, y que, ella sólo, es la condenación del catalanismo.

Con no ser la materia enteramente nueva en España, siquiera nuestros últimos desastres, determinando una verdadera explosión de exclusivismos, le hayan dado mayor relieve y mayor gravedad que tuvo nunca, no andan los pareceres muy acordes respecto al modo de entender la palabra «regionalismo», que suele cada escritor emplear, más como un eco de sus propias ideas y convicciones que como representación en el lenguaje, de una tendencia susceptible de matices muy varios, y algunos de ellos contradictorios entre sí. El Sr. Sánchez Moguel, por ejemplo, casi llegó á afirmar que regionalismo y federalismo eran la misma cosa (1). El Sr. Brañas, juzgando más por su propia manera de sentir las aspiraciones regionalistas que por los ecos vivos de algunas de esas aspiraciones, niega que quepa en la doctrina la negación de la nacionalidad española, ni la existencia de un poder soberano particular de

(1) *Discurso de recepción en la Academia de la Historia.*

la región (1). El Sr. Macías Picavea, ilustre y malogrado escritor á quien la muerte cerró el paso, cuando acababa de dar la mejor prueba del poderío de su inteligencia y de la honrada sinceridad de su alma, tenía por evidente que el regionalismo no significa sino que la región sea la entidad intermediaria entre el Municipio y el Estado, con autonomía propia, como la ya perfectamente definida, aunque imperfectamente practicada, autonomía municipal (2).

Esta distinta significación dada á la palabra regionalismo, engendra muchas confusiones. En realidad ninguno y todos tienen razón: porque el regionalismo no necesita llegar á esos extremos peligrosos, en que reniega de la patria; se puede ser—y lo son muchos—regionalista convencido y excelente español: pero el regionalismo tampoco excluye, por desgracia, esas ideas antiespañolas puesto que de entre sus filas han salido las voces que las pregonan y los mantenedores que las defienden.

El distinguido y culto catedrático de la Universidad de Valladolid, Sr. Royo Villanova, ha puesto término, á mi juicio, á esta confusión lamentable, en un trabajo que verá la luz pública muy en breve, en el cual con criterio verdaderamente científico y con la claridad expositiva que al autor distingue, se estudian el regionalismo y la descentralización, clasificando sus distintos aspectos y deslindando con

(1) Brañas, *ob. cit.*, Págs. 61 á 73.

(2) Ricardo Macías Picavea.—*El Problema nacional*, página 457.—Victoriano Suárez, Madrid, 1899.

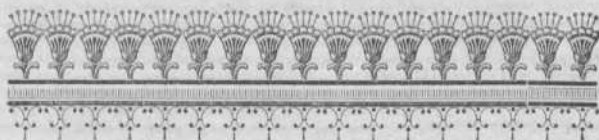
gran tino la esfera propia de cada uno (1). Á ese estudio remito al lector que desee segura orientación en estas materias y por mi parte acepto desde luego la clasificación del señor Royo, que divide el regionalismo en *literario*, *jurídico*, *administrativo* y *político* y considera en este último cuatro fases: el *federalismo*, el *nacionalismo*, el *separatismo* y el *regionalismo económico*. A estas distintas direcciones del regionalismo español, corresponden también ideas muy distintas, respecto á lo que son y significan la «nación» y la «patria». E induce á error frecuentemente, el empeño de generalizar atribuyendo á todas las tendencias regionalistas virtudes ó defectos propios de una tendencia determinada.

El aspecto literario de las ideas regionalistas, examinado ya, sólo nos interesa en cuanto fué origen de otras corrientes más acentuadas y peligrosas. Del aspecto jurídico y administrativo, que tampoco se manifiestan hostiles á la existencia de la entidad nacional, diremos algo, más adelante. El regionalismo político, sobre todo en aquella tendencia *nacionalista* de que el separatismo no es sino consecuencia natural, reclama ahora de un modo más urgente y más inmediato nuestra atención. En él

(1) El trabajo á que aludimos, tal vez ya publicado cuando lo sean estos estudios, lleva por título *El regionalismo y la descentralización*. Nos complace mucho expresar aquí nuestro agradecimiento al Sr. Royo Villanova, que al dárnosle á conocer privadamente, contribuyó en no escasa parte á fijar las ideas que abrigábamos y á esclarecer algunos puntos oscuros ó dudosos.

está el peligro; contra él se mueve nuestra pluma. Su victoria sería algo más que la disgregación de un gran pueblo que no debe morir, que vivirá, mal que les cuadre á algunos extrañados; sería un verdadero «salto atrás» en nuestra histórica evolución, un retroceso vergonzoso, la negación de ese hábito más general cada día, de que habla Tarde, y que consiste *«en tomar ejemplos alrededor de sí, en el presente, en lugar de tomarlos siempre detrás de sí en el pasado»* (1).

(1) G. Tarde.—*Les Lois de l'imitation*, pág. 336.



II

BIZKAITARRISMO Y NACIONALISMO CATALAN



AS dos notas agudas del regionalismo en España, son, como ya hemos indicado, el *bizkaitarrismo* y el nacionalismo catalán, doctrinas ambas, si diferentes en su origen y en su fuerza actual, completamente acordes en la afirmación esencial de una nacionalidad microscópica, independiente y segregada de la nacionalidad española.

La doctrina federalista, al cabo es española; es doctrina política nacional de la nación grande, extendida desde el Cantábrico y el Pirineo al Estrecho, y desde el Mediterráneo al Atlántico, ó á la frontera portuguesa. Estados federales son los que constituyen la nacionalidad alemana, la suiza, la de la gran república

anglo-sajona, y, sin embargo, Alemania, Suiza, los Estados Unidos, son nación, nación única, compuesta de elementos, que, en lugar de tender á disasociarse, tienden á unirse más y más cada vez.

El bizkaitarrismo y el catalanismo no son doctrinas disgregantes, á la manera que lo es la doctrina del partido federal español, sino que van mucho más lejos; como que son doctrinas evidentemente anti-españolas.

Y es de advertir aquí que el federalismo puede significar un progreso, como puede significar un retroceso. En la evolución política de los pueblos,—lo hemos de ver más adelante— aparece clara la tendencia á formar núcleos mayores y más coherentes cada día. Ahora bien, el federalismo, cuando enlaza pueblos aislados que vivían vida propia cada uno, significa progreso, es una fase en la evolución hacia la unidad. Una federación, por ejemplo, *hispano-portuguesa*, sería, sin duda alguna, poderoso elemento de cohesión, un paso más en la evolución encaminada á formar grandes núcleos nacionales. Pero el federalismo, aplicado á separar lo que ya es uno, á transformar los reinos ó las repúblicas del tipo unitario en reinos ó repúblicas del tipo federal, lleva consigo un retroceso enorme; significa la vuelta á un tiempo y á una edad que pasaron, á una forma de agrupación menos coherente, menos íntima y menos perfecta que la actual.

Repito, sin embargo, que, entre nosotros el federalismo no se presenta como partido

catalán, vasco, ni gallego, sino como partido *español*; y, en este punto, difiere esencialmente del bizkaitarrismo y del catalanismo, pues los mantenedores de estas ideas no reconocen más nacionalidad, ni más patria, que la propia región, de cuyos fueros se dicen guardadores.

Dejemos pues á un lado el federalismo—al cual son aplicables, por otra parte, muchas de las consideraciones que haremos frente al nacionalismo catalán—y ocupémonos en la crítica de ese regionalismo agudo, intransigente y anti-español, representado por los bizkaitarras de una parte y los catalanistas de otra.

Para el *bizkaitarrismo* sólo el hecho de la conquista mantiene la unión del país eúskaro al Estado español: no reclama, por consiguiente, el respeto á tradiciones y costumbres atropelladas por la legislación unitaria, ni el reconocimiento de cierta autonomía regional compatible con la existencia de un poder soberano al cual se hallen sometidas todas las regiones; reivindica el derecho á su absoluta independencia, como nación y como Estado, que nada tienen de común con la nación y el Estado españoles.

No hay secta sin su apostol y sin su credo: la secta *bizkaitarra*, de que apenas habíanse percibido algunos débiles chispazos, antes de nuestro gran desastre colonial, nació gracias al fervoroso apostolado del *tristemente célebre* Don Sabino de Arana; y el credo de la secta se encuentra contenido en un folleto, de ciento

treinta y ocho páginas, en que el dicho Sr. Arana realiza verdaderos prodigios de prestidigitación histórica para probar que *su Biskaya* ha sido independiente y ha mantenido contra España cuatro guerras de independencia, victoriosas, hasta caer completamente bajo el yugo español en el año de 1876 (1).

Cuesta trabajo tomar en serio estas ideas y este folleto, cuyo título provoca indignación, cuya lectura más bien mueve á la risa. De él resulta que esa *Biskaya*, tantos siglos independiente y dueña de su propia soberanía, no ha tenido ningún Señor «de raza puramente euskariana, á no ser que la madre de Lope I, el Blanco, hubiese sido bizkaina y no escocesa como dice la tradición» (2); de él resulta que no se acuerda nadie en el antiguo Señorío «de los héroes y mártires de su libertad, ni de las glorias de la independencia *bizkaina*» (3), por más que Arana las evoque y se revuelva poseído de *patriótica y santa cólera*, contra aquellos de sus paisanos que como propios sienten los triunfos y las caídas de España (4).

¿Y qué espíritu de independencia es ese de un pueblo sometido, *constantemente y sin pro-*

(1) *Biskaya por su independencia*, por Arana. Eta Goiri' tarr Sabin. Bilbao.—Tipografía de Sebastián de Amorrortu, 1892.

(2) *Ob. cit.* Pág. 135.

(3) *Ob. cit.* Pág. 12.

(4) Arana llega en su extravío á afirmar que *Biskaya* nada tiene que ver con que los yanquis enarbolasen su pabellón en Cuba, ni con el 2 de Mayo, iniciador de aquella guerra que nos salvó del yugo napoleónico, ni siquiera con Recaredo, instaurador de la unidad católica en España... (!)

testa, á la dominación de señores extraños á su casta, sin tradición en el pasado, sin arraigo ni fuerza en el presente? ¿En qué fundar este novísimo movimiento, que ni siquiera puede buscar inspiraciones en las sombras augustas de padres y de abuelos sacrificados por su causa?

Quedan no más las cuatro glorias de la *independencia bizkaina* que Arana evoca en su folleto. No son, en verdad muchas para mil y tantos años de historia; pero la extravagancia *bizkaitarrista* ha nacido con tanta mala fortuna que hasta esas cuatro glorias resultan ser completamente ajenas á su doctrina, completamente inadecuadas para justificar sus propósitos. Dejemos la palabra al Sr. Alzola que ha puesto de relieve, con gran moderación en el lenguaje y con irrefutable fuerza lógica, los yerros en que incurre el flamante apostol, cuando se mete á historiador.

«Estas pruebas del espíritu de independencia, que, según el autor, movió á los antiguos vizcainos á luchar contra España, consisten en las batallas de Arrigorriaga, Gordepiela, Ochandiano y Munguía.

Mas es el caso que el primero de aquellos combates tuvo lugar hace más de diez siglos, y como los historiadores competentes consideran apócrifo á *Jaun Zuria*, el héroe de la jornada de Padura, no pueden sacarse consecuencias algo fundadas de sucesos tan lejanos y envueltos en las sombras de la leyenda.

Las batallas de Gordepiela y Ochandiano obedecieron á rencillas entre los miembros de

las familias reales de Castilla y Aragón. D. Tello, hermano bastardo de Don Pedro *el Cruel*, concertó la tregua entre los banderizos vizcainos, quienes lucharon á favor de aquel *extranjero* señor de Vizcaya, contra el infante de Aragón, sin perjuicio de destituirle para ofrecer la soberanía al sanguinario monarca. En Munguía ocurrió lo propio, combatiendo al lado de los vizcainos el conde de Treviño, capitán general de Castilla, y el Adelantado mayor del Reino.

Quiere decir que, ni aun en esos hechos culminantes rebuscados en el largo lapso de diez centurias, aparece ningún episodio histórico en que luchase Vizcaya para sacudir el yugo de sus señores exóticos, deudos del rey, hasta que con don Juan I se incorporó el señorío á la Corona.

.....

Al contrario, la historia del país vasco está íntimamente ligada con la de Castilla, antes y después del término de la Reconquista. Sus tercios pelearon en Córdoba, Baeza, Alarcos, Las Navas, Écija, el Salado, Málaga y Granada, y la flota cantábrica luchó en Almería, Sevilla, Algeciras, Gibraltar, Portugal, Canarias, Túnez, Tremecen, Mallorca, Nápoles, etc., y desde la unión de los reinos de Castilla y Aragón, tomaron parte los eúskaros en la conquista de Navarra, en los descubrimientos y la colonización de América y la Oceanía, en las guerras de las Comunidades y de los moriscos

de Granada, en África, en Flandes y en todos los dominios del imperio español, ocupando no pocos puestos culminantes en aquel período brillante para las armas españolas» (1).

Y si tal es la deleznable base histórica del separatismo *bizkaitarra*, si carece, además, según confiesa el propio pontífice, de arraigo en el país que supone subyugado por los *maketos*, ¿constituye al menos una bandera de progreso, representa una idea redentora, fecunda, sana, cuyo triunfo haya de transformar el país eúskaro en emporio de riqueza y civilización?... Nada de eso: Arana y sus leales *bizkaitarristas*, se sienten molestados por el ruido de las fábricas que pregonan con sus penachos de humo, sus enjambres de obreros, sus complicados artefactos, sus hornos siempre enrojecidos por el fuego y sus productos, más codiciados cada día, la laboriosidad y la inteligencia de los vascos; les asusta el movimiento de aquellas minas, cruzadas de continuo por wagonetas y de continuo saludadas por los grandes vapores anclados en la hermosa ría de Bilbao. Todo ese movimiento, todo ese ruido y toda esa riqueza, que hoy son orgullo de Vizcaya, se hundirán para siempre como malditas plantas de civilización *liberal* y europea, en el momento mismo en que sea vencida la odiosa *Maketania*.

«Así como el ideal de Rousseau era la vida de la Naturaleza y Tolstoi huye de las ciuda-

(1) Pablo Alzola.—*El separatismo vizcaino carece de tradición*.—Artículo inserto en *El Liberal* el 16 de Noviembre de 1899.

des como antros de depravación y de pestilencia, el programa de Arana se basa en el rencor africano hacia los castellanos y en el engreimiento basado en la superioridad que atribuye á los bascos de pura raza. Para mantenerla incólume acaricia la estrechísima idea de desalojar de las sagradas montañas eúskaras á los pérfidos *maquetos*, reverdeciendo las tradiciones de Aitor, á fin de convertir á sus paisanos en nuevos druidas que entonen en los bosques los cantos de Lekovide y de Altabiscar, y marchen al son del tamboril, vestidos de boina y abarca con el clásico *maquilla*, cantando alegres *sortsicos*» (1).

Por fortuna estas extravagancias, disculpables en hombres de la talla de Tolstoi, síntomas ciertos de vulgar «chifladura» en quien no descuella por su genio, sobre el nivel común de los mortales estudiosos, ni han logrado, ni es posible que logren en Vizcaya gran acogida. Cuantas personas hemos consultado respecto al caso—todas conocedoras de Vizcaya y residentes ó nacidas en ella—nos han manifestado que el antiespañolismo *bizkaitarra* es una enfermedad poco extendida y poco contagiosa. Vizcaya, muy celosa de su personalidad regional, fiel guardadora de santas tradiciones, sabe bien que la vida moderna exige el continuo cambio de productos é ideas, la multiplicidad de relaciones, gran amplitud de espíritu y fuertes

(1) Pablo Alzola.—*A raíz de la catástrofe*.—Artículo inserto en *El Liberal* el 11 de Noviembre de 1899.

núcleos nacionales; sabe bien que su historia está fundida con la historia de España entera; sabe bien que encerrada y recluida dentro de sus montañas, sería presa del primer codicioso á quien tentaran sus puertos y sus minas, ó sería un pueblo fósil, rara supervivencia de las edades bárbaras ya remotas. Y como sabe todo eso, á pesar de Arana, Vizcaya siente á la española, es española y quiere serlo.

Menos descarado y radical, sin duda, que el *biskaitarrismo* de Arana, pero con mayor fuerza, manifiéstase el nacionalismo catalán; y en cuanto á la tendencia, digamos sin ambajes y sin rodeos, pues es llegada ya la hora de decir la verdad entera, que allá se van el uno y el otro; que aún es más peligrosa, por menos franca, desembozada y radical, la afirmación catalanista, que la afirmación *biskaitarra*. Mientras que Arana y sus escasos partidarios declaran ser separatistas convencidos, los catalanistas declaran que no les repugna seguir formando parte del Estado español; que, hoy por hoy, les conviene hacer con él vida común. Pero hay en este su españolismo tal tibieza de afectos, tal afán de subordinarle á las ventajas que reporte, tan escasa apariencia de grato y dulce deber impuesto por el corazón mismo, que ni nos satisface, ni es posible que satisfaga á ningún español.

En resúmen: mientras el catalanismo proclama que no reconoce otra patria, grande ni chica, que Cataluña, y se manifiesta propicio á

formar parte del Estado español, porque comprende los peligros del aislamiento, el *bizkaitarrismo* persigue la segregación inmediata. Lo que es *nacionalismo* en el uno, es *separatismo* en el otro. Pero ¿qué es la doctrina separatista, sino la consecuencia natural del nacionalismo?—¿Qué pregonan, cuando nos hablan de *su nación* y de *su patria*, los nacionalistas catalanes, sino el derecho á la separación, á la vida libre, independiente, desligada de todo vínculo extraño, siquiera, á guisa de limosna, se dignen ofrecernos que no harán uso de su *santo derecho*?

«Una clasificación de las patrias en grandes y chicas, dice el Sr. Franquesa y Gomis, peca tanto por artificiosa como por pueril, porque de patrias no hay más que una, y ésta es siempre la grande, la inmensa, la única, la que ningún libro tiene que enseñarnos, la que á su solo nombre despierta los más fuertes latidos de nuestro pecho y los más dulces sentimientos de nuestra alma. *Lo demás es el Estado, que puede ser tal como es, ó sufrir transformaciones ó tijeretazos tan crueles como los que ha sentido España, y que hasta puede dejar de ser.* La patria no cambia nunca; es la lengua, las costumbres, las tradiciones, los afectos, casi toda la vida. Barcelona está llena de forasteros de los pueblos de Cataluña, y todos ellos viven aquí sin echar de menos su lugar y su terruño, y aquí morirán encontrándose en su justo albergue, en su propia casa, para descansar en la tierra que es bien suya; y, en cambio,

es muy seguro que todos ellos se añorarán si les amenazara la muerte desde unas comarcas ó regiones no catalanas. Ni la diferencia de Estados afecta para nada á la verdadera patria, y todos nosotros nos encontramos dentro de nuestra propia estancia y de nuestros lindes, igual en Perpignan que en Sabadell, lo mismo en el Vallespir que en la Segarra, y *todos nosotros, en fin, nos sentimos tan forasteros en Madrid como en París* (1).

Hé ahí el lenguaje de los catalanistas en Cataluña: ¿habrá quien dude, después de esto, el ideal que persiguen y la ayuda que de su españolismo podemos esperar?

Y poco menos francos y expresivos son en Madrid, por más que traten de dorar algo sus intenciones. La notable información publicada por el periódico *El Liberal* durante los meses de Octubre y Noviembre de 1898, contiene artículos en que aparece casi al desnudo igual tendencia: los Sres. Valles y Ribot, Romasí, Prat de la Riva, Riera y Beltrán y Pella y Forgas, emitieron entonces tales juicios y formularon, á nombre de los catalanistas, tales demandas, que su aceptación implicaría la desmembración real de Cataluña (2).

(1) Franquesa y Gomis.—*Disc. cit.* pág. 70.

(2) «*Hoy por hoy*, declaraba el Sr. Vallés y Ribot, el programa político del catalanismo está condensado en un Manifiesto de la *Unió Catalanista* de 16 de Marzo de 1897. Léese en él, traduciéndolo del catalán, lo siguiente: «Entendemos que han de quedar á cargo del poder central del Estado español las relaciones internacionales, las económicas de España con los demás países, el ejército de mar y tierra, la construcción de obras públi-

Por eso hemos afirmado, y lo repetimos ahora, que entre catalanismo y *biskaitarrismo* no hay diferencia sustancial. Aquél proclama su albedrío como árbitro de la unión con España; señala y fija las condiciones en que acepta «por hoy» la unión. Este, más idealista, menos práctico—ó más extravagante si se quiere—aspira al imposible de una separación total é inmediata, conseguida de golpe.

Pero es ya hora de levantar un poco la discusión, dejando á un lado Aranas y Franquesas, más dignos ciertamente de ser compadecidos por sus yerros, que de ser considerados como beligerantes temibles. Quien esgrime la injuria y el insulto como arma principal, en el

»cas de carácter general, la resolución de todas las cuestiones y
 »conflictos interregionales y la formación del presupuesto anual
 »de gastos, al que deberán contribuir las regiones en proporción
 »á su riqueza, todo con la organización correspondiente y ade-
 »cuada.—Pero entendemos que corresponde al poder regional el
 »régimen interno de Cataluña, y que ésta ha de constituirse
 »manteniendo el temperamento expansivo de su legislación, y
 »según sus necesidades y modo de ser.—En consecuencia, *que-*
 »*remos la lengua catalana con carácter oficial, y que sean cata-*
 »*lanes todos los que en Cataluña desempeñen cargos públi-*
 »*cos; queremos Cortes catalanas, no sólo para estatuir nuestro*
 »*derecho y leyes civiles, sino para todo cuanto se refiera á la*
 »*organización interior de nuestra tierra; queremos que cata-*
 »*lanes sean los jueces y magistrados, y que dentro de Cataluña*
 »*se fallen en última instancia los pleitos y causas; queremos*
 »*ser árbitros de nuestra administración, FIJANDO CON ENTERA*
 »*LIBERTAD LAS CONTRIBUCIONES É IMPUESTOS, y queremos, en fin,*
 »*la facultad de poder contribuir á la formación del ejército*
 »*español POR MEDIO DE VOLUNTARIOS Ó EN METÁLICO, SUPRIMIENDO*
 »*EN ABSOLUTO QUINTAS Y LEVAS EN MASA, Y ESTABLECIENDO QUE LA*
 »*RESERVA REGIONAL FORZOSA PRESTE TAN SÓLO SERVICIO DENTRO DE*
 »*CATALUÑA».*

combate por las ideas, por ese solo hecho deja entrever que no anda muy pertrechado de razones.

¿Es *nación* Cataluña?—¿Es *nación* Vizcaya?—¿Hay en España otra *nación* que España misma?—Así es como debiera plantearse, y así planteamos el problema, frente al nacionalismo de cualquiera de las comarcas españolas que algunos extraviados quieren hacer pasar por naciones.

No pueden reclamar su independencia ni Cataluña ni Vizcaya, proclamando que *el territorio*, que *las fronteras naturales*, marcan y determinan dónde comienza y dónde acaba una nación. Para quien siga tal criterio, España forma un núcleo perfectamente dibujado en la geografía europea, á que sería preciso agregar algo, para redondearle y completarle con Portugal, en ningún caso, robarle una pulgada del territorio peninsular que es suyo. Y no se busquen dentro de él nuevas divisiones, nuevas fronteras, nuevas vallas, si no se quiere que esta empresa nos conduzca derechamente al absurdo. Al juzgar la doctrina de la *nación territorial*, que sin embargo no pueden invocar ni Cataluña ni Vizcaya, estoy completamente de acuerdo con el señor Moris y Fernández Vallín: No comprendo «por qué razón suprema una nación ha de concluir allí donde se encuentre un río, se levante una montaña, ó se agite imponente y proceloso el mar. Ni admitiendo como bueno tal *criterio naturalista* es posible imponerlo y aplicarlo, porque la arbitrariedad,

de un lado, y de otro el fraccionamiento infinito de la Humanidad, habrán de ser sus resultados» (1). Si no se admiten el Pirineo y el mar como fronteras, ¿por qué fijarse en este río y en aquella cadena de montañas, y no en los otros ríos y cordilleras que cruzan la región y la dividen en comarcas, y la subdividen en valles? ¿por qué no ir del brazo de la lógica á proclamar la independencia de cada municipio montaños circundado de peñascales, de cada caserío ó cada aldea, tendidos en el fondo de un valle diminuto, que sólo trasponiendo su *natural frontera* pueden comunicarse con el valle vecino?

Tampoco sirve de gran base á la causa separatista el concepto *etnográfico* de las naciones. Ya he dicho en otro de los estudios que contiene este volumen, cómo entiendo yo el concepto de raza (2), y cualquiera que sea el criterio que á tal problema aplique el regionalismo nacionalista, apurado ha de verse para probar que en su región habita una raza pura, después de tantos siglos de convivencia entre todas las regiones de España, después de tantas invasiones y cruzamientos como en lo antiguo se verificaron, en su codiciado territorio, y de que fué toda ella, de extremo á extremo, teatro y producto á un tiempo, escenario y obra.

Pero aún hay más; la teoría de la nación etnográfica, no se emplea en el mundo como

(1) Adolfo Moris y Fernández Vallín.—*La lucha por las nacionalidades*, pág. 34.—Madrid, 1888.

(2) *¿Un país ó un hombre?*—Págs. 39 y siguientes.

bandera de dislocación atomística, sino como bandera de agrupación entre los afines. Esa doctrina la sustentan hoy rusos y alemanes, para proclamar los primeros en nombre del *panslavismo* sus derechos sobre Polonia, ya amarrada al carro de los czares, y sobre otros muchos pueblos independientes hoy, ó unidos á Austria y á Alemania, como Servia, Valaquia, Bosnia, Herzegovina, Bohemia y Pomerania; para justificar los segundos, en nombre del *germanismo*, pasadas y futuras anexiones. Y frente al *panslavismo* y al *germanismo* etnográficos, no sería, á la verdad, lo que imperase la negación de una raza española, para afirmar la raza catalana, vasca ó gallega; sino la negación de las razas francesa, portuguesa, italiana y española, para afirmar la raza latina, quedando así partida Europa en tres grandes núcleos nacionales, el eslavo, el germano y el latino.

No se pretenda tampoco invocar en defensa de esas *pseudo-naciones* de los *nacionalistas*, la teoría filológica, más desacreditada cada día, porque ese es, entre todos, el criterio menos seguro y más contrario á la realidad de la vida. Ese criterio daría á España derecho á reclamar toda la América latina, desgajada de su corona, pero donde aún se habla y seguirá hablándose la lengua castellana, que como rico instrumento de civilización y de cultura llevaron á aquél mundo nuestros conquistadores y nuestros navegantes del siglo XVI; ese criterio sería para los húngaros, que proclaman su nacionalidad, señal de inevitable disgregación; haría á Ingla-



terra de nuevo dueña y soberana de la república de Washington; incorporaría Bélgica á Francia y Holanda á Alemania; desharia la obra heroica y gloriosa de Guillermo Tell, repartiendo la Suiza entre Alemania, Francia é Italia; destrozaría el mapa del mundo para formar de nuevo otro mapa, compuesto de naciones artificialmente creadas, sumas de pueblos enlazados por el vínculo del idioma, pero por tan complejas y varias causas divididos, que reñirían de verse juntos. Y es que el idioma no engendra, no produce, las naciones, sino que las naciones producen el idioma: porque las lenguas son el vehículo necesario del pensamiento, el medio insustituible de comunicación y de trato. Los pueblos, distintos en su origen, que se agrupan, comienzan por sentir la necesidad de entenderse; unos en otros influyen con el cambio continuo de palabras é ideas, y el tiempo acaba la obra, fundiendo en una lengua más rica, más dotada de poder expansivo, más sabia, más flexible, los dialectos originarios de los parciales grupos, formadores del núcleo nacional; y los dialectos quedan luego, como curiosas variedades del idioma, llenos de encanto y de dulzuras, pero declinan poco á poco, cediendo el paso al habla nacional y están llamados á desaparecer del todo en el porvenir.

«Las diversas familias y los diversos *clans*, en el origen, dice Tarde (1), hablan cada uno

(1) G. Tarde.—*Les Lois de l'Imitation*, pág. 279.

una lengua aparte; entonces se hace sentir la ventaja de hablar un mismo idioma; y durante un período más ó menos largo, uno de esos idiomas, generalmente el de la familia dominante, rechaza todos los otros. Los individuos de las familias dominadas, después de no haber conocido ni querido conocer más lengua que la de sus padres, aprenden por moda y por distinción la de sus maestros extranjeros. Más tarde, cuando la fusión de las sangres se ha operado completamente, la lengua de la tribu, gran familia nueva, echa raíces, después de haberse difundido. Es ya una lengua que comenzó por ser extraña á la mayor parte de los que la hablan y ha concluido por ser, á su vez, maternal, exclusivamente cara á todos los suyos, que desprecian ó rechazan, las hablas de fuera.

Más tarde sucede que las tribus mismas tienden á confederarse y confundirse, é iguales fases se suceden en mayor escala: de esas lenguas propias de las tribus diversas, se pasa, con la difusión de una de ellas y el retroceso de las otras, á la lengua, extranjera primero, maternal después, también, de la *ciudad*. Más tarde, todavía, nueva serie sobre el mismo ritmo: las lenguas de las ciudades y de las provincias que se concentran en Estados desaparecen delante de una de ellas que es adoptada por «atragantamiento» hasta que la lengua triunfante se hace al fin lengua nacional, exclusiva y celosa, usual y tradicional, como las que la han precedido».

represión que haya de emplearse contra los atentados que pongan en peligro su existencia, puede y debe llegar *hasta el límite mismo que determine la necesidad*. La pena es, ante todo y sobre todo, antes que ecuación justa, ó imposible, entre el dolor causado con el delito y el dolor que se sufre mediante el castigo, defensa necesaria de la sociedad contra los elementos perturbadores, que la hacen víctima de sus ataques; y la defensa, que no está limitada por otras consideraciones que las que arrancan del acontecimiento mismo, autoriza á matar cuando es preciso que se mate para salvar la propia vida.

En la sociedad, como en los organismos animales, la eliminación es una de las palancas más poderosas para el perfeccionamiento progresivo de la especie. Y ya que la ley de selección,—que en el orden biológico se cumple de un modo naturalísimo—necesita en el orden *biológico-jurídico* la intervención del poder público, forzoso es ayudarla con una especie de selección forzada ó artificial que descuaje del organismo los elementos perturbadores, peligrosos y nocivos á su existencia. «Es un principio biológico, ha dicho Garofalo, que el individuo desaparece tan pronto como sus imperfecciones le impiden soportar la acción del medio ambiente. La diferencia entre el orden biológico y el moral estriba en que la selección se verifica en el primero espontáneamente, por la muerte de los individuos faltos de aptitudes, mientras que en el segundo la selección debe tener lugar artificialmente, esto es, por el poder

Tal es, sin duda alguna, la historia real de todos los dialectos y de todas las lenguas; tal es la historia de nuestra rica lengua nacional llamada en lo futuro á mantener ruda pelea, no con el catalán, ni con el vascuence, sino con esos tres grandes idiomas que con él han de disputarse, tal vez, el predominio definitivo y universal: con el inglés, con el francés y el alemán. Porque á la lucha de idiomas reclusos en la ciudad ó en la provincia ó en la región—lucha que puede darse por terminada—sustituirá en el porvenir la de las lenguas nacionales dominadoras y expansivas, entre las cuales la lengua castellana hoy ocupa el tercer lugar, no obstante nuestra desdichadísima decadencia.

Existe aún otra teoría, la del *concepto armónico de las nacionalidades*, según la cual, es el conjunto de factores naturales é históricos—el territorio, la raza, la lengua, de una parte; y la historia, las tradiciones, los usos, y la cultura de otra—lo que integra la entidad nacional. Y tampoco, en nombre de ella, pueden alzar la voz los *bizkaitarras* ni los *catalanistas*. Baste indicar, en prueba de esta afirmación terminante, que esa teoría es italiana, mantenida por una pléyade de ilustres escritores italianos y que en su nombre reclamó Italia su unidad nacional, la unión y la fusión de la antigua república veneciana, del Piamonte, de Parma y de Toscana, con Sicilia, con Nápoles y la *Ciudad Eterna*, hasta hace menos de medio siglo independientes; que amparándose, en fin, de esa doctrina, reclaman

todavía los italianos Niza, Saboya, Córcega y Trentino. Donde se ve que en esta, como en las anteriores teorías, no se buscan absurdas resurrecciones de microscópicos Estados, sino la consolidación ó formación de núcleos mayores.

Tal es sin duda alguna la tendencia política universal y la tendencia progresiva; ni es posible pensar y obrar de otra manera sin caer en el absurdo. Las regiones, los territorios reducidos, parte hoy de una nación, pero que un día fueron Estados independientes, alcanzaron su personalidad nacional, como la han logrado las actuales naciones en que hoy se hallan fundidos, mediante la absorción de elementos inferiores. Y si cada elemento invocase como razón de independencia el pasado, no habría que detenerse, ciertamente, en la región, que ya fué núcleo de elementos extraños, ni en la ciudad, que surge de la fusión de varias tribus, ni en la tribu siquiera, en que se suman familias diferentes con lengua, tradiciones y usos diversos, sino llegar á proclamar la independencia de la familia. Y, sin extremar tanto el argumento, circunscribiéndonos á España, ¿á qué pasado referimos? ¿Por qué al período aquel de la Edad Media en que el fraccionamiento territorial fué, no español, sino europeo —y aún más europeo que español— y no á la época de la monarquía goda, ó á la época romana, ó á la época que en Historia se llama primitiva?

Semejantes, ya que no idénticas, en absoluto, en sus orígenes, las regiones de España constituidas en reinos durante el período medievoal, que fué período de disgregación y de fraccionamiento en todas partes, si lucharon unas contra otras muchas veces, mantuvieron un ideal y una fe que las unía y las enlazaba. Y como puede percibirse, á pesar del constante flujo y reflujo del Oceano, cuando sube y cuando baja la marea, fácil es percibir en nuestra historia la tendencia unitaria, constantemente perseguida, en el flujo y reflujo de matrimonios, alianzas, desuniones y guerras, de nuestros varios reinos peninsulares. Y así Asturias se extiende por Galicia, por Álava y por León; y así León se une á Castilla; y así los Condes de Barcelona agrandan sus Estados, hasta encontrarse con Aragón que á su vez crece con crecimiento colosal; y así unidos Aragón y Castilla coronan la obra rechazando á los árabes al otro lado del Estrecho.

En todas las esferas, en los órdenes todos de sus varias y complicadas manifestaciones, la vida tiende al crecimiento, á ensanchar su acción. El proceso imitativo de que habla Tarde y que yo creo, como él, que es base de la vida social, se cumple en las lenguas, del modo que hemos visto, fundiendo los dialectos en idiomas, haciendo que estos sean más influyentes y más universales cada día, al propio tiempo que su número se reduce; se cumple en religión del mismo modo, uniendo en un credo las iglesias locales, credo que, al poco tiempo, aparece

en pugna con los credos vecinos y da lugar en nuestra iglesia á los concilios provinciales, que resuelven los puntos de divergencia y que, en fin, cuando ocurre que estos concilios discrepan entre sí, brota amplio, colosal, para llevar á todas partes la doctrina católica indiscutible, de los concilios ecuménicos; se cumple en las costumbres, en las prácticas, en la organización y en las leyes, porque la vida es movimiento, cambio de ideas, tejido de *invenciones que se imitan*, incesante contagio de ejemplos que congrega, une y enlaza.

La negación de este proceso de integración á que vive la humanidad sometida, constituiría un enorme retroceso social. El separatismo no es sólo un crimen de *lesa-patria*, es la negación del progreso. Ni Cataluña ni Vizcaya lucharon nunca por recobrar su independencia. El mismo Carlos de Austria, que en la sangrienta guerra de Sucesión á que puso término la victoria de Felipe V, mantuvo fieles á su causa durante muchos años á Cataluña, fué proclamado en Barcelona no ya por rey de Cataluña, sino por rey de España y como rey de España le defendieron con memorable heroísmo los catalanes.

Por si algo faltara para que este criterio que venimos sustentando resplandeciese como indiscutible verdad, vamos á poner término á nuestra crítica del regionalismo nacionalista, invocando la ayuda de dos ilustres tratadistas contemporáneos, cuyas ideas, por lo demás,

no tienen frecuentes puntos de contacto; de Demolins y Majoranna.

Los nacionalistas pretenden que se hallan sometidos á España *por la fuerza*; presumen, además, de pertenecer al tipo anglo-sajón: escuchan, pues, lo que piensa de estas cosas Demolins, el apóstol del anglo-sajonismo: «En todas las épocas, los pueblos que han concluido por dominar á otros, les eran superiores socialmente... Los pueblos que no han tenido más superioridad que la militar, han ejercido dominaciones efímeras, como los tártaros de Atila, de Gengis-khan y de Tamerlán... La lucha militar es, simplemente, un episodio secundario de la lucha social. Esta y no aquella deciden la victoria... En suma: la independencia nacional, no puede mantenerse *como un derecho absoluto, respecto y contra todos*, según se ve por la historia de las revoluciones de los pueblos. Tal ha sucedido á las regiones locales, un tiempo independientes, es decir, á las provincias. Hoy están ya fundidas en nacionalidades más grandes. Así se han verificado la unidad de España, la de Francia, la de Alemania, la de Italia, la del Reino Unido de la Gran Bretaña, etc. Y no es la monarquía, como se ha creído, quien ha operado estas reuniones; es, al contrario, ese movimiento natural quien ha hecho la realeza, lo que ha sido la razón de su papel, de su fuerza y de su crédito. *En suma, ha servido de instrumento á una fuerza espontánea, que no ha creado en manera alguna*. Hoy nadie querría volver sobre ese hecho de

las nacionalidades independientes, perdidas á consecuencia del interés público y de una necesidad general, evidente (1).

¿Está todo ello claro? ¿Se enteran nuestros *anglo-sajones* nacionalistas de cómo piensa Demolins?

Pues oigan ahora á Majoranna: «El progreso lleva en sí la formación de agregados políticos, siempre más vastos y complejos... Frecuentemente, este progreso no puede cumplirse sino por el camino de un retroceso, esto es, con la conquista, con la subyugación, con la fuerza... Mas la conquista debe considerarse como medio, no como fin... Esto viene observándose en la formación de las grandes naciones de Europa desde el año 1500 en adelante. ¿Quién puede negar que la formación de las naciones modernas (la cual supone un vínculo consciente y orgánico) significa un gran progreso, frente á las otras agregaciones políticas? ¿Y quién, por otra parte, podrá negar, que la principal causa del desarrollo de la nacionalidad en Francia, Inglaterra, España, Alemania, ha sido el acrecentamiento del poder real, y el afianzamiento del poder absoluto, que redujeron el Estado á un cuerpo verdaderamente único, y sometieron las fuerzas disgregantes del clero y la nobleza? (2). La sociedad humana tiende á constituirse en agregados

(1) Edmond Demolins, *Boers et Anglais*. La Science Sociale. Noviembre 1899, págs. 321 á 338.

(2) Angelo Majoranna.—*Teoria Sociologica de la Costituzione Politica*.—Pág. 33, Fratelli Bocca, Torino, 1894.

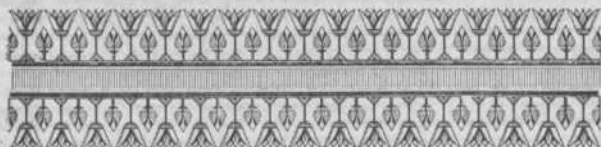
cada vez mayores en extensión y más estrechamente ligados, en los cuales, no obstante, el individuo tiende á conquistar la mayor autarquía posible» (1).

No hay, manera de conciliar con el progreso, ni siquiera con la tradición, esas aspiraciones nacionalistas de unos cuantos vascos y catalanes á quienes no siguen las regiones que pretenden representar. Sin precedentes en nuestra historia patria; sin base ni fundamento en la ciencia social contemporánea, que por boca de todas las escuelas proclama el mismo principio de integración y condena el fraccionamiento; cuando en los propios Estados Federales es visible el proceso hacia la unidad, esas notas de división y de discordia—notas aisladas, por fortuna—son, simplemente, señal de un extravío en quienes se arrestan á lanzarlas al viento de la publicidad.

Ni Cataluña, ni Vizcaya, tantos siglos fundidas en una gran nación, podrán ser nunca independientes. Tenemos fe absoluta en la eficacia definitiva del derecho, en el triunfo de la verdad sobre el error, de las ideas amplias y generosas sobre los sentimientos exclusivistas, propios de espíritus estrechos; pero en el caso de que el error prevaleciera, de que los egoismos regionales arrollaran al Estado español—caso que tengo por absurdo—Vizcaya y Cataluña serían pronto absorbidas por otro Estado.

(1) Angelo Majoranna, *Ob. cit.*, pág. 242.

Que nadie piense, pues, en resucitar la Edad Media. La humanidad civilizada sigue hoy un rumbo que cada vez la aleja más de aquellas formas políticas, de aquella multitud de microscópicos Estados, Feudos y Señoríos. Toda tendencia disgregante representa un paso atrás en la evolución histórica, no ya sólo contrario á nuestra conveniencia como Estado europeo, sino contrario al progreso político general.



III

EL ERROR DE LOS CENTRALIZADORES



REO haber demostrado, cumplidamente, que no deben, ni pueden, prevalecer las tendencias regionalistas extremas: que el progreso político consiste en todo lo contrario de lo que esas tendencias significan.

Nadie deduzca, sin embargo, anticipadamente, que yo soy defensor de nuestra centralización española—que no es, por cierto, copia, como generalmente se asegura, sino adulteración desdichada del centralismo francés.—¡Libreme Dios de semejante desatino!

Viciada y corrompida nuestra administración nacional, destácanse entre sus vicios, como *plagas mayores*, el *caciquismo* de una

parte; de otra el *expedienteo*. El caciquismo, en un aspecto no es centralizador, es *regionalista*: la nación, explotada por los caciques, por ellos dominada, por su presión constante y odiosa reducida á la condición miserable del ser sin voluntad, no es «un todo», sino una agrupación de modernos *feudos*, cada uno de los cuales conoce bien á *su Señor*. Estamos pues, bajo este aspecto, en pleno régimen medioeval. Pero el caciquismo tiene en Madrid su *centro*: allí radica la fuerza del cacique; de allí emanan sus órdenes, sus premios y sus castigos. En Madrid *hace sus diputados el Señor*, para premiar lealtades y servicios de los vasallos más domésticos; desde ese *centro* compra y paga con credenciales el triunfo electoral; desde él fulmina los rayos de su cólera, contra aquellos que pretenden pensar por cuenta propia y obrar como les manda su conciencia. Madrid le dá la fuerza, le dá el poder, le dá las armas: le dá un Gobernador, muchos Alcaldes, muchos Jueces, indulgencia sin tasa para la prevaricación de los *fieles*, rigor, también sin tasa, para el menor descuido del adversario. Y en este aspecto—que es el interesante—el caciquismo es plaga propia de la centralización española, plaga muy nuestra, muy nacional, no importada ni «traducida del francés.»

Y lo mismo el expedienteo, la otra *plaga mayor*. La idea más generosa, el pensamiento más práctico, la demanda más razonada y justa, truécanse al punto en interminable suplicio, como sean «materia de expediente»: de

negociado en negociado, de comisión en comisión, y de oficina en oficina, la idea, el pensamiento, la demanda, recorren años y años un calvario insufrible y allí, entre los legajos amarillentos del expediente, bajo la pesadumbre de cien consultas necias y otros tantos informes curialescos, se les entierra al fin. El expedienteo no es como aquella hidra famosa de la fábula, cuyas siete cabezas renacían según las aplastaba la maza de Hércules, sino una hidra, «al revés», *monocéfala*, de una cabeza y muchos *rabos* que de Madrid arrancan y se extienden por toda la España burocrática, culebreando de covachuela en covachuela. Donde se ve que si, en justicia, debe la plaga *expedientil* achacarse á la centralización española, sería injusto cargársela en cuenta á la centralización «sin apellido». Más claro aún: no es lo malo que nuestra administración *centralice*; lo malo es que al hacerlo lo hace mal, que se sirve del expediente y del cacique como medios de relación entre Madrid y las provincias.

Otro error grave del sistema centralizador español—hijo de la ignorancia en que viven casi todos nuestros parlamentarios,—consiste en la creencia de que las leyes no consagran, sino que «hacen» el derecho; no son simple reflejo de una realidad viva, sino soplo sobrehumano y potente que la crea. El *mundo de la Gaceta* no es para ellos un mapa perfectamente dibujado; es el mundo mismo, hecho por el patrón de sus ideas: y así sale él; mundo sin médula,

sin realidad, burbuja huera que se deshace apenas flota en el espacio.

La unidad es un hecho *cuando lo es*, pero no es una ley votada en Cortes. Debe buscarse y perseguirse la unidad, facilitando la natural fusión de las psicologías regionales en una psicología nacional, pero no se logra sino que se entorpece la fusión decretándola «porque sí».

Nuestros parlamentarios, por entenderlo de otro modo, no sólo se arrestaron á decretar que eran iguales las regiones de España, sino que *hicieron provincias españolas* á Cuba y Puerto Rico: y como suele ser achaque de la ignorancia el paso desde un extremo á otro, ahora nos salen, algunos de entre ellos, con la gran vaciedad de que Vizcaya y Cataluña,—dos pedazos vivos de España—se perderán como perdimos las antillas, si no se les concede la más completa autonomía. ¡Y siempre el mismo error! ¡La Gaceta haciendo mundos en vez de concretarse á hacer mapas!—¿Qué se diría de un astrónomo que dictase sus leyes á los astros, determinando, según su voluntad, los movimientos y las órbitas que habían de describir...? Pues algo semejante á esa astronomía es la ciencia de gobernar que practican nuestros grandes retóricos gobernantes.

¿Es en España un hecho *vivo*—más que un hecho *legal*—la unidad? Esta pregunta no puede contestarse con un simple monosílabo. Lo vivo, por ser vivo, es movimiento, no es quietud; es estado de evolución, no de reposo. La España *una*, formada de retazos, conserva aún

las señales del zurcido, pero es más una cada vez. La evolución constante hacia la unidad, que se descubre á través de la trama de sus discordias, ha llegado á un período en que sería imposible volver atrás; es el zurcido ya tan fuerte, tan prieto, que quien le deshiciera no podría decir que descosía, tendría que decir que desgarraba.

La fusión lenta, pero innegable, de los dialectos, de los usos, de las costumbres regionales, lejos de contenerse se precipita á nuestros ojos, porque el progreso ha hecho más íntimo, más frecuente, el contacto de las regiones entre sí. Hoy el vascuence y el catalán se hablan menos que hace treinta años, y en Vizcaya y en Cataluña el habla hermosa de Cervantes se extiende sin cesar; es preciso internarse en la montaña, rebuscar un anciano en un caserío, para topar con quien la ignore. Hoy las canciones populares, ecos sueltos del alma propia, del terruño, de la región, no salen ya de las gargantas para flotar en el ambiente de que son hijas, sino que se entrecruzan en el camino y forman coro, desde un extremo á otro de España; los aires montañoses invaden la llanura, y la copla de Andalucía brota en el Norte. Hoy hasta el traje típico de las comarcas retrocede ante las prendas, de seguro menos airo-sas y gallardas, menos íntimas, pero por eso mismo tal vez más invasoras, del vestido moderno universal.

España, en suma, cada día es más España, cada día es más una, y el zurcido de sus

antiguos reinos medievales se aprieta sin cesar, no por la obra de la Gaceta, que es obra de artificio, sino por la obra fundente del contagio, de la imitación, de la convivencia, que es obra verdadera, obra viva.

El movimiento regionalista que hoy se advierte, no contradice estas afirmaciones. Sin el desastre nacional que puso término á nuestras guerras coloniales y sin el desgobierno central que padecemos, con sus dos grandes plagas—caciquismo y expedienteo—no existiría. El movimiento pasará como pasan las tormentas, y la obra de unificación, de fusión viva, seguirá realizándose. Sólo en fuerza de yerros y de torpezas, sería posible disgregar lo ya unido.

El odio latente en todas las regiones—hasta en Castilla, la región forjadora de la unidad—al centralismo español, es simple reflejo del odio al desgobierno y á la mala administración nacional. Como este desgobierno cesara, como esta mala administración se trocase en buena, predicaría en desierto quien predicase regionalismos en España.

Lo que importa principalmente es gobernar, hacer labor viva, no labor muerta *gacetada*; resolver en justicia y resolver pronto, no hurdir voluminosos y hueros expedientes; buscar apoyo y fuerza en la opinión, solicitándola, excitándola si es preciso, no en los caciques, *Señores de los feudos*.

Es necesario cambiarlo, corregirlo, purificarlo todo: y lo primero, el centro, la cabeza,

puesto que de ella arranca el mal. Descentralizar en retórico, «en español», valdrá lo mismo que hacer muchas cabezas igualmente podridas é igualmente inservibles para el bien. Diputaciones y Ayuntamientos, son, hoy por hoy, pequeños centros de corrupción, tan corrompidos como Madrid, el centro grande de nuestra burocracia nacional. Urge, pues, en primer término, tener un centro, un eje, útil. Después, arrancarán de él las ruedas, los engranajes secundarios, limpios de oxidaciones y de máculas. Y entonces, sólo entonces — puede ser pronto, si se quiere — habrá llegado la hora de que en el complicado mecanismo de la administración pública, los volantes y los tornillos realicen su misión, sin que el volante se empeñe en serlo él todo, ni los tornillos pretendan ser volantes.

Simplificar los trámites burocráticos, desvincular los feudos, libertándolos del yugo del cacique: he aquí las dos medidas *descentralizadoras* en primer término exigibles. Y detrás de ellas, otras muchas, no inspiradas ya por el odio al centro, sino por la pública conveniencia, por la necesidad de atribuir y encomendar á cada pieza de la compleja máquina administrativa su función propia, coordinando y limitando á un tiempo, la acción de todas y cada una.

Hé aquí el remedio contra el regionalismo. Saneado el centro, saneados los municipios y provincias, podrían éstos desenvolverse con holgura y con independencia, en aquellos fines que les son peculiares, estableciendo enseñanzas

sin necesitar ajustarlas al patrón único de la Gaceta nacional; atendiendo con sus propios recursos á la beneficencia y sanidad provinciales, ó locales; acometiendo, sin las trabas ni la escasez de medios económicos con que tropiezan hoy, obras públicas de interés para ellos, fomentadoras de su riqueza; asociándose, en fin, libremente, para cualquiera de estos fines, provincias con provincias y municipios con municipios.

Y el Estado, en cuanto á estos fines, debiera conservar únicamente la función tutelar: una tutela doble, encaminada á corregir, de una parte, la extralimitación de las personalidades locales, provinciales ó regionales — en beneficio del Estado, de la nación — y encaminada, de otra, á corregir la extralimitación de los organismos locales, provinciales ó regionales que pudieran dañar al municipio, la provincia ó la región.

En el orden jurídico, tampoco veo inconveniente, sino que hallo ventaja, en el respeto de las instituciones y costumbres regionales que aún se conservan, como santo legado tradicional. La duplicidad legislativa, en esas regiones aforadas, esto es, la facultad concedida á sus habitantes para elegir entre el derecho común y el foral en cada caso, facilitaría la fusión inevitable de esas legislaciones, al colocarlas en íntimo contacto. Y violentar la obra, es retrasarla muchas veces.

En lo económico, por último, creo que sería, imprudente ir más allá de lo ofrecido en el Parlamento por el Sr. Silveira. Atribuir á las

regiones la facultad de señalar los tributos que han de satisfacer sus habitantes, equivaldría á dislocar en varios Estados el Estado español; á hacer obra de disgregación y de ruina. Ni en las naciones constituidas bajo la forma federativa—Alemania, Suiza, los Estados Unidos—tiene esa facultad ningún Estado, como no sea en la fijación de sus gastos y sus recursos propios, independientes de los gastos y los recursos del gobierno central. Así lo hizo notar en un notable y bien escrito artículo el Sr. Royo Villanova: «En el Estado federal, (que no me parece recusable, como tipo del régimen descentralizador)—decía el Sr. Royo—se deslindan claramente las obligaciones de la Unión y las de los Estados Asociados; y si para cumplir los fines propios de estos últimos necesitan impuestos especiales, recaudados por cada gobierno, para sostener los gastos generales hay tributos de carácter federal, que sólo al poder central, con sus agentes, incumbe percibir... En un Estado federal, cada individuo desdobra su personalidad política en una ciudadanía federal y otra particular (más amplia que la municipal, naturalmente): así los nacidos en Baviera son bávaros y alemanes, como los de Berna son suizos y los de Pensilvania son yanquis. A esa ciudadanía activa corresponde la pasiva que obliga á los impuestos y al servicio militar *directamente* con el Gobierno de la Unión» (1).

(1) Artículo publicado en el *Heraldo de Aragón* el 16 de Septiembre de 1899.

Pero no me he propuesto formular planes descentralizadores: era mi objeto hacer la crítica del regionalismo que hoy lucha en Cataluña y en Vizcaya, por la resurrección de una época ya ha muchos siglos enterrada. La crítica está hecha. Lo que quería decir lo he dicho ya. Y es llegada la ocasión de poner término á este estudio, y con él á este libro. Permítame el lector, sin embargo, que aún escriba, á guisa de remate, unos cuantos renglones.

Aún no hace muchos meses, D. Francisco Silvela, profundamente apenado ante el espectáculo que ofrecía la nación española, adormecida, tal vez muerta, á los pies de Mac-Kinley, escribió en *El Tiempo* un artículo que fué muy leído y comentado. «SIN PULSO» era su título y desconsoladora, aunque real, la pintura que en él se hacía de nuestra pobre España.

Aquel «sin pulso», expresión felicísima de una idea que llenaba de aflicción muchas almas, eco desconsolado de la interna amargura de los espíritus, también surgía, en forma de amenaza, en Inglaterra, en los labios de Salisbury, que nos encasilló por entonces entre los pueblos muertos, destinados á saciar la avidez dominadora y expansiva de los fuertes.

Con haber sido terrible y afrentoso nuestro vencimiento en América; con ser inícuo, despiadada, la ley del vencedor; con arrancar pedazos vivos de nuestra carne el recuerdo espantoso de aquellas dos escuadras hundidas sin hacer daño al enemigo, y de aquellos ejércitos formidables, vencidos sin pelear; con

poner miedo, hasta en los ánimos menos dados al desaliento, toda aquella avalancha de deudas coloniales que era preciso echar sobre los hombros medio hundidos del exhausto Tesoro nacional, aún había algo más triste, más desconsolador que todo eso: y «ese algo» era, sin duda, la indiferencia pública, el estado de estupor del país, la parálisis espantosa de su sensibilidad afectiva, el embotamiento absoluto del alma nacional, á quien no sólo parecían ya negados los arrestos viriles que en las supremas crisis y supremas angustias cobran fuerza, convirtiendo en remedio saludable la adversidad, sino hasta el dolor mismo, que también es consuelo y medicina en ocasiones.

Conviene mucho volver la vista á ese pasado para no ser injustos con el presente ni desesperar de él. El estado febril que atravesamos, —la querella, la discusión, el vocerío de los bandos—podrá ser, y es sin duda, un estado morbosos, pero significa un progreso enorme, colosal, sobre aquel otro estado de paz completa, de tranquilidad imperturbable, de quietud indolente, que era la negación de la vida.

Se podrá discutir, en detalle, si es un bien ó es un mal la agitación catalanista, el recrudecimiento de todas las pasiones, la amenaza pendiente de un *plante* tributario que coloque al poder público en situación difícilísima; se podrá discutir, levantando un poco la mirada sobre estas pequeñeces del momento actual, destinadas á perecer y ser sustituidas por otras pequeñeces mañana, si es un bien ó

es un mal, una virtud ó un pecado de nuestra casta, esta tendencia irresistible á la protesta, á la rebelión, á la indisciplina, que, como levadura reñida con la estabilidad, caldea la sangre de los pueblos latinos y más que otra ninguna la española. Lo que no me parece discutible siquiera es que esta fiebre, con todos sus peligros y con todos sus estremecimientos dolorosos, es mejor que el colapso, con su solemne y espantable quietud, fronteriza de la quietud suprema: como son preferibles las borrascas del mar, con sus sacudimientos de coloso irritado, á las emanaciones fermentadas en la quietud imperturbable de los pantanos.

Soy, por temperamento, refractario al desorden, á la asonada, á la revolución, que concita todos los odios y todas las pasiones, que aun en los casos, no frecuentes, en que hace el bien, lleva en sus propios procedimientos de violencia, gérmenes de injusticia é inestabilidad. Pero no exageremos tanto el viejo espíritu conservador, apegado á las fórmulas rutinarias, que, por huir del ruido y del alboroto, vayamos á envidiar la quietud estéril y cobarde de los pueblos sin vida, aquel silencio, aquella calma terrible que Silvela en *El Tiempo* juzgó hace pocos meses como el más grave síntoma de nuestra decadencia y el obstáculo más difícil de vencer, en la obra de nuestra redención.

Exagerada, excesiva, tal vez desordenada y poco concreta, viciosa, si se quiere, en los procedimientos que sigue, peligrosa por las armas que esgrime, la agitación actual es señal de

vida, significa que surgen y se levantan los ideales adormecidos á raíz del desastre, que la fe resucita en los corazones, que al frío de muerte sustituye la calentura, en este caso precursora de la salud.

Mejor sería que, cuerdamente, sin exageraciones ni disputas apasionadas, compenetrados y fundidos en una aspiración gobernantes y gobernados, Gobierno y pueblo caminaran serenos y animosos á la conquista del porvenir. Mejor sería que las debilidades y flaquezas de arriba no existiesen; que la pasión no envenenara las protestas de abajo; que á la parálisis peligrosa de aquellos días que siguieron á la completa pérdida de nuestro imperio colonial, hubiera sucedido, en vez de la fiebre, el pulso vigoroso, tranquilo y regular, del organismo fuerte y sano. Pero estas trasformaciones, estos cambios, este pasar desde el estado de insensibilidad, fronterizo de la muerte, al estado de completa salud y de equilibrio, si deseables y codiciables para el entendimiento en las esferas de la abstracción, son imposibles en la vida: del colapso se pasa, al menos socialmente, á la convulsión; de la ausencia de pulso al febril latido de la sangre en las arterias.

¿Debemos maldecir esta fiebre—siquiera deseemos que se amortigüe, y que se sustituya por un estado de equilibrio, de vigor, de salud—los que llorábamos aquel sopor, aquella calma de los días que siguieron al desastre?

Cuando reina la paz, la paz completa, entre los hombres, tal vez es porque la lucha se

desarrolla silenciosamente en el fondo de cada entendimiento y de cada conciencia: lucha terrible, encarnizada, aunque oculta, que conduce las almas á la duda y las voluntades á la inacción; que sustituye los ideales, siempre fecundos, siempre hermosos, con negaciones, buenas sólo para engendrar la cobardía en los individuos y preparar la esclavitud en los pueblos.

Ni defiendo, ni amparo, ni predicaré jamás rebeliones, que si no repugnasen como repugnan á mi entendimiento, repugnarían á mi conciencia. No creo, sin embargo, que deban maldecirse, como señal de ruina, de disolución y de muerte, estos sacudimientos, estas agitacion-
es convulsivas de la opinión, estas fiebres en que á veces la pasión habla pretendiendo vestirse con el traje de la justicia, y la indisciplina se empeña en sustituir con el desorden la ausencia ó los errores de dirección.

Lo ha dicho con elocuencia, y con la autoridad de su nombre, un ilustre filósofo contemporáneo, de la nación vecina: «¿Es peor, acaso, para una sociedad, estar dividida en partidos ó en sectas, que se combaten con sus programas y sus dogmas opuestos, en pueblos que guerrean, que estar compuesta de individuos, en paz los unos con los otros, pero individualmente en lucha consigo mismo, prisioneros del escepticismo, de la irresolución y del desaliento?»

Entre el «sin pulso» de hace meses y la fiebre de ahora, yo prefiero esta fiebre, que no ha de ser eterna, que al desaparecer—¡y Dios

quiera que cese cuanto antes!—nos dejará sentir los beneficios de la vida, de la salud y de la fuerza.

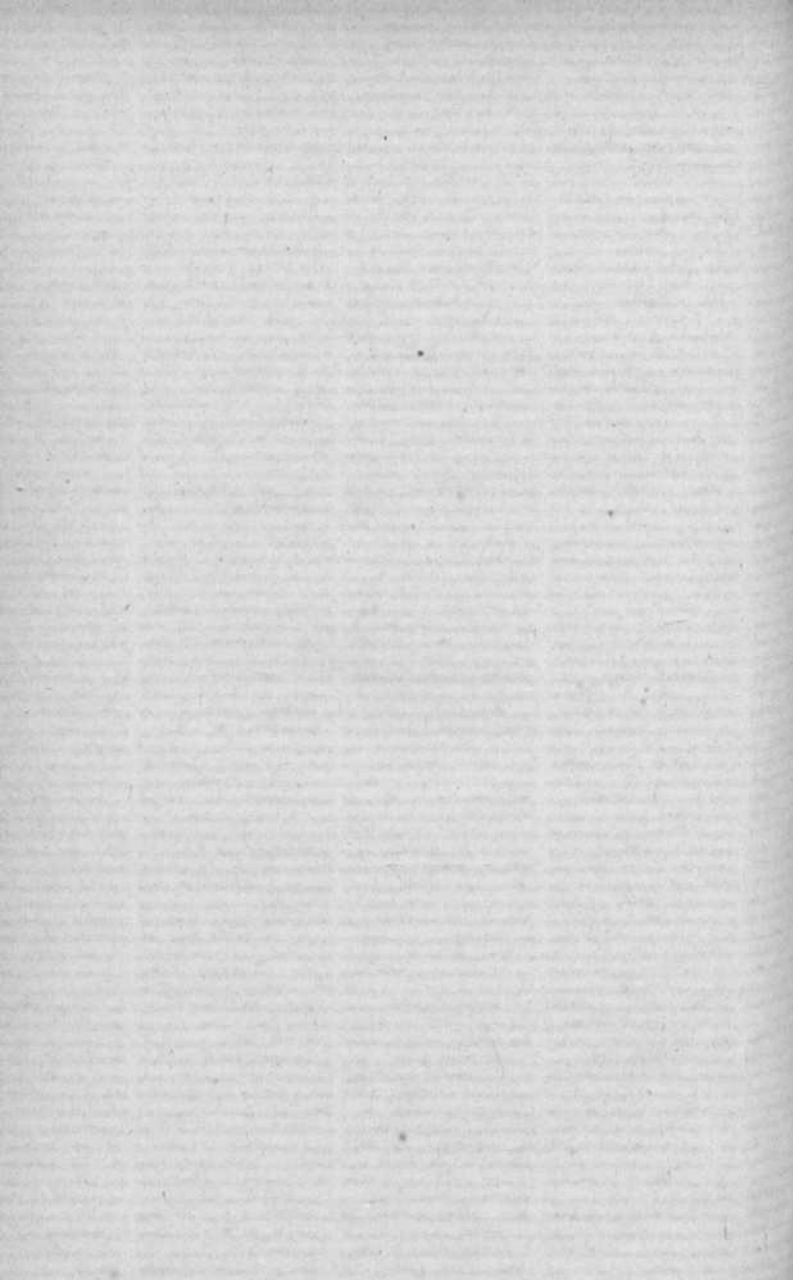
«Todo estado de lucha, interior ó exterior, aspira siempre y acaba por conducir á una victoria definitiva, á un tratado de paz». Estas palabras de Tarde, son la expresión acertadísima de una verdad indiscutible. El pensamiento solicitado por dos ideas inconciliables es teatro de una guerra diminuta, que acaba con la victoria de una de las ideas: y la victoria significa fe, convicción, creencia. La nación conmovida por programas, banderas, ó partidos, que se disputan el triunfo, en lucha encarnizada y violenta, es teatro de otra guerra que concluirá en una victoria, entronizadora de la paz.

Censúrese el encono con que combaten los ejércitos, las armas que se emplean para luchar, la parte misma que la pasión, siempre inclinada á transponer las lindes donde comienza la injusticia, toma en el duelo de las ideas que batallan. Pero cuantos recuerden aquel «sin pulso» que la pluma elegantísima de Silvela escribió en *El Tiempo*, y aquellos *pueblos muertos* de que hablara el primer ministro de Inglaterra, haciendo asomarse á nuestras mejillas el rubor de la vergüenza, más que la oleada vigorosa de la indignación, aun lamentándola, no podrán maldecir esta fiebre en que ahora vive España, que, al cabo, hoy vive, siente, sufre, cree y espera.

¡Esperar y creer...! He aquí dos grandes, dos insustituibles virtudes colectivas. Ellas dos

bastan para dar el triunfo á individuos y pueblos. ¡Esperar y creer! Esperar andando con la resolución de quien espera que cada paso, cada esfuerzo, acerque más el codiciado instante de vencer. Creer, creer siempre en la eficacia del amor, del deber, de la justicia, del derecho, de la razón. Con que este libro en que constantemente he procurado reflejar los anhelos de mi esperanza y la firmeza de mi fe, esperanzase ó forlaleciera una sola conciencia desalentada ó indecisa, no habría yo malgastado enteramente las horas que en pensar y escribir, llevo empleadas.

Noviembre, 1899.





ÍNDICE



PÁGS.

PRÓLOGO, por G. Tarde.	
AL LECTOR.	

DESPUÉS DEL DESASTRE.—¿UN PAÍS Ó UN HOMBRE?

I.—PLANTEAMIENTO DEL TEMA

Lo más urgente.—Restauración de los ideales. —«Regeneración».—El poder de las pala- bras.—¿Por qué caímos?—¿Cómo podremos levantarnos?.. . . .	3
---	---

II.—LA FUERZA Y LAS IDEAS

Pueblos muertos y pueblos vivos.—La situa- ción de España.—La fuerza no crea nada. —El poder de las ideas.—Una conquista hi- potética.	11
---	----

III.—INVENCIÓN É IMITACIÓN

- Teorías de Tarde.—La invención individual como gérmen de las transformaciones colectivas.—Revoluciones religiosas, literarias, artísticas, políticas. 19

IV.—LAS MULTITUDES Y LOS JEFES

- El mal de nuestra época.—Las multitudes.—No hay multitud sin guía.—Opiniones de Sighele, Le Bon y Tarde.—Observaciones que pueden recogerse en la vida diaria. 27

V.—EL GÉNIO DE LAS RAZAS

- El error de los *intelectuales*.—El del vulgo.—Hoy no existen razas puras.—Herencia orgánica y herencia espiritual.—La resurrección del Japón.—Demolins y su obra.—Particularismo sajón y comunismo latino.—Un artículo de Lemaitre.—La antigua Inglaterra.—Decadencia española. 39

VI.—NUESTRA HERENCIA HISTÓRICA

- ¿Aventureros y Quijotes?—La España romana.—Enrique IV y los Reyes Católicos.—Carlos II y los primeros Borbones.—Nuestra *leyenda de oro*. 61

VII.—HACIA OTRA ESPAÑA

- Resumen.—La teoría del «grande hombre».—Primeros síntomas de vida.—El pueblo español.—Arriba está la culpa.—Dos caminos

de salvación.—Como haya «un hombre», habrá «país»	73
--	----

LA CIVILIZACIÓN Y LA MORAL

I.—CIVILIZACIÓN Y CIVILIZACIONES

Adoradores y detractores del progreso moder- no.—¿Qué es civilización?—Cuatro fórmu- las incompletas.—La civilización como es- tado de permanente evolución progresiva. —La tristeza contemporánea.—Tolstoi, Unamuno y Lemaître.—Civilización y feli- cidad.	87
--	----

II.—CIVILIZACIÓN Y REVOLUCIÓN

La inmoralidad y el progreso.—Teoría de Po- letti.—Refutación.—El socialismo como re- medio.—Su ineficacia.—Sergi y la estratifi- cación del carácter.—Desnivel entre las ne- cesidades y los medios de satisfacerlas.— La obra civilizadora y la obra revolucio- naria.	103
--	-----

III.—MIRANDO AL PORVENIR

El mundo tiende al equilibrio.—La Babel mo- derna.—Evoluciones parciales y evolución total.—Majoranna y su <i>ley asintótica del progreso</i>	120
---	-----

CONTRA EL ANARQUISMO

I.—CRIMINALES Ó LOCOS

- La violencia como arma única.—Socialismo y Anarquismo.—Los anarquistas pintados por sí mismos.—Jaclard y Bakounine.—No hay ciencia anarquista.—Necesidad de combatir esta secta. 129

II.—LA REPRESIÓN

- Higiene, terapéutica y cirugía sociales.—La eliminación como medio de perfeccionamiento.—Diferencias entre el orden biológico y el jurídico.—Inconvenientes de la pena de muerte —Un remedio práctico.—Ensayo de anarquismo.—Sus ventajas. . . 141

EL GRAN PROBLEMA

I.—POBLACIÓN Y SUBSISTENCIAS

- Importancia del problema de la población.—Natalidad y Mortalidad.—Adam Smith y Malthus.—Malthus y Godwin.—Refutación de la teoría malthusiana.—Las subsistencias han crecido mucho más que la población.—El mundo despoblado. 155

II.—UN PUEBLO ESTÉRIL

- El problema francés y el español.—Coeficientes de aumento de población en Europa.—Consecuencias de la *Moral restraint*.—Gráfico indicador del crecimiento de la población en Inglaterra, Prusia, Francia y España.—La infecundidad voluntaria en Francia.—Dumont y la *capilaridad social*.—Dumont y el individualismo católico.—La infecundidad conduce á la ruina. 171

III.—EL PAÍS DE LA MUERTE

- Natalidad española.—Nuestra mortalidad.—Un balance con pérdidas.—La estadística seria.—Natalidad y mortalidad masculinas y femeninas.—Mortalidad comparada de España y otros pueblos europeos.—Nuestras ciudades y las ciudades extranjeras.—Un argumento original.—La mortalidad infantil.—Cuadro comparativo, entre Inglaterra, Bélgica, Francia, Prusia y España, —¡Siempre á la cola! 190

IV.—EL VALOR ECONÓMICO DE LA VIDA

- Valor moral y equivalencia material.—Cada hombre es un instrumento de riqueza.—Cálculos de Rochard, Block, Chadwick y Farr.—El valor de la vida en España.—Lo que perdemos por la falta de higiene.—Una ley inglesa de 1848.—Exceso de la mortalidad española, representado en forma de

riqueza.—Otra causa de ruina.—La morbilidad nacional.—Cincuenta años de higiene.—El porvenir de España.. . . .	208
--	-----

EL REGIONALISMO

I.—HECHOS Y CAUSAS

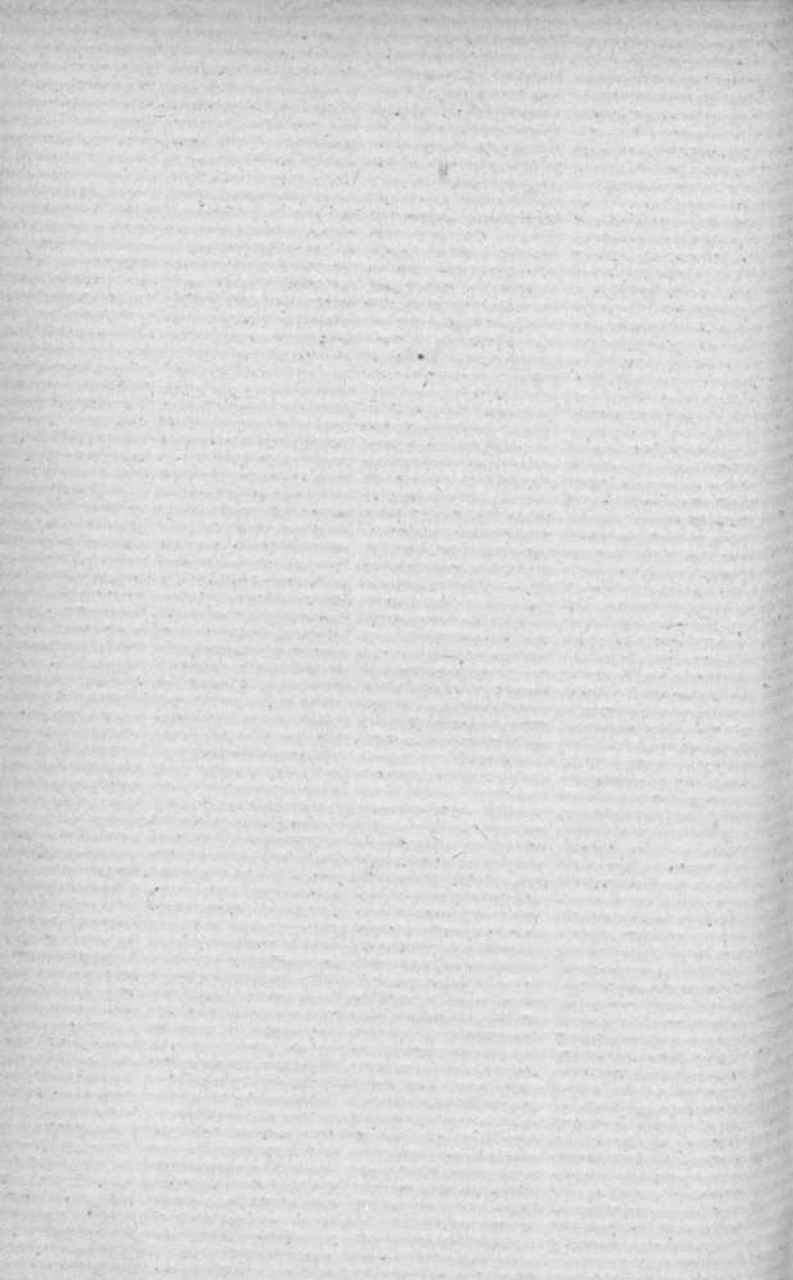
Psicología nacional.—Anarquía directiva é indisciplina popular.—Nuestros desastres.—Las almas odian el vacío.—Regionalismo literario.—Un discurso del Sr. Núñez de Arce.—El odio hacia Castilla.—Acusación catalanista.—Un poco de historia.—El regionalismo gallego.—Vaguedad del concepto «regionalismo».. . . .	229
--	-----

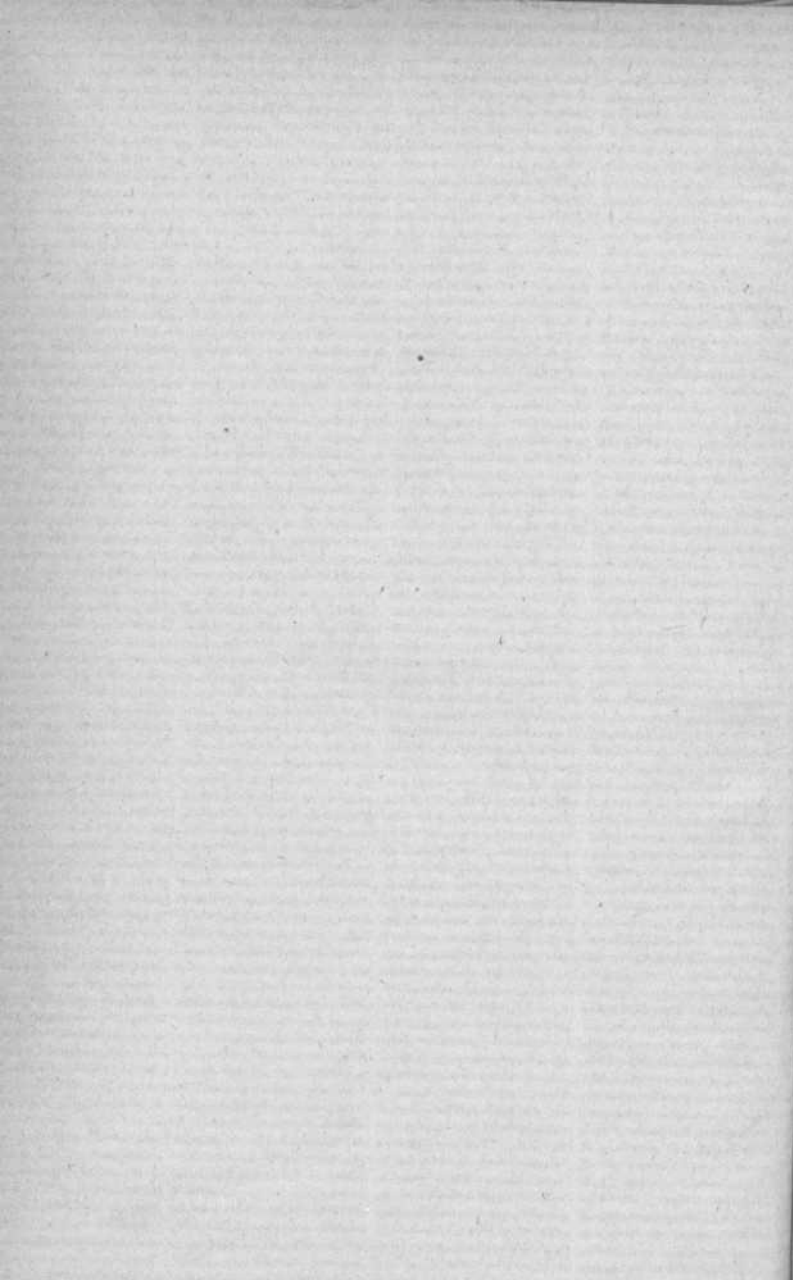
II.—BIZKAITARRISMO Y NACIONALISMO CATALÁN

Las dos notas agudas.—El federalismo español.—El Bizkaitarrismo de Arana.—Una lección de historia.—Extravagancias imposibles.—Separatismo bizkaitarra y nacionalismo catalán.—Un párrafo expresivo.—En España, sólo España es nación.—El territorio, la raza, la lengua y la historia como elementos que integran la nacionalidad.—El nacionalismo catalanista ó vasco, frente á todas las teorías nacionalistas.—Opiniones de Demolins y Majorama.—Tendencia universal á la formación de agregados mayores cada día.. . . .	247
--	-----

III.—EL ERROR DE LOS CENTRALIZADORES

Centralización española.—Caciquismo y expedienteo.—El mundo de la Gaceta.—Obra viva y obra legal.—La unidad nacional.—Reformas que se imponen.—Descentralización—El despertar de España —Las pasiones como señal de vida.—Esperar y creer. 272









PROBLEMAS
DE LA MIA

G 56920